LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA EN SIERRA MORENA

3ª EDICIÓN

LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA: NACIMIENTO, VIDA EN EL MONTE, LUCHA Y DECLIVE. EL DESASTRE DE LA HUESA. TESTIMONIOS E ITINERARIOS.

LUIS G. NARANJO MANUEL MORAL MIGUEL CARRASCO

PRÓLOGO DE FRANCISCO MORENO GÓMEZ

LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA EN SIERRA MORENA

FICHA TÉCNICA

Diseño portada:
Belén Naranjo Sánchez

Ilustración Portada:
Manuel Moral Castro

© de los textos: sus autores

© de la edición: Diputación de Córdoba

Edita:
Diputación de Córdoba

Fotomecánica, Maquetación e Impresión:
Casares, S.L. Servicio Integral de Artes Gráficas

I.S.B.N.: 978-84-948443-4-8

Depósito Legal: CO-1809-2022

A MODO DE INTRODUCCIÓN…

PRESENTACIÓN DEL DIPUTADO

Cuando decidimos crear la primera Delegación de Memoria Democrática de la Diputación Provincial lo hicimos con el convencimiento de que la recuperación de la historia silenciada de nuestra tierra no podía seguir dependiendo en exclusiva del esfuerzo altruista de personas comprometidas con los Derechos Humanos. Durante demasiado tiempo, el trabajo en torno a la Memoria ha recaído sobre los hombros del tejido asociativo, de las familias de las víctimas del franquismo, de profesionales de la investigación histórica sensibles con la vergonzante realidad de un país que tomó la determinación de mantener en la penumbra una parte de nuestra historia fundamental para comprender el presente, de condenar al olvido a miles de personas que dieron su vida por defenderlo de quienes amenazaban la libertad y los derechos.

Desde la puesta en marcha de la Delegación hemos trabajado de la mano de ayuntamientos y asociaciones, sembrando semillas y avanzando en la recuperación de la Memoria de nuestros pueblos. Y en paralelo, hemos contribuido a una tarea tan fundamental como es la investigación histórica, y a la difusión de los resultados de ese trabajo riguroso que nos permite avanzar hacia la Verdad, imprescindible para garantizar también la Justicia y la necesaria Reparación.

Con ese objetivo entronca la línea de publicaciones que desde la Diputación de Córdoba se viene promoviendo y que con el título 'Córdoba. Tierra con Memoria' compone una colección de libros que aportan la base histórica y documental de los relatos que alguna vez escuchamos contar a nuestros abuelos y abuelas, siempre con miedo y un nudo en la garganta.

En concreto, la obra 'La guerrilla antifranquista en Sierra Morena' se adentra en el todavía desconocido episodio de la posguerra más inmediata, un relato de resistencia que el aparato represor franquista ha tenido especial interés en ocultar y que la gente de nuestra tierra tiene derecho a conocer y a valorar. Porque no debemos olvidar que la Memoria no es un capricho ideológico sino un derecho reconocido de la ciudadanía, amparado por leyes autonómicas y estatales

que mandatan a los poderes públicos a promover su recuperación y difusión. Nunca podremos entender quiénes somos sin saber a ciencia cierta de dónde venimos. Entendiendo que la literatura es una de tantas vías que conducen a ese destino, desde la Diputación vamos a seguir trabajando para llenar de Memoria las bibliotecas de cada uno de nuestros pueblos.

Ramón Hernández Lucena

Diputado delegado de Memoria Democrática

LOS AUTORES

Luis G. Naranjo Cordobés es profesor de historia e investigador, comprometido desde el inicio del movimiento memorialista con la divulgación de la verdad histórica y con la incorporación en el currículo escolar de contenidos científicos relacionados con el conocimiento del periodo comprendido entre la Segunda República Española y la Transición. Ha coordinado y publicado numerosos artículos, unidades didácticas y libros, entre otros *Itinerarios por los ríos Guadiato y Guadiatillo, Mediterráneo camino abierto o frontera, Las presas de Franco, Lugares de la Memoria de Córdoba, Vestigios y testimonios de la Guerra Civil en Córdoba* y *Campesinos sin tierra.* Fue el primer director general de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía (2012-2015) y actualmente (2022) es presidente del Foro por la Memoria de Córdoba.

Miguel Carrasco Casaut es maestro de formación, pero ha consagrado la mayor parte de su vida al estudio y conservación de la biodiversidad. Ha participado en varios estudios de investigación, es autor de numerosos artículos científicos y de libros tanto de índole técnica como divulgativa relacionados con la biología y la conservación, y ha elaborado publicaciones y unidades didácticas en el ámbito de la educación ambiental. Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran *Córdoba Naturaleza viva, Las aves de los humedales del sur de Córdoba y Manejo de fauna silvestre en centros de recuperación*. Fue cofundador del grupo para la defensa y estudio de las aves GODESA y actualmente es miembro de la Sociedad Cordobesa de Historia Natural.

Manuel Moral Castro es técnico en Gestión y Organización de los Recursos Naturales y Paisajísticos. Su labor como naturalista y defensor del medio ambiente desde hace décadas es reconocida en todo el ámbito de asociaciones ecologistas no sólo en Córdoba sino en el conjunto de Andalucía. Ha publicado y colaborado en diversos trabajos y estudios sobre el ambiente natural y social de la sierra y la campiña de Córdoba, como la primera edición de *Bases sociales y naturales de la guerrilla antifranquista en Sierra Morena* y *Campesinos sin tierra*. Actualmente trabaja en proyectos de conservación de especies en peligro de extinción.

AGRADECIMIENTO

Sin la generosa ayuda de muchas personas que comparten la voluntad de recuperar la memoria de los miles de hombres y mujeres que mantuvieron en los campos de España la última batalla por la República, este libro no hubiera salido a la luz.

En primer lugar, nuestro reconocimiento a la obra y la figura de **Francisco Moreno Gómez,** sin cuyas pioneras y completas investigaciones sobre la violencia franquista y la resistencia armada a la dictadura, ni esta ni otras muchas publicaciones aparecidas en los últimos años hubieran sido posibles.

Rafael González Requena ha contribuido como familiar y como historiador a incorporar al texto el relato clave de José Ramos García, el último guerrillero de estas sierras. **Jose Miguel Santos Peláez** ha hecho posible la conexión y el testimonio de los propietarios de la finca de la Pastelera, que vivieron en primera persona el cerco y la muerte de los componentes del Estado Mayor de la Tercera Agrupación Guerrillera en la Huesa. El historiador **Rafael Morales Ruiz** ha aportado interesantes fuentes archivísticas y documentales. **Alba Moral Plazuelo,** antropóloga, ha revisado desde la perspectiva crítica de su especialidad la dimensión social del texto. Gracias a **Jose María Fernández Calero** por su indispensable papel en la recuperación del testimonio de Ceferina, hija de Melchor Ranchal, muerto en el desastre de la Huesa y gracias sobre todo a **Ernesto Caballero Castillo,** dirigente obrero y luchador antifascista, que ha iluminado con su testimonio las páginas de esta publicación.

Sobre todo, este libro pertenece a los testigos y protagonistas de aquel tiempo de la sangrienta posguerra, fondo histórico de los acontecimientos que aquí se narran. Rancheros, pastores, esposas, hijos e hijas de guerrilleros, pequeños propietarios…hombres y mujeres de la sierra que desgranan testimonios

llenos de sabiduría y de experiencias humanas indispensables para entender la dimensión trágica de la violencia franquista y de la resistencia popular en las sierras de Andalucía. Sus vivencias componen la trama narrativa y constituyen el mayor valor que estas páginas pueden transmitir.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Amigas/amigos: a los desaparecidos, que no desconocidos:

Para mí es un reto hacer este breve prólogo, soy una desconocida en ambientes literarios y en otros casi que también, pero lo hago tratándose de nuestra Memoria Histórica, una realidad que me apasiona porque tenemos tan poco conocimiento de todos los hechos sangrientos que ocurrieron en la guerra civil comprendida entre los años 1936-1939, en la posguerra de 1939-1950 y en el periodo de lucha contra el franquismo de los años 1950 a 1976.

Es un hecho innegable la lucha tenaz que mantuvieron contra el fascismo lo mismo mujeres que hombres. A pesar del desmoronamiento de los ejércitos republicanos tras la caída de Barcelona, a pesar de los desfiles victoriosos en la primavera de 1939 en las principales ciudades de España, la guerra civil todavía no había terminado, por todos los actos de represión es por lo que surge la guerrilla en los años 1939-1940.

Medio millón de supervivientes huyeron al exilio, los que se quedaron no tardaron en darse cuenta de que la política franquista frente a los vencidos iba a ser en todos los aspectos tan brutal como la represión llevada a cabo durante la guerra. Por lo que respecta a los huidos, la guerrilla era la única respuesta posible a la represión de la dictadura; las actuaciones de los huidos fueron una constante molestia para el régimen, hasta el punto que en algunas zonas rurales las partidas guerrilleras tuvieron el efecto de levantar la moral de la población vencida, hasta que las despreciables represalias por parte de las autoridades franquistas se cobraron un alto precio en lo que respecta al apoyo popular.

En última instancia la superioridad numérica de las fuerzas franquistas acabó imponiéndose, y todos los guerrilleros y enlaces que cayeron en sus manos fueron masacrados y fusilados sin ningún miramiento ni respeto hacia tantos hombres y mujeres que lucharon y dieron su vida por un mundo mejor.

Es doloroso recordar todas las personas fusiladas entre los años 1939-1950. En todos los pueblos y ciudades de España tenemos mujeres y hombres desaparecidos, unos en cunetas, otros junto a las tapias de los cementerios.

Deseo nombrar algunos nombres de mujeres fusiladas por el franquismo en la provincia de Córdoba: **Catalina Coleto Muñoz** de 52 años de Villanueva de Córdoba dejó siete hijos huérfanos, su esposo también fue fusilado. **Amelia García Rodríguez**, de 18 años y natural de Pozoblanco; **Francisca Arroyo Varo,** 38 años; **María Vega Remuzgo**, 45 años; **María Aroca Muñoz,** de 35 años; **Carmen Alcaide Gutierrez,** 44 años; **Isabel Tejada,** de Pozoblanco y **María Josefa Lopez,** guerrillera muerta en la Umbría de la Huesa.

Admiración y recuerdo para las fusiladas de las que no tenemos sus nombres, para las **trece rosas**, a las que un triste amanecer les quitaron sus vidas, pero no su recuerdo, que queda en las mentes de todas las personas que buscan un mundo mejor para todos.

Leyendo este libro veremos lo dura que fue la lucha de los guerrilleros, continuamente perseguidos por la guardia civil. Hombres y mujeres valientes que dieron su vida luchando por un mundo más justo, ellos nos enseñaron que había que seguir luchando, como así fue hasta el final de la dictadura.

En el desastre de la Umbría de la Huesa mataron a cuatro hombres y una mujer, en el año 1947, cruelmente masacrados. Mi admiración y respeto para todos los guerrilleros.

Isabel Amil Castillo

Represaliada y luchadora antifranquista,
Presidenta en 2006 del Foro por la Memoria de Córdoba.

PRÓLOGO DE LA PRESENTE EDICIÓN

La guerrilla antifranquista en Sierra Morena es un nuevo libro de Luis Naranjo Cordobés, junto con los medioambientalistas Manuel Moral Castro y Miguel Carrasco Casaut. El resultado es un magnífico estudio sobre la guerrilla en la zona de la Umbría de la Huesa (Villaviciosa, Sierra Morena), donde la supervivencia de la guerrilla antifranquista de una parte de Córdoba se desarrolló en la cuenca agreste y abrupta del río Guadiato, término de Villaviciosa. El estudio recoge la actividad de varias guerrillas y la estancia, en esa zona, del "Estado Mayor" guerrillero, bajo la dirección del líder cordobés Julián Caballero (jefe político de la 3ª Agrupación Guerrillera, la de Córdoba) y la dirección militar teórica de "Ángel" o "Mario de Rosa".

"Mario de Rosa" era un maestro de escuela (Dionisio Tellado Vázquez), evadido de la cárcel de Alcalá de Henares, al que el PCE encargó la organización del "Ejército Guerrillero de Centro", sobre todo las 1ª, 2ª y 3ª Agrupaciones (Cáceres-Toledo, Ciudad Real y Córdoba), con los dirigentes respectivos: "Carlos" (Jesús Bayón González), "Julio" (Ramón Guerreiro Gómez) y "Ángel" o "Mario de Rosa", en Córdoba. El jefe inicial de todo el "Ejército Guerrillero del Centro" era José Isasa Olaizola "Fermín", que acabó fusilado por el franquismo el 14-1-1947, en Madrid.

Varios guerrilleros de Córdoba, entre ellos José Murillo "Ríos" (de El Viso, con el que mantuve muchas entrevistas en los años 80's y 90's) fueron avisados para salir a recibir a "Mario de Rosa" a la zona de Almadén, que venía con la misión de crear la 3ª Agrupación de Córdoba. De ahí pasaron a la sierra Perdiguera, límite entre Ciudad Real y Córdoba. Era finales de agosto de 1945. Ahí acordaron situarse en la zona más agreste de Córdoba y decidieron los montes de la cuenca del río Guadiato, en Villaviciosa de Córdoba. Allí "Ríos" conocía a los tres hermanos Caballero Calvo, Bernabé, Domingo y Cornelio "Los de la Porrada"). Así, "Mario de Rosa" o "Ángel" aterrizó en el Coto de La Porrada (Villaviciosa), el 6 de septiembre de 1945. Y ahí comenzó a formarse

la 3ª Agrupación Guerrillera, cuyas primeras asambleas hay que situarlas en el otoño de 1945.

Los primeros fondos para tamaña empresa, 75.000 pesetas, se consiguieron con el secuestro del niño de 12 años Manuel Salinas, hijo del presidente de la Cámara Agrícola (luego alcalde de Córdoba), Rafael Salinas Anchelerga, hecho que ocurrió en su chalet a las puertas de Córdoba, y en el que participó el citado José Murillo "Ríos".

Recordamos que la 3ª Agrupación se formó bajo la dependencia de Madrid, hasta que ocurrió el desastre de Talavera (13-9-1946), cayó "Carlos", "Fermín" y todo el aparato de Madrid. Entonces, "Mario de Rosa", que viajaba bastante a ver sus contactos de Sevilla, pasó a depender del "Ejército Guerrillero de Andalucía", bajo el mando de Ricardo Beneyto "Ramiro", el cual, delatado años más tarde por el jefe de la guerrilla granadina, "Roberto", acabó fusilado en Granada, el 15-11-1956. En cuanto a "Mario de Rosa", después de la caída de Julián Caballero en 1947 y de la detención de Beneyto casi al mismo tiempo en Sevilla, viajó a Valencia donde se camufló. En 1950 la policía lo detectó y lo mató en una calle de Valencia. Esta fue la tragedia de los luchadores antifranquistas españoles. Nunca habrá bronce suficiente para tantos héroes, hoy olvidados.

Volvamos al otoño de 1945. Se necesitaba poner al frente de la 3ª Agrupación a un líder de valía y prestigio, y ese era, sin duda, Julián Caballero Vacas, ex alcalde comunista de Villanueva de Córdoba. Deducimos que en aquel otoño de 1945 ya había sido guiado a los montes de Villaviciosa y sacado de su zona habitual de actuación, que era en montes no lejanos de Villanueva, en un arco que iba desde los eucaliptos de La Garganta y Fuencaliente (C. Real) a la zona de Cardeña, Montoro, Venta del Puerto y Montes Comunales (Adamuz). Eran terrenos de monte bajo y de quebradas sinuosas, y además, zonas con muchos cortijos y chozos habitados.

Ciertamente, la supervivencia de la guerrilla se debía, primeramente, a un cómplice inexcusable: el bosque, el monte y la sierra. En segundo lugar, la ayuda "del llano", enlaces y colaboradores en el mundo rural, pastores, carboneros y pequeños arrendatarios o propietarios. Por otra parte, existía un principio del "manual" del guerrillero, y era que su actuación se situara en su comarca de origen. Para mis libros sobre la guerrilla (1987, 2001, 2006) recogí testimonios en Villanueva que me aseguraban que, si Julián Caballero no hubiera salido de su zona comarcal, habría sobrevivido mucho más tiempo.

El organigrama de la 3ª Agrupación que conocemos procede del Archivo de la Dirección General de la Guardia Civil y contiene muchas inexacti-

tudes. Supongo que es uno de los borradores (Mi libro de *La resistencia armada…,* Crítica, 2001, p. 291 y ss.), pero nos vale como punto de partida. Y así fue cómo Julián Caballero llegó al coto de La Porrada y a la Umbría de la Huesa, de Villaviciosa, a interpretar el último acto de su tragedia.

Conocemos bastantes datos de las peripecias de Julián Caballero en las sierras de la parte oriental de Villanueva de Córdoba y de Los Pedroches. Formó un grupo muy consistente, entre ellos una mujer, Mª Josefa López Garrido "La Mogea", ex presidenta de las Mujeres Antifascistas de Villanueva. Y varias personas más, entre ellos algunos que habían pertenecido al Comité de Guerra en 1936. Entre 1942 y 1943, estuvieron unidos al grupo de "Los Parrilleros", también de Villanueva, pero se separaron. Después tuvieron diversas incorporaciones, sobre todo en 1946. Julián prefería organizar buenos almacenes o despensas en oquedades del monte, para evitar lo más posible los riesgos de los golpes económicos en cortijos, cosa que le desagradaba.

Cuando Julián Caballero se estableció en las quebradas de Villaviciosa, procedió de la misma manera: organizar primero un gran almacén, surtido de ropas, alimentos y herramientas. Este libro, *La guerrilla antifranquista en Sierra Morena*, recoge muchos testimonios orales de la vida cotidiana en el monte. En mi caso, encontré dos importantes consejos de guerra (Archivo Militar Territorial II, Sevilla), el de José Merino Campos (Causa 1.088/47, 1.028/47) y el de los hermanos Cobo Reina (Causa 660/47), con muchísimos detalles de la vida de la guerrilla en esta zona y en La Huesa. El cuadro resulta impresionante, y así aparece en este libro.

El 11 de junio de 1947, al amanecer, estalló sobre la Umbría de la Huesa una de las mayores catástrofes de la guerrilla en toda España. Durante la noche el campamento fue rodeado por 40 o más guardias civiles, al mando del capitán de Villaviciosa Justo Tamayo Díaz, estando también presente el teniente coronel de Córdoba Enrique Martín Rodríguez, guiados por el delator "Corchete". Fue un día de caza mayor. Y al amanecer del citado día, la gran catástrofe. Bombazos y tiroteos desde la parte norte, para que los guerrilleros corrieran para el sur, por la cuenca del río Guadiato, donde estaban cercados. Fue acribillado todo el "Estado Mayor" de la 3ª Agrupación: Julián Caballero, Mª Josefa López, Ángel Moreno "El Pincho", Melchor "Curro de Añora" y Librado Pérez "Clavijo". Los dos primeros se suicidaron. Y hubo un prisionero: José Merino Campos, convertido después en confidente.

La tragedia de La Huesa supuso, además, una gran redada de enlaces y colaboradores que tenía la guerrilla en aquellos contornos, la mayoría pastores, cabreros, pequeños campesinos arrendatarios… hasta algún propietario por el hecho de haber pagado rescates a la guerrilla. En total, más de una docena formaron la cuerda de presos que llegó a Villaviciosa detrás de las bestias con los cadáveres. Allí iban amarrados todos los hombres de la familia Cobo Reina (Los hermanos José, Lucas, Agustín y Antonio –éste, el más activo-, y el padre, Juan. Y entre otros, el cabrero Ernesto Castro, que era el que facilitaba la leche a los guerrilleros en sus escondites).

La 3ª Agrupación, una de las más nutridas de España, quedó descabezada. De la hueste dispersa se encargaron con variable fortuna: "El Cojo de La Porrada", Manuel Hidalgo "Bellota" (de Belalcázar), José Murillo "Ríos" y el tándem "Godoy del Pueblo" (Hilario Martínez Aranda, de Hinojosa, comunista) y Dionisio Habas "Durruti" o "Eugenio del Real", anarquista, de La Cardenchosa). Estos últimos se movieron al sur de las aldeas de Fuenteobejuna y sierra norte de Sevilla. En 1950, viéndose aislados, intentan camuflarse de trabajadores en la vida civil. Dionisio Habas, en las minas de Aznalcóllar, donde fue detenido el 20-6-1951. Hilario Martínez, en un cortijo de Calera de León (Badajoz), donde fue detenido en la misma fecha, junio de 1951. Sometidos a terrible proceso judicial, ambos, "Durruti" y "Godoy", fueron fusilados en el cementerio de Sevilla, el 30-1-1953. Ahí terminó la 3ª Agrupación antifranquista cordobesa, tras un calvario infinito digno de una tragedia de Esquilo, pero a la vez testimonio de una voluntad férrea de los resistentes españoles. En mi libro *La resistencia armada…* (2001, p. 569) he cuantificado el número de guerrilleros con que contó la 3ª Agrupación cordobesa, fijándolo, como punto de partida, en 339 bajas, que se desglosan así: 220 muertos, 96 detenidos, 9 entregados, uno huido a Francia y 13 sin datos.

Este libro, *La guerrilla antifranquista en Sierra Morena,* viene a contribuir a la corrección del déficit de estudios sobre este tema que viene padeciendo la historia de la guerra civil y de sus consecuencias, y en concreto la cuestión de la guerrilla o resistencia armada contra el franquismo triunfante en 1939. En principio, varios miles de vencidos se negaron a entregarse o huyeron de la gran represión contra los vencidos en toda España. En 1945 se reorganizaron militarmente, hasta 1952. Se puede decir que esta guerrilla o maquis fue la última batalla de la República.

Algunos eruditos o emborronafolios han hablado de la guerrilla como un "error táctico", lo cual es un tópico sin análisis histórico. Para empezar hay que afirmar lo siguiente: que la guerrilla antifranquista fue una iniciativa coherente con el momento histórico, si se analiza todo el fenómeno de las resistencias en la Europa de los años cuarenta, y en toda época del mundo en general. Así hay que interpretar la guerrilla española: en el contexto del antifascismo europeo.

Otros han escrito (por ejemplo, Gregorio Morán o Andrés Trapiello) paparruchas como que "la guerrilla luchaba por un proyecto, no democrático, sino estalinista". Para rebatir esto baste citar el proyecto de Unión Nacional que el PCE, a través de Jesús Monzón, puso en marcha (o lo intentó) en España en 1943, y todavía se hablaba de ello en las sierras en 1946. La guerrilla venía a ser como el brazo armado de Unión Nacional, un organismo plural, frentista y democrático, para restaurar las libertades en España. Un panfleto arrojado por la guerrilla de Cáceres en Castañar de Ibor, en abril de 1945, decía: "¡Viva Unión Nacional y su Junta Suprema! ¡Viva la República y su Constitución1".

Los habituales detractores de la historia de los vencidos en general y de la guerrilla en particular han incidido en otro tópico: el "derroche de vidas" y el sacrificio inútil. Para empezar, hablan de una cifra exagerada de muertos, 15.000 (Gregorio Morán, p. 146)), cuando lo cierto fue exactamente la mitad. Y a pesar de que este autor no empatiza absolutamente nada con el tema, suelta estas lágrimas de cocodrilo: "fue un despilfarro de militantes, los mejores y más valientes". Parece que Morán no ha mirado nunca a la historia de la Humanidad: todos los avances sociales y políticos se han llevado a cabo, siempre, con el despilfarro y sacrificio de los mejores, desde la noche de los tiempos. Con la visión pedestre y garbancera de la historia que tienen Morán o Trapiello no se explicarían, por ejemplo, "los 300 de las Termópilas" ni Numancia ni miles de episodios idealistas de la historian de la Humanidad.

Otra cuestión de charlas de café ha sido "el porqué del fracaso de la guerrilla". No hay que especular mucho. La primera causa del fracaso fue Franco. Los métodos despiadados de su régimen totalitario y policial aniquilaron el intento de resistencia armada. La policía se encargó de golpear a la guerrilla en las ciudades, y la Guardia Civil en los campos. Se inventó la contrapartida para desmoralizar el apoyo del llano, se reprimió a los familiares, se estimuló la delación y la "provocación", las recompensas y todas las artimañas de la guerra sucia. Y lo peor: se utilizó a mansalva la "ley de fugas", los "paseos" y las liquidaciones *in situ*. La segunda causa del fracaso fue la inhibición y la dejadez de las democracias europeas –los aliados-, porque continuaba la "No intervención"

de la política británica. Si dejaron caer a la República, no iban ahora a ahora a dar apoyo a la guerrilla, la cual sobrevivió en total aislamiento, sin ninguna ayuda de los aliados, sin más destino que la aniquilación.

La falacia de la "desconvocatoria" de la guerrilla en 1948 es otra muletilla de los no curtidos en el tema. De momento, el PCE nunca desconvocó la guerrilla, ni apareció ninguna orden así, ni oral ni escrita ni en *Mundo Obrero.* Lo único que sí comenzó a considerarse fue el "cambio de táctica", a partir de la visita a Stalin (Ibárruri, Carrillo y Antón), en agosto de 1948, el cual les vino a decir que se introdujeran también en los sindicatos verticales, y que la lucha armada fuera el complemento de la lucha política. Por otra parte, se puede aducir el concepto de la "evacuación", que sí se llevó a cabo, muy tarde, en la primavera de 1952, pero sólo con la guerrilla de Levante, la más intacta y con la que desde París se tenía mejor control. Con el resto de grupúsculos dispersos no se tenía ningún contacto.

Dicho todo lo cual, sólo queda adentrarse en las páginas de este libro sobre *La guerrilla antifranquista en Sierra Morena,* donde abundan testimonios orales, la localización de los hechos trágicos de La Huesa, el cuadro plural de población rural dispersa por el término de Villaviciosa, las diversas formas de ayuda a la guerrilla, el microcosmos del campesinado sintiendo suya la causa por la que luchaba la guerrilla. Y a todo ello hay que añadir la originalidad los aspectos medioambientales y cartográficos, de gran significación como camuflaje y posibilidades del fenómeno guerrillero.

Francisco Moreno Gómez
Doctor en Filosofía y Letras,
catedrático de Instituto e historiador.

A LAS MUJERES Y HOMBRES QUE DEJARON SU VIDA EN PUEBLOS Y SIERRAS, LUCHANDO CONTRA EL FASCISMO, Y A TODOS SUS SERES QUERIDOS QUE NUNCA VOLVIERON A ABRAZARLOS

Ahora sé que no vuelves, lo sé en mi carne muerta
a todos los latidos que no traen tu recuerdo,
en la inmovilidad de mis manos febriles,
en el mudo abandono de mi sien resignada.

Lo se tácitamente con la firme certeza
de lo que nadie puede borrar de nuestra vida,
con la seguridad punzante y destructora
de lo que ningún dios hará retroceder

Lo sé. Ya nadie intenta desclavar de mi pecho
la horrible certidumbre que sin querer acuno
es el postrer regalo de tu amor: lo recibo
con las palmas abiertas, iluminadamente

También sé que vendrá un día en que tu gloria
será la gloria pura del mundo liberado
un día en que tu sangre derramada en secreto
recogerá la mies de su don decisivo

Ernestina Champoucin

GUERRILLEROS

Sobre la sierra, sobre vuestra sierra
por los reinos del águila
acechando la presa
que tiembla en la hondonada

¡Solos…! ¿Qué español nunca tuvo miedo
de estar solo en la tierra?
con la piedra y el cielo
sobre la sierra, sobre vuestra sierra

cuando la muerte aprieta sus anillos
como serpiente boa
que alegría cortar con el cuchillo
la cabeza y la cola

sobre la sierra, sobre vuestra sierra
cerca de los hermanos
y cada vez más cerca
hasta tocar su pecho con las manos

Vuestros hermanos que a esta misma hora
a golpe de taller y de trinchera
abren paso a la aurora
la aurora de la sierra

Pedro Garfias

ENTRAMOS EN MATERIA…

ESPACIOS GUERRILLEROS, LUGARES DE NO MEMORIA

La victoria franquista supuso, entre otras cosas, el prolongado empeño por hacer desaparecer en unos casos y tergiversar en otros la identidad y el sentido de las actuaciones históricas de los vencidos, yendo así más allá del propio exterminio físico: de resistentes contra el levantamiento militar a rebeldes, de patriotas antifascistas a vendidos a conspiradores extranjeros... y una vez terminada la contienda civil, de guerrilleros antifranquistas a bandidos y delincuentes, para designar a los pocos que se atrevieron a mantener la lucha armada por la legalidad republicana.

Pero la ocultación del pasado no queda completa si no se arrebata a la memoria, junto al relato de lo que ocurrió, la propia existencia del territorio donde se produjeron determinados hechos: surgen así los *espacios negados*, los *lugares de la no-memoria*, cuya evidencia pondría en cuestión toda la deformación histórico-ideológica perpetrada por los vencedores: las tumbas anónimas y colectivas en cunetas y descampados, el interior de viejas prisiones ya derruidas, los campos de concentración del régimen, que cumplieron una trágica función y que para muchos españoles son menos conocidos que los equivalentes del nazismo o que los crímenes cometidos por las dictaduras chilena y argentina, los testimonios celosamente guardados en archivos de difícil acceso aun hoy día, y los cortijos, aldeas y barrancos en los que se libró una brutal represión contra la población campesina hasta bien entrados los años cincuenta.

Demasiado hemos esperado para recuperar este hurtado patrimonio y demasiados líderes de la vida política y cultural han confundido en estos ya largos años de democracia coronada la aceptación –pactada en la Transición– de no exigir responsabilidades penales a los que durante la dictadura cometieron masivas violaciones de derechos humanos, con el olvido de lo que ocurrió y con la renuncia a recuperar la memoria y la dignidad de víctimas y resistentes, que

se atrevieron a luchar en condiciones imposibles. Ningún pacto político puede exigir eso a todo un pueblo y efectivamente, siguen creciendo las iniciativas y los proyectos para recomponer el relato y el juicio histórico en un tardío esfuerzo que debemos a los que nos precedieron, sí, pero también a nosotros mismos, a los que habitamos el ahora, puesto que la memoria hurtada nos pertenece, fortalece nuestra propia identidad cívica y progresista, nos entrega el hilo nunca roto de las conquistas democráticas... reclamar la dignidad de los que no se sometieron es, al mismo tiempo, afianzarnos en la nuestra.

Para contribuir modestamente a este esfuerzo nace la presente publicación, centrada en el nacimiento, lucha y, a partir de mediados de 1947, debilitamiento y desaparición de la Tercera Agrupación Guerrillera en Sierra Morena. Esta Agrupación surge en los meses centrales de 1945, con un "Estado Mayor" que dirigió a unas diez partidas guerrilleras que se movían por la zona central de Sierra Morena, con unos efectivos en torno a 60 hombres y mujeres. Para conocer sus formas de supervivencia analizamos tres momentos que representan el auge, la lucha-represión y el final de la vida guerrillera en estas áreas montañosas, a partir de testimonios orales, fuentes bibliográficas y de archivo, y el establecimiento de varios itinerarios que abarcan en diferentes paradas el **Barranco de la Huesa** y su entorno, en la confluencia de los términos municipales de Almodóvar del Rio, Villaviciosa y Córdoba.

El primer hecho histórico que recogemos tiene que ver con la aparición de la estructura organizada militarmente de la Tercera Agrupación Guerrillera a partir del secuestro de Manuel Salinas y las inmediatas Asambleas de guerrilleros en las umbrías de la Porrá. Este momento marca el inicio del periodo (1945-1947) de mayor fuerza y presencia de la resistencia guerrillera en la sierra.

El segundo y trágico acontecimiento se sitúa en el Barranco de la Huesa, lugar de la no-memoria por excelencia, donde en la madrugada del once de junio de 1947 fueron cercados y muertos por la guardia civil cinco destacados miembros de la guerrilla antifranquista que constituían el llamado Estado Mayor de la Tercera Agrupación. Este suceso presenta una serie de rasgos que lo convierten en una especie de paradigma respecto al comportamiento de los vencedores y la suerte de los vencidos: el ejercicio de una estrategia casi colonial de ocupación del territorio, considerando a sus habitantes como enemigos conquistados (la apelación al derecho de conquista no es infrecuente en arengas y bandos de los sublevados); el fomento de la delación y la traición como única vía de

redención para tentar a los miembros más débiles de la resistencia; el uso desproporcionado de la fuerza represiva, vendiendo como acción heroica lo que más bien fue una cacería de cinco hombres y una mujer por decenas de guardias civiles; el fuerte impacto social que este hecho tuvo en toda la zona por la relevancia política y el peso humano de los asesinados, muy conocidos y respetados por amplios sectores de la población de la sierra; los usos brutales –incluyendo prácticas inhumanas como la exposición y vejación pública de los cadáveres– para atemorizar a los habitantes de los pueblos próximos y destruir cualquier ánimo de resistencia; el intento de desprestigio de la memoria de los guerrilleros que incluía la humillación y marginación de sus familiares más próximos... por último, el destierro programado de la memoria colectiva de la tragedia de la Huesa, de modo que el mismo topónimo pasara a convertirse en un término desconocido para la gran mayoría de los ciudadanos cordobeses, incluyendo el sector más culto de la población.

No olvidemos además la relevancia que desde el punto de vista estrictamente histórico tuvo la caída del Estado Mayor de la Tercera Agrupación, ya que marcó el comienzo del fin de la lucha organizada en buena parte de Andalucía Occidental y puso en evidencia para las fuerzas represoras –también para los que aún creían en la posibilidad de desestabilizar y provocar la caída del régimen mediante la subversión armada– la vulnerabilidad creciente de las partidas armadas, sin apenas ayuda exterior y condenada al aislamiento de las bases rurales por la tremenda represión sobre enlaces o meros sospechosos de simpatía pasiva.

Por último, recogemos la caza, ya sin posibilidad alguna de resistencia, del último guerrillero superviviente en la zona, José Ramos García, abatido por un destacamento de la guardia civil en marzo de 1951, en el paraje de Mesas Altas, término municipal de Almodóvar. Ramos "Ramillos" era ya en este momento un huido más que un guerrillero, al haber desaparecido tanto la organización de las partidas como la red de enlaces que les proporcionaba información y recursos.

Para reconstruir el complejo mundo de la sierra que albergó durante años la existencia guerrillera, proponemos una mirada que integre lo ambiental, lo social y lo político en la descripción de las relaciones entre las partidas guerrilleras, el territorio y los habitantes de la sierra, que podría resumirse así:

Atención a la variable espacial como eje vertebrador del relato: Aunque la memoria y el recuerdo operan sobre el tiempo, su activación afectiva y emocional se produce desde un lugar determinado, cuya fuerza evocadora nos convoca. El tiempo es una abstracción mientras que el territorio es una realidad tangible, una construcción intersubjetiva, marcado por las huellas de quienes nos precedieron y que emite así un mensaje y un significado. En nuestro caso, proponemos invertir el sentido de ese mensaje: del Barranco de la Huesa, las umbrías de Castripicón y las Mesas del Guadiato como lugares sin historia, lugares negados, hacia su resignificación como lugares afirmados, lugares con historia, espacios de la memoria.

Relación pasado-presente: ¿Cómo era el mundo de la sierra en el que los guerrilleros sobrevivían y cómo se nos presenta ahora? ¿qué gentes, que personajes, que usos sociales se daban en las décadas centrales del siglo XX? ¿qué ha cambiado y que permanece? Una de las claves explicativas de la persistencia y amplitud del fenómeno guerrillero está en la comprensión del paisaje humano y físico en el que se movían, radicalmente distinto al que cualquier senderista puede encontrarse paseando por la zona y más parecido en muchos rasgos a los de un sistema rural-natural de un país sudamericano o africano del actual mundo empobrecido.

Análisis de los rasgos ecológicos del territorio: Desde el enfoque ecogeográfico también se puede lanzar una mirada conjunta al pasado para acercarnos, más allá del hecho político, a la vida cotidiana de los guerrilleros. La gran mayoría de estos eran personas ligadas desde su nacimiento al medio natural, de modo que, sin su profundo conocimiento de los recursos del territorio, del clima, de los enclaves y pasos más apropiados no hubieran podido resistir tanto tiempo ni zafarse en ocasiones de la persecución y el cerco policial o militar. De igual modo, la procedencia social y familiar de los *hombres de la sierra* les permitía establecer lazos y vínculos de apoyo con los campesinos sin tierra que poblaban de modo disperso y a veces itinerante estas zonas montañosas. Nos centramos en el análisis de tres condiciones sin las que hubiera sido difícil o imposible la prolongación de la lucha guerrillera durante más de una década:

Una sierra habitada. Centenares de familias de rancheros, piconeros, pastores, olivareros y pequeños arrendatarios poblaban los grandes latifundios de la sierra, hasta la brusca transformación producida en los inicios de los 60 (plan de estabilización, nuevos ciclos económicos) que lleva al abandono y despoblamiento del territorio y al fin de los usos agrarios tradicionales y preindustriales. En la sierra actual, convertida en un desierto demográfico, la existencia guerrillera hubiera sido prácticamente imposible.

Una sierra abierta y transitada. Parafreseando a Eduardo Galeano, las venas abiertas de las sierras andaluzas estaban constituidas por una densa red, heredada de la Edad Media e incluso del viario romano, de cañadas y vías pecuarias, caminos vecinales, veredas y senderos. Por estas rutas transitaban personas, carretas, caballerías, ganado y mercancías, pero también permitían la movilidad de los enlaces y las partidas guerrilleras, al conectar cuencas fluviales y límites provinciales sin obstáculos ni alambradas. En el libro se recoge con exactitud la vieja vereda de carne entre la ciudad de Córdoba y la localidad de Villaviciosa, que surcaba el territorio ocupado por la guerrilla.

Un espacio biodiverso. Las comparativas de fotografías aéreas tomadas en los inicios de los años 50 y en la actualidad evidencian el paso de un territorio de usos agropecuarios en mosaico compatibles con grandes manchas de vegetación mediterránea bien conservada, al paisaje del presente compuesto de áreas monoarbóreas, bosque en recesión y matorral xerófito, con una significativa merma de la biodiversidad vegetal y animal. La interacción entre zonas labradas con técnicas tradicionales, pastoreo extensivo y vegetación mediterránea favoreció sin duda la existencia guerrillera desde el punto de vista de los recursos disponibles.

Recuperación de los testimonios orales: Desgraciadamente ya han desaparecido muchos de los que conocieron la zona, ayudaron o simplemente se cruzaron con los miembros de la guerrilla, pero todavía pueden obtenerse valiosos testimonios de testigos de la época y familiares de conocidos guerrilleros que nos permitirán acercarnos a la dimensión humana de los protagonistas, la que más nos interesa en este trabajo.

Por último, enfoque del proceso de investigación como un estudio de caso, de modo que la realidad espacial y temporal acotada (las sierras de Córdoba, Almodóvar y Villaviciosa en la década de los cuarenta) adquiere un doble significado. Primero, el relato de lo que aconteció durante este periodo en el espacio de estas sierras es relevante y esclarecedor por sí mismo, puesto que allí surgió la Tercera Agrupación y también allí desapareció su Estado Mayor arrastrando en su caída gran parte del edificio guerrillero tan difícilmente levantado. Pero, sobre todo, la reconstrucción del pequeño mundo social y natural de este amplio territorio serrano nos sirve como una especie de modelo extrapolable y generalizable a la mayor parte de los espacios geográficos con presencia guerrillera.

POLÍTICA DE VENGANZA, VOLUNTAD DE RESISTENCIA, AFÁN DE SUPERVIVENCIA: LAS RAZONES DE LA ORGANIZACIÓN DEL MAQUIS.

Durante más de una década –de 1939 a 1950– un pequeño ejército que se aproximaba a los 10.000 guerrilleros, apoyado por un número indeterminado de enlaces que en todo caso superaba con creces al de los propios combatientes armados (según cifras oficiales hubo 20.000 enlaces detenidos, y muchos murieron por la aplicación de la ley de fugas), enfrentó a lo largo y ancho de la geografía española al régimen de Franco en su momento de mayor paroxismo de violencia y represión, constituyendo, en palabras de Paul Preston, la mayor amenaza efectiva para la estabilidad y la continuidad de la dictadura. Ante la realidad innegable y creciente de una dura resistencia armada básicamente rural, el régimen osciló entre el reconocimiento a veces exagerado de las actuaciones del maquis y de su conexión ideológica con la izquierda republicana (en este sentido hablaba Franco inmediatamente después de la guerra, en un viaje por tierras andaluzas: "¡alerta, falangistas, que la guerra no ha terminado!"), hasta la ocultación de los golpes guerrilleros, ejerciendo una férrea censura sobre cualquier tipo de información, persiguiendo opiniones y comentarios incluso al nivel más informal y cotidiano –especialmente en las zonas afectadas por las actuaciones guerrilleras– y, sobre todo, negando cualquier fundamento político o ideológico a las actuaciones de la guerrilla, de manera que en lugar de hechos de resistencia política se hablaba de robos, secuestros, saqueos y asesinatos perpetrados por bandidos y delincuentes que actuaban movidos por venales intereses propios de la delincuencia común.

Tal era la imposición oficial de silencio, que cualquier comentario casual, incluso en términos jocosos, sobre la guerrilla podía tener consecuencias trágicas para el interesado (Moreno Gómez cuenta en su libro "La resistencia armada contra Franco" el caso de un joven de Villanueva de Córdoba que fue torturado

y muerto por la guardia civil porque se negó a pagar la cuenta en un prostíbulo al grito de "esto, que lo pague *Caraquemá*"). La losa de silencio se convirtió así en un hábito absolutamente arraigado en todos aquellos que conocieron a personas o hechos relacionados con la guerrilla, pero al mismo tiempo contribuyó a interiorizar y grabar para siempre en la memoria personal esos acontecimientos y vivencias que no podían contarse ni en la intimidad familiar. El curioso proceso de reforzamiento de la memoria a partir del silencio impuesto es perfectamente reconocible en las numerosas entrevistas que hemos realizado a vecinos, conocidos o colaboradores de los *hombres de la sierra*: primero surge la resistencia a hablar, a evocar los recuerdos de aquellos años sepultados tras décadas de olvido provocado por el miedo; a veces, este miedo ha calado en los huesos de los testigos y los acompañará hasta la tumba, se expresa incluso físicamente en el momento de la entrevista; pero una vez rota la negativa inicial (no siempre es posible) las palabras y los recuerdos surgen en avalancha, con una exactitud pasmosa, como algo largamente guardado y que se recupera intacto como el primer día. El miedo de medio siglo desaparece y a la inquietud de las primeras frases sucede la seguridad en el dato y la convicción en el juicio moral emitido; a veces la emoción y la alegría acompañan las largas respuestas.

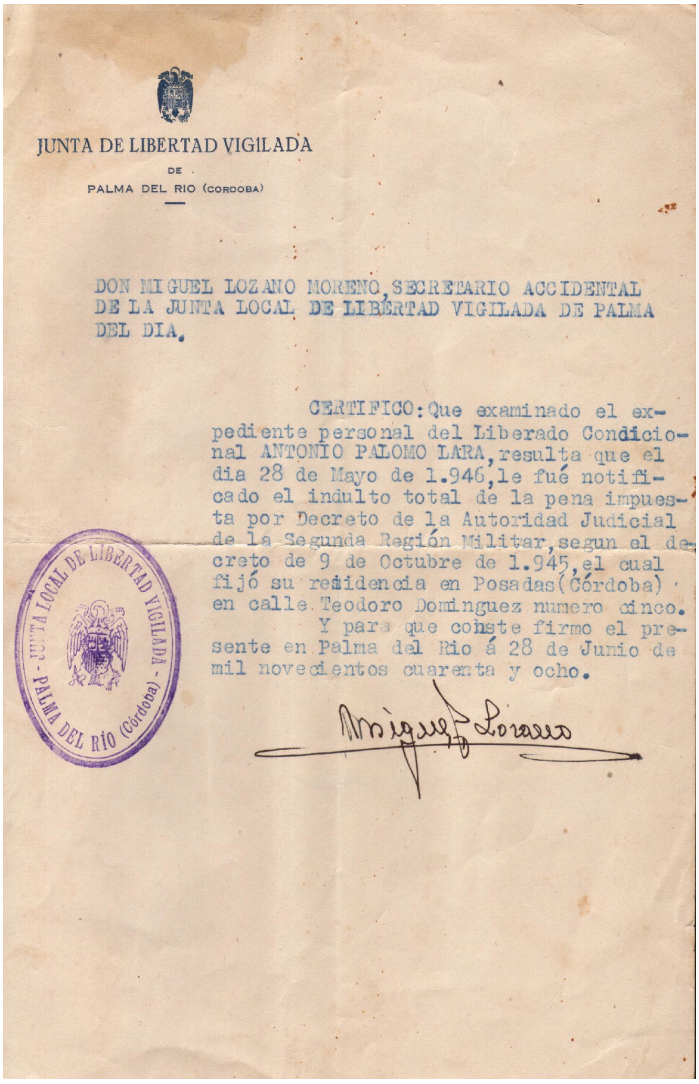
¿Cómo puede explicarse este largo periodo de resistencia armada en unas condiciones que hoy se nos antojan imposibles, sin el apoyo activo de una población atemorizada, agotada por la guerra e inmovilizada por el terror cotidiano, ante unas fuerzas armadas y policiales que consumían el 35% del presupuesto nacional y que tenían total libertad para aplicar medidas brutales de represión, con las redes sindicales y políticas internas destruidas y con muy escasa ayuda exterior? En los últimos años, un número creciente de publicaciones –que incluyen tanto estudios locales y regionales descriptivos como análisis interpretativos desde una perspectiva nacional e internacional del hecho guerrillero– han ido rompiendo el espeso silencio que condenaba al olvido o a la aceptación definitiva del relato tejido por los vencedores de la guerra como verdad histórica, de modo que estamos cada vez más en condiciones de ofrecer algunas respuestas a esta cuestión que resume de algún modo el problema ya histórico pero todavía vivo y presente en la conciencia de muchos españoles de la resistencia armada al régimen franquista.

Ante todo, la guerra civil española no se cerró el 1 de abril de 1939, como muchos españoles de ambos bandos esperaban y deseaban. La división entre vencedores y vencidos, la invocación permanente de la victoria como fuente de

El largo silencio impuesto por la dictadura se ve roto por fin con el testimonio oral de los testigos de la época. Entrevista a A. Montero (foto autores)

legitimación del nuevo régimen, la exclusión social, cultural y económica de todos los que habían pertenecido a la zona republicana y el ejercicio durante largos años de una política de persecución política y represión policial y militar que en muchos casos podía considerarse como terrorismo de Estado, constituyeron los dramáticos rasgos de una realidad cotidiana que recordaba permanentemente quienes eran los nuevos amos de la nación y quienes debían seguir pagando su fidelidad al régimen legítimamente constituido de la extinta República. En palabras de Nicolás Sánchez Albornoz *"En materia de libertad, la cárcel y la calle se diferenciaban sólo en grado. España entera-debe recordarse- era entonces una inmensa prisión"*.

Esta *política de clase y venganza*, como la denominan el propio Sánchez Albornoz y también Paul Preston, sorprendió a miles de combatientes republicanos o simplemente fieles a la legalidad institucional, que fiados en la promesa franquista que garantizaba el respeto a la vida y un trato justo para todos aquellos que no tuvieran delitos de sangre regresaron a sus hogares en pueblos y ciudades, una vez producida la desmovilización general del ejército republicano. En lu-



JUNTA DE LIBERTAD VIGILADA
DE
PALMA DEL RIO (CORDOBA)

DON MIGUEL LOZANO MORENO, SECRETARIO ACCIDENTAL DE LA JUNTA LOCAL DE LIBERTAD VIGILADA DE PALMA DEL DIA.

CERTIFICO: Que examinado el expediente personal del Liberado Condicional ANTONIO PALOMO LARA, resulta que el dia 28 de Mayo de 1.946, le fué notificado el indulto total de la pena impuesta por Decreto de la Autoridad Judicial de la Segunda Región Militar, segun el decreto de 9 de Octubre de 1.945, el cual fijó su residencia en Posadas (Córdoba) en calle Teodoro Dominguez numero cinco.

Y para que conste firmo el presente en Palma del Rio á 28 de Junio de mil novecientos cuarenta y ocho.

JUNTA LOCAL DE LIBERTAD VIGILADA - PALMA DEL RÍO (Córdoba) -

Tras años de cárcel, muchos españoles se encontraban con una "libertad vigilada" que suponía en la práctica la extensión del régimen carcelario a la vida cotidiana (cedido por Antonio Palomo Lara)

gar de la esperada reconciliación lo que encontró la media España derrotada fue un imponente aparato represivo que abocó a muchos a la desesperación y a la marginación social. Algunos escogieron el llamado exilio interior, otros la simple supervivencia pasiva y, en fin, otros no se resignaron y, cansados de la persecución cotidiana, de los golpes físicos y del desprecio moral, optaron por huir al monte, de modo individual o en grupos organizados, resistiendo con las armas para mantener la dignidad, aún a sabiendas de que la mayoría iba a morir. Los

Prisioneros republicanos en uno de los numerosos campos de concentración que proliferaron en la primera posguerra (cedida por Antonio Álvarez)

datos que poseemos son elocuentes y explican por sí solos cual fue la primera y más extendida razón de las incorporaciones masivas a las partidas de huidos primero y a la guerrilla organizada más tarde. Las últimas investigaciones cifran en unos cincuenta mil los republicanos ejecutados en la posguerra, a los que habría que añadir un elevado número de personas –difícil de concretar por razones obvias– que murieron en las cárceles por la insalubridad, el hacinamiento, los malos tratos y el hambre. Del total de condenados, solo el 10% estaba acusado de delitos de sangre, lo que invalida la opinión extendida por la propaganda franquista de que la gran mayoría de huidos y guerrilleros eran rojos acusados o convictos de hechos sangrientos durante la guerra civil. Estas ejecuciones son aun menos explicables si tenemos en cuenta –como señala Secundino Serrano– que los líderes políticos y militares así como muchos de los que habían participado en acciones violentas desde el bando republicano formaron parte del medio millón de exiliados que inundaron Europa e Hispanoamérica, por lo que la acción represora se ejerció sobre personas que en su mayor parte se quedaron voluntariamente pensando que no habían cometido ninguna acción susceptible de ser castigada por la justicia. A las muertes hay que añadir los encarcelados en condiciones durísimas: la cifra de presos llegó a 270.000 en 1939 y a 142.000 en 1942, manteniéndose muy elevada hasta comienzos de los cincuenta. En las hacinadas e improvisadas cárceles, campos de trabajo y batallones de castigo se producen en los dos primeros años de posguerra fugas masivas y muchos de estos evadidos van a nutrir las primeras partidas guerrilleras, todavía sin ningún tipo de organización ni estructura política de apoyo. Precisamente este es el caso del grupo inicial de Julián Caballero, evadido del antiguo convento convertido en prisión de Hinojosa del Duque.

El ambiente represivo y las prácticas humillantes basadas en el derecho de conquista trascendían los muros de las prisiones y la parafernalia de las nuevas leyes hijas de la victoria para impregnar el conjunto de la vida cotidiana (Ley de Responsabilidades Políticas de 1939 que atribuía la potestad de emitir informes o certificados de conducta no sólo a los jueces sino también al Ejercito y al partido (Falange) e incluso a los párrocos; Ley de Represión de la Masonería y del Comunismo, que fomentaba la delación y se convirtió en un temible instrumento contra las células clandestinas y, en abril de 1947, la Ley de Represión del Bandidaje y el Terrorismo, que daba carta blanca a la violencia impune contra las partidas guerrilleras y los enlaces.

Poseemos numerosos testimonios orales en este sentido, de los que presentamos dos a título de ejemplo.

En una extensa entrevista, Antonio Álvarez (El Cano), nacido en Posadas en 1929 y apodado *"el niño republicano"* nos cuenta:

...Cuando volvimos al terminar la guerra me quisieron sacar, para quitarme de en medio a pesar de la corta edad que tenía. Al poco tiempo, cuando estaba la cosa más normalizada, una noche que estábamos acostados llegaron un tal Cojo Pedrera y una pandilla de falangistas de esos del cangrejo (el yugo y las flechas) que aporreando la puerta y a voces decían "venga, Álvarez, Junquito –ese era mi padre- que nos vamos de perol". Se llevaron a mi padre a la plaza de los Caídos y le hicieron un corro a mi padre y a un amigo al que llamaban Alamito. Empezaron a darles golpes, uno lo suelta y otro lo coge pegándoles palos, dándole aceite de ricino y gasolina, y las tapitas eran chicharras que se las metían por la boca también. Algunos que se reían eran hijos de señoritos; cuando acabaron de hacerle estas perrerías los pusieron junto a la cruz de los Caídos clavados de rodillas. Al poco tiempo pasó un teniente de caballería y les preguntó a los falangistas "¿estos hombres que hacen aquí?", a lo que contestó uno de ellos, "estos están rezando por Dios y por la patria"; el teniente dijo "esos se estarán cagando en la madre que nos parió a ustedes y a mí también, dejadlos que se vayan a su casa". Fuimos a recogerlos, estaban destrozados, el Alamito había muerto de la gasolina y los golpes, pero mi padre todavía vivía, aunque lo habían partido por todos lados, le pusieron cruces por todas las partes del cuerpo.

Al hilo de este testimonio, observamos que no era infrecuente en la época la intervención salvadora de *personajes buenos* del propio régimen -propietarios

de fincas con cierto sentido moral o caritativo y oficiales del ejército que veían como un deshonor el brutal abuso de poder- que llegaron incluso a enfrentarse puntualmente a sus compañeros de régimen. En cierto sentido no deja de ser natural, puesto que nadie que no formara parte de la coalición victoriosa tenía la capacidad de oponerse a este tipo de conductas.

El otro testimonio que aportamos corresponde a una entrevista realizada en Villaviciosa a Rafael Calero Calero, de 78 años, uno de los que presenció la llegada a Villaviciosa de los cadáveres de los guerrilleros de la Huesa el 12 de junio de 1947, siendo un muchacho. Entre otras cosas nos cuenta:

Todos los que pasaban por delante de la Cruz de los Caídos que estaba junto a la Iglesia tenían la obligación de saludar levantando el brazo o con una inclinación de cabeza. Si no lo hacías, el propio cura o cualquiera de los falangistas o señoritos que andaban por allí te obligaban a dar la vuelta y volver a pasar por delante de la cruz haciendo el saludo. Yo procuraba no atravesar nunca por delante, pero una vez no tuve más remedio y pasé deprisa sin saludar. Mira por donde el cura, que ya era mayor, me vio y me obligó a volver. Después hizo que me acercara y me dijo las siguientes palabras: "acuérdate de lo que te voy a decir. Nosotros somos los amos. Mandamos ahora y mandaremos".

Testimonio gráfico de la contribución republicana a la victoria aliada en Europa (cedido por José Moro)

La alianza de la iglesia con la espada de Franco queda patente en el recuerdo del entrevistado, cumpliendo a escala local los designios de la más alta jerarquía católica. Se impuso la visión del clero más militante, respaldada por el Cardenal Gomá, Primado de España, para quien la guerra civil había sido la última de las *Cruzadas de Liberación* que los buenos españoles habían mantenido a lo largo de toda su historia contra infieles, liberales y marxistas, la "antiespaña" en definitiva. Una pregunta que todavía continúan haciéndose muchos historiadores consiste en por qué se llevó a cabo de forma consciente y planificada esta política próxima al derecho de conquista medieval, manteniendo viva la división de las dos Españas y el sometimiento de un sector importante de la población prácticamente hasta la muerte de Franco.

En principio habría que vincular las prácticas represoras de la primera posguerra con la continuidad del concepto de guerra ideológica y de exterminio basada en los modelos de ocupación colonial ensayados en Cuba primero (Weyler) y en la ocupación del territorio marroquí a manos de Millan Astray y el propio Franco, entre otros. En este sentido, resulta ilustrativa la entrevista que Franco concedió al periodista estadounidense Jay Allen en Tetuán, el 27 de Julio de 1936. Cuando Allen le preguntó "ya que el golpe de Estado ha fracasado ¿cuánto tiempo va a continuar la masacre?" Franco contestó "no puede haber concesiones ni tregua. Yo continuaré preparando el avance sobre Madrid, avanzaré y tomaré la capital, salvaré a España del marxismo al precio que sea". Allen preguntó entonces "¿eso significa que tendrá usted que fusilar a media España?", el general sacudió la cabeza y sonriendo dijo "repito, cueste lo que cueste".

Algo más tarde, el 14 de agosto de 1936, en la conquista de Extremadura las tropas del coronel Yagüe habían efectuado en la plaza de Badajoz una de las matanzas más horrendas de la guerra, y la explicación del militar manifestaba de nuevo el tipo de guerra de exterminio y el uso del terror como arma política propia de los sublevados "...no iban a dejarse 4.000 rojos a mis espaldas teniendo que avanzar mis fuerzas a marchas forzadas y arriesgarme a perder Badajoz de nuevo". Por último, las propias palabras del general Franco al día siguiente del último parte de guerra ya preconizaban con claridad la renuncia a cualquier tipo de reconciliación y la triste suerte que esperaba a los vencidos: *"¡Españoles alerta! la paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia; la sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad, ni la traición. ¡Españoles alerta!... España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos..."*

La combinación del nuevo ideario fascista con las peores tradiciones del militarismo colonial español crearon así la despiadada práctica de la ocupación interior a manos del propio ejército y sus aliados civiles. Recordemos que el Ejercito de Tierra absorbía en 1941 el 45,8% y en 1943 el 53,7% del presupuesto nacional. Podemos añadir a esto, en un ejercicio próximo a la psicología y la sociología de la historia, el espíritu de venganza suscitado entre no pocos miembros de las clases dominantes que apoyaron la rebelión ante la inesperada resistencia de los sectores populares organizados política y sindicalmente, que por primera vez en la historia de España consiguieron hacer fracasar el golpe de Estado, concebido en principio como un simple pronunciamiento militar y una fácil represión posterior, tal y como había ocurrido trece años antes con

Primo de Rivera. ¿Cuántas personas del bando franquista no olvidaron nunca esta resistencia que los obligó -también a ellos- a morir en los campos de batalla y hasta qué punto las represalias locales en el pequeño universo de los pueblos españoles tras la victoria no tuvieron en cuenta esa insólita dignidad de los humildes, el gesto de levantarse y luchar de los que durante siglos sólo habían agachado la cabeza? No lo sabremos nunca, pero la pregunta queda ahí.

El movimiento guerrillero surge así en su primera etapa -hasta 1944/45- como una respuesta del sector más combativo e ideologizado de los derrotados ante la política de continuidad del espíritu y las prácticas de la guerra civil por parte de la alianza victoriosa de militares, jerarquía eclesiástica, terratenientes y parte del mundo financiero e industrial. A esta situación estructural de violencia y exclusión podemos añadir dos importantes factores que sin duda explican también el éxodo al monte de muchos republicanos. Por un lado, la heterogeneidad política y social de la amplia coalición conservadora y filofascista que había proporcionado la base social y el apoyo material al levantamiento necesitaba seguir apelando a la memoria de la guerra y a la existencia de un enemigo común al que había que seguir persiguiendo y aniquilando, como razón fundamental que los mantuviera unidos. ¿Qué tenían en común elementos cercanos a la marginalidad y de extracción social baja como muchos de los integrantes de los pequeños partidos netamente fascistas (Falange Española y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, unidos en 1934), con los nostálgicos carlistas del Antiguo Régimen y de la monarquía de derecho divino, o con las élites monárquicas clericales y conservadoras de Renovación Española? Muy poco, salvo el recuerdo de la sangre derramada y la invocación a la unidad para hacer frente a la *Antiespaña*, vencida y humillada, pero no extinta.

Existe aún otra razón, esta vez de carácter no emocional ni ideológico, sino más prosaica, basada en el enriquecimiento de los vencedores a expensas de los derrotados. No son infrecuentes los testimonios de españoles republicanos pertenecientes a la burguesía media y alta (propietarios de fincas o de inmuebles urbanos, dueños de negocios y pequeñas fábricas...) que fueron desposeídos de sus bienes tras la guerra, basándose en el hecho de encontrarse en paradero desconocido o simplemente por impago de impuestos, cuando no se producía la incautación directa como resultado de las sentencias firmes a cárcel o a muerte. El origen de muchas fortunas de miembros de la alianza franquista se encuentra aquí, en la abusiva expropiación de propiedades para ser trasvasadas y concentradas en manos de los jerarcas locales, de militares y miembros de

la judicatura. Aún resulta más relevante el acelerado ritmo de acumulación de beneficios empresariales propiciados por la brutal explotación de la mano de obra agraria e industrial que se da durante dos décadas (1939-1960) en todo el país, como consecuencia directa de la política de represalias y sometimiento de los vencidos: Se destruyeron los sindicatos y la Falange y el Estado se apropiaron de su patrimonio, al mismo tiempo que se sancionaba con largos años de cárcel cualquier intento de huelga o simplemente cualquier manifestación reivindicativa y se controlaban los desplazamientos y la búsqueda de trabajo por un sistema de salvoconducto.

En este contexto de indefensión, los salarios reales cayeron hasta la mitad de los niveles de 1936 y la renta por habitante en los años centrales de la década de los 40 se situaba en torno a las 6.000 pesetas, mientras que en 1934 superaba la 8.880. Como castigo a la mayor resistencia antifranquista de las zonas urbanas e industriales y correlativa recompensa a los fieles terratenientes, se propicia en los años de autarquía la vuelta a la ruralidad, que viene acompañada de un descenso en el valor de los ya bajísimos salarios percibidos por peones y jornaleros, extendiendo así el hambre y la miseria entre las familias campesinas, mientras que el sistema de precios subvencionados y compra de cereales directamente por el Estado garantizaba la obtención de beneficios a los grandes propietarios de tierras. De este modo, la proporción de la población activa empleada en la agricultura volvió al nivel de 1910, y este inmenso ejercito de explotados generó una enorme cantidad de recursos que fueron concentrados en pocas manos e invertidos en parte en el sector industrial que comenzaba a despegar. La inversión de capitales de la democrática Europa también se aprovechó largamente del sometimiento estructural de los trabajadores españoles, acudiendo masivamente al paraíso anticomunista de bajos salarios e inexistencia de huelgas y sindicatos. No olvidemos este predominio de la sociedad rural en un marco de violencia socioeconómica de clase a la hora de explicar precisamente el carácter rural de la guerrilla y la debilidad y pronta desaparición de la lucha armada urbana, salvo en el caso un tanto singular de Barcelona y en menor medida Granada (hermanos Quero). En resumen, son razones ideológicas y políticas, pero también económicas y materiales las que están en la base del cruel empeño –que a tantos tomó desprevenidos- de *imponer la victoria después de la guerra,* provocando como reacción a veces desesperada o basada en la defensa de la propia dignidad y en la formación ideológica y militante de muchos trabajadores (incluyendo líderes políticos y sindicales) la huida a la sierra primero y la organización en guerrillas posteriormente de miles de hombres y mujeres.

Junto a lo que acabamos de exponer, existen otros factores de carácter más coyuntural que sin duda favorecieron la resistencia armada antifranquista en sus diferentes fases y que finalmente contribuyeron también a su desaparición. Debemos conocerlos para entender los acontecimientos que se desarrollaron en la Huesa y en tantos otros lugares de la geografía española.

En primer lugar, todavía en plena guerra civil surgen diversas iniciativas para consolidar un ejército guerrillero que actuara a espaldas de las líneas del frente enemigo, aprovechando en parte el elevado número de combatientes republicanos que iban quedando aislados en la zona franquista. Así José Díaz, secretario general del Partido Comunista de España, señalaba en su informe al Comité Central, celebrado en Valencia en marzo de 1937 que "hay que impulsar la formación de grupos guerrilleros que ya están actuando a espaldas del enemigo". También el general Rojo solicitó ya a finales de 1936 la formación de unidades guerrilleras en Extremadura vinculadas al Ejército Popular de la República. Estas y otras iniciativas cristalizan con la creación en septiembre de 1937 del XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero, siendo jefe de Gobierno y ministro de Defensa Juan Negrín. La idea de Negrín, apoyada no sin contradicciones y fisuras por buena parte de las organizaciones y partidos de izquierda republicanos, consistía en adoptar tácticas defensivas para resistir hasta la cada vez más inevitable y previsible conflagración mundial, incluso utilizando en última instancia este Cuerpo de Ejército Guerrillero para mantener viva la República en determinadas zonas del territorio nacional. Nunca sabremos la viabilidad histórica de este plan de defensa no convencional, puesto que el golpe de Estado interno del coronel Casado (marzo de 1939) y la indecisión de parte de la coalición de gobierno republicana frustraron su puesta en práctica, entregando así inermes a los derrotados a las fuerzas franquistas.

El XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero desarrolló una importante labor de sabotaje y de liberación de presos republicanos tras las líneas franquistas, organizando y manteniendo unidos al Ejercito de la República a muchos huidos de Extremadura y Andalucía. En Córdoba el Ejército Guerrillero de Andalucía tuvo una fuerte presencia, especialmente su sección más representativa, cuyos miembros eran conocidos como los "niños de la noche", por actuar en sus actos de sabotaje amparados en la oscuridad y basándose en su perfecto conocimiento del terreno. Antonio Álvarez "El Cano" nos ofrece en la entrevista citada anteriormente un breve, pero significativo testimonio de las actuaciones de este grupo en Córdoba:

Me dicen Junquito porque así le llamaban a mi padre, pero me conocen más por "el Cano" y os voy a contar porqué. Yo nací en el 29, de modo que cuando llegó la República ya empezaba a pronunciar palabras, pero no de forma muy clara; mis vecinos y mis padres me decían "niño ¿tú que eres?" y yo respondía "yo..., cano", por decir lo que la gente del pueblo repetía, que eran republicanos. Por eso Cano se me quedó y Cano me llaman desde entonces. Cuando estalló la guerra la mayor parte de la gente huimos a la sierra camino de Villaviciosa (desde Posadas en este caso). *Un tío mío –mi tío Herrera, que le decían Lorento- se presentó voluntario para ser guerrillero, de los "niños de la noche", hacía incursiones para poner petardos en los raíles de las vías del tren, en toda esta zona que era nacional. Llegaron a reventar un tren en la huerta del Herrero. En una ocasión vino una noche a soltar un marrano que nos dejamos encerrado en una zahúrda y aprovechó para hablar con alguna gente del pueblo de los que no habían huido, que le contaron como los falangistas llegaron a mi casa, vieron en lo alto de una cómoda un revolver de madera que yo tenía para jugar y comentaron este es el revólver del "niño republicano".*

Tras la derrota el 1 de abril, el XIV Ejército guerrillero desapareció en la desorganización general, imposibilitando así cualquier intento serio y articulado de lucha guerrillera por parte de la República. A partir de este momento, los numerosos huidos dispersos por montes y cordilleras se encontraban solos frente a la acción represiva del franquismo.

Desde el final de la guerra hasta 1944-45 se prolonga así el periodo de presos huidos a veces en fugas masivas de improvisados penales (en Córdoba se producen en Hinojosa del Duque y Peñarroya-Pueblonuevo) que en algunos casos y áreas geográficas –como la Federación de Guerrillas León-Galicia o el Grupo de Guerrilleros del Sur de España (Almería)– van organizándose en las primeras partidas guerrilleras mínimamente coordinadas, aunque siempre sin apoyo político de las instituciones republicanas en el exilio y por tanto abandonadas a su suerte hasta la consolidación en Septiembre de 1943 por parte del PCE de la UNE (Unión Nacional Española) que refuerza y potencia la organización guerrillera dándole un marco y una intencionalidad política e ideológica en un contexto internacional absolutamente desfavorable, con el victorioso eje italogermánico amenazando con ocupar toda Europa e imponer el "nuevo orden" a sangre y fuego. Ya a comienzos de 1943, la derrota en Stalingrado del todopoderoso Sexto Ejercito de la Wehrmacht supuso un signo claro del cambio de tendencia de los acontecimientos bélicos. El verano de 1944, con el desembarco

de Normandía y la liberación de París, evidencia ya la próxima derrota del fascismo en los campos de batalla.

José Moro entrando en Bolsena sobre un vehículo acorazado (cedida por José Moro)

Precisamente las bases de la guerrilla organizada arrancan de territorio francés, en el contexto de la importante aportación de guerrilleros españoles -antiguos soldados republicanos en su mayoría- a la lucha contra los nazis. Entre 10.000 y 20.000 hombres formaron parte primero del XIV Cuerpo de Ejército de los guerrilleros españoles –un evidente homenaje al ejército guerrillero de la república del que ya hemos hablado- y luego, a partir de 1944, de la Agrupación de Guerrilleros españoles (AGE), que protagonizó la frustrada invasión republicana del valle de Arán en octubre de 1944. Como cuenta Secundino Serrano, en la liberación de París, el primer soldado que saludó a Georges Bidault, presidente del Consejo Nacional de Resistencia, fue el teniente español Amado Granell. Al rendirse el general Von Choltitz, comandante en jefe de la defensa del Gran París, entregó su pistola a un ex-soldado republicano llamado Antonio González. Los tanques que liberaron París llevaban pintados los nombres de batallas emblemáticas de la guerra civil: Guadalajara, Teruel, Belchite, Ebro o Guernica.

Los españoles que se habían enfrentado a alemanes e italianos en los desiertos de Argelia y Libia, en las playas de Normandía o en los campos y ciudades francesas tenía perfectamente claro que la lucha contra Hitler y Mussolini era también la lucha contra Franco y que la propia guerra mundial no era más que la continuación del enfrentamiento entre democracia y totalitarismo iniciado con el levantamiento franquista. En su ánimo y en su mente la guerra civil española no había concluido, y la lógica continuación de la liberación de Francia sólo podía ser el avance de los ejércitos aliados más allá de la frontera española, hasta derribar al último de los regímenes fascistas que habían simpatizado abiertamente con el nazismo: la dictadura franquista.

El optimismo generalizado -cuando no la euforia contenida- se extiende entre los círculos republicanos más combativos a partir del punto de inflexión

en las relaciones de poder internacionales que supone el verano del 44, y las consecuencias para la actividad guerrillera pronto van a dejarse sentir con fuerza. En clave de política interna, la UNE, liderada por los comunistas pero con participación de un sector del PSOE y grupos libertarios próximos a la CNT, decidieron aprovechar la potente organización levantada por los exiliados españoles en el sur de Francia -los *chantiers*, conocidos con el nombre de *maquis*, donde se preparaban los guerrilleros, se falsificaba documentación diversa y se concentraba armamento robado a los alemanes o entregado por los aliados para la lucha contra Hitler- combinada con la probada capacidad combativa de los miembros de la AGE, para forzar la intervención aliada contra Franco mediante la penetración de una importante fuerza guerrillera por el Valle de Arán y la consiguiente creación de un territorio liberado en suelo español donde se instalarían las instituciones republicanas hasta recibir el reconocimiento internacional y la ayuda militar necesaria, en lo que podría haber sido una ofensiva simultanea de las potencias antifascistas contra Berlín y Madrid.

José Moro en Argel, alistado en la Legión Francesa, en lucha contra los nazis (cedida por José Moro)

Como era de esperar, el análisis político en el que se basa la invasión muestra pronto su fondo irreal y voluntarista; la expedición armada en la que participan unos siete mil hombres se inicia el 19 de octubre y el 27 y 28 del mismo mes tiene lugar la retirada. Paradójicamente, el fracaso de la masiva operación de *reconquista* acaba fortaleciendo la estructura guerrillera rural, abriendo el periodo de mayor capacidad de actuación, influencia en las bases rurales e integración organizativa en un marco político-militar, que se prolonga desde finales de 1944 hasta 1947. Por un lado, parece conseguirse por fin la unidad de acción de la oposición republicana con la creación de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, en la que se incluye el PCE, disolviendo la Unión Nacional Española. Además, la estrategia de penetración masiva llevada a cabo en Arán es sustituida por el goteo a través de la frontera de pequeños grupos de hombres experimentados y con sólida formación política -muchos de ellos héroes reconocidos en la lucha contra Hitler, como Cristino García- que pasaban a integrarse en las partidas

de huidos y en las guerrillas ya existentes, dotándolas de un sentido político y procurando el establecimiento de relaciones permanentes y jerárquicas -a la manera de un pequeño ejército- entre ellas. El Pleno del CC del PCE celebrado en Toulouse en 1945 ratifica la idoneidad de la lucha armada, que combinada con huelgas y manifestaciones por todo el país podrían desestabilizar el régimen hasta el punto de requerir la ansiada intervención aliada.

Surgen así a partir de 1945 seis agrupaciones guerrilleras operativas: Andalucía, Extremadura, Zona Centro, Levante-Aragón, Asturias-Santander y Galicia-León. La zona Norte de la provincia de Córdoba (Sierra Morena y Valle de los Pedroches) en la que actuaba el grupo guerrillero de Julián Caballero Vacas fue incorporada en principio al Ejercito del Centro por razones de conexión geográfica, y posteriormente, cuando "Mario de la Rosa" se incorporó en 1946 como jefe de la tercera agrupación guerrillera, se decidió segregarla del área de la Meseta e integrarla en Andalucía. El territorio donde se situaba la Tercera Agrupación comprendía no solo Sierra Morena sino el sur de Badajoz y Ciudad Real, como veremos más adelante. En la práctica, esta impresionante terminología de "Estados Mayores" "Ejércitos Guerrilleros" "Divisiones" y "grupos guerrilleros" apenas se tradujo en una serie de contactos irregulares y difíciles de mantener, con algunas acciones coordinadas de ocupación de pequeños pueblos o cortijadas durante algunas horas. Las dificultades orográficas, la precariedad de la vida cotidiana y sobre todo la dureza de la persecución permanente y la implacable represión policial impidieron cualquier estructura organizativa eficaz y duradera.

A pesar de todo, de 1944 a 1946, muchos republicanos (no solo comunistas) e incluso algunos miembros de la alianza vencedora llegaron a creer firmemente en la posibilidad del hundimiento del régimen y, por tanto, de algún modo, en la viabilidad de la lucha guerrillera como factor desestabilizador. No son infrecuentes las evidencias de comportamientos contemporizadores con las partidas guerrilleras de propietarios rurales, profesionales en áreas rurales e incluso agentes policiales (policía armada y, en menor medida, guardias civiles) que *miran para otro lado* evitando en la medida de lo posible enfrentamientos directos; en algún caso, existen testimonios de apoyo activo por parte de algún propietario, de médicos y funcionarios... se buscaba en todos estos casos un aliado en el bando contrario que pudiera servir de ayuda si al final se producía el cambio de régimen. No estamos hablando en absoluto de que la política represiva del régimen se modificara oficialmente en estos años. Los métodos

represivos seguían siendo brutales e indiscriminados, pero hubo casos relativamente frecuentes de pasividad o apoyo indirecto a la actuación guerrillera, lo que muestra una cierta percepción entre los vencedores de que las cosas podían ir mal para ellos. Entre los guerrilleros, se produce el fenómeno contrario; numerosos testimonios nos hablan de una moral de lucha bastante alta, a pesar de los frecuentes reveses y la incesante persecución.

La esperanza en la intervención aliada y en el bloqueo internacional era tal que en muchos casos llevó a excesos de relajación y de confianza que llegaron a costar muy caros -detención o muerte- a miembros de las partidas. ¿Existían razones objetivas que justificaran el miedo de unos y la esperanza de otros ante un hundimiento de la dictadura? Ahora es fácil afirmar que no, pero en aquellos momentos la realidad internacional emitía mensajes contradictorios y confusos, que podían dar pie a respuestas políticas y personales muy distintas. Aparentemente, el panorama internacional no pintaba mal para los antifranquistas: El 8 de mayo de 1945 se produce la capitulación nazi y el 7 de Julio los laboristas ganan las elecciones en Gran Bretaña. En la Conferencia de San Francisco (abril-mayo de 1945) se rechaza a España como miembro de la recién nacida ONU y el 19 de Julio se aprueba una dura condena del régimen franquista. Al año siguiente, en 1946, el cerco internacional parece seguir estrechándose, ya que el 9 de febrero se produce una nueva reprobación de la dictadura, y, sobre todo, Francia cerraba su frontera con España, ante el fusilamiento del líder de la resistencia antinazi en Francia, Cristino García, junto con otros compañeros. Es el momento más crítico para el régimen y más esperanzador para la guerrilla, puesto que muchos aguardaban en cualquier momento una invasión aliada.

Sin embargo, en el fondo todas estas acciones no eran más que una política de gestos que no llegaron jamás a comprometer el futuro de la dictadura. El compromiso de intervención -el único que podría derrocar a Franco- estuvo siempre lejos de adoptarse y fue sin duda un enorme exceso de voluntarismo y por tanto falta de rigor estratégico en el análisis político lo que indujo a sectores importantes de la oposición de izquierdas a considerar firmemente la posibilidad de intervención exterior, junto con un cierto desconocimiento de las terribles condiciones de sometimiento, desmoralización y represión que soportaba el pueblo español y que hacían imposible cualquier levantamiento u oposición masiva desde el interior. Ya en 1942, en la Declaración de Edén, el Gobierno de Gran Bretaña afirma que "no tiene la menor intención de intervenir en los asuntos de España", y más tarde, en 1944, Winston Churchill

afirma ante la Cámara de los Comunes que *"en cuanto a los problemas políticos internos de España, eso es cosa de los propios españoles. A nosotros como gobierno no nos compete intervenir en tales asuntos"*. Pero será en la Conferencias de Yalta (Crimea) y Postdam (proximidades del Berlín recién conquistado) donde se selle definitivamente el futuro de España, al efectuarse el reparto de Europa en dos grandes áreas de influencia (soviética y anglonorteamericana), con el compromiso tácito y mutuo de no intervención. El plato de la guerra fría estaba empezando a cocinarse, y el anticomunismo de Franco –barato y fiable para los aliados- pujaba al alza en el cambiante panorama internacional. El dictador sabe que está definitivamente a salvo a partir de la declaración tripartita (marzo de 1946) de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, en la que por un lado se vuelve a la diplomacia de gestos de salón con una "condena sin paliativos" al régimen, pero por otro se afirma que "no entra en las intenciones de los tres Gobiernos el intervenir en los asuntos de España". El comienzo del fin de la guerrilla estaba servido, y se desarrolla de modo sangriento en los siguientes años, hasta 1950, fecha en la que se puede afirmar que solo quedan guerrilleros aislados, desconectados entre sí, que solo aspiraban a sobrevivir.

Pero no es solo la falta de compromiso de las democracias occidentales con la triste suerte de los republicanos derrotados lo que explican el fracaso final de la guerrilla. Quizás fue más importante la imposibilidad de crear en algún momento algunas áreas *liberadas* en zonas de montaña, que pudieran funcionar como bases permanentes de aprovisionamiento, reorganización y apoyo, o al menos de ampliar el apoyo social en las comunidades campesinas, que les permitiera cierto apoyo logístico (información, cobijo, suministro) frente a la persecución policial, para en una fase posterior pasar a formas activas de resistencia popular (propaganda, protestas, huelgas...). Más bien ocurrió lo contrario, de modo que los crecientemente despiadados e indiscriminados métodos represivos acabaron aislando completamente a la guerrilla de sus débiles apoyos sociales, atemorizando y desmoralizando (cuando no matando directamente) a cualquier

Salvoconducto de Maria Molero. Foto cedida por José Manuel Alfonso Imbernon

persona o familia proclive a ayudar -por razones políticas o meramente humanitarias- a los acosados guerrilleros. Las investigaciones locales y regionales van poco a poco recomponiendo un panorama que nos retrotrae a las más salvajes prácticas de la guerra colonial practicadas en Cuba, Filipinas y Norte de África: concentraciones forzosas de rancheros, pastores y jornaleros en los aledaños de los grandes cortijos de la sierra para evitar cualquier contacto con el maquis; exigencia de un salvoconducto para andar por la sierra, cuyo simple olvido provocaba palizas o incluso la muerte; interrogatorios y requerimientos diarios (que impedían en muchos casos la posibilidad de desplazarse a trabajar y por tanto de sobrevivir), torturas y represalias indiscriminadas a familiares de guerrilleros, enlaces o simples trabajadores que habían levantado cualquier tipo de sospecha, por injustificada que fuera.

La última vuelta de tuerca se produce con la aprobación el 18 de abril de 1947 del *decreto-ley para la Represión del bandidaje y el terrorismo*, que establece un marco legal exculpatorio para el ejercicio de la violencia de Estado. A partir de aquí, en aplicación de la Ley de Fugas cualquier miembro de las fuerzas del orden podía asesinar impunemente a toda persona supuestamente sospechosa de proximidad a la guerrilla, bastaba con afirmar que el detenido había intentado huir o había opuesto algún tipo de resistencia. Para completar el cerco, se perfeccionan nuevas tácticas de acoso: la contrapartida, pequeño grupo de falangistas, voluntarios y algún guardia civil que sembraba la confusión y la desconfianza entre los posibles enlaces y apoyos, que no sabían nunca si estaban conversando con un guerrillero o un civil, confusión que podía costarles la muerte o la cárcel, y sobre todo el fomento de la traición y delación, temible arma que llevó la desconfianza y la inquietud permanente al seno de las propias partidas guerrilleras y que acabaría arrastrando al desastre y a la muerte a tantas de ellas. Las familias de rancheros y aparceros que eran el objetivo de la contrapartida desarrollaron como sabio mecanismo de defensa la fijación en ciertos rasgos y comportamientos que permitían diferenciar sin riesgo si los *visitantes* eran realmente guerrilleros o falangistas o civiles disfrazados. Testimonios coincidentes nos hablan de tres elementos diferenciadores: El primero, al llegar la forma de comer lo que de modo imperativo pedían (huevos, matanza, guisos…), de modo que si se abalanzaban con ansia devoradora podían ser guerrilleros, pero si comían con más tranquilidad y reposo se evidenciaba la satisfecha vida de los perseguidores del régimen. Más fiable era la oculta mirada a las manos, cubiertas de callos y con todos los signos de la intemperie en el caso de los *hombres de la sierra*, más blandas y cuidadas si sus propietarios eran

los esbirros del régimen. Por último, el humano olor no era un elemento indiferente, dadas las duras condiciones impuestas en la vida cotidiana en la sierra, que no siempre permitían una mínima higiene corporal.

Las condiciones extremas de violencia e inhumanidad que la dictadura aplicó para acabar con el movimiento guerrillero llegaron al extremo de dar la orden de que no hubiera prisioneros en las acciones de acoso o cerco a las partidas guerrilleras -una forma extrema de negar ante el mundo la propia existencia de la lucha armada antifranquista- tal y como describe en la siguiente cita el historiador Borja de Riquer (2010, pgs. 230,231):

Deben reseñarse los brutales métodos utilizados por la Guardia Civil, la policía y el Ejército para combatir la acción de los guerrilleros. No solo practicaron un uso continuado de la tortura para lograr informaciones y delaciones, sino que también se efectuaron numerosas ejecuciones sumarias de guerrilleros y se les aplicó con frecuencia la llamada "ley de fugas". La población civil también sufrió una represión indiscriminada, sobre todo la que se consideraba "simpatizante" de los guerrilleros, produciéndose casos de destierros masivos y de matanzas arbitrarias, que incluyeron a mujeres y a niños. Se pretendía crear en las zonas próximas a la acción guerrillera un auténtico clima de terror que impidiera que se le facilitara la más mínima ayuda a los maquis. En 1948, una orden confidencial del Ministerio de la Gobernación a la Guardia Civil señalaba que en la represión de la guerrilla "no habrá prisioneros a menos que haya testigos sospechosos". El incumplimiento de estas órdenes estrictas llegó a comportar expulsiones y sanciones de miembros del cuerpo de la Guardia Civil: un grupo de oficiales, suboficiales y números fueron sometidos a consejos de guerra, en 1948 y 1949, por "incumplimiento de misiones encomendadas en la lucha contra los bandoleros".

En Córdoba, este nuevo tiempo de recrudecida violencia antiguerrillera se manifiesta amargamente en el verano de 1947, con la matanza de la Umbría de la Huesa que es objeto de esta publicación. Cuarenta y dos guerrilleros murieron en 1947 (año desastroso para la guerrilla), 13 en 1948 y 31 en 1949. En este momento, el grueso de lo que había sido pujante tercera agrupación guerrillera estaba muerto, detenido o había intentado huir a núcleos urbanos o lejos del país.

Aislados y carentes de apoyos rurales y enlaces, exhaustos y sin apenas armamento eficaz, sin esperanza alguna en la tantas veces citada intervención ex-

terior, desconectados de los apoyos políticos internos del PCE (sobre los que también se cernía una represión despiadada en pueblos y ciudades), acosados por las fuerzas policiales y bajo la amenaza constante de traiciones y delaciones que podían proceder de los propios compañeros, a los grupos guerrilleros solo les quedan dos opciones: o intentar la difícil y peligrosa vía de huida hacia Francia atravesando casi siempre a pie cientos de kilómetros trufados de guardias, policías y delatores (muy pocos consiguieron salvar los Pirineos) o ocultarse en la sierra a esperar un posible cambio, si no de régimen al menos de suavización en la política represiva, en un ejercicio de supervivencia que volvía a llevarlos a la situación inicial de huidos desorganizados de 1939 y 1940. En algunos casos la dureza extrema de las condiciones de vida, el desmoronamiento de los ideales políticos y la simple dialéctica de la violencia llevaron a grupos de maquis a intentar obtener por la fuerza víveres, calzado o ropa, agrandando así la brecha que les iba separando de la población campesina y contribuyendo a acelerar su propio final.

Por fin, en octubre de 1948, el Comité Central del PCE en el exilio modificó su estrategia de lucha contra el franquismo, reconociendo el fundamental cambio en las relaciones internacionales que suponía la guerra fría entre las dos superpotencias y la imposibilidad por tanto de un derrocamiento mediante la acción armada del régimen franquista, aunque en ningún momento se decidió formalmente la renuncia a la lucha armada antifranquista. Los antecedentes de esta decisión tienen que ver con la visita a Yugoslavia en el mes de febrero de 1948 de una comisión del PCE formada por Santiago Carrillo, Enrique Lister y Juan Modesto, con el propósito de recibir armas y apoyos para el transporte de la guerrilla, especialmente la situada en el territorio de Aragón-Levante, buscando el fortalecimiento de una base guerrillera. Importantes jefes partisanos yugoslavos habían participado como brigadistas en la Guerra de España, por lo que se buscaba la ayuda de Tito, que ya la prestaba a la lucha guerrillera en Grecia. La respuesta del líder yugoslavo es claramente disuasoria, negándose a suministrar armas modernas y menos aún apoyo aéreo, aunque si ofreció ayuda económica. Stalin fue informado de esta reunión, por lo que, en un clima de creciente cisma entre el dirigente soviético y Tito, no tardó en convocar a un encuentro en Moscú a los dirigentes comunistas españoles. En octubre de 1948 se reunieron por parte española Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri y Francisco Antón, recibidos por Stalin, Molotov, Voroshilon y Suslov, que querían saber de primera mano la posición del PCE en cuanto a su lealtad a las directrices del Kominform. Stalín, sin atacar directamente la lucha guerrillera, recuerda la tra-

dición leninista de trabajo e infiltración en los sindicatos, en este caso aplicable al entrismo en el sindicalismo vertical franquista.

Como consecuencia de estas reuniones y del evidente cambio favorable al franquismo traído por la Guerra Fría, el eje central de la resistencia pasa progresivamente a ser social y económico, propiciándose el "entrismo" en las organizaciones sociales para luchar desde el interior del propio régimen. Sin embargo no se decide acabar definitivamente con la vía militar, sino más bien orillarla en un papel secundario, con lo que se crea una cierta situación de ambigüedad que sin duda repercutió negativamente en la fase final de la guerrilla, sobre todo porque no se apostó de forma decidida (salvo en la agrupación de Levante-Aragón, donde el PCE actuó hasta el límite de sus posibilidades para organizar con éxito numerosos planes de huida) por una amplia operación de escape a Francia o a ultramar de los guerrilleros que estaban siendo diezmados, ya sin esperanza. No es hasta 1952 cuando la dirección del PCE emitió formalmente una orden de evacuación general de guerrilleros.

La larga y desigual batalla se prolongó durante más de una década por las sierras y montes de España. El coste humano fue terrible, no solo para el bando perdedor. Aunque las cifras oficiales de la Guardia Civil hablan de 628 bajas, de las que 258 son muertes, una cifra más ajustada a la realidad estaría próxima a las mil muertes, a lo que habría que añadir las sufridas por otros elementos del régimen como falangistas, que participaron activamente en la lucha contra la guerrilla. En cuanto a las víctimas guerrilleras, parece que también se quedan cortas las cifras dadas por el Instituto Armado, que habla de 2.166 muertes, 3.382 capturados y 19.407 enlaces detenidos. El historiador Francisco Moreno comprobó solo para Córdoba una lista de 159 enlaces y colaboradores a los que se aplicó la Ley de Fugas, y hay coincidencia entre los investigadores en situar la cifra de guerrilleros armados por encima de los 7.000, aunque no todos al mismo tiempo.

¿Éxito o fracaso de la guerrilla antifranquista? Desde el punto de vista estrictamente histórico resulta evidente que el prolongado esfuerzo de la resistencia armada antifranquista no pudo conseguir sus dos objetivos políticos fundamentales: apoyar y ampliar un movimiento de agitación social prorrepublicano entre las masas campesinas que supusiera un factor desestabilizador de carácter interno para la dictadura, y extender una dinámica de enfrentamiento militar irregular con las fuerzas represoras -con la eventual y posible creación de

zonas *liberadas* en territorio español- que justificara en el plano internacional una intervención pacificadora de las potencias occidentales para restablecer la democracia. Por las razones que ya hemos brevemente analizado (firme posición no intervencionista del bloque angloamericano, reparto geopolítico de zonas de influencia entre el bloque capitalista y la URSS, y, sobre todo, brutal represión interna que imposibilitaba cualquier intento de protesta social) estos ambiciosos planes se situaban mucho más allá de la debilitada capacidad de resistencia del derrotado y dividido bloque republicano, y por tanto la actividad guerrillera no pudo obtenerlos. Pero, sin embargo, sería incierto además de injusto afirmar que el sostenido esfuerzo que protagonizaron decenas de miles de hombres y mujeres en los campos españoles fue inútil o sirvió de poco. Ante todo, más allá de planificaciones o intenciones políticas, fue una *necesidad* para muchos republicanos que sólo podían elegir entre una más o menos rápida destrucción personal por parte de los vencedores o una casi segura pero digna muerte con un fusil entre las manos; además, y al menos para el periodo 1944-46, supuso objetivamente el único reto realmente temible para los dirigentes del régimen franquista y de ahí su obsesión por magnificarlo primero para rápidamente desvirtuarlo e intentar ocultarlo hasta prácticamente nuestros días bajo un manto de calumnias y silencio; por último, para muchos de los derrotados en la guerra civil y de los que se solidarizaron con la República fuera de España, la guerrilla representó incluso después de desaparecida un potente símbolo de dignidad y de resistencia de un sector del pueblo español, que se prolongó en condiciones de dureza represiva inimaginables desde nuestra actual experiencia vital hasta iniciada la década de los cincuenta, durante más de doce años. En síntesis, puede afirmarse que el movimiento guerrillero constituyó la última expresión armada de los republicanos españoles que se organizaron en febrero de 1936 en el Frente Popular.

JULIÁN CABALLERO VACAS. DIRIGENTE OBRERO Y JEFE GUERRILLERO EN EL ESTADO MAYOR DE LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA.

El breve análisis histórico que hemos realizado en el apartado anterior cobra vida si nos acercamos al recorrido vital y político del grupo liderado por Julián Caballero Vacas, siguiéndolos en sus avatares a lo largo y ancho de Sierra Morena y especialmente en el área geográfica de las sierras del sur de Villaviciosa, Córdoba y Almodóvar del Río, donde se sitúan los enclaves de la Huesa, el Olivarejo, la Porrá y el Cerro del Trigo (ver mapa desplegable). Hemos seguido para construir el relato básicamente el valioso texto de Moreno Gómez *"La resistencia armada contra Franco"*, junto con otras fuentes documentales y testimonios orales de registro propio.

El paisaje agreste y boscoso de Sierra Madrona conformó un inmejorable refugio para la guerrilla (autores)

El futuro jefe guerrillero poseía una larga trayectoria como destacado dirigente obrero y político comunista defensor del Frente Popular, dimensión que sin duda tuvo mucho que ver en la relevancia que su figura cobró después como responsable militar de la Tercera Agrupación, así como en el apoyo social que en condiciones de extrema represión su grupo guerrillero obtuvo hasta su final en el barranco de la Huesa. Nacido en 1894, trabajó desde su infancia en tareas agrarias y en la construcción. Con 27 años, junto a sus hermanos Bartolomé y Miguel, impulsó la adhesión a la III

Internacional y fue pieza clave en la creación del núcleo del PCE en Villanueva, constituido como en otras partes de España con jóvenes socialistas o anarquistas. Con la llegada de la Segunda República creció la figura pública de Julián, siendo uno de los firmantes del **Pacto Único de Izquierdas** de republicanos, socialistas y comunistas que favoreció el triunfo en las elecciones del 12 de abril de 1931 y su toma de posesión como concejal y jefe de la Policía Municipal. La llegada de la República no acabó con las luchas obreras por alcanzar mejores condiciones laborales y por el acceso a la tierra, y así el 1 de octubre de 1931 se declaró una huelga en Villanueva, duramente reprimida por el gobernador civil Valera Valverde, que acabó con la detención y breve encarcelamiento de 17 trabajadores, entre ellos Julián Caballero. Poco después, en diciembre de 1931, forma parte de la **Junta Local de Reforma Agraria**, en representación de la fuerte organización comunista de la localidad. Tras una nueva detención en enero de 1932 por firmar una declaración de huelga, es destituido como jefe de la policía municipal, y a partir del triunfo de las derechas en noviembre del 33, hasta la victoria del Frente Popular en febrero del 36 (Bienio negro) continua en primera línea de las luchas obreras, sufriendo como muchos de sus compañeros la persecución de los antirrepublicanos dirigentes del Estado republicano.

Tras la brutal represión de la huelga revolucionaria de octubre del 34 por el mismo general africanista y las mismas tropas coloniales que se sublevarían en el 36, los vientos de unidad en la izquierda crecen y expresión de esta tendencia fue la constitución en agosto de 1935 de la **Unión Sindical** en Villanueva, cuya presidencia asumió Julián Caballero. El triunfo del Frente Popular trae consigo el nombramiento (marzo de 1936) de Julián Caballero como **alcalde de Villanueva** según el acuerdo del Frente Popular, ganador en las elecciones del 16 de febrero. La reactivación inmediata de la Reforma Agraria suscitó la reacción de muchos propietarios agrarios, que, haciendo gala una vez más del egoísmo de clase que los caracterizó durante todo el periodo republicano, se negaron a contratar braceros para las habituales faenas de primavera y comienzos de verano, prefiriendo perder las cosechas antes que dar trabajo, al grito de "ahora, comed República". Como respuesta, la creatividad obrera estableció las "siegas de asalto", que consistían en organizar cuadrillas que segaban las tierras de los latifundistas para luego solicitar el pago de los jornales en casa del terrateniente. Julián Caballero participó también en la dirección de estas cuadrillas, hasta que la sublevación militar del 17 de Julio torció para siempre sus perspectivas de futuro y su rumbo vital, tal y como ocurrió a cientos de miles de trabajadores que en estos días solo se encontraban sumidos en las duras labores de

siega y trilla, ajenos por completo a esa supuesta insurrección marxista que los corifeos de la sublevación inventaron a base de mentiras y falsas pruebas, como burdo intento de justificar la sangrienta rebelión contra el legítimo estado español republicano.

El mismo día 19 de Julio los dirigentes del Frente Popular crearon el **Comité de Defensa de la República**, presidido seguramente por Julián Caballero, cuyo primer objetivo fue recuperar el pueblo para la República con ayuda de mineros de Puertollano provistos de cartuchos de dinamita y una columna de milicianos de Villa del Rio y algunos de Marmolejo. Tras el fin de la resistencia rebelde el 24 de julio, Julián Caballero siguió presidiendo el ayuntamiento, y en calidad de tal procuró impedir los excesos de algunos exaltados, salvando más de una vida y consiguiendo preservar el archivo parroquial del pueblo. Reelegido como alcalde el 24 de febrero de 1937, coordinó la puesta en marcha de las *Colectividades*, procurando siempre proteger al pequeño propietario, de modo que las ocupaciones para el trabajo colectivo solo afectaran a las fincas de los grandes terratenientes que habían huido o se habían sumado a la sublevación militar, tal y como el mismo Caballero declaró a *Mundo Obrero* en una entrevista publicada el 21 de mayo de 1937. A lo largo de toda su vida pública, Julián buscó siempre la unidad del movimiento obrero y, en cuanto a sus oponentes de clase, actuó siempre con rectitud y honradez, huyendo siempre de enfrentamientos o violencias innecesarias. Estos rasgos morales y políticos les fueron reconocidos en su momento incluso por las clases propietarias y los proyectó después a la actividad guerrillera, como veremos más adelante. Sin duda, su talante y su comportamiento contribuyeron tanto a su designación como jefe político de la Tercera Agrupación como al amplio apoyo popular que su grupo obtuvo durante los años de resistencia en la sierra.

En 1938, Julián Caballero fue movilizado al frente de Pozoblanco en el que ocupó el cargo de comisario, y sustituido como alcalde por su hermano **Bartolomé Caballero**, caído en la sierra justo un año (11 de junio de 1946) antes del desastre de *la Huesa*. Corren las últimas semanas de la guerra de España. El 4 de Marzo de 1939 el coronel Segismundo Casado, comandante del Ejército Republicano del Centro, decidió por su cuenta poner fin a lo que consideraba una inútil carnicería y buscar inútilmente un final negociado de la guerra, y quizás también una salida personal que garantizara su propia seguridad. Apoyado por sectores republicanos y socialistas (Julián Besteiro entre otros) y por líderes anarquistas como Cipriano Mera, se constituye una Junta de Defensa

Nacional, cuya actuación inmediata fue desastrosa para el ya desmoralizado ejercito republicano y contribuyó gravemente al caótico derrumbamiento de los frentes que aún se mantenían. Todas las previsiones del primer ministro Negrín, de los comunistas y del propio general Rojo de continuar la resistencia a toda costa, incluso disolviendo los frentes convencionales y pasando a una fase de guerra no convencional quedan pulverizadas, y los republicanos se enfrentan desorganizados e inermes a su triste destino. El efecto inmediato del golpe de Estado casadista fue la detención y encarcelamiento de los soldados y mandos comunistas, tanto en Madrid como en las líneas de defensa que aún se mantenían. En estos días de desmoralización y desorientación colectiva, Julián regresa andando desde el frente a Villanueva, parece que para verse en las afueras del pueblo con su mujer e hijos, pero no llegaron a encontrarse. Poco después es encarcelado por fuerzas casadistas junto con su hermano Bartolomé Caballero y otros muchos militantes del P.C.E. Liberados por militares comunistas armados en la noche del 27 al 28 de Marzo, con las tropas franquistas ya a las puertas de Villanueva, sin tiempo ya para intentar la huida hacia Alicante, Julián y Bartolomé deben elegir entre la cárcel, la tortura y posiblemente la muerte a manos de los vencedores o la huida a las sierras cercanas para seguir resistiendo en un horizonte temporal que se preveía corto por el anunciado estallido de la guerra en Europa, que podría llevar al fin de la naciente dictadura. Eligieron esto último, y así se enfrentan Julián y sus compañeros a los últimos años de sus vidas, convertidos primero en huidos del terror franquista y pronto en unidades guerrilleras organizadas.

Más de 30 soldados del ejército republicano y militantes de organizaciones del Frente Popular se dispersan y buscan refugio en las fragosas sierras de la Garganta y el Horcajo, entre el pueblo de Conquista y la franja sur de la provincia de Ciudad Real. Aquí, en un escenario de viejas minas de plomo y plata (galena argentífera), repartido en inmensos latifundios, los primeros componentes de la partida encuentran refugio en los cerrados bosques de quejigos, robles melojos y monte alto. Julián Caballero, su hermano Bartolomé, María Josefa López Garrido (destacada representante del Movimiento de Mujeres Antifascistas) y Basilio Villarreal Expósito (miembro del Comité de Guerra) forman el grupo original que permanece unido hasta el final en la Huesa. Ocasionalmente se unen por temporadas otros huidos que después volvían a desperdigarse y ocultarse de forma individual, en una situación característica de estos primeros años de escasa organización guerrillera y mera subsistencia en la sierra. La vida transcurría en unas condiciones precarias y penosas, sin redes de apoyo

estables e incomunicados con las destrozadas bases políticas del llano, que lenta y difícilmente intentaban recomponerse, en el marco de una brutal represión. El hambre, el frío y las penalidades hacen que muchos de los huidos iniciales prefieran regresar a Villanueva y otras localidades del Batolito de los Pedroches, afrontando la cárcel, la tortura y, en algunos casos, la muerte.

Manuela Díaz Cabezas "La Parrillera" (autores)

La partida de Julián Caballero fue siempre reducida, oscilando entre seis y ocho miembros. Entre 1943 y 1944 se unen al grupo de *"Los Parrilleros"*, también de Villanueva de Córdoba, con los que comparten durante largos meses los avatares de la represión. Manuela Díaz es la última superviviente de este grupo y con ella mantuvimos una interesante entrevista en su actual domicilio de Villanueva de Córdoba, en la que nos desveló parte de sus tremendas experiencias en la sierra, durante este periodo en el que conviven las dos partidas. Como curiosidad, el nombre con el que se conocía en estas sierras a los guerrilleros era el de *"Los Bambises"*, denominación que no hemos vuelto a encontrar en ningún otro lugar, ni en referencia bibliográfica alguna de las revisadas.

El destino de Manuela es otro ejemplo de las razones que obligaron a muchos a convertirse en huidos y guerrilleros. Sospechosa de mantener contactos con su marido y su hermano (que ya estaban en la sierra), su vida era un continuo tormento: palizas, humillaciones y torturas (la mantuvieron de rodillas mientras con ladrillos en las manos al mismo tiempo que le azotaban, le hicieron beber agua con sal y aceite de ricino...) hasta que decidió hacer caso a la llamada de su compañero y unirse a la partida. Una vez en la sierra, tuvo que parir a su tercer hijo bajo un chozo de jara, con el único recurso de unas malas vendas y el agua de un arroyo cercano, durante ese tiempo que los compañeros vigilaban la posible llegada de la guardia civil. Tuvo que expulsar la placenta saltando de cara sobre la espalda de su hombre, y así sobrevivió al parto. El hermano de Manuela, Alfonso Díaz Cabezas, una vez detenido junto con el resto de los Parrilleros, fue fusilado el 21 de febrero de 1946 junto a Cristino García, el líder

guerrillero y combatiente contra los nazis cuya muerte provocó por parte de Francia el cierre de la frontera.

Los recuerdos de la convivencia con los de Julián Caballero son buenos, y en ningún momento nos habla de enfrentamientos o desavenencias, tal y como se sugiere en algunas publicaciones. Por el contrario, insiste en que la separación fue de mutuo acuerdo, simplemente porque era más fácil obtener recursos y ocultarse en grupos reducidos que en una partida numerosa. En una ocasión, la guardia civil sorprendió al grupo en las puertas de un cortijo mientras preparaban un cocido y aunque consiguieron escapar, hirieron a Julián Caballero en una pierna. Tuvieron que robar una burra para transportarlo al interior de una mancha de monte y allí la misma Manuela ayudó a curarlo con tomillo y jaras hervidas. Estas eran las medicinas con las que contaban los hombres y las mujeres de la guerrilla, de ahí el miedo a ser heridos en los enfrentamientos con civiles, soldados o falangistas.

Durante años, este pequeño grupo recorre las cuencas altas de los ríos Varas, Cuzna, Arenoso, Arenosillo y Yeguas, que se comunican entre sí con cierta facilidad a través del amplio batolito granítico que recorre todo el Nordeste de la provincia de Córdoba. Las extensas dehesas de Villanueva de Córdoba y Cardeña –con cierta densidad de poblamiento y abundante ganadería extensiva, rasgos ambos que permitían una base de contactos, apoyos y aprovisionamiento- enlazaban sin solución de continuidad con las elevadas sierras de cuarcitas al Norte (Fuencaliente, Horcajo y Garganta, Solana del Pino...) y de pizarras al sur (montes de Adamuz), cubiertas de bosques de roble melojo, quejigares y encinares, que ofrecían en sus riscos, cortadas y malezas una relativamente segura protección en los momentos en que arreciaba la búsqueda y las batidas por parte de civiles y falangistas.

La vida en estas zonas de dehesa y sierra era dura, y a veces se hacía difícilmente soportable. A los rasgos de un clima extremo, con frío intenso (no eran infrecuentes las nevadas invernales) durante largos meses y calor tórrido en verano que había que sufrir a la intemperie casi siempre, se unía la dificultad del relieve y, sobre todo, el peligro incesante de los encuentros con la guardia civil. Debemos recordar que en el periodo anterior a 1945, no existía en el sur de España una organización guerrillera mínimamente articulada que supusiera un cierto respaldo material e ideológico a la precaria existencia en la sierra. Las partidas apenas establecían contactos entre sí, e incluso en el interior de cada grupo

(como nos cuenta otro gran guerrillero en sus memorias, **Francisco Expósito**, *"El Gafas"*) se imponía el individualismo de la supervivencia, de modo que cada componente procuraba acaparar los escasos recursos disponibles, desde alimentos hasta mantas, zapatos o armas. En este ambiente hostil, no era difícil deslizarse hacia comportamientos violentos que no siempre iban dirigidos hacia verdugos declarados del régimen y chivatos. Sin embargo, no fue este el caso de la partida de Julián Caballero, que evitó como norma los actos de venganza o represalia. Los imprescindibles aprovisionamientos y requisas de víveres en cortijos y caseríos se hacían respetando siempre a encargados y trabajadores y sólo en una ocasión los guerrilleros tuvieron que disparar -con resultado de muerte- sobre el alférez Eduardo Soler Ruiz, que iba de patrulla por el campo y se echó literalmente encima del grupo al escuchar el ladrido del perro de un pastor que estaba siendo retenido por el grupo hasta que cesara el rastreo de la zona.

La zona limítrofe entre Villanueva, Cardeña y el norte del término de Montoro está conformada por profundos abarrancamientos y umbrías, salpicadas de bocas de mina y catas en busca de mineral cobre e hierro. Este tipo de hábitat fue muy frecuentado por la partida, que llegó a construir chozos consistentes bajo la protección del monte noble o hueco (agracejales, madroñales...) y aprovechaba los abrigos rocosos próximos para conservar en buen estado utensilios y provisiones. También llegaron a ocupar ciertas minas abandonadas tal y como nos relata Eugenio Pozo, en testimonio oral recogido por Francisco Moreno Gómez. La caída por delación o hallazgo casual de estos refugios –incluso si no se encontraban en ese momento ocupados por los guerrilleros– constituía una tremenda desgracia para la supervivencia del grupo, ya que llevaba a la pérdida de recursos imprescindibles, a veces de difícil o imposible restitución. En esta lamentable circunstancia se encontraron en más de una ocasión nuestros guerrilleros, a veces por causas tan imprevisibles como una montería que provocaba la batida con perros de lo más profundo de las manchas, lo que acababa provocando el encuentro de chozos, utensilios de cocina, víveres e incluso libros y periódicos, con el consiguiente regocijo de los monteros, que no en vano formaban parte habitualmente de lo más granado de los sectores franquistas: propietarios, militares y políticos del régimen. Para evitar la pérdida completa de los víveres en ocasiones como esta, las guerrillas acostumbraban a dividir el suministro en pequeñas cantidades ocultas en oquedades, y esta estrategia los salvó en más de una ocasión de la inanición en pleno invierno. Además, usaban otras tácticas de supervivencia profundamente enraizadas en la sabiduría popular, como descortezar las ramas de la jara para impedir la formación de

humo en las hogueras, o en momentos de riesgo o nevadas que marcaban la huella, andar hacia atrás para confundir a posibles perseguidores sobre la dirección que seguían.

Esta forma de vida, que se prolongaba ya durante años sin que se viera una salida inmediata (más bien al contrario, hasta 1944, lo que parecía seguro era el dominio nazi-fascista de toda Europa) llevaba como es humanamente comprensible a la desmoralización y a la desesperanza a más de un miembro del grupo. En este sentido, reproducimos parcialmente dos significativos testimonios recogidos por Moreno Gómez, a quien seguimos básicamente en este capítulo. Antonio Huertas, un jornalero que trabajaba por Ovejuelo, en el término de Villanueva de Córdoba, cuenta:
En el año 40 la partida de Julián estuvo en los "Peñascares de Illescas" cerca de Mogabar. En una choza próxima estábamos nosotros, y un muchacho llegó diciendo que había visto unos hombres preparando comida. Comprendí de lo que se trataba y fui al encuentro de ellos. Era el grupo de Julián. Les llevé medio pan y unos huevos, lo único que teníamos. Los vi muy desilusionados, con los pantalones de pana muy zurcidos. María Josefa "La Mojea" se lamentaba de la mala suerte que habían tenido en su refugio del Barranco del Sevillano, por la traición de Manuel "el Serranillo". Allí tenían muchos alimentos y hubieron de abandonarlo todo. Yo les indiqué que por qué no mataban a los que, dándose de amigos, estaban traicionándolos. Pero Julián me respondió que la misión de ellos no era matar.

Además del talante prudente de Julián Caballero que procuraba evitar desenlaces sangrientos, la renuncia a buscar de modo activo enfrentamientos con la guardia civil tiene una base objetiva en la debilidad del armamento guerrillero frente al usado por los civiles. Estos poseían modernos fusiles de precisión, abundancia de munición y granadas de mano y, especialmente, el temido *naranjero* (porque la primera remesa fue pagada con un cargamento de naranjas), el subfusil alemán SCH-MEISSER MP-28-II. Más de un guerrillero murió intentando hacerse con esta preciada arma, que además requería una gran cantidad de munición que solo poseía la guardia civil, ya que sólo podía disparar en ráfaga con un consumo de 450 cartuchos por minuto. Frente a esto, las guerrillas de Sierra Morena solo contaban con pistolas y fusiles conservados en depósitos y provenientes de la guerra civil junto con algunas granadas de mano, siempre con gran escasez de munición, de aquí la insistencia de las partidas por hacerse con rifles de caza de los propietarios de los cortijos que visitaban. Esta situación impedía entablar y sostener combates largos con alguna posibilidad de éxito, por lo que se tendía

siempre a romper el contacto con las fuerzas atacantes, huir por separado y reagruparse luego en bases o lugares previamente fijados.

Otro enlace, Juan Gutiérrez Romero "Bruno", aporta un testimonio anterior, coincidente con el que acabamos de leer:
En octubre de 1939 empezaron mis contactos con los de la sierra... este primer contacto ocurrió en el arroyo del cortijo de Panadero y me puso en contacto con Manuel el Serranillo (el que hemos visto como traidor en el anterior testimonio). Recuerdo que María Josefa "La Mojea" me preguntó si podía entregarse. Estaban comidos de piojos. No querían tomar medidas contra nadie, a fin de evitar represalias con las personas de izquierdas que tenían fichadas y se lamentaban de tener que ir escondiéndose como animales.

Pero incluso en esta temprana fecha y en medio de este escenario de dureza y desesperanza, el grupo de Julián Caballero no se encontraba solo. En los primeros meses de la posguerra, con las cárceles y los campos de concentración llenos de hombres y mujeres que morían masivamente de hambre o por enfermedades fruto de las inhumanas condiciones de hacinamiento e insalubridad, nace el primer **Comité clandestino del PCE**, en el que jugó un heroico papel **Dolores Romero Cachinero**, hermana del diputado **Adriano Romero**, preso en Córdoba. El doble objetivo de este comité era recaudar fondos para los presos y contactar y ayudar a los *hombres de la sierra*, sobre todo al grupo de Julián Caballero. Los contactos con los de la sierra los llevaban a cabo **Miguel Cabrera** (agitación campesina) y **José Vioque** (secretario local del Comité), junto al enlace **Juan Reyes Gómez**, quien, amparado en sus trabajos itinerantes como carbonero conseguía ver a Julián Caballero con cierta frecuencia por estas fechas (1941-1942). Poco duró la actividad del Comité, puesto que en septiembre de 1941 tuvo lugar la primera redada y encarcelamiento de sus miembros.

Este horizonte de lucha por la supervivencia diaria, en actitud meramente defensiva de los grupos de huidos y guerrilleros va a dar paso a lo largo de 1945 a una situación más esperanzadora, que se va definiendo a partir de una nueva situación internacional aparentemente prometedora para las fuerzas antifranquistas (derrota militar del nazismo y del fascismo, aislamiento y condena internacional del franquismo) y del firme apoyo a la lucha guerrillera por parte del P.C.E. y, más aun, de un sector de las fuerzas políticas republicanas que constituyen la Unión Nacional Española primero y la más amplia Agrupación Nacional de Fuerzas Democráticas después.

DE HUIDOS A GUERRILLEROS. LA CREACIÓN DE LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA

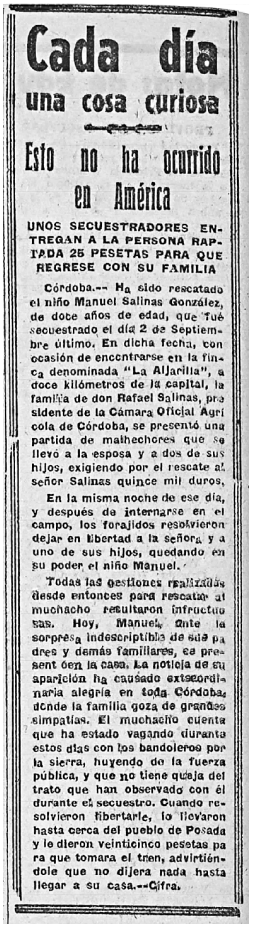
Volvemos en esta parte del relato a situarnos en el área geográfica de la Huesa y de la Porrá -junto al rio Guadiato y en los límites de los términos municipales de Córdoba y Villaviciosa- tras la excursión a las sierras de Cardeña, Montoro, Villanueva y Fuencaliente en la que hemos seguido las huellas de la partida de Julián Caballero entre 1939 y 1945. Aparece aquí un personaje clave para la constitución de la Tercera Agrupación Guerrillera, que dio cuerpo a una organización jerárquica de las guerrillas en la Sierra Morena cordobesa. **Dionisio Tellado Vázquez** ("Mario de la Rosa" o "general Cesar") era un maestro madrileño que fue secretario provincial del PCE de Madrid al acabar la guerra. Fugado de la cárcel de Alcalá de Henares en agosto de 1943, intervino primero en la formación de la primera agrupación guerrillera (Cáceres) como jefe de Estado Mayor, hasta que fue designado jefe de Córdoba, donde lo vemos llegar a las densas umbrías de la Porrá en Septiembre de 1945. Desde aquí, apoyado por guerrilleros perfectamente conocedores de la zona como el famoso **José Murillo "Ríos"** –que sobrevivió largos años al dictador en su pueblo de Alcaracejos– lleva a cabo una arriesgada iniciativa, que representa bien el nuevo espíritu guerrillero de pasar a la ofensiva contra las fuerzas del régimen. Se trata del secuestro de Manuel Salinas González y posterior cobro del rescate de 75.000 pesetas que permitió poner en marcha la Tercera Agrupación.

Los guerrilleros que llevaron a cabo materialmente el secuestro, bajo las ordenes de Mario de la Rosa, eran, junto al ya citado "comandante Ríos", los tres hermanos Caballero Calvo (Cornelio, Domingo y Bernabé, este muy conocido por su apodo *"el Cojo de la Porrá*), que se ganaban la vida como carboneros y furtivos en los ricos cotos de caza que ya conocemos (La Porrá, Valdelashuertas, El Cerro del Trigo, Mesas Altas, los Boquerones...), y eran los mejores prácticos sobre el terreno, conocedores de la sierra y dónde y cómo obtener sus

recursos para sobrevivir. El relato de los 33 días que duró el secuestro (del 2 de Septiembre al 5 de Octubre de 1945) muestra la nueva capacidad de planificación, coordinación y disciplina de la organización guerrillera. Un gran número de civiles, guardias, falangistas y voluntarios peinan las sierras de Córdoba, Villaviciosa, Hornachuelos y Fuenteovejuna hasta el último rincón, pero son incapaces de encontrar al hijo de Rafael Salinas Anchenlerga, presidente de la Cámara agrícola de Córdoba y posteriormente alcalde de la ciudad. Moviéndose constantemente por las bases guerrilleras, alimentándose de frutos de la sierra y en los días de mayor acoso y búsqueda incluso de carne cruda de algún animal capturado, los hombres de la sierra consiguieron burlar a sus perseguidores (excepto a un guarda que se topó con ellos y fue ahorcado inmediatamente) hasta forzar el pago del rescate.

La noticia del secuestro y obtención del rescate por la organización guerrillera supuso una humillación para la dictadura, que negaba oficialmente la propia existencia de guerrillas antifascistas cargadas de ideario político prorrepublicano. El hecho es ocultado en la prensa local, en la que no aparece ni una sola mención a lo que sin duda supuso un éxito organizativo estratégico para la resistencia armada en Sierra Morena. Curiosamente, aparece días más tardes una estrambótica reseña del secuestro en el falangista *Diario de Burgos*, que reproducimos porque encierra todo el empeño negacionista y falseador de la realidad de la guerrilla que el régimen puso en marcha como un rasgo estructural de su política de propaganda, que no de información. Como puede leerse, se minimiza lo ocurrido adoptando un tono supuestamente jocoso y mencionando a los autores del secuestro como delincuentes comunes, sin una sola alusión al carácter político ni al pago del rescate.

> *Ha sido rescatado el niño Manuel Salinas González de doce años de edad, que fue secuestrado el día 2 de septiembre último. En dicha fecha, con ocasión de encontrarse en la finca denominada "La Aljarilla", a doce km de la capital, la familia de D. Rafael Salinas, presidente de la Cámara Oficial Agrícola de Córdoba, se presentó una partida de malhechores que se llevó a la esposa y a dos de sus hijos, exigiendo por el rescate al señor*



Cada día
una cosa curiosa

Esto no ha ocurrido en América

UNOS SECUESTRADORES ENTREGAN A LA PERSONA RAPTADA 25 PESETAS PARA QUE REGRESE CON SU FAMILIA

Córdoba.-- Ha sido rescatado el niño Manuel Salinas González, de doce años de edad, que fué secuestrado el día 2 de Septiembre último. En dicha fecha, con ocasión de encontrarse en la finca denominada "La Aljarilla", a doce kilómetros de la capital, la familia de don Rafael Salinas, presidente de la Cámara Oficial Agrícola de Córdoba, se presentó una partida de malhechores que se llevó a la esposa y a dos de sus hijos, exigiendo por el rescate al señor Salinas quince mil duros.

En la misma noche de ese día, y después de internarse en el campo, los forajidos resolvieron dejar en libertad a la señora y a uno de sus hijos, quedando en su poder el niño Manuel.

Todas las gestiones realizadas desde entonces para rescatar al muchacho resultaron infructuosas. Hoy, Manuel, ante la sorpresa indescriptible de sus padres y demás familiares, se presentó en la casa. La noticia de su aparición ha causado extraordinaria alegría en toda Córdoba, donde la familia goza de grandes simpatías. El muchacho cuenta que ha estado vagando durante estos días con los bandoleros por la sierra, huyendo de la fuerza pública, y que no tiene queja del trato que han observado con él durante el secuestro. Cuando resolvieron libertarle, lo llevaron hasta cerca del pueblo de Posada y le dieron veinticinco pesetas para que tomara el tren, advirtiéndole que no dijera nada hasta llegar a su casa.--Cifra.

Salinas quince mil duros.
En la misma noche de ese día y después de internarse en el campo, los forajidos resolvieron dejar en libertad a la señora y a uno de sus hijos, quedando en su poder el niño Manuel.
Todas las gestiones realizadas desde entonces para rescatar al muchacho resultaron infructuosas. Hoy, Manuel, ante la sorpresa indescriptible de sus padres y demás familiares, se presentó en la casa. La noticia de su aparición ha causado extraordinaria alegría en toda Córdoba, donde la familia goza de grandes simpatías. El muchacho cuenta que ha estado vagando durante estos días con los bandoleros por la sierra, huyendo de la fuerza pública y que no tiene queja del trato que han observado con él durante el secuestro. Cuando resolvieron libertarle, lo llevaron hasta cerca del pueblo de Posadas y le dieron 25 pesetas para que tomaran el tren, advirtiéndole que no dijera nada hasta llegar a su casa.

Diario de Burgos, jueves 11 Octubre de 1945

Manuel Moral Pineda, un vecino de la cercana localidad de Villarrubia, comenta un hecho un tanto jocoso que el presenció sobre un joven que llegó para ofrecerse de voluntario para la localización del niño, el mismo día del secuestro. La respuesta del militar franquista es una buena muestra del ideario del nacionalcatolicismo.

Cuando secuestraron al hijo de Salinas, llegaron al cortijo de la Aljarilla un montón de voluntarios, rastreros, chivatos y falangistas procedentes de los alrededores para ayudar.

Uno de ellos, un conocido chivato de Villarrubia, se presentó ante un teniente de la guardia civil que estaba organizando la búsqueda, y le dijo, "mi teniente, me

pongo a sus órdenes para lo que haga falta, a esos hijos de puta hay que machacarlos como sea, me cago en Dios y la Virgen Santa".

El teniente, al escuchar que se cagaba en Dios no se lo pensó dos veces, le arreó unas buenas bofetadas, el tío al ver lo que le estaba cayendo, se volvió para correr, pero de la patada que le pegó el guardia se pegó con los dientes en el suelo. El teniente le dijo "corre y te vas para tu casa, y te lavas la boca, que al primero que voy a machacar es a ti, sinvergüenza mal hablado".

Los mejores castañares de la provincia de Córdoba, se encuentra en las fincas de Valdejetas, Valdelashuertas y La Porrá, donde nació la Tercera Agrupación (autores)

Desde su refugio de La Porrá y con los fondos obtenidos tras el secuestro, Mario de la Rosa pone en marcha el proceso constitutivo de la Tercera Agrupación, a partir de una asamblea a la que asistieron más de 20 guerrilleros, representantes de diferentes partidas. El nuevo clima de confianza y clara definición de objetivos políticos se pone de manifiesto en la celebración de al menos otra asamblea más, celebrada a comienzos de 1946, en el Collado de Venta de los Locos (de nuevo en tierras limítrofes entre Villanueva de Córdoba y Montoro) a la que, según testimonio de José Martínez "El Chunga" (que posteriormente fue detenido y se convirtió en un activo confidente de la guardia civil), asistieron alrededor de treinta personas y se prolongó durante toda la noche. Otro ejemplo del nuevo clima traído por la AGE (Agrupación Guerrillera Española) es la difusión de comunicados, pasquines y propaganda de diverso tipo (el órgano de propaganda de la agrupación se llamaba *Combate"*), que se tiraban en "casas francas" controladas por el comité regional del PCE, y de cuyo estilo (que recuerda de algún modo el utilizado en los años sesenta por las guerrillas sudamericanas) ofrece buena muestra la siguiente "orden" firmada por Mario de la Rosa:

> *Como comandante militar de esta zona Guerrillera, al servicio del Comité de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas HAGO SABER:*

> *1º Todo camión, alsina, coche de turismo, que preste servicio a la Guardia Civil y Fuerzas Armadas del Estado y Comarcales, habrá contraído una gran responsabilidad.*
> *2º Los choferes que presten servicios en estos vehículos serán considerados enemigos de la causa antifranquista.*
> *3º Todo patrón u obrero que incumpla esta ley habrá contraído una responsabilidad criminal y será juzgado como tal.*
> *Dado en Sierra Morena, a primero de octubre de 1946. Mario de Rosa.*

Joaquín Herrera Galiot (El Cucharón), nos habla de algunos encuentros que tuvo junto a su familia con guerrilleros pertenecientes a la recién creada Tercera Agrupación. Cuenta los aprovisionamientos que la guerrilla hacía, normalmente para obtener alimento y ropa. También vivieron muy de cerca el desastre de la Huesa.

Las familias estaban en la sierra con los críos chiquininos. Mi padre estuvo de ranchero en la Porrá, también en las Mesas del Arrendal, todo eso lo andó mi padre haciendo rancho. Nos hacía el pobre chozas de monte y en un candelecho dormíamos cuatro o cinco.

Los que estaban tirados en la sierra no se metían nunca con nosotros, llegaban, se les daba la comida que se podía y se iban.

Estando nosotros en un rancho en las Mesas del Arrendal, llegaron una noche los rojos al cortijo y resulta que estaba allí el señorito Don Miguel. El señorito les dijo "no hacerme nada, pero llevaros lo que queráis", Al hombre no le hicieron nada, pero se llevaron unas botas que tenía nuevas, una olla llena garbanzos, además de dos mulos cargados de chorizo de la matanza. Los mulos aparecieron en el cortijo a los dos o tres días, sin los aparejos ni los serones.

Pepillo Juán Rafael era un ranchero muy bueno, pero por entonces era un "entereate", lo mismo le daba la razón a los fascistas que a los rojos, era un verdadero cantamañanas. Tenía el rancho en Mesas Altas junto a la Cabrilla, en el rancho Carballo.Un día llegaron los rojos y preguntaron a sus hermanos por Pepillo. Sus hermanos, que habían visto acercarse a los rojos, temiendo lo que le podía pasar, lo escondieron debajo de los aparejos de las bestias. Cuando entraron dentro del chozo y se sentaron en los mismos aparejos, sin darse cuenta los rojos de que Pe-

pillo estaba escondido debajo de sus culos. Le dijeron a los hermanos que tuviese cuidado con irse de la lengua. Esa noche, si dan con él, seguramente lo cuelgan, porque era un "p´acá y un p´allá".

Estando Joaquín Carrasco el Cojo y yo, que era el zagal, en la finca el Caño, en Trassierra, llegaron los rojos a media tarde, nos sacaron del chozo y nos llevaron al cortijo. Estando dentro, uno de los rojos le dijo a un tal Ángel, que trabajaba allí de encargado "usted está rico, mírame usted, mi camisa negra y destrozada de hacer picón y mis manos llenas de callos". Aquel tío era ranchero. Después nos avisaron "mañana dais parte, de las 12 en adelante". Lo que más gracia me hizo es que uno de ellos le dijo al cabrero que llevaba la leche a Córdoba "¿qué numero gasta usted? quítese usted las botas, quédese usted con las mías y esas me las quedaré yo, que me harán más falta". Cuando ya se iban salieron del cortijo, y al momento salió otro compañero de lo alto de la cámara con un lío de ropa. Como se iba a casar una hija con Ángel, este le dijo "hombre, para que os vais a llevar la ropa de mujer si ustedes no tienen a nadie". Y el guerrillero le respondió "¿qué no? Nosotros tenemos a nuestras mujeres. Este había registrado las cámaras del cortijo buscando ropas de mujer. Se llevaron los mulos del Caño cargados de comida, pero estos volvieron a las dos o tres horas, también sin aparejos ni serones. (¿Podría estar relacionado este hecho de buscar ropa de mujer con la presencia de María Josefa López en el cercano barranco de la Huesa?)

Por aquellos entonces, le metieron fuego la Cebadera, que es como le llaman a la mancha vieja de la Porrá, seguramente para descubrir los escondites de los rojos, a los guardias civiles los echaron sus jefes del destacamento que tenían en esta finca, porque en verdad ¿qué pintaban los civiles allí, cuando la mancha donde se ocultaban los rojos estaba ya quemada?. Pues como ya habían quitado el destacamento, estando mi familia de rancheros esta finca, los días de agua que no se trabajaba, íbamos de cacería con los perros, y allí en medio del barranco, nos encontramos la olla que se llevaron de la Mesa del Arrendal, junto con muchas latas de sardinas, que no me explico donde las pillaba esa gente, también había cepos; el incendio descubrió todo esto, seguramente tendrían allí una chabola.

A lo largo del invierno de 1945 llegan a la sierra de Córdoba experimentados maquis (entre ellos el "Capitán Carrete" de Pozoblanco) enviados desde Francia por el PCE con una emisora para instalar en Sierra Morena, en la nueva línea de pasar a la ofensiva ideológica contra el régimen. En enero de 1946 llegan nuevamente desde Francia Alfonso Nevado de Villanueva, y Ricardo Bueno. En esta

misma línea de autoconfianza, capacidad organizativa y actuaciones ofensivas de intencionalidad política y propagandística, durante los años 1945 y 1946 se multiplican los golpes de mano, algunos de ellos espectaculares como el asalto y voladura del polvorín de Peñarroya, por cuarenta guerrilleros el 13 de mayo de 1946. Eran asimismo frecuentes acciones pacíficas para explicar las razones de la lucha antifranquista y la situación internacional, para lo que ocupaban durante horas los cortijos y haciendas de la sierra y reunían a los trabajadores que allí se encontraban en elevado número en época de siembra, siega o recolección de aceituna. El aprovisionamiento de víveres también se realizaba a mayor escala, no siendo infrecuentes la utilización de recuas de mulas para acercar a las cuevas y abrigos rocosos empleados al efecto aceite, panes, carne frita en el mismo cortijo, tocino, etc. La comida era conservada a veces durante días e incluso semanas salando la carne cruda y guardándola en colmenas de corcho que actuaban como aislantes térmicos.

A comienzos de 1946, la Tercera Agrupación Guerrillera ya estaba en funcionamiento, y en ella ocupan los puestos de mayor responsabilidad buena parte de los componentes de la guerrilla de Julián Caballero, al formar parte del Estado Mayor de la citada Agrupación. Así, el jefe militar era Mario de la Rosa, el jefe político Julián Caballero Vacas, el jefe de Estado Mayor Librado Pérez Díaz *Jorge Clavijo* y la ayudante de Estado Mayor Josefa López Garrido.

De ellos dependían organizativamente la 31ª y 32ª División, que a su vez incluían tres batallones (149,150, 160) compuestos por un total de ocho guerrillas, que tenían en torno a seis efectivos cada una. Unos sesenta guerrilleros dependían por tanto orgánicamente de la tercera agrupación, de ahí la trascendencia negativa de su caída. En 1946 es desmantelada la organización comunista de la capital cordobesa, y como resultado huyen a la sierra algunos de sus miembros. Así se incorporan a la partida de Julián Caballero Melchor Ranchal Risquez "Curro de Añora" y José Merino Campos "Felipe". Completaba la partida Francisco Lagares González "Jaime" o "Sojito".

La nueva posición de mando guerrillero de la partida de Julián Caballero no los eximía de participar en acciones directas, fundamentalmente consistentes en ocupaciones de cortijos para hablar a los trabajadores y aprovisionarse. En una de estos intentos de requisa y aprovisionamiento tiene lugar la muerte del exalcalde comunista de Villanueva de Córdoba y hermano de Julián, Bartolomé Caballero Vacas, por disparos de la guardia civil que había sido alertada por

el casero del cortijo que habían ocupado inmediatamente antes (situado en el término municipal de Villanueva de Córdoba) y al que cometieron el error de regresar en busca de la sal que habían olvidado llevarse.

Durante 1946 y hasta el final de su existencia guerrillera, los componentes del Estado Mayor de la Tercera Agrupación Guerrillera se refugian y descansan en las bases situadas en el término de Villaviciosa de Córdoba: el cortijo de las Dalias, al Norte de la zona de la Huesa y el Olivarejo, y las que más nos interesan en este trabajo, la cueva y las umbrías de la Porrá (ver mapa desplegable) y una amplía oquedad, en el mismo barranco de la Huesa, que no era más que una amplia grieta posiblemente de origen tectónico abierta en los bloques de cuarcita que coronan la vertiente izquierda del barranco (en la zona no existen rocas carbonatadas), en el límite con las fincas de la Pastelera y la Solana del Molinillo, tal y como hemos conseguido confirmar tras diversas entrevistas a viejos guardas y trabajadores que habitaron aquellas fincas en los años cuarenta. En la actualidad la entrada a esta oquedad ha quedado cubierta por los desplazamientos de tierra producidos a lo largo de los años sesenta, debidos al aterrazamiento de laderas y repoblación de pino negral (*Pinus pinaster*) y pino piñonero (*Pinus pinea*), que llevó a cabo el desparecido ICONA (Instituto de Conservación de la Naturaleza). Un viejo guarda de la zona, que no quiso dar el nombre, nos afirmó con rotundidad que la maquinaria pesada se había dedicado para tapar con toneladas de tierra la entrada al abrigo rocoso, por lo que era imposible localizarlo actualmente.

EL DESASTRE DE LA HUESA. TRAICIÓN Y MUERTE DEL ESTADO MAYOR DE LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA. EL DESTINO DE LOS APOYOS Y ENLACES DE LA GUERRILLA

Transcurren los primeros meses de 1947. Los nuevos vientos de profundo anticomunismo que anticipan la guerra fría a escala mundial salvan definitivamente al régimen de Franco y acaban con cualquier esperanza de apoyo internacional a la acción guerrillera. Paralelamente, se recrudece la represión contra enlaces, sospechosos de todo tipo y familiares de los hombres de la sierra. Llega el bienio del terror (1947-48) preñado de impunidad y violencia por parte de las fuerzas franquistas. La guerrilla sufre esta situación, con un aumento del número de caídos y, lo que aún es peor, las delaciones y traiciones internas y el creciente aislamiento de sus contactos y apoyos en el llano. La partida de Julián Caballero sigue ejerciendo con creciente dificultad su labor de dirección y coordinación de la Tercera Agrupación, aparentemente segura en el paraje de la Huesa y abrigada por el apoyo logístico de la familia Cobos Reina, arrendatarios de la finca y habitantes de una tosca casilla serrana sita en el propio barranco (ver ortoimagen barranco de la Huesa). Un simple recorrido a pie nos permite reconocer la idoneidad de esta zona para la vida guerrillera: empinadas laderas cubiertas de matorral (donde pueden habilitarse chozos bien camuflados) circundadas por crestas cuarcíticas que ofrecen abrigos rocosos y permiten otear a larga distancia el horizonte. Existen varios puntos de agua repartidos por el barranco que garantizan el suministro incluso para el verano, y la cuenca alta del arroyo enlaza fácilmente con los llanos de Navalserrano y de ahí al interior del término de Villaviciosa y el alto Guadiato. Por último, el agreste curso del Guadiato guarda como un foso natural toda la cara sur del barranco y sus estribaciones. Otro factor favorable para la guerrilla consistía en la ocupación de la zona por familias y enlaces que, en mayor o menor medida, apoyaron o al menos no comprometieron la existencia de los guerrilleros, no sólo del grupo de Julián Caballero, sino de otros,

como los hermanos Cornelio que transitaban por estos montes y tenían en la Huesa seguro refugio. No sólo los Cobos Reina apoyaron a Julián y su partida, tenemos constancia de la presencia de un cabrero, **Ernesto Castro**, que, desde la finca de los Boquerones, lindante con el barranco, era apoyo de la guerrilla. Al nordeste de la cabecera del barranco, los propietarios de la finca de la Pastelera también conocían y mantenían buenas relaciones con Julián Caballero.

Pero ninguna de estas condiciones pudo impedir el cerco y la muerte de los miembros del Estado Mayor, en la madrugada del 11 de junio de 1947. La tragedia comienza a forjarse pocos días antes, con la entrega de un guerrillero "Corchete", de pequeña estatura y que vemos en la partida del "Cojo de la Porrá", aprovisionándose con malos modos en la casa de José María Rodríguez, que nos cuenta con detalle este y otros encuentros en un largo testimonio que ofrecemos en el siguiente capítulo. Corchete delata enseguida el lugar donde se encontraba la base guerrillera y el papel de apoyo y enlace de la familia Cobos Reina. A partir de aquí, el capitán Tamayo –jefe de la guarnición de Villaviciosa y persistente perseguidor de la guerrilla- establece estrecha vigilancia en la zona y coordina un amplio cerco con numerosos efectivos de la guardia civil, que peina los valles circundantes y cierra los accesos a la Huesa. De la importancia dada por la Guardia Civil a la operación contra el grupo de Julián Caballero da constancia no sólo el número de guardias puestos en pie de guerra –la segunda compañía del quinto Tercio de la Guardia Civil- sino la presencia del capitán Tamayo y, según parece por diversos testimonios, la presencia del propio jefe de la comandancia de Córdoba, el teniente coronel Enrique Martín Pallín.

Fruto de esta ocupación del territorio por parte de la guardia civil fueron los encuentros y tiroteos entre civiles y jefes guerrilleros de la 31º División que iban hacia a la Huesa para asistir a una reunión de coordinación con su Estado Mayor. Primero en el Collado de los Lobos, en la cuenca del rio Névalo (afluente del río Bembézar), un cruce de disparos sin consecuencias los hizo desviarse hacia el Norte, por una zona actualmente cubierta de pinares de repoblación, pero de nuevo se vieron sorprendidos por agentes de la guardia civil. Obligados sin duda por la presencia de tantos efectivos, giran al sur y se ocultan durante todo un día en el salvaje y bellísimo cauce del arroyo Pajarón (también tributario del Bembézar), donde se alimentaron con unos pollos de águila que capturaron en un nido (dicho sea de paso, este pequeño valle encierra dos joyas botánicas de primer orden: un extenso y climácico bosque de quejigos en la ladera que baja de la finca de Taqueros, y una fresneda de numerosos y viejos ejemplares).

En ese momento, los guerrilleros no podían saber que estaban sufriendo los efectos de la amplia batida de la zona y la preparación del asalto a la Huesa, por lo que siguieron su fatal camino hacia la base de la Tercera Agrupación, a la que llegaron en la noche del 10-11 de junio, pocas horas antes del ataque de las fuerzas de la guardia civil. Una vez en la Huesa, se acercaron al chozo de los Cobos Reina, que les señalaron el refugio nocturno situado junto al arroyo y en las proximidades de una fuente, donde se encontraban Julián y su gente (durante la noche, y en verano, se aprovechaba para cocinar, lavar y tomar agua, por lo que se ocupaban chozos provisionales cerca de puntos de agua, como aquí ocurre). Seguramente se saludaron antes de retirarse a descansar de forma dispersa, lo que acabó salvando la vida de tres de los guerrilleros recién llegados ("Jerónimo Almenta", "El Peque" y "Cristino") que pudieron eludir el cerco, al encontrarse lo suficientemente retirados de la acción principal. **José Merino Campos**, el cuarto guerrillero recién llegado (miembro del P.C.E. de la capital que se incorpora a la guerrilla tras la caída del clandestino comité provincial en 1946) fue detenido en la operación y condenado a muerte, pena que fue conmutada por cadena perpetua, convirtiéndose así en el único superviviente del desastre e, inmediatamente, en confidente y chivato de la guardia civil, delatando buena parte de la organización guerrillera que aún se mantenía en pie y contribuyendo al derrumbamiento de la organización de la Tercera Agrupación en estos años finales de la década de los 40 del pasado siglo.

Los testimonios orales recogidos coinciden en señalar la táctica seguida en el asalto como similar a las que se llevaban a cabo en cualquier montería. Un grupo de guardias al mando del sargento Egea Porras se sitúa en la parte alta del barranco (en la linde con el Olivarejo, Navaserrano y la Pastelera, ver mapa), y comienzan a avanzar hacia abajo disparando y lanzando bombas de mano, para que los guerrilleros corrieran en busca de la salida natural del arroyo, hacia el cauce del Guadiato. Cerca de la desembocadura, en un estrechamiento de las empinadas laderas, estaba apostada una línea de guardias civiles, que en número de más de treinta impedían cualquier posibilidad de defensa o de huida. Antes de los primeros disparos, una contrapartida formada por varios civiles disfrazados de guerrilleros y el confidente *Corchete* se instaló en el interior de la casilla de los enlaces Cobos Reina y obligó a alguno de estos enlaces (padre y dos hermanos, como veremos en el siguiente capítulo) a indicarles el lugar exacto del campamento. Con todas las cartas en la mano, la matanza se desarrolló tal y como estaba previsto. Al descender arroyo abajo los guerrilleros se toparon con la línea de guardias y se dispersaron en busca de inútil refugio en-

tre las peñas y malezas del lugar. Fueron cayendo uno tras otro, aunque parece seguro que Julián Caballero y Mº Josefa López Garrido prefirieron quitarse la vida de un tiro en la cabeza. Así acabaron su vida estos luchadores obreros, a los que habría que aplicar como epitafio los conocidos versos de Bertolt Brech *"Sólo los que luchan siempre son imprescindibles"*.

El atestado firmado por el capitán Tamayo (Causas núm. 1.088 y 1.028/47 Archivo Militar T.II. Sevilla) describe en un lenguaje soez y despreciativo, especialmente humillante para la única mujer caída, María Josefa López, la posición de los cadáveres y los disparos recibidos. Para entender la lógica de la desesperada huida debemos recordar las características biofísicas del barranco de la Huesa, cuyo peculiar relieve se convirtió en un factor limitante al encajonar hacia la desembocadura del arroyo de la Huesa en el rio Guadiato la única opción de retirada de los guerrilleros. El barranco, alargado, estrecho y cerrado por riscos en las laderas (como un alargado fémur, *la Huesa*) tiene la forma de una Y orientada en dirección N-S, con los dos ramales superiores confluyentes cerca del pozo donde se inició la tragedia y el brazo inferior prolongado en dirección sur hacia su desembocadura en el rio Guadiato. La salida natural era descender este tramo pegados al arroyo buscando la salida por el Guadiato, y en ese orden de huida fueron cayendo los abatidos guerrilleros. Siguiendo el mencionado atestado, sobre el lecho del arroyo se haya un primer cadáver, de unos treinta años, con tres heridas de arma de fuego en la región pectoral y otras dos en zona maxilar. El detenido Merino Campos, que acompaña al capitán Tamayo en el reconocimiento del escenario de la cacería humana, más que de la batalla, lo señala como **Ángel Moreno Cabrera** *"El Pincho"* de Pozoblanco, con 35 años de edad. 15 metros más abajo, en dirección Sur se encuentra otro cadáver, con los brazos abiertos, alto, grueso y canoso, de unos 50 años con herida de arma de fuego en la región frontal, otra herida en la región temporal derecha, más dos heridas en la región mamaria derecha. Es **Julián Caballero Vacas**, de 53 años. Muy cerca se halla muerta una mujer, de unos 40 años, vestida con pantalón de pana y chaqueta de punto, con heridas de arma de fuego en la región craneana y la parte izquierda volada, y en la región inguinal derecha e izquierda, diversas heridas por armas de fuego (fruto seguramente del posterior ensañamiento). Se trata de **María Josefa López Garrido**, natural de Villanueva de Córdoba, con 45 años. Siguiendo el sentido natural del intento de huida, unos 30 metros más al Sur, otro cadáver en decúbito prono y los brazos abiertos, de estatura baja, pantalón y cazadora de pana, de unos 30 años, con herida por arma de fuego en la región pectoral, otra en la región oral y fractura en el antebrazo derecho.

Se trata de **Melchor Ranchal Risquez** *"Curro de Añora"*, de Añora, 35 años. Algo más al sur, a unos diez metros, se halla el último cadáver, de estatura alta, delgado, pelo rubio, pantalón de pana y camisa de color caki, de unos 30 años, con heridas de arma de fuego en el maxilar inferior, cuello y región epigástrica, en posición decúbito lateral derecho con los brazos cruzados. Corresponde a **Librado Pérez Díaz** *"Clavijo"*, de Villamiel (Ciudad Real), el más joven de la partida con 27 años, de profesión practicante. El relato refleja el sentido de la huida como ya hemos dicho, en fila india y hacia el Sur, encabezada por *Clavijo* y *Curro de Añora*.

Pero la violencia no cesa con la muerte de los guerrilleros. Se maltrata y se veja a los cadáveres, en un comportamiento irracional cargado de contenido simbólico porque evidencia el carácter de guerra ideológica y de venganza de clase que subyace en la persecución antiguerrillera, más allá de la simple persecución que podríamos considerar "lógica" desde la óptica de una dictadura filofascista. Así, las peores prácticas del militarismo africanista liderado por Millan Astray y el propio Franco (que consistían por ejemplo en cortar las cabezas de los enemigos moros y profanar sus cadáveres arrojándolos en el interior de las aldeas beréberes) se reproducen en las sierras andaluzas. Los cinco cuerpos de los guerrilleros caídos son sacados a lomos de mula del fondo del barranco y alineados en la misma puerta del chozo con paredes de tapial donde habían vivido hasta ese momento la familia Cobos Reina. El espectáculo de las cinco víctimas cubiertas de sangre, en medio de las cuales los civiles se felicitaban mutuamente, debió ser terrible y su recuerdo ha pasado de los pocos que pudieron contemplarlo (los muleros y algún miembro de la familia de José María Rodríguez, que vivían en las proximidades y cuyo testimonio ofreceremos más adelante) a sus hijos y nietos, de modo que aún puede recogerse de labios de personas relativamente jóvenes, como el actual guarda de la finca, que nos indicó la posible situación de la oquedad rocosa de la *Huesa* a la que ya hemos aludido.

Las siguientes horas del día 11 de junio se emplean en el reconocimiento a fondo del barranco, localizando diversos depósitos de armas (fusiles de la guerra, pistolas, escopetas...el escaso y débil armamento con el que se enfrentaban a los *naranjeros* y mausers de la guardia civil) municiones y víveres, incluyendo un pequeño zulo o sótano excavado bajo uno de los chozos propiedad de la familia Cobos Reina. Se procede a la detención de las familias de rancheros y pastores del entorno, se requisan media docena de bestias para sacar los cadáveres del empinado barranco, arrastrándolos primero con sogas desde lo hondo del

arroyo donde habían caído y colocándolos después cruzados sobre las caballerías. Tras los trofeos humanos, la triste procesión de los detenidos, cabreros, rancheros, toda la familia Cobos Reina (el padre, de Jaén, **Juan Cobo Gallego**, la madre y los cuatro hermanos, Agustín, Antonio, José y Lucas) seguidos del superviviente y futuro delator José Merino. La familia Cobos Reina y algunos de los detenidos fueron condenados a varios años de cárcel. No llegan a Villaviciosa hasta caída la tarde del 12 de junio de 1936, donde los cadáveres son amontonados en el depósito del cementerio de Villaviciosa. Al día siguiente, tres cadáveres serían transportados en un camión a sus pueblos de origen: El de Ángel Cabrera fue expuesto y enterrado en el cementerio de Pozoblanco, y los de Julián y María Josefa, primero exhibidos en un nuevo acto de crueldad *post mortem* en la plaza de Villanueva, donde parece que no se produjeron las escenas de escarnio público que esperaban los represores ni acudieron muchas personas a contemplar el fúnebre espectáculo, solo algunos que pasaron y miraron. Todavía recuerdan los más viejos del pueblo el respetuoso silencio y la tristeza con la que la mayor parte de la gente recibió aquel día los cadáveres de los guerrilleros. Después, fueron conducidos al depósito de cadáveres del cementerio de Villanueva, donde los encontró su hijo **Ernesto Caballero**, tal y como nos narra en la entrevista que reproducimos en este mismo capítulo. Era el 13 de junio de 1947, llevaban ya tres días muertos bajo el tórrido sol del verano cordobés.

Un excepcional testimonio oral (recogido por Juan Nevado Calero en la revista de la feria de 2009 de Villaviciosa) de un viejo campesino anónimo, que en 1947 debía ser un zagal perteneciente a alguna de las familias que vivían por la zona, nos ofrece una viva descripción de lo que ocurrió la madrugada del 11 de junio. Cuenta este testigo que en la tarde del día 10 llegaron tres guardias civiles y lo detuvieron junto a su hermano, e inmediatamente después, lo siguiente:

Acto seguido disponen los guardias que vayamos al cortijo de los Boquerones, a pesar de la noche. Allí habían llevado los guardias a Ernesto el cabrero. Al alba del día 11 de junio nos levantamos todos, y los guardias me llevaron detenido junto a mi hermano y a Ernesto al chozo de la Huesa. Allí encontré que habían detenido a toda la familia Cobo. En el chozo habían construido un pequeño subterráneo donde guardaban los rojos armas, munición y ropas. Tenían camuflados y dispersos, en la espesura del monte, sus escondites, para pasar desapercibidos para quienes transitaban por el camino de acceso al chozo…estuvimos esperando todos un rato largo, hasta que llegó Rafael, el de Pedro José el Gitano, con una reata de

bestias, desde el Llano de la Iglesia, en Navaserrano (ver mapa desplegable). *Los guardias habían conseguido allí el transporte necesario para llevar los cadáveres de los muertos en el tiroteo de la mañana anterior*. (esta última frase indica que se trata del día 12 de junio, no del 11 como señala el relator, ya que el tiroteo se produce como sabemos en la madrugada del 11).

Una vez cargadas las bestias, el sargento nos ató a todos las manos, como si estuviéramos esposados, no escatimando fuerza en apretar los nudos. Con una soga nos unió a todos atándonos de un brazo, para formar una reata de prisioneros. En el orden de la comitiva iba en primer lugar el capitán con su caballo, y detrás las bestias con los cadáveres, entre ellos el de una mujer, seguidos por los presos, todos maniatados y unidos por la soga…compuesta por los dos hermanos Cobo, su padre, Ernesto, un rojo que capturaron con vida, mi hermano y yo…A la tarde llegamos al pueblo. La comitiva se dividió, las bestias con los cadáveres se fueron para el cementerio y los presos al cuartel"

Los detenidos pasaron a la Prisión Provincial, donde se inició la correspondiente causa judicial para 12 acusados, continuando así bajo la injusta maquinaria de la legalidad franquista el empeño represivo contra la guerrilla antifranquista y sus aliados en Sierra Morena.

El desastre de la Huesa marca el comienzo del fin de la organización guerrillera en Córdoba -tan arduamente construida desde el otoño de 1945- y preludia los dos años de persecución y muerte que aguardaba a las cada vez más aisladas partidas. Precisamente en esta zona de la Huesa, La Porrá, el Cerro del Trigo y Mesas Altas que constituye el marco espacial de nuestro relato continúa habiendo presencia guerrillera (más bien huidos que se ocultan como en los primeros meses tras la guerra civil) hasta 1951, como tendremos ocasión de comprobar en siguientes capítulos, donde abordamos ya concretamente las condiciones físicas y sociales del área geográfica de la Huesa, así como los testimonios de los habitantes de la sierra que convivieron con la guerrilla, que los ayudaron o fueron sus familiares directos.

La importancia de la figura de Julián Caballero Vacas se evidencia por la dimensión militar y la presencia de altos cargos de la guardia civil que tuvo su acoso y muerte, también por la respuesta tranquila y respetuosa de la población de Villanueva ante el intento de escarnio provocado por las fuerzas represivas, y por un tercer factor que proviene de la atención prestada a su muerte y a su

trayectoria por el **Mundo Obrero**, que el viernes 4 de julio de 1947 le dedica una emocionante *pieza fúnebre* que reproducimos a continuación:

VIERNES, 4 DE JULIO DE 1947. — ESPAÑA POPULAR — PAGINA TRES

La lucha de los GUERRILLAS

Los jerarcas de la Iglesia quieren ganar posiciones en el seno de la clase obrera

Cómo se ayuda a Franco, mediante el comercio exterior

Miseria en Barcelona

Nuevos aspectos del grave problema de la vivienda

Franco construye una poderosa radio de propaganda en Fernándo Poo

EL PARO EN ESPAÑA

La Feria de Muestras de Barcelona

Una "muestra" de atraso y crisis económica

HAMBRE Y ANALFABETISMO

Sucedió en España

Golpe por golpe

Otro nombre en la lista de crímenes

Julián Caballero, jefe campesino y jefe guerrillero

Cuando se escriba la historia de las luchas campesinas en Córdoba, a través de sus mejores capítulos, como la savia por el árbol, correrá su nombre, el nombre de Julián Caballero. Para los campesinos de esa comarca serrana que se encierra y se abre desde Montoro a Cerro Muriano —Adamuz, Villanueva de Córdoba, Los Pedroches, El Viso— era el jefe veterano, valeroso y capaz.

Alto como una torre, seco como un sarmiento, despacioso y llano, tenía esa gravedad de los buenos hombres de Córdoba que parece fijada en la divisa de su más ilustre antecesor; ser siempre digno y ser siempre justo. Porque Julián Caballero lo fué siempre, los campesinos le seguían. Antes del triunfo del Frente Popular, las huelgas de los obreros agrícolas de Villanueva de Córdoba y su comarca y los forcejeos de las labradores pobres acosados por señores feudales, agentes del fisco y tricornios, le tuvieron a él por conductor.

Era comunista, un comunista ejemplar. La organización del Partido en esa comarca encontró en él su hombre más abnegado. Y su pueblo, Villanueva, donde Caballero era el espejo de las virtudes y los anhelos campesinos, se convirtió en una ciudadela del Partido Comunista, se decir — y el tiempo y las obras lo demostraron—, en una fortaleza de la República.

El 16 de febrero fué un día de fiesta en Villanueva. Juan Caballero tomó la vara y solemnemente, con esa sencilla solemnidad suya que le venía de casta, se sentó en el sillón del Ayuntamiento.

—De aquí en adelante en este pueblo habrá justicia.

Y no dijo más, pero la hubo.

Luego, el 18 de julio, Julián Caballero hizo lo mismo que ciento veintiocho años antes había hecho su colega aquél labrador de Móstoles, pues ambos eran hombres del mismo linaje; viendo agredidas la libertad y la Patria, declaró la guerra al fascismo y puso a su comarca en pie contra facciosos e invasores.

¿Os acordais de aquellas tierras y aldeas de Córdoba, parapetos serranos que no cayeron a la embestida inicial de civiles, falangistas y Regulares? Julián Caballero las salvó asistido de otros héroes que también han muerto: Valenzuela, que desde Jaén los dirigía; Vázquez el que luego fué un gran jefe militar, y esa legión de los Caballero, hermanos y primos de Julián, todos campesinos, todos valientes y todos comunistas.

Bajo su sombrero ancho, la escopeta al hombro y la mirada larga, iba en un caballejo zaino de pueblo en pueblo levantando a los hombres para la defensa de la República. Y los labradores serranos, gente de su solera, se iban con él a las Milicias.

Ardía la guerra en Sierra Morena, y el sol de la libertad se había nublado ya en casi toda la provincia cordobesa y todavía en el fortín comunista de Villanueva ondeaba la bandera de la República. Luego cayó la noche; pero Julián Caballero y quienes de entre los suyos quedaban vivos sabían por formación y por instinto que era preciso seguir luchando. Y dejaron sus mesetas sombreadas de olivos y se echaron al monte, erizado de encinas.

Julián Caballero fué el organizador de las primeras guerrillas de Córdoba, de esas guerrillas que llevan muy cerca de diez años de combate y que hoy, al empuje de semilla tan recia, reverdecen en centenares de luchas más vigorosas al pasar los días y al sucederse los ejemplos.

El jefe campesino se transformó —como era natural, con esa magnífica naturalidad de las grandes cosas— en el jefe de los guerrilleros de su comarca. A su noble pasado, Julián Caballero han venido a añadir este largo y esforzado epílogo de luchas guerrilleras. Año tras año, mes tras mes, día a día, hemos leído los partes guerrilleros de Córdoba. Ahora —¡en la última hora!— podemos dar el nombre del héroe que fué protagonista y capitán en muchos de ellos. Crecido en años, en prestigio y en conocimientos —¡qué juicio más cabal tenía para todo Julián Caballero!—, el alcalde de Villanueva ha sido uno de los jefes de la Resistencia en la tierra luminosa y severa que lo vió nacer y de la cual, sin duda estaba hecho él mismo.

En estos días de junio ha caído. La segunda compañía del quinto tercio de la Guardia Civil se concentró en Villanueva para darle caza. Y cumpliendo las órdenes de Franco —"no quiero prisioneros; quiero muertos"—, le han asesinado. Cobardemente, villanamente, a la manera franquista, es decir, de mala manera, como decía Julián de las cosas que no hacen ni con justica ni con razón.

Con el alcalde ejemplar de Villanueva, con el jefe de los campesinos de esa comarca cordobesa —una de las más indomables de España—, el Partido Comunista pierde a uno de sus militantes y cuadros mejores. Pero con la vida de Julián Caballero no se apagará la lucha guerrillera en Córdoba; al contrario, sus llamas volarán más altas y amenazadoras. El odio que desde hoy profesarán al régimen esos campesinos para quienes Julián Caballero era a la vez jefe y padre será más fuerte, más profundo, más terminante. Su ejemplo los guiará por breñas y jarales.

Hombres como Julián Caballero hacen siempre a otros hombres. Ellos escribirán los nuevos partes guerrilleros y la última página de la victoria de la libertad y la paz en Córdoba y en España entera, a la que consagró su vida esa legendaria figura de campesino, de cordobés y de comunista que fué Julián Caballero.

Elogio fúnebre a Julián Caballero. Mundo Obrero

JULIAN CABALLERO, JEFE CAMPESINO Y JEFE GUERRILLERO

Cuando se escriba la historia de las luchas campesinas en Córdoba, a través de sus mejores capítulos, como la savia por el árbol, correrá su nombre, el nombre de Julián Caballero. Para los campesinos de esa comarca serrana que se encierra y se abre desde Montoro a Cerro Muriano –Adamuz, Villanueva de Córdoba, los Pedroches, el Viso- era el jefe veterano, valeroso y capaz.

Alto como una torre, seco como un sarmiento, despacioso y llano, tenía esa gravedad de los buenos hombres de Córdoba que parece fijada en la divisa de su más ilustre antecesor, ser siempre libre y ser siempre justo. Porque Julián Caballero lo fue siempre, los campesinos le seguían. Antes del triunfo del Frente Popular, las huelgas de los obreros agrícolas de Villanueva de Córdoba y su comarca y los forcejeos de los labradores pobres acosados por señores feudales, agentes del fisco y tricornios, le tuvieron a él por conductor.

Era comunista, un comunista ejemplar. La organización del partido en esa comarca encontró en él el hombre más abnegado- Y su pueblo, Villanueva, donde Caballero era el espejo de las virtudes y los anhelos campesinos, se convirtió en una ciudadela del partido comunista, es decir –y el tiempo y las obras lo demostraron- en una fortaleza de la República.

El 18 de febrero fue un día de fiesta en Villanueva. Julián Caballero tomó la vara y solemnemente, con esa sencilla solemnidad suya que le venía de casta, se sentó en el sillón del Ayuntamiento, y anunció "de aquí en adelante en este pueblo habrá justicia". Y no dijo más, pero la hubo.

Luego, el 18 de julio Julián Caballero hizo lo mismo que ciento veintiocho años antes había hecho su colega, aquel labrador de Mósteles, pues ambos eran hombres del mismo linaje, viendo agredidas la libertad y la patria declaró la guerra al fascismo y puso a su comarca en pie contra facciosos e invasores.

¿Os acordáis de aquellas tierras y aldeas de Córdoba, parapetos serranos que no cayeron a la embestida inicial de civiles, falangistas y regulares? Julián Caballero los salvó asistido por otros héroes que también han muerto: Valenzuela, que desde Jaén los dirigió; Vázquez, que luego fue un gran jefe militar, y esa legión de los Caballero, hermanos y primos de Julián. Todos campesinos, todos valientes, todos comunistas.

Bajo su sombrero ancho, la escopeta al hombro y la mirada larga, iba en un caballejo zaino de pueblo en pueblo levantando a los hombres para la defensa de la República. Y los labradores serranos, gente de su solera, se iban con él a las Milicias.

Ardía la guerra en Sierra Morena y el sol de la libertad se había nublado ya en casi toda la provincia cordobesa y todavía en el fortín comunista de Villanueva de Córdoba ondeaba la bandera de la República. Luego cayó la noche, pero Julián Caballero y quienes de entre los suyos quedaban vivos sabían por formación y por instinto que era preciso seguir luchando. Y dejaron sus mesetas sombreadas de olivos y se echaron al monte, erizado de encinas.

Julián Caballero fue el organizador de las primeras guerrillas de Córdoba, de esas guerrillas que llevan muy cerca de diez años y que hoy, al empuje de semilla tan recia, reverdecen en centenares de luchas más vigorosas al pasar los días y sucederse los ejemplos.

El jefe campesino se transformó –como era natural, con esa magnífica naturalidad de las grandes cosas- en el jefe de los guerrilleros de su comarca. A su noble pasado, Julián Caballero ha venido a añadir este largo y esforzado epílogo de luchas guerrilleras. Año tras año, mes tras mes, día a día, hemos leído los partes guerrilleros de Córdoba. Ahora ¡en la última hora! podemos dar el nombre del héroe que fue protagonista y capitán de muchos de ellos. Crecido en años, en prestigio y en conocimientos -¡qué juicio más cabal tenía para todo Julián Caballero!- el alcalde de Villanueva ha sido uno de los jefes de la Resistencia en la sierra luminosa y severa que lo vio nacer y de la cual sin duda estaba hecho él mismo.

En estos días de junio ha caído. La segunda compañía del quinto tercio de la Guardia Civil se concentró en Villanueva para darle caza. Y cumpliendo las ordenes de Franco –"no quiero prisioneros, quiero muertos"- le han asesinado. Cobardemente, villanamente, a la manera franquista, es decir, de mala manera, como decía Julián de las cosas que se hacen sin justicia ni razón.

Con el alcalde ejemplar de Villanueva, con el jefe de los campesinos, el Partido Comunista pierde uno de sus militantes y cuadros mejores. Pero con la vida de Julián Caballero no se apagará la lucha guerrillera en Córdoba. Al contrario, sus llamas volarán más altas y amenazadoras. El odio que desde hoy profesarán al régimen esos campesinos para quienes Julián era al tiempo jefe y padre será más fuerte, más

profundo, más terminante. Su ejemplo los guiará por breñas y jarales. Hombres como Julián Caballero hacen siempre a otros hombres. Ellos escribirán los nuevos partes guerrilleros y la última página de la victoria de la libertad y la paz, en Córdoba y en España entera, a la que consagró su vida esta legendaria figura de campesino, de cordobés y de comunista que fue Julián Caballero.

En junio de 2022 realizamos una larga entrevista a Ernesto Caballero Castillo, hijo de Julián Caballero y, como él, dirigente obrero, represaliado por su importante papel en la lucha antifascista y comunista ejemplar. Su figura constituyó durante décadas –desde los años centrales y finales del franquismo a la Transición y el posterior juego democrático- un referente generoso y lúcido que supo transitar con eficacia por tiempos difíciles. Pocas veces resulta tan cierto el viejo refrán castellano "de tal palo tal astilla". Si comparamos los rasgos ya apuntados de la vida pública y la militancia obrera de Julián Caballero con la trayectoria política y luchadora de su hijo Ernesto, vemos brillar virtudes cívicas comunes entre hijo y padre: la búsqueda de la unidad, la capacidad verbal y dialéctica, la disciplina hacia la organización y el seguimiento no mecánico sino creativo de las líneas tácticas o estratégicas, la capacidad de unir más que de dividir. No olvidamos en la construcción de esta forma de ser y de actuar el ejemplo de Dolores Castillo Coleto, su madre, quien, en circunstancias extremas de represión, hambre y dolor, supo dar siempre ejemplo hacia el hijo de lucidez, serenidad y esperanza.

ENTREVISTA A ERNESTO CABALLERO CASTILLO

Vine al mundo el 9 de mayo de 1935, en el seno de una familia campesina en la que todos los miembros, menos los hermanos de mi padre Antonio y María, militaban en organizaciones sindicales o políticas. Mi padre nació el 31 de agosto de 1894, y era el tercero de cinco hermanos, Bartolomé, Antonio, mi padre, Miguel y Marina, la menor.

Mi madre era la cuarta de cinco hermanos (Alfonso, Catalina, Bartolomé, María de los Dolores, mi madre, nacida el 2 de marzo de 1900 y Miguel, el menor de los hermanos). Mi madre me contaba que ni ella ni sus hermanos fueron al colegio, aunque ella era la que mejor sabía leer, escribir y de cuentas, gracias a la labor docente informal de un zapatero, que aceptó el ruego insistente de la niña para aprender a leer y escribir. Comunista como mi padre, llegó a escribir algunos ar-

Los autores con Ernesto Caballero, tras la entrevista en "su" sede del PCE en el Barrio del Naranjo de Córdoba, donde llegó con su madre tras la muerte de Julián Caballero.

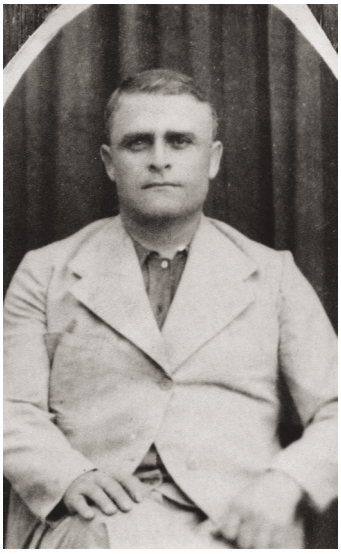
tículos en una hoja local de la organización, cosa que, años más tarde, me contó con cierto orgullo.

Mis recuerdos del final de la guerra, son vagos y confusos, porque apenas tenía cuatro años de edad. No se me ha ido de la mente la noche de la huida del 30 de marzo de 1939, con mi madre, mis hermanos y tía Catalina saliendo hacia el campo con lo puesto y algo de comida. Nevaba y mi madre y mi tía de vez en cuando se separaban como buscando algo, luego volvían desesperanzadas. Llegamos de madrugada a un cortijo donde los caseros nos acogieron bien. Allí estuvimos varios días, viendo pasar a milicianos y soldados derrotados, sin armas ni petate alguno. A los pocos días volvimos al pueblo, sin encontrar a mi padre, que esa era la idea y la intención de la salida del pueblo. Años más tarde me contó mi madre que en las últimas semanas de la guerra a mi padre lo mandaron como comisario político al frente de Pozoblanco, porque habían asesinado al anterior comisario Andrés Muñoz Caballero "El Lobo". Por lo visto mi padre le había hecho llegar un mensaje pidiéndole que saliera toda la familia al campo el 30 de marzo, para intentar la huida por Levante y Francia. No pudo ser, y esa oportunidad se perdió, quedando ya cortado mi padre e imposibilitado de huir.

Peor si cabe fue el nuevo intento de encontrarnos con mi padre a un mes más o menos del fin de la guerra. Junto a otros compañeros él ya estaba por la sierra e hizo llegar un mensaje a mi madre para verse en algún lugar en el campo. Como mi hermana Dolores era entonces muy pequeña, mi madre y su hermana, mi tía Catalina, acordaron que fuera mi tía a la cita y se quedara mi madre con la niña pequeña. La cita fue descubierta por algún falangista, por lo que mi tía fue detenida, acusada de alta traición y condenada a pena de muerte, en aquellos juicios sumarísimos que el franquismo puso en marcha para darle una apariencia de legalidad a las muertes que Franco firmaba. Tras la revisión de la causa fue condenada a cadena perpetua, pasando un viacrucis de estancias carcelarias hasta su destierro en Málaga. Después de estas dos malas experiencias, mi madre renunció a intentar ver más a mi padre, cosa que cumplió hasta que lo reconoció, ya cadáver maltratado, el 13 de junio de 1947. Yo tampoco vi nunca a mi padre, era muy chico y no podían fiarse de que inadvertidamente se me fuera la lengua. Mi hermano Miguel, mayor que yo y dedicado a cuidar piaras de cerdos en la sierra, sí creo que se encontró con él más de una vez. El que mi madre no viera a mi padre no quiere decir que no tuviera noticias suyas alguna que otra vez. Yo recuerdo algún hombre, seguramente enlace, que en ocasiones llamaba a la puerta y hablaba con mi madre. En una ocasión mi hermano Miguel se vio con mi padre que iba acompañado de Alfonso "el Parrillero", mi padre le entregó un viejo capote de la guerra, grande, y con ese capote mi madre nos hizo abrigos para todos los hermanos. Mi hermana Marina tuvo varios encuentros con mi padre por la sierra de Andujar, donde estuvo un tiempo en un chozo de pastores acogida por una hermana de mi madre y su marido.

A los cuatro años de edad me quedé solo, sin padre, madre ni hermanos. Tras detener a mi pobre tía Catalina detuvieron y encarcelaron a mi madre, mientras mis hermanos y yo mismo fuimos repartidos por diversas familias, que ya eran muy pobres sin tener que acoger una boca más. Las cárceles, viejos caserones y hasta el refugio antiaéreo que construyó la República, junto con los calabozos municipales estaban llenos de gente hacinada, hambrienta y triste. Una vez me llevaron a ver a mi madre cuando la sacaban a acarrear agua, la habían pelado al cero y ocultaba su cabeza con un pañuelo, me cogió la mano y la pasó por su cabeza, ante mi parecía estar de buen humor, sin darle importancia a su situación.

Además de las entradas y salidas de la cárcel, mi madre tenía que sufrir los interrogatorios, las palizas cuando la llamaban al cuartel y los allanamientos de morada totalmente arbitrarios. Este acoso le impedía desarrollar trabajos esta-



I.15 *Julian Caballero Vacas y Maria Dolores Castillo Coleto*

bles, por lo que tanto mi hermana Dolores y yo pasamos mucha hambre, ya que solo comíamos la comida de mediodía en el convento de las monjas. Muchas veces la llamaban para preguntarle por donde andaba mi padre y si lo veía, pero también en más de una ocasión tuvo que ir al cuartel para reconocer a un guerrillero muerto, siempre con el alma en vilo por si podía ser mi padre. A mí, con nueve o diez años también me llamaban para interrogarme, pero en vez de pegarme usaban un tipo de violencia más humillante para mí. El mismo guardia civil que maltrataba a mi madre me sentaba en sus rodillas y me hablaba con cierta amabilidad, incluso en algún caso me dio un caramelo, todo para ver si me podía sacar algo sobre mi padre. De vez en cuando iban también los civiles armados a nuestra casa, entraban por sorpresa, lo registraban todo y se ponían en el pasillo con las metralletas. Yo me metía debajo de la cama y desde allí veía las botas de los guardias moverse de un lado para otro.

Tendría yo 9 años cuando un matrimonio de pequeños propietarios me cogió como pastor, a cambio sobre todo de alimentarme bien, que es lo que buscaba mi madre. Pero la sombra de mi padre en aquel mundo de represión me persiguió también aquí, cuando ya había conseguido superar el miedo a los lobos que abundaban por aquellos encinares, y buen trabajo que me costó. Un día, dos hombres de paisano en la puerta del cortijo me dieron voces con malas maneras para que me acercara a ellos. Yo iba con un ternero y le contesté, también a voces que no podía acercarme hasta que dejara el ternero en el corral. Aquellos hombres arre-

ciaron más en sus voces, dijeron que eran guardias civiles y que me acercara inmediatamente. Me acerqué con miedo a aquellos dos hombres con armamento en las manos, y enseguida empezaron a preguntarme que de quien era hijo, quienes eran los dueños del cortijo y por qué no había acudido antes. Cuando le dije quién era dejaron de hacerme preguntas, escribieron algo en un papel y me mandaron al destacamento más cercano. Cuando al día siguiente vino el tío Francisco, cambió la cara cuando le conté lo de los civiles de paisano y a los pocos días me dijo que tenía que irme al pueblo, que la guardia civil le había dicho que siendo hijo de quien era no podía seguir en el cortijo.

Las bellotas quitaron mucha hambre en el pueblo, y yo salía a los ruedos y dehesas cercanos con una pandilla de nenes para llenar medio saco, con el riesgo siempre de que te las quitaran los guardas y encima te llevaras unas tortas. Los guardas se apostaban en los recodos de los caminos y cuando ya estábamos encima saltaban al camino apuntándonos con la carabina. El guarda preguntó por el nombre de los chicos y yo le di el mío completo "Ernesto Caballero Castillo", dije. El guarda al oír mi nombre se quedó un momento parado y en silencio, hasta que me dijo "¿Tú eres hijo de Julián?" "Sí" le conteste, porque cuando se decía Julián era mi padre, los demás tenían que añadir el apellido o el mote. Volvió a quedarse callado otra vez el guarda, parado delante de mí. Yo no esperaba nada bueno, pero el caso fue que cuando el guarda reaccionó, me dijo en voz baja: "Coge tu saco de bellotas y echa a andar, nosotros esperamos un poco, procura que no te alcance porque si te pillo tendré que quitarte las bellotas". Desde entonces, cada vez que nos paraban yo le daba mi nombre, y casi siempre nos dejaban ir con las bellotas a todos.

Con su marido y mi tío Bartolomé en la sierra, su hermana Catalina detenida y condenada a muerte, su otro hermano Bartolomé en la prisión de Córdoba, yo fui para mi madre en los años 40 su constante compañía. Ella era poco habladora, pero conmigo sí hablaba y me transmitió los valores de honradez, respeto a los demás y de mantener la dignidad por mucho que la vida y el fascismo nos golpeara. Con cinco o seis años iba cogido del delantal de mi madre a escuchar La Pirenaica (Radio España Independiente) a la zapatería de José Antonio Palomo Huertas, con la excusa de arreglar o recoger algún calzado. Cuando el zapatero veía que no había nadie nos pasaba a la trastienda y allí escuchábamos Radio Pirenaica. Yo no entendía nada pero me alegraba y me daba confianza la satisfacción que notaba en la cara de mi madre y del zapatero. Al ir y volver con paciencia me explicaba por qué luchaba mi padre y sus compañeros y lo que había sido la República. Recuerdo una vez que llegué nervioso y muy preocupado porque jugando

con otros nenes, escuché decir a uno que la gente de la sierra, los rojos, tenían escopetas de madera. Se lo conté a mi madre y ella me contestó que a lo mejor las escopetas eran de madera, pero las balas seguro que no eran de corcho. Con esa respuesta me quedé tranquilo. Yo creo que me hice comunista por esa influencia didáctica y tranquila que mi madre ejerció sobre mí.

Así iban pasando los años y yo me acercaba ya al fin de la niñez. El ambiente de brutalidad, ejercido especialmente sobre las mujeres de los hombres de la sierra, se mantenía e incluso crecía. A Josefa, la mujer del Perica, guerrillero un tanto solitario que duró poco en la sierra, la mandaba llamar el capitán Fernández para ser azotada con un látigo por el guardia civil ayudante, cosa que también hizo más de una vez con mi madre y mis tías Juana y María Antonia, al igual que con mis tres primas, hijas de mi tío Bartolomé, y esto en 1946, cuando el Perica llevaba seis años muerto.

Mi madre mantuvo siempre la compostura y no se quejaba ni hacia expresiones públicas de dolor, al contrario de la mujer de mi tío Bartolomé, muerto un año antes que mi padre. Ella si gritaba, se quejaba a voces e incluso llegaba a maldecir a su marido y lamentar haberse casado con él

El 11 de junio de 1946, un año exacto antes de la muerte de mi padre, matan a mi tío Bartolomé "Bigote", en una operación de aprovisionamiento en el cortijo "La Mimbre" de Villanueva. Se les olvidó coger sal y mi tío cometió la imprudencia de volver sobre sus pasos, siendo acribillado sin posibilidad de defensa al salir por la puerta. El día siguiente fue instalado el cadáver de mi tío en el cementerio de Villanueva. Se montó la dolorosa rueda de reconocimiento y llamaron a su mujer, mi tía Juana, a sus hijos, a mi madre y a otros familiares. El chivato fue recompensado regalándole una casa y trabajo en el pueblo, porque no se atrevía a salir más al campo.

Las muertes de guerrilleros se van sucediendo a lo largo de 1946 y los primeros meses de 1947, me acuerdo de Carrete de Pozoblanco y El Portugués de Belalcázar. Estas desgracias se comentaban confidencialmente en el pueblo y con más preocupación y dolor en mi familia, como se puede suponer. La contrapartida cada vez cometía más barbaridades y fechorías y la gente del campo ya no se fiaba de nadie. Mi madre empezó a pensar en irse del pueblo, no lo hizo porque estando mi padre en la sierra, podía necesitarla en cualquier momento. El goteo de las muertes sigue y en febrero de 1947 son asesinados los guerrilleros del grupo de mi padre Basilio Villarreal Espósito "Panza" y Juan Rodríguez Fabio "El Tuerto" de

Pozoblanco, de modo especialmente despreciable, ya que fueron primero aturdidos con veneno y luego rematados, en el cortijo "Venta del Cerezo" de Villanueva. Otra traición más de José "El Chunga".

El cerco se iba cerrando y al final pasó lo que tenía que pasar. A mi padre y sus cuatro compañeros los matan en la madrugada del 11 de junio de 1947, pero tardan dos días en llevar su cadáver y el de María Josefa López a Villanueva. Yo tenía 12 años recién cumplidos y estaba jugando con otros chicos a las afueras del pueblo, me acuerdo que hacía mucho calor. Noto que los chiquillos que me acompañaban empezaron a mirarme y hablar en voz baja, así que les pregunté qué pasaba. Uno de ellos me soltó "lo que pasa es que nos hemos enterado que han matado a tu padre" No me acuerdo de lo que contesté, pero sí que aquello era como una sorpresa esperada. Mi madre estaba lavando ropa en el pozo de las Almagreras, a pocos km del pueblo. Todo el pueblo sabía ya lo de la muerte de mi padre y mi madre se había enterado a través de mi tía Inocencia. Todavía me acuerdo de mi madre subiendo aquel día la calle Cuartel arriba con la panera de ropa limpia sobre su cabeza. Yo la abracé sobre su cintura, hubo de pararse para no caerse. Nadie la vio llorar, lo haría estando sola o para sus adentros. Llegamos a casa, llegaron algunas visitas de vecinos y familiares, pero nadie sabía mucho, solo que lo habían matado cerca de Villaviciosa y había otros cuatro muertos más, tres no se sabía quiénes eran, la otra persona era María Josefa López Garrido "La Mojea". Llegó la noche y nos quedamos solos mi madre y yo. Algunos vecinos nos dijeron que habían colocado los cuerpos de mi padre y María Josefa en la plaza del pueblo, en la puerta del ayuntamiento, en exposición para que la gente los viera. Mi madre mandó a mi primo Alfonso para que avisara a mi hermano Miguel, que estaba empleado en el campo. En la tarde del 13 de junio llevaron los cadáveres al depósito del cementerio, pero pasaban las horas y ningún civil ni municipal nos comunicaron nada. Mi madre empezó a temer que no la dejaran verlo ni darle sepultura, así que decidí ir a verlo al cementerio, sobre las cinco de la tarde. Mucha gente iba y venía del cementerio, unos por curiosidad, pero los más por darle con respeto el último adiós a Julián, su alcalde. Acudió mucha gente a ver el cadáver de mi padre, había cola en la entrada de la sala donde estaban los dos muertos, que tenía una mesa de piedra en medio, seguramente para hacer autopsias, aunque ellos estaban en el suelo. No eran falangistas ni gente del régimen, la gente susurraba en voz baja, en actitud de respeto.

Al entrar al depósito se podían ver los dos cuerpos. Nunca he olvidado ni olvidaré la imagen de mi padre muerto y de María Josefa. Estaban sobre el suelo, cerca de la pared, mi padre a la izquierda y a la derecha María Josefa. Me forcé para mirar

sus cuerpos con detenimiento, y así pude ver con detalles las heridas, hematomas, marcas y fracturas que tenían los cuerpos, era evidente que los habían maltratado y arrastrado después de muertos. Después de tres días de mucho calor, estaban hinchados y en descomposición. Mi padre semidesnudo de cintura para arriba, María Josefa con camisa de soldado y pantalones, con la bragueta abierta y tapada malamente con otra camisa. Estaban sucios y descalzos, cubiertos de sangre coagulada y polvo. Mi padre tenía un orificio en la frente de un tiro de bala a corta distancia y orificio de salida en la nuca, con pérdida de la masa encefálica. Tenía el ojo vaciado de un tiro y un brazo partido, el cuerpo lleno de marcas de los golpes de las culatas y las bocas de los cañones de los fusiles, se habían ensañado bien con él. María Josefa tenía un disparo pegado en la sien derecha y levantado el cráneo por la salida de la bala. En un acto de crueldad sin sentido, le habían introducido el largo cabello dentro de la cavidad craneana. Yo pienso que pudo ser María Josefa quien disparo a la frente de mi padre y luego ella se voló la tapa de los sesos. Esta opinión viene de que mi padre fue primero herido en un ojo, y posiblemente al ver que ya no se podía defender, la guerrillera le disparó y después se mató ella misma.

Me fui a casa muy triste y solo pude decir que estaba muy mal el cuerpo. Ya le dieron permiso a mi madre y familia para que fueran a ver a mi padre, yo volví de nuevo para acompañarlas, mi hermano Miguel todavía no había llegado del campo. A mi madre solo le oí decir "sí, es él" como si aún le quedara una esperanza de que no fuera su marido. Regresamos a casa y mi madre dispuso que le pusieran una caja a cada uno para su enterramiento, cosa que aceptaron. María Josefa no tenía casi familia en el pueblo, y se desentendieron. Ya bien entrada la tarde llegó mi hermano del campo, y de nuevo volví con él al depósito, por tercera vez. Ni mi madre ni yo lloramos ante el cadáver del marido y padre, quizás porque era lo único que podíamos hacer, negarle a los crueles esbirros del franquismo el que vieran como nos derrumbábamos ante la muerte y el maltrato de mi padre. Eso no lo consiguieron. A mi padre lo enterraron en una fosa común y no nos dijeron dónde estaba.

Muerto mi padre, mi madre no podía soportar más la situación de detenciones, palizas…y nos vinimos al barrio del Naranjo, en Córdoba, al calor de mi tío Miguel, hermano de mi madre, que acabó en este barrio después de años de cárcel. Yo tenía 13 años y fue cuando más hambre pasamos. Mi madre ayudaba los domingos a Pascuala, que tenía un puesto de jeringos. A cambio le daba las cascaras de las patatas y el aceite requemado de freir.
José Merino Campos fue el único que sobrevivió, se convirtió en confidente de

la guardia civil, por él murió más de un guerrillero y desmantelaron bases y depósitos de la guerrilla. Pasados los años, acabó viviendo en el Sector Sur, pidió el ingreso en el PCE, que se le concedió porque entonces no se sabía a ciencia cierta el papel que había jugado. Yo intenté hablar con él pero no aceptó nunca verse conmigo. Estuvo algún tiempo en la cárcel de Burgos, y la comisión que el partido tenía en aquella como en otras cárceles para valorar qué papel habían jugado los comunistas detenidos y torturados para que hablaran, si se habían derrumbado y habían denunciado a otros camaradas, pues no se fiaron de él, lo mantuvieron apartado de la organización interna del partido.

Me preguntáis que cómo recibí la política de reconciliación y de amnistía para todos que el partido apoyó, también para estos criminales que nos habían destrozado como familia…(aquí un largo silencio de Ernesto) *…pues como militante comunista siempre he sido disciplinado y he acatado y defendido muchas directrices del partido aunque en algunos casos no las compartiera del todo…como persona claro que me costó mucho ver como se metían en el mismo saco a los que habíamos luchado contra la dictadura y sufrido cárcel y tortura por ellos con los que se dedicaron a apalearnos y encerrarnos, o cosas peores. A lo mejor en aquel momento hubo que hacerlo, aunque creo que se cedió demasiado y demasiado pronto. Creo que la sustitución de López Raimundo por Santiago Carrillo como representante de la Junta Democrática en la Platajunta con el PSOE fue negativa para las exigencias y posiciones que se mantenían desde el Partido. Lo que no entiendo es que se haya tardado tanto ya con la democracia funcionando en reconocer todo lo que pasó y reparar a la gente que sufrió tanto, yo he vivido y padecido la crueldad de la dictadura, ejercida a diario, que nadie rinda cuentas por todo lo sucedido es una injusticia de esta democracia… …espero que vengan mejores gobernantes que lo hagan posible.*

Ortofoto barranco de la Huesa, con localización enclaves citados

Vista del barranco o Umbría de la Huesa, desde la cabecera del arroyo, orientada hacia el norte-noroeste. Hemos reflejado los elementos más notables que aparecen en los testimonios:

1. Depósito subterráneo de la guerrilla (armas, máquina de escribir y alimentos)
2. Fuente Blanca y restos de chozo de hijos Cobos Reina
3. Llano en el que depositaron los cadáveres de los guerrilleros y dónde fueron montados en caballerías para su traslado a Villaviciosa
4. Pozo o manantial en cuya proximidad comenzó el ataque de los civiles

5. Restos chozo hijos Cobos Reina
6. Cortijo viejo de la Pastelera
7. Ruinas chozo familia Cobos Reina
8. Desembocadura en el rio Guadiato del arroyo de la Huesa. Esta es la salida cercada por los civles que buscaban los guerrilleros descendiendo por el cauce del arroyo.
9. Cumbre del peñasco del Turumbón
10. Oquedad junto al cauce del arroyo de la Huesa. Por esta zona quedaron abatidos los cuerpos de los guerrilleros, en su desesperado intento de huida.
11. Cumbre de Castripicón
12. Entrada al barranco de la Huesa desde el llano y la casa de los Boquerones.Lugar aproximado del depósito subterráneo de armas y provisiones.

El siguiente testimonio coincide con los anteriores y añade interesantes datos sobre la vida cotidiana y el final del grupo guerrillero. Habla la hija de los propietarios de la pequeña finca de la Pastelera, colindante con la Huesa (ver ortofoto), y aporta dramáticas pinceladas de la recogida de los cadáveres, entre otras interesantes aportaciones

TESTIMONIO DE ISABEL PELAEZ SÁNCHEZ.

Mi padre se llamaba José Pelaez Quintana. Era de Villanueva de Algaida en Málaga y se vino para Córdoba con su familia en 1937, cuando los fascistas cogieron todos esos pueblos de Málaga. Mi madre se llamaba Dolores Sánchez Girón.

José Peláez Quintana y Dolores Sánchez Girón, propietarios de la Pastelera en 1947(foto cedida por José Miguel Peláez)

Mi abuelo materno era piconero y se enteró que la finca La pastelera y casa del Olivarejo se vendían porque los guerrilleros tenían amenazado a su dueño. Se lo comentó a mi abuelo paterno que entonces tenía arrendada la finca del Naranjo, cerca de Córdoba, quien la compró por 21.000 pesetas a pagar en cuatro plazos, que era poco dinero hasta en aquellos tiempos. Un incendio en la Diputación destruyó las escrituras originales y después la casa del Olivarejo, en la linde con los Boquerones, misteriosamente "desapareció" de las nuevas.

Mis abuelos paternos tenían tres hijos, Ramona, la mayor, José (mi padre) e Isidoro, mi chache. Al principio de estar en la finca de La Pastelera le tenían miedo a la gente de la sierra por lo que contaban sobre ellos, que intimidaban a los campesinos. Según contaba mi padre cualquier ruido en la noche los ponía en alerta, sobre todo cuando alguna bellota caía sobre el techo de la choza que tenían mis padres por hogar…

Mis abuelos y mis padres, ya casados, tenían como vecinos en la Huesa a unos aparceros a una familia apodada Los Culones (la familia Cobos Reina)*; sus hijos mayores también tenían las chozas cerca de sus padres. Estos eran los intermediarios de los guerrilleros con el mundo exterior. La choza de los Culones tenía un sótano donde se escondían en caso de necesidad los guerrilleros, una vez la guardia civil entró a la choza y debajo estaban los guerrilleros, según el chivato*

"medio metro" (Corchete) dijo después. Los culones le pedían a mi padre algunos víveres aprovechando que iba a Villaviciosa a Córdoba, recuerdo que le pedían sobre todo el periódico.

Los guerrilleros nunca molestaron a mi familia, aunque alguna vez le pidieron provisiones, iban a por ellas en la noche, mi padre le pedía a mi madre que se acostara temprano con los niños para no asustarla ni que viera ella a alguno de ellos. Sí sabía que en lo alto del cerro, en la linde con la Huesa siempre había un hombre vigilando.

En Junio del 47 estaban en plena siega del trigo, porque entonces todas las partes llanas de la finca estaban sembradas, y de madrugada, casi de noche, empezaban el tajo. El día 11 mi chache Isidoro llegó corriendo a donde estaba mi padre diciendo que algo había pasado ya que el trigo que estaban segando al lado del arroyo lindando con el Llano de la Iglesia (ver mapa) estaba aplastado y como trillado, que tenía que haber pasado por allí un ejército. Se asustaron y se fueron todos para la casa. Al poco empezaron a sentir las bombas de mano y los disparos, una cacería en toda regla, pero con seres humanos. Los cogieron desprevenidos, ***tenían el refugio o cueva en la vaguada por debajo de la Fuente Blanca, la Tierra Blanca****, donde había un venero de agua; las bombas las tiraron desde lo alto del cerro, con la guardia civil en el arroyo, y el instinto de los guerrilleros fue correr arroyo abajo en dirección al río (Guadiato). Allí los iban cazando. Se escaparon dos de la cacería pero tiempo después los apresaron, uno en Jaén y otro en un hotel de las Tendillas donde iba a ver a su esposa. Los civiles sabían el sitio exacto por uno de los guerrilleros que los traicionó a la guardia civil, este era de Villaviciosa y le llamaban medio metro por la baja estatura que tenía, en algunos documentos reza como Corchete pero era conocido por medio metro. A cambio de la traición le dieron un piso en Córdoba por el barrio del Zumbacón.*

La guardia civil fue en busca de todos los vecinos de las fincas cercanas, entre ellos mi padre y mi chache Isidoro, para que reconocieran a los guerrilleros muertos. Ese día fue muy caluroso, los sacaron arrastrándolos con mulos hasta el llanito que hay entre la Pastelera y la Huesa, al lado de la cancela que da paso a la Pastelera, que entonces no existía. Mi padre dijo que no reconocía a ninguno, si los reconoció no lo dijo. Según contaba mi padre estaban ya hinchados de las horas que llevaban al sol ya muertos. Le llamó la atención el largo cabello negro de la única mujer entre ellos. La cara le había desaparecido del disparo y mi padre recuerda que los civiles entre risas comentaban que jamás vieron correr y saltar a

una mujer entre los lentiscos y aulagas como lo hizo ella. Los guardias obligaron a mi chache y a mi padre a subirla en un mulo y atarla para que no se cayera en su traslado a Villaviciosa. A mi padre no se le olvidó nunca que una de las trenzas se deshizo y el cabello largo de Josefa le arrastraba por el suelo. A los Culones les dieron una gran paliza a todos ellos, el padre y la madre llevaban destrozada la cara de los golpes, les echaron todos los dientes abajo, mi padre decía que tenían toda la quijá rota y destrozada. Se los llevaron a Villaviciosa y ya nunca aparecieron más por aquí. A los pocos días familiares de los Culones fueron a la Huesa por las cabras y animales de la familia de los Cobos que quedaron por allí.

Pasados muchos años, cazando mi padre por la parte alta de la Huesa, se enganchó un pie con una cadena que estaba medio enterrada y cayó, disparándose su escopeta. Se topó con uno de los refugios que tenían los guerrilleros, intentó con otro compañero abrir la cadena con la culata de la escopeta pero se le rompió, así que fueron en busca de herramientas y por fin lo abrieron. Dentro se encontraron una máquina de escribir, una garrafa de aceite, una escopeta y una canana, dieron parte a la guardia civil.

Jose Miguel Peláez, de 44 años, hijo de Isabel y nieto de José Pelaez, vivió buena parte de su infancia en la finca familiar de la Pastelera y escuchó de su abuelo en las largas noches de la sierra, sin televisión aunque sí con radio, todos estos hechos que su madre nos acaba de transmitir. Desde su papel de niño y nieto complementa con datos familiares de vida cotidiana el testimonio de Isabel:

Mis abuelos maternos me criaron en la finca hasta que llegué a la edad de ir a la escuela. Mi abuelo se acordaba con pelos y señales de todo lo que pasó aquellos días en la Huesa, de lo mal que lo pasó cuando lo obligaron a subir el cadáver de Josefa al mulo y el miedo que tuvieron aquel día a que se los llevaran detenidos por ayudar a los guerrilleros, lo mismo que les paso a la familia de los Cobos Reina. Al final se escapó porque nadie los nombró, los Culones aguantaron las palizas sin delatarlos, aunque también pudo ayudar cierta amistad que tenía con Carlos Escobar, uno de los grandes propietarios de la zona que apoyaba al régimen franquista. Quién sabe si eso los salvó, a mi abuelo y a mi tío abuelo Isidoro, y también que ellos no tuvieron trato directo con los guerrilleros, la ayuda la hacían a través de los Cobos Reina. Durante un tiempo después de la muerte de los guerrilleros no dormía tranquilo, cualquier ruido nocturno, la caída de las bellotas sobre el techo o el bullir de los animales del monte lo hacía despertarse, temiendo que fueran los civiles que iban a detenerlo. También recuerdo una radio

voluminosa, de color oscuro y con unos botones amarillos grandes y redondos, que seguía en la casa y donde, según me contaba, escuchaba la emisora de la Pirenaica muchas noches. Mi abuela le reñía por el riesgo que eso tenía por si llegaban de improviso los civiles, pero él contestaba que para eso estaban los perros, que ladraban cuando se acercaban los guardias. Estos, cuando llegaban a la casa se portaban como amos y señores, pedían de comer o se llevaban lo que hubiera, hasta en una ocasión obligaron a mi abuela a salirse de la cama para que uno de ellos se acostara. Recuerdo a mi abuelo, en los últimos años de su vida, maldecir en voz baja a Corchete o mediometro, el guerrillero traidor que vendió a la gente de la Huesa. El recuerdo de aquellos años lo acompañó hasta el final.

Yo, por mi edad, no viví nada de aquello, pero sí recuerdo que en una ocasión, siendo ya un chaval, se nos ocurrió a mis primos y a mí bajar todo el arroyo de la Huesa hasta la desembocadura en el Guadiato, recorriendo seguramente la zona en la que fueron cayendo los guerrilleros. No muy lejos del pozo que hay en la orilla izquierda cerca del cauce, bajando unos cientos de metros por el mismo arroyo, encontramos una cueva o agujero profundo en la roca, donde se podían ocultar varias personas. Quién sabe si los guerrilleros la utilizaron alguna vez. Yo podría llegar al sitio siguiendo el arroyo, pero seguramente estará cubierta de zarzas ahora. Volvimos ya de noche y a la entrada de la finca, en el camino, nos encontramos con mi abuelo y mis tíos que estaban ya preocupados…nos llevamos una buena bronca y algo más.

Vista panorámica del Barranco de la Huesa (autores)

Melchor Ranchal y su esposa, Josefa Sánchez.(cedida por Ceferina Ranchal)

Contamos también con el testimonio de la hija de Melchor Ranchal Risquer, otro de los guerrilleros abatidos en la Huesa. **Ceferina Ramos Sánchez**, abunda con lucidez y viveza en el durísimo papel que tocó jugar a las mujeres de los hombres de la sierra (en este caso madre e hijas), sufridoras de acoso, represión y violencia extrema en su condición de familiares, pero también sostenedoras de la pobre economía familiar que permitió sobrevivir a hijos, hermanos y maridos, escapando de la muerte por hambre que tantos vencidos encarcelados tuvieron.

Me llamo Ceferina Ramos Sánchez, nací en Añora en 1936, soy hija de Melchor Ranchal y Josefa Sánchez. Mi padre tenía 24 años cuando yo nací y mi madre 20.

Mi padre era comunista, por eso lo juzgaron y lo condenaron, pero yo siempre he dicho que lo que de verdad era es un gran humanista, un hombre bueno que siempre ayudó a los pobres, a los débiles, y eso fue lo que al final lo obligó a irse a la sierra como guerrillero.

Mi padre estuvo en los frentes desde el comienzo de la guerra hasta el final, anduvo como miliciano y soldado por la parte de Levante y de Valencia y llegó a ser comisario en el ejército republicano. Cuando se hundieron los frentes el volvió a Añora y allí, como tantos otros, fue obligado a presentarse en el cuartel de los civiles y se le hizo la vida imposible hasta que fue juzgado por un tribunal militar (como tantos, se vio inmerso en la inmensa "Causa General" y se le aplicaron dos leyes franquistas, la Ley de Represión contra la Masonería y el Comunismo, y la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939) *y lo condenaron a varios años*

de cárcel, que pasó primero en la cárcel vieja de Córdoba, hoy Alcázar de los Reyes Cristianos, y después, a la nueva prisión provincial del barrio de Fátima. Mira por donde, los únicos *que le acusaron en el pueblo fueron cuatro señoritos a los que mi padre precisamente les salvó la vida, en julio de 1936, recién reconquistado el pueblo por los republicanos. Mi padre iba no se a dónde por las afueras del cementerio cuando escuchó voces, se acercó y vió a un grupo de milicianos que llevaban seguramente para fusilarlos a cuatro propietarios que habían apoyado a los civiles y se habían sublevado con los fascistas. Como* él *conocía a los que los llevaban presos pues intervino, habló con ellos y consiguió que los dejaran con vida. Pues el pago que le dieron fue denunciarlo cuando se formó la causa contra* él.

En la cárcel, los presos que no tenían ayuda de la familia se morían de hambre, no como un dicho sino de verdad, con lo que les daban de comida no se podía vivir. Por eso mi madre se vino del pueblo a servir a Córdoba, así podía arrimarle algo de comida. Ella le dijo a los señores que era soltera, a mí me dejó con una hermana suya y su marido, en una casilla por las dehesas que había fuera del pueblo. Mi madre podía coger bastante comida de la casa donde servía y se la mandaba a mi padre. Luego, cuando ya trasladaron a mi padre a la nueva prisión provincial y se habilitó un régimen de visitas para familiares directos, le dijo la verdad a la señora, que era la mujer de D. Juan Toscano, médico, y así pudo ver a mi padre y llevarle comida con cierta frecuencia. Le dijo que estaba casada con un preso de la cárcel de Córdoba y que quería ir a verlo como su mujer que era. Mi madre le preguntó un día si se comía toda la comida que le llevaba porque era bastante. Mi padre le contestó que cómo iba a dejar morirse de hambre a los compañeros que no tenían ayuda de nadie, eso es lo que hacía con la comida, repartirla casi toda. A partir de este momento, pues ya lo podía ver más tiempo hasta que pudo salir mi padre en libertad vigilada, esto fue a finales de 1944. Encontró trabajo en unas canteras que servían a una fábrica de adobes que había cerca del río, la fábrica se llamaba "Pegaso" y su dueño era don José Cortés.

Mi padre y la familia estábamos bien allí, junto a la cantera y la fábrica había construido el propietario 13 casitas para los 13 trabajadores que había, una era para nosotros. Todo podría haber seguido bien, pero se torció toda nuestra vida porque mi padre no podía aguantar la injusticia sin ayudar como podía a los que la sufrían. Resulta que el encargado general se aprovechaba de que la mayoría de los trabajadores no sabían de cuentas, ni leer ni escribir, y les pagaba menos de lo que les correspondía. Mi padre cobraba lo que le tocaba, porque él *sabía de sobra lo que tenían que pagarle y el encargado lo respetaba. Pero claro, mi padre no podía callarse y habló con los trabajadores para que supieran que les estaban pagando menos de lo debido. El encargado entonces cogió a mi padre y le dijo que por qué se metía si el cobraba bien lo que le correspondía; mi padre le contestó que eran sus compañeros y que lo que tenía que hacer era pagarles a todos por lo que trabajaban. Después de esto, a los pocos días, paso lo que tenía que pasar. Se presentaron unos policías y se llevaron detenido a mi padre al cuartel de "los gri-*

ses", que estaba entonces al lado del teatro Duque de Rivas, por donde está ahora el Bulevar del Gran Capitán. Allí lo machacaron torturándolo y dándole palizas. A los pocos días, mi madre fue al cuartel conmigo en brazos pero le dijeron que no podía verlo. Entonces ella insistió diciendo que solo quería que su hija le diera un beso, y al final pudo encontrarse con él *un momento. Estaba tan desfigurado por los golpes que no pudo ni reconocerlo, al abrazarla mi padre le dijo al oído que nunca más se iba a dejar pegar por esos esbirros, y así fue. Cuando por fin lo soltaron, en 1945 mi padre se puso en contacto con los dirigentes clandestinos del partido comunista y ya le darían instrucciones, de modo que cogió el camino de la sierra y se fue con el grupo de Julián Caballero, hasta que los mataron a todos, aunque yo no tengo claro si mi padre murió allí, en el barranco de la Huesa o pudo escaparse y acabaron matándolo más tarde por Almodóvar del Campo. El caso es que como tantos hombres buenos acabó su vida, todavía joven, a manos de los que llenaron de miedo y de sangre a tantas familias.*

Desde que acabó la guerra, con mi padre en la cárcel, y después mientras estaba en la sierra, mi madre fue la que sostuvo como pudo a sus tres hijos, ayudada por mi abuela materna Basilisa, que nos dio cobijo en su casa de la calle Pedroche nº 7, porque a nosotros nos lo habían quitado todo, no teníamos ni donde caernos muertos.

¿Cómo *vivíamos? Pues no recibíamos ayuda de nadie, mi madre iba pidiendo por las casas que conocía, le daban algo para comer, algo de ropa algunas veces, gente solidaria que ayudaba, recuerdo una vez que una vecina me dio comida y no sé si algo de ropa y yo se lo agradecía como niña que era, y me contestó "no te preocupes, cuando vuelva tu padre ya me lo pagará"…a mi hermano lo llevó con una hermana casada, por una casilla que tenían por las dehesas de Villanueva, allí con 9 años tenía que empujar el arado, que no tenía fuerza ni para clavarlo en la tierra. Salíamos al campo a arramblar con todo lo que se podía comer, bellotas, yerbas…también íbamos a comer al Auxilio Social, que estaba cerca de un convento por el que había que pasar. Recuerdo que alguna vez, una mujer, que era hija del esquilador, empezó a pegarnos voces "¡rojos, que sois unos rojos, no tenían que daros de comer para que os murierais todos!" hasta que otra vecina que estaba por allí le dijo "quieres callarte? que culpa tienen estas criaturas de nada de lo que ha pasado".*

Además del hambre y de las fatigas de tener que pedir para comer, a mi madre la llamaban al cuartel cuando querían y allí le daban palizas siempre preguntándole si había visto a mi padre o sabía dónde estaba. Luego la dejaban al lado del cementerio y le decían que tirara para su casa y no se le ocurriera ni volver la cabeza. También los civiles se metían cuando querían en casa de mi abuela, donde vivíamos, revolvían y tiraban al suelo todo lo que querían, ponían boca abajo un arcón donde mi madre guardaba la ropa, y nos ponían los fusiles en el pecho preguntando si había estado allí mi padre, también a mi hermano y a mí,

que éramos dos niños. Mi madre siempre repetía lo mismo a las preguntas de los civiles, que mi padre no iba nunca a la casa y que ella no lo había visto desde que se fue a la sierra. Yo no sé si sería verdad que no lo veía nunca, pero si lo hubiera visto a mí no me lo iba a decir.

También había gente que se jugaba la vida o que los metieran en la cárcel ayudando a los guerrilleros que eran de estos pueblos. Había un matrimonio del Viso que aprovechando que eran estraperlistas de menudo, como tantos y tantas por aquellos tiempos para sacarse unas pesetas, se veían con los de la sierra y los ayudaban o les daban información, se llamaban Juanita Gómez Gonzalez y Claudio Rizquer Herrera. Años más tarde, me enteré de que una mujer del pueblo que se llamaba Casilda Olmo Caballero los ayudaba y hasta les llevó una máquina de escribir que le pidieron, (Podría ser esta la máquina que apareció en el almacén subterráneo, tal y como nos cuenta el testimonio anterior de Isabel Peláez Sánchez?). *Casilda estuvo varios años en la cárcel, y su marido David Bravo Caballero también estuvo preso, pero menos tiempo.*

Al año más o menos de la muerte de mi madre, en 1948, nos vinimos mi madre y mis hermanos para Córdoba, a una casa de vecinos por el Olivarillo, pasando el puente romano hacia el Sector Sur. Por la muerte de mi padre y por todo lo que pasamos, que no se puede contar con palabras, lo único *que mi madre recibió fue un millón de pesetas, eso fue cuando murió Franco y Adolfo Suarez fue presidente del gobierno. Nadie nos ha pedido perdón por todo el sufrimiento, por el hambre, las palizas que pasamos ni por la muerte de mi padre, que no hizo daño nunca a nadie.*

Yo no quiero olvidar ni tampoco puedo perdonar a todos los que hicieron tanto daño sin razón alguna, no sólo a mi familia, sino a tantísima gente que fue perseguida sin haber cometido ningún delito. Pero no quiero que nunca se repita lo que vivimos, ni deseo que los que mandaban entonces y cometieron esas barbaridades sufrieran cosas parecidas. Eso no, Yo sería tan criminal como ellos si deseara que les hicieran lo mismo que ellos nos hicieron a nosotros.

ESPACIO NATURAL Y FORMAS DE VIDA EN LA SIERRA: LAS CONDICIONES MATERIALES DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA.

Vestigio de los usos tradicionales de la sierra: grandes tinajas para el aceite en el cortijo de Valdelashuertas (autores)

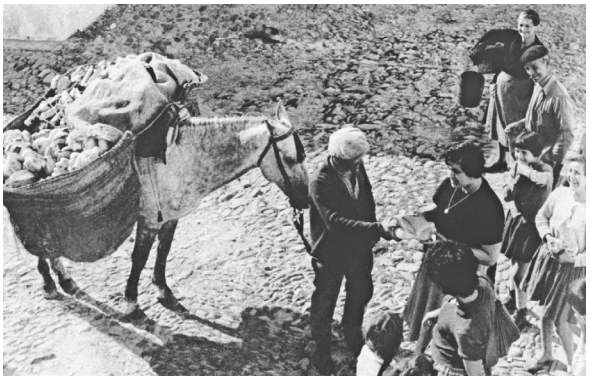
Las características del actual paisaje serrano que cualquier paseante puede observar a lo largo y ancho de Sierra Morena (y de cualquier otro sistema montañoso en Andalucía) hubieran ahorrado a la dictadura franquista la enorme concentración de hombres y recursos que tuvo que poner en juego para vencer a la guerrilla: simplemente esta no hubiera podido existir o sostenerse más allá de unos días. El creciente vacío demográfico que ha convertido nuestros montes en auténticos desiertos humanos salpicados de ruinas de casas, corrales y zahúrdas, junto con el levantamiento de barreras kilométricas de mallas cinegéticas y la desaparición/privatización de los viejos caminos, vías pecuarias y senderos públicos que permitían la movilidad de personas y animales de un extremo a otro de la sierra, hubieran hecho sin duda insostenible la existencia de grupos armados privados de fuentes de sustento, de conexiones y relaciones con los habitantes de la sierra y sin posibilidad de desplazarse de forma oculta por el interior de bosques y fincas.

Para entender el marco socionatural que hizo posible durante años la existencia guerrillera debemos abandonar la concepción *ecourbana* de los territorios

serranos -que tiende a verlos como últimos reductos de comunidades animales y vegetales y, por tanto, como espacios naturales que deben ser protegidos de la intervención antrópica- para percibirlos como territorios esencialmente humanizados, que integraban un hábitat disperso de relativa densidad, diversos usos agrícolas y ganaderos tradicionales, extensivos, generalizados y permanentes y una red viaria pensada para la tracción no mecánica pero eficaz para conectar en un sistema de malla montes, valles, vegas, caseríos dispersos y núcleos urbanos.

Ladera del Acebuchal (El Olivarejo). Formación xerófita arbustiva, sin roturar debido a sus fuetes pendientes, utilizada para el pastoreo de cabras (autores)

Al contrario de lo que suele pensarse, la cubierta vegetal arbórea (encinar y pinar fundamentalmente) y sobre todo arbustiva (monte alto -madroño, brezo, agracejo, durillo-y monte bajo -jaras, romero, genista, aulaga-) ocupaba una extensión menor que en la actualidad. El encinar se mantenía, pero aclarado y adehesado para permitir la siembra de cereales y leguminosas, así como el pastoreo posterior en las rastrojeras; la cobertera arbustiva se desmontaba a mano por los rancheros a golpe de hachuela y hocino para obtener el carbón vegetal y el picón que, una vez vendido apenas daba para la subsistencia del ranchero y su familia; esta superficie desbrozada permitía al propietario obtener de forma gratuita para él un terreno para la siembra y el pastoreo durante algunos años, hasta que su agotamiento hacia que se abandonara y volviera a crecer el estrato arbustivo, en un ciclo de roza-agricultura-regeneración arbustiva que nos aproxima a prácticas agrarias primitivas; junto a fuentes y manantiales (muchos de los cuales se han perdido actualmente), los arrendadores de las fincas, y a veces los rancheros, los guardas o los pastores cultivaban pequeños huertos familiares; por fin, en los pechos y barrancos de mayor pendiente, en las faldas montañosas umbrías limitadas por las crestas de cuarcita de las cumbres y las riberas de los cursos de agua se conservaban intactas extensas *manchas* de matorral y arboleda, refugio y vivero de plantas y animales, que favorecían la supervivencia de las especies y el equilibrio de las relaciones ecológicas.



Los arrieros transportaban mercancías a los lugares más recónditos de la sierra. En la foto, entrega de pan (Fuente: Sonia y Tim Bidal, My Village in Spain)

De vez en cuando, arrieros y *cosarios* aparecían por veredas y caminos trayendo del pueblo más próximo o de la capital los pocos objetos que no se obtenían de la propia sierra o para llevarse las cargas de carbón, los quesos de leche de cabra, la miel, el pan, el trigo o los garbanzos. En este universo de pelandrines, arrendadores, encargados, guardas, jornaleros, pastores, rancheros y arrieros solo faltaba (salvo esporádicas presencias) un personaje, precisamente el gran beneficiario de los duros trabajos de la sierra, de las interminables jornadas que se sucedían sin fiestas, fines de semana o vacaciones: el propietario, *señor o señorito* rural, poseedor de miles de hectáreas y de grandes rebaños de ganado que obtenía una enorme ganancia anual asegurada por la compra por parte del Estado (Servicio Nacional del Trigo) a precio tasado de la producción cerealística y por el mantenimiento de salarios de hambre para la fuerza de trabajo.

Cuadrilla de jornaleros y jornaleras con los aperos tradicionales de labranza: horca, hoz, azada, escardilla... (cedida por Emilio Morales)

En resumen, nos encontramos ante una contradictoria realidad que reúne en un mismo espacio un **paraíso natural** (paisaje, horizontes, vida vegetal y animal) y un **infierno social,** basado en la explotación de la gran mayoría por una exigua minoría de grandes propietarios. Las relaciones sociales *horizontales* (entre iguales) eran de una gran solidaridad, salvo excepciones, recordada todavía con satisfacción por los que las vivieron, mientras que las relaciones *verticales* (en tres escalones básicos: propietarios; delegados-representantes de los propietarios –civiles, guardas, encargados y algunos arrenda-

tarios– y campesinos sin tierra –jornaleros, rancheros, pastores–) se caracterizaban por la dominación-dependencia y la absoluta indefensión de los más débiles. La misma guerrilla y su evolución histórica es en alguna medida fruto de esta dualidad natural y social. Se desarrolla y prospera durante años en los campos -no en las ciudades españolas- porque estos les ofrecen resguardo, alimentos, facilidad de ocultos desplazamientos y lazos horizontales (familiares y de clase) de apoyo y solidaridad; es acosada, aislada y finalmente destruida cuando el poder de las relaciones verticales, que arrancan en el propio Estado, acaba imponiendo la ley del más fuerte.

Ya hemos visto en capítulos anteriores las excelentes condiciones naturales que reunía el área geográfica de la Huesa para la supervivencia y consolidación de un sistema de guerrillas: profundos abarrancamientos producidos por la potente red fluvial del Guadiato en los que se conservaba un denso bosque mediterráneo en el que ocultarse durante prolongados periodos en los momentos de mayor presión antiguerrillera; buenas comunicaciones que podían convertirse en vías de escape hacía el interior de la sierra (curso medio-alto del Guadiato con el importante núcleo de Villaviciosa y cuenca del río Bembézar al Oeste) y hacia las zonas bajas limítrofes con la Vega del Guadalquivir (Córdoba-Higuerón-Villarrubia-Almodóvar-Posadas); presencia de materiales calizos y margosos (Valdelashuertas y La Porrá) con la típica estructura de cuevas y oquedades donde pernoctar y vivir, pero también en la orilla norte del Guadiato de crestones de cuarcitas que ofrecían abrigos rocosos y atalayas de vigilancia (El Olivarejo-Los Escobones-La Huesa); por último, suficiente presencia humana que garantizaba una potencial red de enlaces así como aprovisionamiento de recursos alimentarios en caso de necesidad.

Viejos caminos y antiguos nombres de la sierra

Hasta hace unas décadas, la actual carretera de Sta. María de Trassierra, que conduce al Aula de la Naturaleza y al barranco de la Huesa, solo llegaba hasta el Puerto de Artafi; lo que seguía después era una pista forestal de tierra. Pero aun antes sólo existían caminos y veredas por los que transitaban las bestias, aunque según cuentan los que habitaron aquí eran más utilizadas que la actual carretera. En efecto, hasta los años sesenta todavía se oían las voces del cabrero, del porquero o del corchero, se alzaban hacia el cielo las humaredas de carboneros y piconeros, y los escasos descansos se amenizaban con las bandurrias de los aceituneros de Valdelashuertas, que acompañaban en la noche al canto del

búho real, del cárabo o al aullido del lobo... gentes del campo que hollaron cada día estos viejos senderos para extraer a las ubres de estas montañas el jugo necesario para su sustento.

El descorche constituye una de las escasas actividades tradicionales que se mantienen en la sierra (autores)

Así, este ahora solitario enclave de la sierra fue en el pasado lugar habitado por generaciones de familias que moldearon estos montes como si ellos hubieran sido sus creadores, bautizando cada arroyo, regajo, barranco, cerro, collado... acorde a su forma o por algo significativo que allí hubiese ocurrido. Cada rincón fue nombrado por las gentes que fueron pasando por estos parajes, viviendo de los ranchos, revueltos con las cabras, las ovejas, los cochinos, las vacas, con el carbón, el picón, los peces del río... nombres con historias borradas por el tiempo, pero tan presentes como las paredes de los chozos semihundidos, de las zahurdas, colmenares, eras... lugares prósperos y miserables a la vez, acariciados cada día por los pies descalzos de la pobreza y de vez en cuando por las botas engrasadas de la riqueza, que hasta aquí llegaban para cazar y mandar. Como ejemplo, he aquí unos cuantos topónimos de clara extracción popular:

Salto de Matasuegras: Un tajo vertical sobre las aguas del Guadiato, frente a la desembocadura de su afluente el Guadiatillo dio pie a esta manifestación de humor negro popular teñido de cierto machismo.

Panduro: dada la lejanía de este lugar, en lo más profundo del valle del Guadiato, los que vivían en este paraje se quedaban incomunicados durante los largos temporales de invierno, que provocaban las crecidas de los ríos Guadiato y Guadiatillo. Esta situación, que era de prever cada año, hacía que la gente almacenara todo el pan que pudieran para ser consumido durante largo tiempo, hasta que pudieran pasar a por pan ya hecho o a moler el trigo en el molino más cercano.

Tetas de Teresa: cuentan que en este paraje hubo una ranchera que tenía una teta más grande que la otra; casualmente en el mismo lugar hay dos cerros como pechos perfectos, aunque uno más grande que el otro.

Chozo Verdejo: otro sitio era el chozo de Verdejo. Era este un cabrero que vivía en La Porrá, frente al Cerro del Trigo. Se llamaba José Cabrero Verdejo, una excelente persona (según el testimonio del guarda de La Porrá, Francisco) con 12 hijos vivos, de los dieciséis que parió su mujer. En las fiestas y bailes que en su chozo se celebraban se iban conociendo los hijos del cabrero, del porquero, de otros rancheros...eran las discotecas de la época. *La fuente de los Alamos* estaba pegada a la choza de Verdejo, y se llamaba así por los álamos negros que están a la vera.

Salto del Fraile: Se llama así una roca grande terminada en un tajo que cae al Guadiato. La gente más vieja recuerda que se contaba que por allí se tiró un fraile con una monja (leyenda esta recurrente que da nombre a tantos "peñones de Enamorados" por la geografía andaluza). Más posible es que por este lugar pasara un camino que llevaba a un convento que había río arriba, y que ya ha desaparecido. Otros topónimos de la zona nos recuerdan la presencia religiosa en la zona, como **Fuente Santa, Los Calabozos…** ¿puede tratarse del antiguo monasterio de San Félix, que ciertos textos sitúan por estos parajes? Parece que sí, a tenor de la siguiente cita (*Palestra Sagrada o Memorial de los Santos de Córdoba.* 1777. Bartolomé Sánchez de Feria)

La villa de Froniano, patria del bienaventurado San Sabiniano, y su Monasterio dedicado a San Félix, escuela del mártir San Ubalabonso, y donde presidió el abad Salvador de buena memoria, estaba en la sierra de Córdoba, apartado de ella tres leguas al occidente, según San Eulogio afirma.
Caminando de Córdoba hacia el dicho horizonte, a distancia de tres leguas, se encuentra una anchurosa dehesa que llaman Villalobillos. La etimología de este cognomento, aunque lo ignoro, la de Villa evidencio por no pocos rastros que se encuentran en ella, de haber servido de población. Nótese esto porque, aunque no se hallara sitio dentro de esta villa de Froniano, no se puede negar que estuvo por este paraje poco más o menos.

Tiene pues esta dehesa, a un lado, una heredad **que apellidan La Porrada,** *cerca de la cual y aun en sus mismas tierras, hay un sitio que se dilata hasta sierras*

realengas sobre unas laderas que derraman al río Guadiato, el cual llaman los Argamasones, sobre quien se dexan ver dudosa y confusamente esparcidas las ruinas de una población.

Sospechamos que, el apellidarse así este paraje es por hallarse en alguna parte de él, rastros de obra de fraguada con argamasa. Asimismo, descendiendo al río, no frente, si algo más arriba de este sitio, y al pie de un cerro que diremos, se hallan vestigios de una Azeña para el abasto público de este lugar, de lo que nos afirmó un antiguo morador de este paraje, que sabía dónde, aunque soterrados por la arena, se conservan las piedras molares de ellas.

Aunque consideradas las ruinas de este sitio y los requisitos que San Eulogio previene de la distancia y horizonte que concurre rectamente en él, franquean sobrado fundamento para persuadir haber sido este lugar área del mismo que juzgamos, con todo esto lo hace más evidente la noticia que tenemos de haber habido un monasterio por este paraje.

Cara norte del Cerro del Trigo (autores)

Dexando a un lado el sitio dicho, y pasado el río de Guadiato, a pocos pasos se llega a donde se junta con este, por ser más pequeño, el río Guadiatillo, inmediatamente se encuentra un Cerro de crecida grandeza y bastante altura que llaman **del Trigo,** *el cual forma con el plan de sus desaliñadas cuesta, quasi una figura y boceles, teniendo su longitud tirada al norte, y al sur respectivamente, y la falta de su latitud de levante a occidente, estando por este lado vestido de una enmarañada y densa breña de diversos vegetales que, texiendo entre si la apacible confusión de sus floridos ramajes, le adorna, formando la más hermosa gala que se puede admirar en tan hermoso texido, aunque por el lado de levante se valla adusto y con muy poco verdor, bien que regado por todo alrededor de los dos ríos sobredichos. Compónese este monte de tres cumbres, de las cuales, sobre la más elevada donde hace una moderada planicie, es tradición constante, además de verse menudos rastros de un Edifizio y un Aljibe (que no pudimos descubrir),*

que hubo un Monasterio de Monjes, lo que acredita con los sucesos de la **Fuente Santa** *que está al pie de este mismo cerro.*

El Proyecto de Clasificación de vías pecuarias nos permite comprobar, siguiendo el trazado de la vereda de Trassierra, como han quedado registrados en la toponimia actual muchos de estos usos, relacionados con una cultura milenaria de subsistencia a partir del aprovechamiento de los recursos que el monte ofrecía. Nombres de lagares, olivares, dehesas, baldíos y molinos que acompañan a restos de construcciones que eran frecuentes a lo largo de los caminos, como abrevaderos y fuentes, todos ellos inscritos en el catálogo de las Ordenanzas municipales.

Antiguo firme de la vía pecuaria Villaviciosa-Córdoba a su paso por Navaserrano (autores)

Junto a veredas y caminos reales, una importante vía pecuaria atravesaba desde la Edad Media estos parajes del Guadiato y el Guadiatillo, en los que se enclava la Huesa. Esta antigua vereda, además de cumplir un esencial papel económico facilitando la trashumancia del ganado, era utilizada habitualmente por los moradores de la sierra puesto que –libre de mallas cinegéticas, vallados y portones que hoy impiden ilegalmente el tránsito de personas- conectaba con economía de tiempo y esfuerzo los montes de Villaviciosa con la capital cordobesa y el valle del Guadalquivir. Por su importancia histórica y social, y también para que el caminante por estas sierras conozca sus derechos de paso (que no han sido abolidos por ninguna ley aunque sí de facto por un gigantesco y silente acto de expropiación de un patrimonio público por propietarios privados), reproducimos a continuación el trazado exacto de esta vereda de carne, extraído del *Proyecto de clasificación de las Vías Pecuarias existentes en el municipio de Villaviciosa de Córdoba de 1958 y del Proyecto de clasificación de las Vías Pecuarias existentes en el término municipal de Córdoba de 1960:*

a) Tramo Villaviciosa-Navaserrano-La Huesa (Guadiato):
Comienza en la Vereda de Posada, junto al Puente de los Cuatro Ojos, tomando como eje el camino de los Rasillos y dejando a la derecha e izquierda el erial de la Viuda de Cesareo Herrera.
Cruza entre parcelas de viña, pinar y labor del pago de los Rasillos y llega al arroyo del mismo nombre para cruzarlo y continuar con dirección a las Navas de arriba, hasta llegar al paraje de la Cañada de Navamojada.
Continúa llevando como eje el camino del Catalán hasta llegar a las Navas, y dejando a la izquierda el chaparral de la viuda de Jesús Moreno, sigue entre pequeñas suertes de viñas hasta el arroyo de la Nava.
Cruzando dicho arroyo, continua entre chaparrales y viñas del pago de las Navas Bajas hasta llegar al Puerto del Catalán y seguir por la finca del mismo nombre con dirección a la casa y la huerta, para pasar entre esas.
Prosigue hacia la Campana, pasando entre varias parcelas de chaparral y llega al río Guadiatillo para cruzarlo junto a la desembocadura del arroyo de la Campana.
Pasando el río, se aparta por la derecha el camino de Valdelashuertas y sigue la vía pecuaria a través de la finca Nava del Serrano, con dirección al puerto de las Pitas, en el chaparral de Francisco Nieto el Cantador, para continuar hacia la Cañada de la Pastelera. Atraviesa la finca de la Pastelera y, dejando a la derecha la huerta y la casa sigue barranco abajo hasta el río Guadiato. Antes de cruzar el expresado río pasa cerca de las ruinas del Molinillo y pasa por último al término municipal de Córdoba, por donde continua con dirección al poblado de Santa María de Trassierra.

La anchura legal de esta vía es de veinte metros con ochenta y nueve centímetros, con recorrido dentro del término de unos quince km.

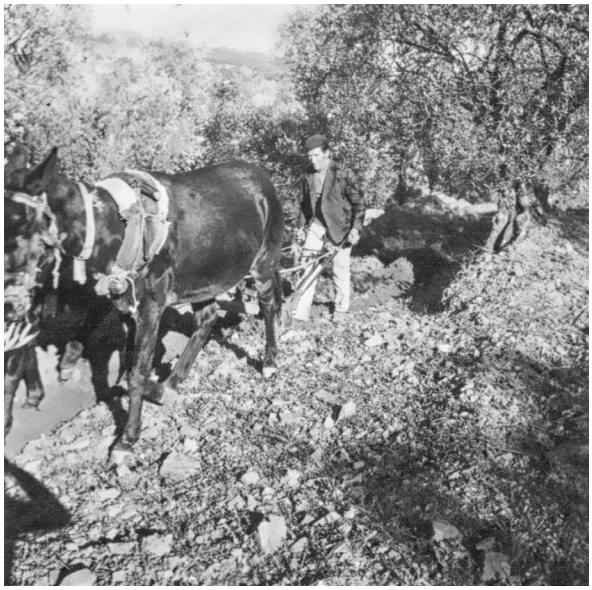
b) Tramo Córdoba- Guadiato:
Sale de la Cañada Real Soriana, junto al Sanatorio del Instituto Nacional de Previsión (demolido en el año 2005), que queda por la derecha y continuando por el eje del camino viejo de Trassierra deja a la derecha la casa de la Huerta de Santa Isabel y atravesando el Cortijo de Turruñuelos cruza el arroyo de Cantarranas y el Canal de Riego y llega al Cortijo de Nogales, cruzando el arroyo del mismo nombre y las tierras de la Casilla del Aire, para dejar por la izquierda la Calzada y la casa de la Huerta de la Gitana.
Continúa paralelamente al arroyo Vallehermoso, entre este y la carretera de Trassierra, dejando por la derecha la Torre de las Siete Esquinas y San José y por la

izquierda las Laderas Altas y el Hornillo, hasta llegar al Descansadero del Rosal. De este descansadero se aparta hacia poniente la Vereda del Llano de los Mesoneros y la que se describe tuerce a la derecha para unirse a la carretera, entre el Hornillo por la izquierda y el Rosal, y dejando por la izquierda el Camino de la Jarosa, sigue entre el Rosal a ambos lados, separándose poco después de la carretera por la trocha del Camino Viejo, para tomarla de nuevo en su interior, en las tierras del pago del Cortijo de Trassierra y llegar al poblado.
Cruza la Aldea de Santa María de Trassierra y saliendo de ella por la carretera del Puerto, cruza los Ruedos y los Añadidos, y dejando a la izquierda el Lagarillo, llega a el Puerto por el Abrevadero de Fuente de la Víbora.
Continúa por las tierras de Lagar de Hurtado, hacia la Fuente del Oso, marchando por Majadillo Redondo, a la esquina del olivar del Lagar del Puerto, para seguir por Catilpicón, dejando el Barranco del Tío Tumbón, entre la Casilla de la Plata, hasta encontrar el río Guadiato, que lleva a la divisoria de este término municipal con el de Villaviciosa, por el cual continúa.
Le corresponde una anchura legal de veinticinco varas, equivalentes a veinte metros con ochenta y nueve centímetros. La longitud es de unos diez y nueve km.

La vida de los rancheros y el paisaje de la sierra en los años cuarenta

En los años cuarenta y cincuenta numerosas familias vivían de forma itinerante a lo largo y ancho de los extensos latifundios serranos, practicando un tipo de agricultura denominada de *roza y quema,* que nos llega del Neolítico y aun es propia de los pueblos primitivos actuales. Empujados por la hambruna de posguerra, obligados a escoger entre los largos meses de paro, los salarios miserables y las jornadas de sol a sol propios de los trabajos de vega y campiña, frente a la vida primitiva, llena de penurias, pero al fin y al cabo más libre que ofrecían los salvajes cotos serreños, muchos habitantes de Almodóvar, de Posadas, de Hornachuelos, de Villaviciosa, eligieron esta última alternativa.

Favorecidos por la escasez de cereales y los altos precios de venta tasados por el Estado, los propietarios de la sierra cedían montes y laderas a rancheros y terrajeros para que los desmontasen y sembraran de cebada y trigo, recogiendo la cosecha uno o dos años y obteniendo el beneficio del desmonte para la propiedad, que lo explotaba en años sucesivos mediante el pastoreo. El ranchero seguía limpiando otras zonas de la finca, de modo que se establecía un ciclo *roza y desmonte-siembra-pastoreo-rebrote-desmonte,* que permitía un aprovecha-



Yunta de mulas y arado. Foto de Evaristo Alfonso Carballido.

miento integral y realmente sostenible del medio natural, aunque basado siempre en la explotación de los rancheros y en la estructura latifundista de la propiedad de la tierra. Los rancheros constituían una parte importante del entramado social en el que se movía y apoyaba la guerrilla; muchos de ellos ayudaban de forma más o menos encubierta a los guerrilleros, suministrándoles información, cobijo y, en algunos casos, alimentos y ropa. No fueron pocos los acusados por la guardia civil de actuar como enlaces y apoyos, lo que suponía –sobre todo a partir de 1947- la detención, torturas e incluso la muerte. De hecho, la necesidad de contar con un salvoconducto para moverse por la sierra y la política de concentración forzada de rancheros y pastores en torno a las casas y cortijos de los propietarios tuvo como objetivo dejar desierta la sierra y privar así a la guerrilla de sus bases sociales. Como hemos visto en el primer capítulo, esta estrategia tuvo éxito y a ella, más que a los enfrentamientos directos con las partidas puede achacarse el debilitamiento y hundimiento de la actividad armada en la sierra.

El interés de esta entrega temporal de la tierra para el propietario no solo consistía en el desmonte, sino también en el cobro del *terrazgo* (parte de la cosecha). El trato variaba dependiendo del acuerdo al que se llegaba con la propiedad; unas veces esta ponía parcialmente el grano, en otras ocasiones (la mayoría) el ranchero lo ponía todo, incluido el esfuerzo. Este aprovechaba el monte que arrancaba para hacer picón y carbón, del que habitualmente también llevaba una parte el propietario. La superficie explotada del rancho dependía de lo que la suma del esfuerzo de la familia entera podía dar, incluidos niños y niñas. También existían rancheros que sólo se dedicaban a hacer carbón; eran los carboneros y piconeros, de tanto arraigo en la cultura popular andaluza.

En el mapa desplegable hemos intentado representar de forma aproximada la distribución espacial de rozas y cultivos a partir de las descripciones sobre el terreno de viejos rancheros y arrendatarios de la zona. Eran frecuentes las siembras en laderas muy pendientes, ocupadas por la gente que iban llegando tardíamente de zonas aún más deprimidas. Cuesta trabajo imaginar este tramo del río Guadiato hoy cubierto de bosques y matorral, entonces cultivado y parcialmente deforestado; pero lo estuvo, y poblado de gente que lo aprovechaba todo. A lo largo de los cuarenta e inicios de los cincuenta se llegó a la máxima superficie de siembra, llegándose a roturar tramos tan inclinados y fragosos como el Cerro del Trigo o la Umbría de Perchas. El paisaje estaría salteado de pequeñas siembras (mosaico disperso); allí donde el arado romano no entraba se aprovechaba para el pastoreo, sobre todo de cabras, que ramoneaban entre riscos, crestas de cuarcita y recio matorral mediterráneo. Completando el marco ambiental de aquellos años se mantenían espesas manchas de maquia mediterránea en las fuertes caídas al Guadiato, al Guadiatillo y al arroyo de Martín Lobo como impenetrables santuarios para la caza mayor (*La Cebaera* en la finca de *La Porrá* es un buen ejemplo).

Las laderas rocosas de solana fueron aprovechadas para el pastoreo a lo largo de la posguerra (autores)

El equilibrado modelo de aprovechamiento agropecuario y energético que hemos descrito sucintamente comienza a dar síntomas de agotamiento ya en los primeros cincuenta, como consecuencia del aumento de la actividad económica y de los usos predatorios sobre el terreno. Sobre todo, fue el carboneo el que más alteró el monte, llegando a deforestar extensas superficies. También hubo sobrexplotación ganadera con el consiguiente daño a la vegetación, puesto que al ramoneo se sumaba el fuego intencionado al monte para que salieran brotes nuevos y tiernos, aunque eso sí, de forma controlada, de modo que nunca llegaron a darse los grandes incendios que hoy desgraciadamente conocemos.

A partir de 1957, los nuevos rumbos de la política económica y de las relaciones internacionales (apertura al exterior y fin de la autarquía, desregulación del mercado de granos, aumento moderado de los salarios y, sobre todo, inicio de la emi-

gración masiva al exterior o a las grandes ciudades) acaban en pocos años con el panorama social y natural que hemos descrito (geógrafos y economistas han acuñado el concepto *ruina de la sierra* para explicar esta brusca ruptura con el pasado). Comienza así el paisaje serreño que hoy todos reconocemos: montes despoblados rodeados de insalvables cercas, salpicados de ruinas, cubiertos de vegetación... y de urbanizaciones ilegales.

Rancheros haciendo picón (cedida Rosario Queijas Molero)

A lo largo de los itinerarios propuestos podremos observar las heridas de la sobreexplotación carbonera y ganadera: grandes calvas disimuladas con el paso del tiempo por el matorral que ha ido *apostillando* las cicatrices del monte, superficies de jarales que fueron un día alcornocales, encinares y quejigares. En el mapa procuramos reproducir tanto los rodales que se sembraban como las zonas de olivar. Estos son los datos más significativos que se representan:

1. **Olivares:** *Valdelashuertas, la Campana, lo de Vacas, lo de Prado, Valdejetas, Huerta de los Ídolos, Mesas Altas.*
2. **Superficie aproximada de rodales sembrados en el Olivarejo y la Huesa:** 69 Ha sembradas de cereales en cuatro rodales de 37, 5,5, 19, 7,7 Ha. y 8´7 sembradas de garbanzos y leguminosas (habas).

Las viviendas se construían dependiendo del tiempo que se iban a mantener en la zona; si se trataba sólo de una temporada se construía un efímero chozo de medias paredes de tapial y el techo de monte que descansaba sobre uno o dos troncos centrales como pilares sustentantes. La mayor parte del escaso mobiliario provenía también del propio monte: banquetas, sillas, mesa; las camas, llamadas candelechos, en las que se amontonaban padres, hijos y a veces abuelos, no eran más que ramas tiernas de monte sobre las que se echaba el colchón de hojas de maíz (farfolla) y alguna manta.

Familia de rancheros. (cedida por Dolores Mohedano García)

Cuando el rancho era para más temporadas lo hacían de forma resistente, reforzando la fábrica con mampostería de piedra, teja y ladrillo, sobre todo en las cuatro esquinas exteriores. Siempre se intentaba situarlo cerca de un venero que al final terminaba siendo una fuente con nombre propio, tan abundantes hasta hace poco en la sierra. Alrededor del venero se cultivaba el huerto de verano, del que salían preciadas verduras y hortalizas. Cuando se juntaban algunos ranchos los propios habitantes –demostrando que el humor negro no está reñido con la pobreza– les daban el nombre de *Piojales*.

El siguiente testimonio de **Bernardo Martínez Blázquez**, viejo aparcero de Almodóvar del Río, nos muestra la vida cotidiana en la sierra. La familia de este labriego (situado un peldaño por encima que los simples rancheros, a los que empleaba) estuvo en varias fincas de la zona: La Cigarra, Las Mesas de Prieto y Cerro del Trigo.

En la Cigarra Baja estuvimos cinco años, allí había unos quince rancheros con chozos de monte, teníamos que cambiarnos cada temporada.

En el año 49 nos fuimos a Mesas Altas de Mariano Prieto, allí estuvimos tres años. Mi padre había cogido el rancho en un cerro grande que hay lindando con el Toril. Antes había habido otro ranchero de Almodóvar al que llamaban "El Cabezón". Estuvimos desmontado para sembrar; ese año me fui yo al servicio con 21 años, cuando vine compramos las vacas para la yunta. En el raso Carballo tenían ranchos unos tíos de mi mujer y más arriba lo teníamos nosotros, en el raso Beatriz cerca de la Casilla del Aire y del cortijo.

Tardamos cuarenta días en hacer un chozo; lo hicimos de pared, nos llevamos un albañil de Almodóvar y entre mi padre, mi hermano y yo la levantamos con piedra y barro ayudándonos con unos tablones para encofrarlo. Allí se encerraban las dos yuntas de vacas, una yunta de mulos y una burra.

Sembrábamos el cerro de cerca del cortijo. Aquí se cogían muy buenas cosechas, pero buenas, buenas, un trigo buenísimo...avena, cebada y patatas dentro de un cercado donde habían tenido vacas los Pelayos (unos ganaderos trashumantes de Granada), por lo que tenían un tomo de estiércol. Ahí se crió un gran patatal.

Arrancábamos el monte y hacíamos carbón y picón que después bajábamos al pueblo. Luego sembrábamos allí bastante terreno. Teníamos sembradas un ciento de fanegas de tierra, con una yunta de mulas y un caballo. Éramos seis en la casa, yo era el mayor de los hermanos; el grano lo sacábamos con los mulos. Teníamos además diez o doce cabras, catorce o quince marranos, dos yuntas de vacas y dos bestias. El propietario ponía la semilla, luego se llevaba la mitad de lo que nosotros cosechábamos.

Arrendamos el Cerro del Trigo. Aquí vivíamos en la casa de la finca; estaba todo perdido, lleno de monte; para sembrarlo metimos a cuarenta rancheros que arrancaban el monte y hacían carbón y picón. Aquello se lo dábamos para que lo limpiaran con la intención de que el monte saliera nuevo para los ganados y para sembrarlo nosotros. Había muchos rancheros que eran de Almodóvar, pero otros venían de Granada, de Almería y de otros sitios, buscando trabajo. Vivían en chozos de monte que levantaban de momento, en uno o dos días; lo hacían de jaras, de retamas...algunos le hacían media pared de piedra. Luego iban arrieros por el carbón con las recuas de burros, de Almodóvar; desde Córdoba venía Vallejo, y Membrives desde Villarrubia, que compró dos burros. Se venían por la Porrá, a salir al Pino del Guadiato Grande (por oposición al "Guadiato chico" o Guadiati-

María a las puertas del Toril de Mesas Altas. (cedida por María Morillas)

llo). Salía mucho carbón, pero no se arrancaba ninguna encina, sólo de madroño, "arrijan" (arrayán) lentisco...mucho carbón de coscoja, que echa unas raíces muy gordas y largas que van por lo alto de la tierra, eso cunde mucho arrancándolo con un azadón. Las chaparreras se aclaraban para hacerlas encinas y que criaran bellota; debíamos tener mucho cuidado vigilando a los rancheros porque como te descuidases arrancaban los chaparros para hacer carbón rápidamente.

También nos divertíamos cuando podíamos. En el **Toril de Mesas Altas***, donde estaba la María del Gallo, allí nos juntábamos rancheros, cabreros y los vaqueros de los Pelayos. Hacíamos bailes casi todos los domingos, algunas veces se hacían en el cortijo de Prieto, otras veces en los chozos. Uno de esos vaqueros, granadino, era Tobalo, que tenía una guitarra, pero no sabía tocarla, solo pegaba rasconazos "ram-ram", siempre igual, hasta las tantas de la madrugada.*

RANCHEROS, HUIDOS Y GUERRILLEROS.

Exponemos a continuación una serie de testimonios orales que abundan en la difícil relación entre los habitantes de la sierra –rancheros, pastores, guardas– y las partidas guerrilleras que actuaban en la zona del Olivarejo-la Huesa y La Porrá, y que desde luego no se limitaban a los miembros del grupo de Julián Caballero. Además de la presencia de guerrilleros de filiación anarquista oriundos de Villaviciosa, como José Ramos *"Ramillos"* de cuyo hijo ofrecemos un emocionante testimonio, aparecen con frecuencia los hombres del *"Cojo de la Porrada"*, unos de los cuales, *"Corchete"* pudo ser como ya hemos visto el delator que acabó entregando a la guerrilla de Julián Caballero.

El joven José María Rodríguez y su esposa (cedida por José M. Rodríguez)

José María Rodriguez Rodriguez vivió durante casi todo el periodo de actividad guerrillera en el antiguo cortijo del Olivarejo, puesto que su padre arrendó parte de la finca a la propietaria, para criar ganado y sembrar. Dejemos que nos cuente los primeros años de su vida, marcada como la de tantos por la quiebra de la guerra civil, en el seno de una familia numerosa de origen rural, perfectamente representativa de la población campesina de la época:

Nací el 16 de marzo de 1925 en Valenzuela, pero fui cristianado en Porcuna, así que soy de allí, de la provincia de Jaén. Mis padres eran Manuel Rodríguez

Fernández y Luisa Rodríguez Ortega. Antes de la guerra decidieron venirse de Porcuna porque allí tenían arrendada una finca que se llamaba la Ventilla; mi padre llevaba una piara de cabras, ovejas, marranos y la labor, pero resulta que como aquello era campiña, allí no podía tener el ganado, por lo que nos vinimos para Córdoba.

Éramos doce hermanos, tres varones y nueve hembras. Nos fuimos a las Mestas de Obejo sin conocer aquello ni haberlo visto en la vida. Allí mi padre arrendó un cacho de tierra lleno de monte y con la azada lo íbamos arrancando. Nosotros éramos chiquitillos, pero todos ayudábamos a quitar monte y hacer carbón, que no lo habíamos hecho nunca. Allí estuvimos tres años, la gente venía con bestias y nos compraban el carbón. Aquellas tierras las hicimos barbecho y sembramos trigo, cebada, avena...luego estalló la guerra, entonces nos dijeron que nos teníamos que ir de allí y le pegaron fuego a todo. Nos bajamos a las Mestas, por la parte que pega al Muriano y todos aquellos llanos los abandonamos sembrados. Vino un capitán del ejército republicano y nos aconsejó que nos fuésemos de allí, ya que nos habíamos quedado entre las dos líneas del frente. Así que allí se quedaron los marranos, las yuntas y todo. Recuerdo los trigos que habíamos dejado sembrados, estaban las espigas para cogerlas, todas tumbadas porque se los habían comido las cabras, los marranos y las bestias. A la casa le habían tumbado un muro de un bombazo y se lo habían llevado todo, las camas, los cacharros, un carro nuevecito que habíamos comprado...todo, vamos, lo que es dejar una casa sin nada. Esto fue por el año 37 porque ya llevaba tiempo la guerra, nosotros sentíamos tiros por lo de Armenta, por el Vacar y el Muriano. Cuando nos fuimos de la casa porque el capitán aquel nos lo mandó sólo nos permitieron llevarnos un caballo que teníamos cruzado en árabe, muy manso, porque mi padre dijo que por lo menos eso, para poder llevar a los niños. Fuimos andando hasta Villanueva de Córdoba. Mi hermana Rosalía y mi hermana Carmen se cansaban y se las echaba a cuestas mis hermanos Francisco y Manolo, que, ya ves, ellos también estaban chicos, y cuando no yo, que era el más chico y así fuimos. También nos dejaron llevarnos una cabra para la leche. Con esta cabra, a los tres años de guerra acabamos teniendo catorce o quince. Cuando terminó la guerra y volvimos a nuestra casa nos encontramos con que todo se lo habían llevado, todo quemado y se habían comido todo el ganado; hasta el carro nuevo que nos había costado cincuenta duros en aquellos tiempos. En el 41, mi padre pudo arrendar el Olivarejo y fuimos ajustando cabras. Ya teníamos 25, y en esta finca, que era de una señora de Belalcázar, juntamos más de trescientas. Luego esa finca la compró Don Pedro Priego Gómez, un platero de Córdoba, estando nosotros allí. La finca tenía 350 ha, y lindes con

los Boquerones y la Huesa. Los Boquerones eran de un señor de Almendralejo, Don Federico, y su hijo murió allí y se lo llevaron muerto en lo alto de un mulo a Villaviciosa, para enterrarlo. Este hombre no ganaba para sustos porque querían matarlo o algo así, y su hijo Pedro estaba a cada instante en mi casa.

Seguramente esta sensación de miedo e inseguridad de los dueños de los Boquerones pudo tener que ver con la recrudecida actividad guerrillera en los primeros meses de 1947, que adopta un sesgo decididamente violento en ocasiones (reflejo como ya hemos dicho del creciente aislamiento social, de la persecución policial y de la desmoralización), sobre todo por parte de tres guerrillas que operaban con frecuencia en la zona, pertenecientes todas ellas a la tercera agrupación, mandadas por el "Cojo de la Porrada", "Durruti" y "Godoy del Pueblo". Precisamente fue este último guerrillero quien protagonizó el secuestro, el 20 de abril 1947, en la finca de los Boquerones, de Mateo del Rey Pulido, de cuyo padre obtuvieron 6.000 pesetas, y de aquí pudo venir el temor entre los propietarios de la zona. De hecho, el propio padre de nuestro testigo renunció por razones de seguridad a adquirir esta finca, como nos sigue contando José María:

Cuando murió este hombre vendían la finca a mi padre muy barata, por 9000 duros, pero la compró Don Pedro Priego y, después de comprarla, como veía que mi padre se había quedado con la gana, le dijo "si usted todavía quiere la finca se la vendo y me la paga como quiera, con el producto del ganado, pero le cuesta 25.000 duros. Mi padre se lo dijo a mis hermanos mayores, pero ellos le dijeron que no, por miedo a la gente de la sierra, y como mi padre también tenía miedo pues aquello se quedó ahí.

En cuanto llegan al Olivarejo, la familia de José María se dedica como auténticos colonos a talar, podar, desmontar y sembrar, además de explotar los pastos naturales para los crecientes rebaños de cabras y ovejas. Jornadas de doce horas de trabajo diario que se sucedían sin descanso, pero que permitían a la familia, tras el pago del arrendamiento estipulado al señor, obtener un beneficio que sin duda los situaba por encima del nivel de subsistencia y de necesidad que padecían los simples trabajadores. La clave de la rentabilidad de los terrenos de sierra durante la década de los cuarenta estriba en los siguientes factores:

a) Los bajísimos costes de producción propios de una actividad agroganadera basada en prácticas preindustriales, sin apenas reinversión de los

excedentes, con índices de mecanización muy bajos o nulos y basada en la utilización de una mano de obra sobreabundante desprotegida y con salarios de miseria.

b) El acceso de las mercancías sin competencia en los precios de venta a un mercado nacional basado en la autarquía productiva y en la protección arancelaria, de modo que los propietarios tenían garantizado por el Estado bien la compra directa a precio tasado de ciertos productos (cereales, sobre todo), bien la venta en el mercado libre de carnes, quesos, etc., en una situación de escasez permanente de la oferta que permitía mantener precios elevados.

c) La roturación de suelos poco o nada explotados anteriormente favoreció también a corto y medio plazo unos rendimientos relativamente elevados, que a veces sorprendían a los propios labradores. En principio, los terrenos de Sierra Morena pertenecen al tipo de suelos pardos mediterráneos de sustrato silíceo, lo que supone un carácter ácido de los componentes minerales, escasa presencia de materia orgánica (humus) y una débil capa de tierra apta para uso agrícola, debido a la erosión. Sin embargo, factores locales e históricos (como ocurre en este periodo) pueden aumentar en buena medida la capacidad productiva de estos suelos: sedimentación en pequeñas terrazas fluviales, en llanuras de piedemonte o en zonas elevadas o de cumbre llanas o con muy poca pendiente, unido a la densa cubierta vegetal del suelo propia de Sierra Morena y al sabio aprovechamiento combinado de los recursos agrícolas y ganaderos (rotación de cultivos, aprovechamiento ganadero de rastrojeras, abono natural a partir de los detritus del propio ganado, incluso el carácter itinerante y cíclico de la roturación de tierras).

De la mano de José María, vamos a adentrarnos en ese paisaje –hoy desaparecido– de campos de cultivo y rebaños en el corazón de Sierra Morena, que reflejamos en el mapa. Seguimos las declaraciones que nos hizo *in situ*, tras contemplar de manera emocionada lo que había sido su hogar hace más de cincuenta años:

Toda la parte alta del barranco, hacia el Olivarejo, no hay quien lo conozca. ¡En la parte más llana, pero también en las laderas más suaves, hacia el Candeal, que es la parte alta del Olivarejo sembrábamos garbanzos...! ¡Se criaba un garbanzal!,

Surgencia de Valdelashuertas, cedida por Rafael González Requena

aquello tiene muy buena tierra; ahora, en las pendientes metíamos el ganado, allí no se sembraba. Castaños había muy pocos, sólo en el puerto (puerto Artafi). *En el chorro de agua que baja de Valdelashuertas había algunos avellanos, y luego algunos almendros salpicados. Todos esos pinos tampoco estaban. Toda la finca de Valdelashuertas se llenaba de olivareros por la época de la cosecha. Más de setenta u ochenta personas se tiraban aquí varios meses.*

Cuando llegamos aquí, en el 41, había un monte que llegaba hasta la puerta del cortijo. Las cagadas y los arañazos de los lobos estaban en la misma puerta y ya el mismo día que llegamos nos pusimos a limpiarlo todo. En la mitad del día he visto yo los lobos por aquí y en la noche he corrido detrás de ellos con el garrote. Con nuestras manos nos pusimos a desbrozar y si ustedes vieran ahora las fanegas de trigo que teníamos sembradas aquí dirían "¡y esto como puede ser!"; teníamos sembradas más de ocho fanegas del mejor trigo que se puede ver. Una vez vino el encargado de la finca de la Marquesa, que era de Guerra, el torero; me acuerdo que llegó montado en un caballo blanco y saludó a mi padre "¿qué hay, Manuel? vengo a ver si me reservas algún trozo para unas cuantas yeguas, que las tengo muertas de hambre". Mi padre le respondió "no te arriendo nada, pero mete las yeguas ahí en esa umbría de abajo". Echó pie a tierra el encargado y le dijo a mi padre "¡qué barbaridad! ¡estos trigos no los veo yo ni en la campiña!", y no sólo los trigos también las habas y los garbanzos, que se sembraban donde había tierra más recia. Cada dos o tres años dejábamos descansar la tierra, y los rastrojos no se quemaban, sino que metíamos al ganado para que se alimentara y al mismo tiempo abonaba la tierra. Teníamos varias yuntas de mulos ¡pero que mulos! Eran nuevos, de cinco o seis años, y había que tener cuidado con ellos. Un día llevo mi padre un mulo a la feria de Baena y uno que había allí le daba por él una casilla que tenía en la campiña ¡mira tú que mulo sería!

Sembrábamos también muy buena cebada. Todo aquel cerro de arriba es el Coscojoso, esas encinas las talé yo ¡y mira! se pusieron de bellotas que daba gusto verlas. Respetábamos los árboles con las mejores ramas, entonces había encinas, pero más claras que lo que se ve ahora, y sin chaparreras por debajo. En total sembrábamos todos los años entre 70 u 80 fanegas entre trigo, cebada, avena, chicharos, y más de trescientas cabras y ochenta o noventa cochinos. Muchos de los montes que ahora están con bancales y pinos por todo el barranco de la Huesa eran de jarales y de monte, pero árboles muy pocos. El matorral lo arrancamos todo; cuando llegamos al Olivarejo empezamos arrancando monte del río para arriba. Para trabajar éramos cuatro, los tres hermanos y mi padre. Mis dos hermanas no trabajaban en el campo y para el ganado teníamos un cabrero, un pastor y un muchacho con los marranos. El cabrero ganaba un duro al día y el jato, que era pan, aceite, tocino y sal. Con la leche de cabra hacíamos buenos quesos, una partida al año, que vendíamos en Córdoba. Teníamos dos tipos de cabras, unas más bastas "blancas encerás" y otras más finas, cruzadas. Las más bastas eran mejores para meterse por el monte porque no se desgarraban las ubres con los palos y la maleza, como las otras. Muchas veces picaban las víboras a las cabras, y entonces las curábamos punzándolas en el momento con una lezna que siempre había que llevar en el zurrón y apretando para sacar el veneno; luego, de la misma cabra, si tiene leche, se estruja una poca y se la echa sobre la herida, porque la leche es un contraveneno, y hacia efecto. Plantas no usábamos con las cabras, aunque la berraza, que se cría en los arroyos cuando llueve mucho, le gustaba mucho a las cabras, se ponían a escarbar buscando el tallo y en cuanto se comían unas pocas les entraba un tiritar y se morían como chinches.

El trigo lo entregábamos al Servicio Nacional, que estaba en Villaviciosa. Nosotros nos quedábamos con ocho o nueve fanegas, para sembrar y comer. Nos daban la "cartilla maquilera" *que se necesitaba para llevar el trigo al molino y hacerlo harina. El molino estaba en el pueblo, aunque dicen que antes de la guerra había un molino en el río* (Guadiato) *que le decían* El Molinillo. *En Valdelashuertas si había un buen molino de aceite, donde se llevaban las aceitunas de todo el olivar de alrededor, que ocupaba todos esos cerros de enfrente de la Huesa, al otro lado del río. Mi padre le tenía dicho al encargado "nos dejas diez arrobas de aceite para el año", y desde allí lo traíamos en mulo a casa.*

Sobre este mosaico de cultivos, dehesas y manchas impenetrables de monte mediterráneo, se desarrollaba la vida de los guerrilleros los habitantes de la zona, que establecían entre si una serie de relaciones de apoyo y ayuda, a veces

de oposición y de competencia, pero también de ocio y diversión en las escasas horas libres de que se disponía al ponerse el sol. La abundante y diversa fauna se entrecruzaba cotidianamente con estos habitantes, sirviendo unas veces de complemento a la dieta, pero dando lugar otras a lances inquietantes, como podemos ver a continuación:

Había bastantes jabalíes, pero ya volcando hacia los Boquerones, y algunos ciervos, pero bastantes menos que ahora. Sobre todo, había muchos conejos y muchas perdices. Corzos por esta parte no había, estaban por las umbrías de Mesas Altas. Linces vi algunos, por la parte que he dicho que sembrábamos los garbanzos. Un día vi uno grande ¡pero grande! Estaba yo con las cabras porque el cabrero había ido al pueblo a vestirse. Llevaba la escopeta como acostumbraba cuando estaba con el ganado, cuando empiezan las cabras a correr; yo levanto la vista y veo un bicho grande que iba como al trote, sin darse mucha prisa. Me digo "¿aquello que es, un lobo?" ¡porque era muy grande, eh!, con el rabo cortado por mitad de las cabras; disparé dos tiros para asustarlo mayormente, porque estaba a bastante distancia y ya está, el animal desapareció entre el monte.

Lobos sí vi muchos, y me llevé algún susto. Una noche estaba en a casa con mis hermanos, Manolo y Francisco, y pregunté por mis hermanas. Uno de ellos me dijo "han ido a la casa de las Milaneras (ver mapa), a echar un rato con los guardas". Decidí irme para allá con ellas. ¡Chiquillo! al salir del cortijo tome el carril, bueno una senda más que un carril como los de ahora, y cogí el camino adelante; al poco, empecé a oír entre el monte que había a los lados un "chascarrar" que no paraba; yo miraba por donde oía el ruido y me decía "¿ahí quien viene?"; estaba la luna como de día, pero yo no veía nada, cuando al llegar al trozo que teníamos desmontado para la siembra veo una cosa que pasó deprisa, como una sombra. Me quedé pendiente de aquello y al verlo otra vez ¡era un lobo que venía siguiéndome desde el cortijo ¡Entonces es que cuando yo he visto esos bichos de la manera que van persiguiendo a las criaturas. Encogía las patas, iba pegado al suelo, casi arrastrando la barriga. Al llegar un claro hacia así, saltaba, ¡y a otra sombra! Cogí entonces un buen garrote y pensé "¡como salga se va a enterar ese!"; así llegué a las Milaneras, que estaban allí hablando y cantando... ¡tenían un escándalo! y le digo al guarda "Mariano, que ha venido un lobo detrás mía, a ver si se lleva algún borrego", pero Mariano, que estaba allí a gusto cantando y con un porrón de vino al lado, me dijo "no te preocupes, que tengo sueltos los perros". Es verdad que tenía unos perros muy buenos, así que yo dije "bueno, tú verás, pero el lobo tiene hambre". Me senté y seguimos allí de cachondeo, hasta que al rato oímos

un jaleo de ladridos y ruido de monte. Mariano salió disparado con la carabina que siempre tenía a mano, y yo detrás. Cuando llegamos a un claro con encinas que volcaba hacia el "Riacho" (río Guadiatillo), nos encontramos con un borrego muerto y una perra que le había quitado medio collar de esos de pinchos, y llena de mordiscos, que por poco la mata.

También la relación con los animales de la zona –en este caso la caza de los abundantes conejos- se convierte en causa indeseada de un encuentro del joven José María con un grupo guerrillero, en un gran peñasco que cae sobre el río Guadiato, en la ladera derecha del barranco de la Huesa. El encuentro nos habla de la forma de vida de los hombres de la guerrilla, que a plena luz del día permanecían habitualmente en zonas altas, al abrigo de rocas o pequeñas cuevas, descansando, durmiendo o dedicados a tareas "domésticas", mientras que al abrigo de la noche descendían a las partes bajas de los barrancos, donde habitualmente podía encontrarse agua para beber y se situaba la cocina. Se cocinaba precisamente durante la noche, para evitar que el humo fuera visible. El hábito de fumar también está presente en este encuentro, y parece formar parte de los escasos pequeños placeres que los guerrilleros podían disfrutar en su difícil vida, hasta el punto de convertirse en apreciada moneda de cambio entre ellos, y en más de una ocasión en grave factor de riesgo para su integridad, ya que los propios guerrilleros o sus enlaces llegaban a penetrar a plena luz del día en los pueblos de la sierra en busca del ansiado tabaco. Escuchemos a nuestro relator, que sitúa con toda precisión el lugar del encuentro utilizando una rica serie de topónimos que representamos en el correspondiente mapa:

Panorámica del Valle del Guadiato, desde La Huesa, donde observamos el puente de Los Boquerones, la piedra abejera y el peñasco del Turumbón (autores)

Yo tuve sólo un encuentro con ellos. Venía por la senda que arranca de la Piedra del Cable (la llamaban así porque de esta roca grande salía un cable que cruzaba a otra piedra parecida en la otra orilla del río; este cable se usaba para cruzar de un lado a otro en un cajón de madera productos como la leche de cabra, quesos o alguna cabeza de ganado para llevarlas a Córdoba, ya que entonces no había el puente que existe ahora), *y pasa después entre el agua y la base de la Piedra Abejera –porque tenía panales con miel entre las grietas-, sigue por la ladera del Acebuchal y por la base del Turumbón, un peñasco como doscientas casas juntas de grande, en las caídas al Guadiato . Iba buscando algún conejillo, pero como estaba lloviendo subí por la cara del peñasco que da a La Huesa, buscando la parte plana de arriba para volver por el camino más corto a mi casa. No pude matar más que un conejo porque había muchas piedras y de momento se perdían. De modo que me meto por allí, la escopeta a la espalda, el conejo en una mano y con la otra agarrándome a las piedras; al agarrarme a la última piedra desde lo alto me echan mano al brazo y alto oigo una voz que me dice "¡venga arriba!"; yo me quedé sorprendido y pensé "¿pero esto que es?" y otra vez me dijeron "¡venga, sube!". Cuando asomé la cabeza vi una piedra plana, un poco inclinada, que hay allí. Sentados había siete u ocho hombres, tenían varias mantas extendidas sobre algunos arbustos, seguramente para que se secaran porque aquella noche había llovido; algunos estaban cosiendo algo como material y casi todos estaban fumando...el que me había hablado me pidió la escopeta, y yo le contesté "¿esto?, ¡pero si es una escopetucha que no vale nada!", pero se la tuve que dar. No eran los mismos que habían estado otras veces en mi casa, por lo menos los dos que me hablaron y que tenía más cerca, porque a los otros ni me atrevía a mirarlos. Me preguntaron quién era y donde vivía y después me despidieron diciéndome "vete derecho para tu casa, que ya mismo estamos nosotros allí". Yo salí disparado por la cuerda que va del Turumbón al cortijillo donde vivíamos y cuando llegué se lo conté todo a mi padre. Entonces fuimos a hablar con los guardas de las Milaneras, que vivían en un llano cercano, y después arreamos para el "Jesú", que era una finca de Carlos Escobar donde estaba el destacamento de la Guardia Civil. Para llegar había que coger el camino de Navaserrano, que era otra finca lindante con el Olivarejo.*

Ya hemos visto las frecuentes relaciones que mantenía la familia de José María con los guardas de las Milaneras, dada su relativa proximidad (ver mapa). También se producían ciertos contactos -de modo esporádico y manteniendo siempre el distanciamiento social que procedían entre propietarios y arrendatarios- con los dueños de los Boquerones, a los que hemos visto agobiados por

la desgracia e inseguros durante su estancia en la sierra. La otra familia que habitaba el lugar eran los Cobos Reina, enlaces y apoyos del grupo de Julián Caballero. En las siguientes declaraciones de José María veremos las relaciones de vecindad con los Cobos Reina y, a partir de aquí, una visita del grupo de Julián Caballero al cortijo del Olivarejo:

Ruinas de la casa del "Tío Culón" (autores)

Teníamos unos vecinos que ayudaban mucho a la gente de la sierra. Al padre le decían "El Culón", y tenía dos hijos, uno Agustín que era el mayor y otro Rafael, que era de mi edad y por eso yo me juntaba más con él. Este "Culón" tenía arrendada la finca de la Huesa para ganado, cabras y ovejas y también sembraban, pero poco. Tenían en un llanete un chozaco con las paredes hechas de tapial y protegían a los guerrilleros, les traían comida, ropa...los maquis tenían una cueva, con su chimeneita y todo, en esos peñascales por encima del barranco de la Huesa. Mi padre estaba algo molesto con "Culón" porque se metía en lo nuestro con las cabras ¡y claro, nosotros también teníamos ganado! Nosotros realmente no sabíamos nada, ni llegamos a sospechar nada hasta que los mataron y se llevaron detenidos a Córdoba al "Culón" y sus hijos. Después nos enteramos que una vez había estado el jefe de ellos (Julián Caballero) en nuestro cortijo. Llegaron un día a nuestra casa Agustín acompañado de otro hombre que venía vestido con un mono de tirantes, como de albañil; Agustín me dice "¿que, cuando vamos a echar un día de caza?" y yo "cuando queráis", porque eran vecinos y nos llevábamos bien. Ellos tenían cada uno una buena escopeta y yo una escopetilla que no valía nada. Agustín me respondió "pues mañana mismo".

Al día siguiente bien temprano se presentan de nuevo los dos, el jefe con el mismo mono y un zurrón a la espalda, pero sin escopeta, nosotros pensamos que llevaba el zurrón para la caza. Le preguntaron al cabrero nuestro "¿no tenéis por aquí ninguna segaja (chiva) nuestra?" y el cabrero "que yo sepa no, voy a mirar en el corral". Estuvimos mirando y vimos que no, entonces dice Agustín "voy a dar una voz a mi hermano y le voy a decir que no está aquí". Como estaba en alto aquello,

se asomó al barranco y gritó que la chiva no estaba allí, luego supimos que era una contraseña para decirles que los civiles no estaban en mi casa. Total, que nos fuimos a cazar y cuando ya habíamos matado unos cuantos conejos nos sentamos por allí y me dijo este guerrillero "venga, vamos a tomar un bocadillo". Sacó unas lonchas de jamón de un paquete y allí nos pusimos a comer. Yo estaba sentado a su lado y me decía "me cago en diez, ¿quién será este?" porque los Cobos Reina decían que era su cuñado, que le hablaba a la Nati, su hermana, que estaba de albañil en Córdoba...a ver, averigua. El maquis hablaba poco, yo le pregunté "¿y tú no llevas escopeta, no cazas?" y él "no, yo no, sólo traigo la comida y el vino". Ya oscureciendo regresamos a la casa con doce o trece conejos; nada más llegar nos dice una de mis hermanas "meted las escopetas en el cuarto que por ahí vienen los guardias, en lo alto", y dijo el desconocido "me voy a ir para allá, no vayan a creer los civiles... que no se enteran bien, bueno, hasta mañana" y se fue. Llegaron los guardias "¿qué pasa, habéis estado de cacería, no?" yo contesté "pues sí, hemos echado un ratillo", y los guardias "¿un ratillo, pero si hemos escuchado un tiro hace ya un bien rato?", y yo "si, es verdad, lo pegué yo, por cierto, y he matado un conejillo junto a una madriguera". Total, que los Cobos Reina dijeron de irse para su casa y dejaron las escopetas allí, por los guardias no podían sacarlas. Los civiles se quedaron a dormir esa noche en mi casa, aunque aquello era normal. Aquellos guardias estaban por allí buscando rojos, por eso pasaban temporadas enteras en el cortijo del Olivarejo.

El siguiente encuentro de José María y su familia con la guerrilla no trae buenos recuerdos a nuestro relator, pero nos ofrece un testimonio de la presencia en la zona de *Corchete*, guerrillero proveniente de la zona noroeste de Villaviciosa, cerca de las aldeas de Fuenteovejuna, que aparecen a lo largo de 1947 integrados en la guerrilla del "Cojo de la Porrada", participando por tanto en los métodos violentos que este dirigente guerrillero utilizaba con frecuencia -sobre todo a partir precisamente de este fatídico año para la guerrilla- y que acabaría por hacerles perder parte del apoyo de la población rural. Corchete queda perfectamente retratado en el siguiente relato, así como se corrobora la afirmación recogida en diferentes fuentes de que fue este guerrillero quien traicionó al Estado Mayor de la Tercera Agrupación Guerrillera con base en la Huesa, delatando su presencia a la Guardia Civil y señalando la colaboración de la familia Cobos Reina como enlaces:

Otra vez llegaron los guerrilleros a mi casa, era por la tarde. Uno se puso enfrente con el fusil apuntándonos, mientras que otros nos cogieron con las manos a la

espalda. Nos quitaron los pantalones de pana y la ropa, dejándonos en calzoncillos y cayéndonos el agua de los canales de la casa, porque estaba lloviendo. No habíamos hecho más que dejar de trabajar y yo estaba en una habitación, por lo que dijeron "a ver, dónde está el otro" porque sabían que éramos tres en la casa. Entraron con una pistola en la habitación y ya me cogieron y me ataron. Ligaron los garbanzos con las habas, las habas con la avena, la avena con el trigo, que lo teníamos todo para sembrar; lo revolvieron todo porque estaban buscando dinero. Mi padre no estaba porque había ido a capar marranos a Villaviciosa. De la banda había uno que le llamaban "Corchete", que se puso la chaqueta de un traje marrón que tenía yo allí, que por cierto tuvo que volverse las mangas unas pocas de veces, y se llenó los bolsillos de huevos de las gallinas nuestras. Sobre el cañón del fusil los cascaba y sorbía lo de dentro. Este Corchete, que era de Fuenteovejuna y yo lo ví más de una vez con esa chaqueta que como era tan chiquitillo le llegaba a las rodillas...ese fue el que se chivó y le dijo a la guardia civil "ahora están en el barranco" y así se salvó de que lo mataran; eso lo sabían todos los que vivían por allí, aunque nunca se hablaba de eso; a mí mismo me lo comentó años después , poco antes de dejar la Huesa para irnos a la parte de Andújar (eso fue en el 58) , un guardia civil que venía con frecuencia por la casa.

Bueno, pues como no hacían más que decirnos que o les dábamos el dinero o íbamos colgados a una encina, veíamos aquello muy feo y rozándonos con la pared conseguimos quitarnos la cuerda los tres. Unos estaban paseando y otros en la zahúrda haciéndolo polvo todo mientras que el que se comía los huevos nos apuntaba; pensamos que como estaba uno solo, darle un testarazo y salir corriendo, pero ya llegó uno corriendo diciendo "venga, que nos vamos"; nosotros "¿no!" y él "¡venga!"; nos cogió y dice "¿pero estáis sueltos? pues la próxima vez que os amarre veréis como no os vais a soltar" y así se fueron, dejándonos allí. Aunque nos habíamos soltado los tres, ninguno sabíamos que estábamos sueltos, porque no podíamos hablar con el otro tío delante; lo que pasa es que estábamos muy trabajados y la hora que estuvimos allí aguantando todos pensamos lo mismo, en soltarnos, darle un porrazo al tío e intentar escapar. Un hombre todo el día enganchado a un arado con o con un hacha en la mano o arrancando monte tiene una fuerza...total que se fueron y se llevaron pan, tres costales llenos de cosas, mataron un marrano y se lo llevaron frito, queso...en fin lo que pillaron porque como no teníamos dinero...

No solamente los maquis plantearon algún que otro problema a la familia de José María. Además, había que contar con la constante presión de la guardia

civil, que podía pasar ante la menor sospecha de la vigilancia o la advertencia rutinaria a la detención, las palizas o la definitiva aplicación de la ley de fugas, o, peor aún, con las visitas de la contrapartida formada por somatenes, falangistas y civiles que con frecuencia cometían tropelías para achacárselas a la auténtica guerrilla y restarles apoyo popular. Fue esta situación de tensión y riesgo permanente entre una guerrilla cada vez más acosada y desesperada, y unas fuerzas represivas regulares o irregulares con carta blanca para torturar y matar las que llevaron a muchos campesinos a abandonar la sierra, al menos temporalmente. Veamos dos de estos casos:

Otras veces llegaba la Guardia Civil, nos registraba y nos preguntaba con dureza, achuchándonos para ver si ayudábamos a los rojos. Así que mi padre aguantaba más y en más de una ocasión decía "venga, esto no puede ser, vamos a irnos de aquí, no vaya a ser que por unos y por otros...". En una ocasión llegaron los civiles y nos preguntaron "¿a ver, esas camisas de ahí de quien son, vuestras?" y empezaron con malas maneras a empujarnos a mi hermano y a mí. Resulta que era verdad que las camisas no eran nuestras, sino de un hombre amigo de mi padre –Aurelio se llamaba- que trabajaba en el ferrocarril y le habían dado un buen perro para cazar, y por eso estaba con nosotros aquellos días. Las camisas tenían grabadas las flechas esas de Falange –el "cangrejo"- y eso a los civiles no les gustó nada, pensaban que podían ser para los rojos, para disfrazarse de falangistas como parece que a veces hacían. Nos costó trabajo convencerlos, y si no llega a estar allí mi padre no sé qué hubiera pasado.

De la contrapartida también conozco algo. Una vez nos visitó un tío mío, hermano de mi padre, que había hecho la guerra con Franco. Mira por dónde, paseando a pocos metros de la casa encontramos un paquete de tabaco y una manta. Mi padre dijo "¡esto es de los rojos que estuvieron aquí hace unos días!" Fuimos a coger el paquete de tabaco y mi tío dice "¡eh, el paquete tráelo que es mío!". Nos extrañó y pensamos que era una broma; luego tiramos para Villaviciosa para dar parte y a llegar al "riacho" vemos tres o cuatro tíos sentados, medio metidos en el agua. Mi tío que iba delante, los saludó "¿qué pasa guardias? "y mi padre y yo, al acercarnos, vimos que eran los tres rojos que habían estado en nuestra casa días antes. ¡Mira tú que si no damos parte aquel día que estuvieron en la casa, la que nos hubiera caído encima!

En este escenario de lucha sin tregua con la tierra, de escasez permanente, de coexistencia con el lobo, el lince y el águila, espectadores y muchas veces impli-

cados de manera forzosa o voluntaria en el desigual enfrentamiento entre civiles, falangistas y guerrilleros, sometidos siempre a los designios del propietario pero viviendo y en cierto modo disfrutando (y ese disfrute asoma todavía en los ojos de los entrevistados) los amplios horizontes, la abundancia de recursos y la libertad de la sierra, los habitantes de la Huesa y de su entorno también tenían tiempo para el cortejo y el emparejamiento, teniendo que salvar para ello la distancia y el aislamiento. Veamos el trayecto que debía recorrer José María para ver a su novia, y un lance en el que aparece la solidaridad mezclado con cierta oculta dosis de romanticismo y de atracción física:

De vez en cuando iba a ver a mi novia que vivía en el Higuerón. Salía andando del Olivarejo, cuando no llovía pasaba el río por Valdelashuertas, de ahí a Valdejetas y después la Jarosa, de la Jarosa a San Jerónimo y de ahí al Higuerón. A la vuelta salía del Higuerón hasta el Hornillo, de allí a la Jarosa, luego por la Cebaera, la Cañá de la Teja y por fin Valdelashuertas ¡hay que ver lo que tiraba la novia, que además la veía un rato, pero sin tocarle un pelo, cuidado! Pero yo andaba mucho y tardaba poco. Todos eran caminos abiertos, aunque las veredas eran muy estrechas, "vereuchas" para el paso de una bestia ¡cómo serían que una noche oscura que volvía del Higuerón me topé con un toro bravo que estaba echado en la misma senda, le pegué una patada en el culo!

Desde el Olivarejo iba yo a ligar a la Caballera con las avellaneras que venían desde los pueblos de la Vega a recoger la cosecha, por el mes de septiembre, que hay que tener ganas, cosas de la juventud. Pasaba por debajo del Turumbón y de allí por la Casilla de la Plata hasta el Puerto y del Puerto a la Caballera. Iba andando y muchas veces vi a los lobos; es difícil verlos de noche por el pelaje que tienen, pero los ojos brillan como dos candiles. El grupo más grande que vi fue de cuatro que estaban jugando. Nosotros estábamos acostumbrados y no teníamos miedo, pero no sé por qué cuando te salía un bicho de esos a diez o doce metros se te caía el sombrero por lo de punta que se te ponían los pelos, a eso le llamaba la gente mayor "alobarse"; pero nunca atacan, siempre salen corriendo cuando te ven.

Otra vez estaba yo sembrando garbanzos a manta cuando se me presenta una muchacha de unos 14 años mientras yo estaba con la yunta en un llano que le decían "El Calvear" porque había muchas calvas, con una tierra colorada buenísima. Daba gusto ver a la muchacha, que venía con una chaqueta de su padre que le llegaba a las rodillas. Yo, al verla a lo lejos, paré la yunta; se acerca y dice "buenas" y yo "buenas". Yo también estaba joven y me gustó ver a aquella moza

tan guapa, todavía no había ido ni a la mili. Me dice que venía a ver si le daba unos pocos garbanzos ¡tú fíjate! Le digo "¿dónde los vas a echar?" y ella "pues aquí, en los bolsillos de la chaqueta"; hago así, le lleno los bolsillos y le digo "pero ahí te caben pocos garbanzos" y me contesta "a ver, si no tengo más..." y como dio conmigo, que tenía una poquita de conciencia, le dije "quítate la chaqueta"; se la quitó y con la "correa" de un torvizco le amarramos las mangas y se las llené de garbanzos. Esta muchacha no tenía madre, le habían dado a su padre un rancho en la Huesa, eran seis o siete hermanos y no tenían que comer, malvivían en un chozo rozando el monte para hacer un poco de carbón. Junto a la yunta parada, yo veía a la muchacha alejarse con la chaqueta a cuestas y por el camino iba metiendo la mano en el bolsillo y echándose garbanzos a la boca. La muchacha tenía una mata de pelo negro, era muy bonita...

Dio la coincidencia de que, años más tarde, me dice un primo hermano de mi mujer - se llamaba Manolillo y ha muerto joven- "primo, vamos a ir por el Quejigo, a ver si cazamos algo". Yo conocía aquello bien, al guarda, y todavía estaba allí mi cuñado Pedro antes de morir. Por bajo del Puerto de Artafi había un chozo y digo "voy a ir al chozo a ver si me dan agua"; llego y sale una muchacha muy apañada y digo "mozuela, me das agua" y dice"sí" mientras me sacaba un botijo. Me quedo así mirando y digo "me parece que te conozco ¿tú no me conoces a mí?" "yo no", "tú dónde has estado antes de estar aquí" "yo, ahí en la Huesa", digo "tu no serás hija de uno que le decían El viudo" "ese era mi padre" y yo "me cago en diez, tú no te acuerdas de uno que una vez te llenó la chaqueta de garbanzos?" ...mira, se tiró para mí, me dio la muchacha un abrazo y se echó a llorar. Mi primo se sorprendió "¿pero chiquillo, tú de que la conoces?", digo "calla, que esto tiene una historia" y le conté lo que había pasado. En esto yo estaba ya casado, la muchacha tendría 22 o 23 años, estaba mejor vestida y parecía bien.

También la voz de las mujeres de la sierra surge para recordarnos la extrema dureza de sus condiciones de vida, y en este caso el particular calvario -muchas veces concluido con la muerte de la madre o del recién nacido- que suponía dar a luz en una casa aislada, en un chozo, o incluso bajo una encina cuyo vuelo se convertía en improvisado paritorio. Habla Isabel, la mujer de José María:

Nos casamos en el 52, y nos fuimos a vivir en el Olivarejo. Cuando necesitábamos algo cogía mi suegra, y cuando no mi cuñada, y en la yegua traían de Villaviciosa lo que hiciera falta. A los pocos meses me quedé en estado, y mi suegra decía que cumpliría para el día tres de septiembre. El día dos de Agosto bajé con mi cuñada

a la era, aunque ya estaba con una barriga que no me dejaba moverme, porque hacía falta ayudar a mi cuñada; así que bajamos y con una escobilla estábamos baleando... y no hice más que agacharme y mover un poco la escobilla y le dije a mi cuñada "me ha dado un dolor en el lado..." y ella me respondió "si es que no tenías que haberte movido de la casa" , y yo "pero dice tu madre que todavía falta un mes, aunque me ha dado así en la cintura una cosa mala". Aquella noche la pasé muy mal, vueltas para allá, vueltas para acá, y ya no podía estar más en la cama, así que me levanté muy temprano. Me dijo mi suegra "¿qué te pasa, parece que te has levantado hoy muy temprano, que has madrugado mucho?", "no sé, pero no estoy bien, no he hecho más que pegar vueltas en la cama". Como estaban allí los segadores trabajando y no cumplía hasta el tres de septiembre, me puse a pelar patatas con mi suegra, que había que ponerle de comer a los hombres, cuando me dio en el lado un picotazo y dije "¡me ha dado un dolorcillo más raro!". Entonces mi suegro mandó llamar a mi marido, pero yo preferí esperar un poco, a ver si...pero que va, aquello empezó cada vez más, y mi suegra "¡ay Dios mío, que esto ya es el parto!, todo esto allí, dónde no había ni carreteras ni nada y no podían pasar coches. Mi cuñada fue corriendo a la era, donde estaba José María y le dijo "Isabel está mala y es parto porque le dan dolores"

Mientras que Isabel, primeriza y angustiada, queda en manos de la precaria ayuda que podían prestarle su suegra y su cuñada, José María parte corriendo en busca de ayuda, tal y como nos cuenta a continuación:

Arranqué del Olivarejo y llegué corriendo al Puerto, donde el guarda del Quejigo, que era muy amigo mío, me dice cuando me vio "José María, ¿qué te pasa?", "¿qué me pasa? dame una bicicleta"; yo sabía muy mal montar en bicicleta, el guardia me dijo "a ver si te matas, que la bicicleta no tiene frenos"; yo me monté y cogí por Trassierra, bajando por San Jerónimo y la Huerta de la Gitana. Me puse en Córdoba de momento, me puse a buscar un taxista y cuando lo encontré tiramos para arriba. La bicicleta la dejé en las Margaritas.

Pero el esfuerzo ciclista del marido va a servir desgraciadamente de poco, como sigue contando Isabel:

Yo me estaba poniendo muy mal, no podía soportar los dolores; mi suegra y mi cuñada me montaron en una burra que teníamos muy bajita, y cogimos el camino que bajaba hacia el Guadiato. Yo no podía soportar ir sentada encima de la burra, me quería bajar, pero por aligerar me decían que aguantara, una me

sujetaba y la otra tiraba de la burra. Cruzamos el rio como pudimos, pero ya en Valdelashuertas no podía más, cada paso que daba el animal parecía que iba a reventarme, así que me bajaron y me tumbaron sobre el aparejo de la burra, debajo de un olivo grande, y allí nació mi primera niña muerta. No tenía todavía el tiempo, pero no murió por eso, se asfixió al estar yo tanto tiempo subida en la burra, que no la dejaba salir.

Mientras que se desarrolla el drama, José María sube con el taxi por las malas carreteras de la sierra:

Yo subía desesperado con el taxista, recuerdo que le gritaba "¡dele usted a esto, que no anda "ná!" y el taxista "¡que no puedo correr más!", pero yo repetía "¡que le dé usted a esto, hombre!". Era un coche de esos antiguos, un Ford negro. En Valdelashuertas la cogieron a ella en una camilla hecha con un somier, entre mis hermanos que ya habían llegado porque les avisaron y el encargado de Valdelashuertas que también era muy amigo mío. Subieron a mi mujer y a la chiquilla en la camilla y las llevaron al Puerto. Llegando ellos al Puerto, toparon conmigo en el taxi, se subieron en el coche y nos fuimos al Hospital de Córdoba; allí la estuvieron reconociendo, pero no había nada que hacer.

CASTRIPICÓN, LAS UMBRÍAS DE LA PORRÁ Y LOS GUERRILLEROS DE VILLAVICIOSA.

Frente al Olivarejo y el Barranco de la Huesa, en la margen izquierda orográfica del Guadiato (ver mapa desplegable) se sitúa la altiva cresta del cerro *Castro y Picón*, vértice geodésico y una de las mayores alturas de esta zona de Sierra Morena (649m). Las empinadas laderas de este monte caen hacia el Guadiato en una sucesión de profundos barrancos densamente arbolados, que continúan en dirección sur/suroeste durante varios km. conformando desde las cotas topográficas más elevadas o divisoria de aguas, hasta la base del cauce fluvial una sucesión de laderas umbrías orientadas al Norte/Noroeste cubiertas por una frondosa vegetación climática mesomediterránea de gran valor ecológico, tal y como se explica en el apéndice final *(Análisis biogeográfico de la Huesa y su entorno)*.

En la misma orilla derecha en la que se localiza el barranco de la Huesa, aguas abajo del Guadiato, nos encontramos con otro espacio natural privilegiado: El *Cerro del Trigo*. Limitado por el cauce del Guadiato y de su afluente el río Guadiatillo o *Riacho* –del que forma su margen izquierdo desde el Vado de Doña Loba hasta su desembocadura en el propio Guadiato– esta maciza elevación ha constituido un importante referente espacial para los habitantes de la zona, desde épocas remotas hasta la actualidad. En los años cuarenta y

Vista del Valle del río Guadiatillo poco antes de la confluencia con el Guadiato. En la margen izquierda el Cerro del Trigo y al fondo La Porrá (autores)

cincuenta integraba cultivos y pastoreo en sus zonas bajas y más llanas con umbrías impenetrables de quejigos, encinas y monte alto. En la margen izquierda, la presencia de rocas carbonatadas o calcáreas de origen orgánico como tobas y margocalizas, poco frecuentes en la estructura geológica de esta parte de Sierra Morena, permite la aparición de auténticas cuevas (no simples abrigos rocosos como en las cuarcitas del barranco de la Huesa) que fueron utilizadas como refugio por furtivos y guerrilleros, como tendremos ocasión de comprobar con uno de los testimonios que presentamos. La presencia de surgencias y fuentes permanentes en los bordes de las formaciones calcáreas (como el bellísimo manantial de Valdelashuertas) favorecía también la presencia guerrillera.

En 1941 se unen al incipiente maquis tres hermanos profundamente conocedores de estos parajes, que habían recorrido durante años como carboneros y furtivos: los tres hermanos Caballero Calvo (Domingo, el mayor, Cornelio y el más pequeño y conocido, Bernabé *"el Cojo de la Porrada"*, al que hemos visto dirigiendo una partida en 1947 según el testimonio de José María, en una visita con uso de fuerza al cortijo del Olivarejo). La presencia de estos tres hermanos en las fincas de Valdelashuertas y el Coto de la Porrada (que ocupaban toda la margen izquierda del Guadiato ya reseñada, al suroeste de Castripicón) resulta de gran importancia para la historia de la guerrilla en la provincia de Córdoba, puesto que son ellos los que reciben y acogen en el Coto de la Porrá al significado dirigente del PCE, organizador y jefe de la tercera agrupación guerrillera Dionisio Tellado Vázquez, *"Mario de la Rosa"*. Desde la seguridad siempre relativa del campamento guerrillero situado en lo más profundo de las manchas de quejigos, madroñales, durillos y agracejos de La Porrá, el antiguo maestro de escuela *Mario de la Rosa* planifica y ejecuta el arriesgado secuestro del hijo de Rafael Salinas Anchelerga, presidente de la Cámara Agrícola de Córdoba y más tarde alcalde de la ciudad. Ocultos en los intrincados parajes de esta zona de Sierra Morena, la guerrilla aguantó el minucioso peinado de la sierra que efectuaron las fuerzas del régimen durante semanas hasta conseguir las 75.000 pesetas del rescate, que ayudaron a organizar inmediatamente, a lo largo del otoño de 1945 la Tercera Organización Guerrillera, cuyo Estado Mayor pereció en la Huesa en 1947.

Vamos a escuchar la voz de otro testigo de excepción. Curro *"el de la Porrá"* fue guarda de esta gran finca nada menos que durante cuarenta y siete años. Las vivencias que conserva con toda nitidez en su memoria recrean con fuerza las señas de identidad de este espacio serrano, las gentes que lo habitaban, el

aprovechamiento económico, los lances que son auténticas aventuras con lobos y jabalíes, el esplendor del bosque mediterráneo y mezclados con todo esto, los encuentros con el maquis republicano, que recordaba como un acento rojo sobre el verde del monte y el negro de la injusticia social, que seguía existiendo la capacidad de resistencia de los vencidos. Como en el caso de José María, nuestro anterior relator, la vida de Francisco queda tempranamente marcada por el estallido de la guerra, y esa fractura marcará el resto de su vida:

Curro, guarda de la sierra en los años 50 (cedida por F. Castro)

Antes de que llegara la República mi padre tenía un cortijo arrendado, pero las cosas le fueron malamente y se vino para acá, primero a la casa de la Chozarredonda, pegado al Maromo, de Chozarredonda al Quejigo por encima de Trassierra; de ahí al Cerro del Trigo; en el año 30 pasamos a Lo de Vacas, ahí estuvimos hasta que comenzó la guerra. Estábamos de rancheros, mi padre hacia picón y yo cuidaba con mis hermanillos algún ganado que teníamos. Nos fuimos para Villaviciosa con lo puesto, abandonando tres yuntas de mulas que tenía mi padre, y cuarenta y cinco cochinos y una piara de cabras que se quedaron ahí en las minas del "Aguadero", frente a Villaviciosa. Para organizar la huida se montó una especie de comité dirigido por los republicanos (el jefe era de un pueblo de la campiña) que estaba en "La Porrá". Organizaron una cooperativa para ir recibiendo y cuidando a los cochinos, cabras y otro ganado que traíamos los que veníamos huyendo. Esto sería a últimos de Julio y primeros de agosto del 36, pero cuando cayó Villaviciosa ahí se quedó todo ese ganado, que se perdió. Yo tenía entonces quince años y allí en las minas de "Miragüeno", donde se organizó lo del ganado, uno de los jefes republicanos mandó que nos prepararan un pollo con patatas, y bien que nos vino porque veníamos hambrientos. Poco después, otro jefe del comité me dijo "deja ahí el ganado que lleves y sal corriendo que los moros han entrado en el pueblo". Los moros entraron en el pueblo de mala manera y mucha gente salió huyendo. Yo alcancé a mi familia en Espiel, seguimos para arriba, de Espiel a Villanueva de Córdoba hasta Cardeña, la Venta del Charco y por fin

Andújar. El primo del alcalde republicano de Andújar era primo de mi padre; allí estuvimos tres meses, mis tres hermanos estaban en el frente y mi hermana mayor, casada, estaba en Guadix, donde acabamos refugiándonos hasta el 38. Allí murió mi madre.

Cuando acabó la guerra nos volvimos andando desde Guadix, con las bestias, mi padre y yo, a Córdoba. En el año 40 llegamos a la Porrá otra vez, y allí estuve hasta el 87, 47 años en esa finca. Me vine al pueblo (Posadas) porque mis hijos me han obligado, sino todavía estaba allí. En el 42 murió mi padre, de modo que con veinte años me quedé sin padres y sin nada, y a pasar fatigas se ha dicho, hice de segador, ranchero, gañán, porquero, aceitunero...siempre pasando hambre. En el año 41 estuve a la aceituna, ganaba 21 reales el día que trabajaba, y un pan costaba tres duros de estraperlo, porque de otra forma no había; un kilo de garbanzos doce pesetas y un litro de aceite trece pesetas, con eso os lo digo todo. La finca era La Porrá Vieja, La Porrá Nueva, Barazona y los Prados, esto último lo compraron en el 45. Tres mil setecientas fanegas de tierra tiene todo eso. Los dueños eran los Serrano Bonilla y luego sus hijos Serrano Ibáñez. Eran agricultores de Fernán Núñez y tenían un cortijo en la Campiña, por encima de Alcolea.

En este latifundio serrano, los encuentros con *"los rojos"* surgen pronto. El siguiente relato contiene inexactitudes históricas (habla de un guardia civil in-

Olivareros en la Porrá, años 60 (cedida por Francisca Arroyo)

filtrado en el grupo de Julián Caballero que actuó como delator de la partida, cuando ya hemos visto que fue *"Corchete"* el traidor) propias de la transmisión oral y clandestina de los hechos relacionados con la guerrilla que se daba en aquellos días y propias también de una cultura campesina ágrafa. En este contexto, el *"boca a boca"* acaba construyendo un relato cambiante, en el que la delación y la traición se mezclan con el espíritu combativo de los guerrilleros y la venganza de estos reviste un carácter justiciero. Junto a la recreación del *relato oído,* sorprende la exactitud del *relato vivido,* experimentado por el propio relator, que establece con precisión la figura del huido de los primeros años de posguerra y la persecución que obligó a muchos jóvenes a lanzarse al monte.

En los años cuarenta estaban los rojos por la zona; yo paraba en Barazona y mi mujer, entonces mi novia, estaba con su padre aquí en la Vega, en la estación del pueblo. Yo venía cuando podía de noche a verla, por la "verea de la Porrá". La senda pasaba por la orilla de los eucaliptos y un día, ya al atardecer, junto a dos troncos cortados, por debajo de la Cruz de la Mujer, había dos tíos sentados. Yo dije "buenas noches", y ellos me contestaron; apreté el paso sin mirarlos porque ya me imaginaba que eran gente de la sierra, cuando oigo una voz a mi espalda "¡eh Francisco, ¿quieres tabaco?", me vuelvo y ya reconocí a uno, porque había hablado con él muchas veces en el campo. Era el hijo de un pastor que había en Trassierra antes de la guerra, que se llamaba Manolillo. Después de la guerra lo cogieron y lo llevaron al Penal de Santa María, allí lo hartaban de palos hasta que se escapó; estuvo dos meses sólo en la sierra, pescando peces en el río y cogiendo conejos con un cepo que tenía. A los dos o tres meses dio con los compañeros.

También andaban por aquí la partida de "rojos" del alcalde de Villanueva de Córdoba, Julián Caballero. Los cogieron porque se vino con ellos un guardia civil que vivía en Córdoba, en el Zumbacón, como si fuera un rojo. A este guardia lo pusieron un día de guardia y se largó, cuando se dieron cuenta estaban todos cercados. A mi casa nunca llegaron para pedir comida o cosas, pero en la casa del vaquero sí que estuvieron y lo encerraron también, porque detuvieron a todos los que habían tenido contacto con ellos, el guardia civil infiltrado los fue señalando después que los liquidaran. Ahí en La Cigarra había un ranchero –Antoñete se llamaba– y una vez llegaron guerrilleros a su chozo, la mujer les dio cerillas que habían pedido y por eso los detuvieron a los dos; la pobre mujer parió una niña en la cárcel. Por la parte de Pozoblanco pillaron a otros; ahí estaba Juviles, que era el coronel de la Brigada donde estuvo mi hermano Nicolás toda la guerra. Era de Bujalance, lo habían cogido los civiles y le habían pegado una cosa mala.

Ya de guerrillero, capturaron a un sargento de la guardia civil y lo condujeron ante Juviles. "A sus órdenes, mi coronel" dijo el civil, y respondió Juviles "¿ya no te acuerdas de los palos que me has pegado?", y el guardia "hombre, es que..." y ya no le dio tiempo a decir más; sacó Juviles la pistola, dijo "Viva la República y mueran los traidores" y le pegó un tiro en la frente. Les decía a sus compañeros "cuando cojáis a algún militar, siendo de soldado para arriba ni me lo traigáis, vosotros mismos os encargáis de él; ahora, si es un soldado, lo respetáis como compañero vuestro que es". A ese también lo pescaron así, rodeándolos como a los de Julián Caballero, y tuvo que matar a todos los que estaban con él antes de entregarse, hasta a su hermano que estaba con él. Eso ocurrió por un cortijo de Montoro. También un chivato los denunció. Eso lo contó el único que sobrevivió, un tal José.

Narra a continuación Francisco un suceso que todavía se recuerda con tristeza en el pueblo de Almodóvar y sobre el que hemos recogido versiones encontradas, que siguen dividiendo a los más viejos. Se trata de la muerte en el transcurso de una montería en la Porrá, de un perrero muy conocido en el pueblo por sus ideas republicanas antes de la guerra, y que supuestamente fue abatido por los guerrilleros que se ocultaban en lo más espeso del monte. Veamos cómo lo cuenta nuestro relator:

En una montería aquí en la Porrá, mataron a un tal Antonio Ballesteros, perrero; yo estaba en la mili cuando pasó aquello, pero mis hermanos tuvieron que hacer la vereda para sacar el muerto, porque había tanta espesura que no podía entrar una bestia. Por lo visto, en mitad de la mancha de Naranjuelos, la "mancha vieja", estaban un grupo de rojos viviendo en un chozo (teniendo en cuenta la fecha podrían ser los hermanos Caballero o algún otro grupo de huidos de Villaviciosa) debajo de un acebuche. Los perros se acercaron por el olor "jau, jau" y los maquis "fuera, fuera"; el perrero se acercó a ver qué pasaba y tuvieron que arrimarle un tiro para que no los viera y los delatara. Poco después, los civiles le pegaron fuego a toda la mancha de la finca, de Naranjuelos para allá. Cuando ardió el monte, resulta que apareció la chabola que tenían enfrentito mismo del destacamento que la guardia civil montó en la Porrá Nueva, que estuvo allí más años que Dios, mientras buscaban rojos. Mira tú que los rojos estaban enfrente del cuartel, conforme salía un civil lo estaban viendo.

La muerte de **Antonio Ballesteros** todavía se recuerda entre los más viejos de Almodóvar, y sigue suscitando opiniones encontradas entre los que se adhieren

a la versión *oficial* según la cual fueron los guerrilleros los que acabaron con la vida del perrero y aquellos que sospechan que puede haber *gato encerrado* en esta versión. El testimonio de **Antonio Villegas**, de Almodóvar nos ofrece una serie de datos muy concretos sobre cómo se desarrollaron los hechos, de modo que la muerte de Ballesteros se nos muestra teñida de fatalidad, como desenlace final de una serie de nefastas coincidencias concatenadas:

En la finca de la Porrá estuvieron los rojos mucho tiempo en la mancha "La Cebaera", allí metidos. Pues resulta que organizan una montería en la Porrá; por la mañana cuando iban poniendo las escopetas en los puestos de aquella armada iba Paquillo Natera, el dueño de Mesas Altas y Majaneque que era un poco miope –por eso le decían el Gafas- con otro señorito. En esto ven dos mastines mirando desde lo alto del cerro a lo hondo del barranco del rio Guadiato, en el vado de los Corzos, y se dicen uno a otro "aquí que reses va a haber, no ves los dos mastinacos que hay en el río, lo habran "chanteao" todo. Bueno, siguieron adelante con sus escopetas y se pusieron en los puestos.

Llega la hora de soltar las rehalas, el perrero que le tocaba entrar a la mancha era un zapatero de Almodóvar que se llamaba Antonio Ballesteros. El cabrero que estaba en el cerro del Trigo, frente por frente de la Porrá en aquel lado del río, era el que estaba apañando a los rojos que paraban en la mancha de la Porrá, de forma que a él le encargaban cosas de Almodóvar, un día compraba cosas en una tienda, otro día en otras, para que no se escamaran. Resulta que el día de antes había estado el cabrero en Almodóvar para recoger unos zapatos que había arreglado Antonio Ballesteros y se los había ido a llevar a los rojos a su escondite, y los mastines que han aparecido en lo alto del cerro eran precisamente de este perrero, que iban acompañando a su dueño.

Llegó la hora de soltar los perros y le toca entrar en la mancha a Antonio Ballesteros; los rojos tenían hecha una verea en el monte de entrar y salir, Antonio resulta que coge esta senda que le llevaba al chozo que allí tenían, se comprende que cuando estaban muy cerca de ellos le dijeron "manos arriba", y el muchacho cogió el trabuco y con las dos manos lo levantó en alto, pero lo mataron. La explicación te la voy a dar, yo creo que el cabrero estaba con ellos en ese momento (había ido a llevarles el calzado) y le dijo a los del maquis "ya estamos perdíos, porque este que viene me conoce, es el que arregla nuestras botas", y ante esto los maquis dirían "no hay más remedio que matarlo y nosotros seguimos como hasta aquí".

Cuando salieron de la Mancha los demás perreros se extrañaron de no haberlo oído dar voces monteando. Llegaron todos a la Junta y echaron de menos a Ballesteros, cuando dice uno "me cago en diez, yo he sentido un tiro muy chico, como un mixtazo"; claro, era el disparo del fusil. Se liaron a buscar y no dieron con él; se juntaron todos detrás de la casa de la Porrá, había muchos señoritos y entre ellos un capitán de la guardia civil, que fue quien dijo "pues de aquí no se va nadie hasta que no encontremos a este hombre". Salieron todos arrollando monte, buscando, y ya tarde, cuando anochecía, vieron a los mastines de Juanito en medio del manchón. Los perros se habían quedado a la vera del perrero, sin moverse, por eso dieron con él. Llegaron con linternas y se lo encontraron muerto con el trabuco en las dos manos y un tiro. En el chozo de monte que tenían los guerrilleros estaba el periódico del día de antes, vino, latas de sardinas... A los tres días la guardia civil se llevó preso al cabrero que les suministraba, porque cogieron a su hijo pequeño, lo encerraron en una habitación, le metieron los dedos y el chiquillo lo largó todo, a ver.

Otro ranchero de la zona, apodado *"El Corujo"*, nos da la siguiente versión de lo acaecido en la Porrá, que contradice la anterior:

Cuando mataron a mi primo Antonio Ballesteros en la Porrá estábamos nosotros en esta finca de rancheros; mi padre tenía el rancho al lado del chozo del Moro, que está en el cerro del Moro, en la Umbría de Cinco Pilones. Mi primo iba de perrero en la montería cuando, según comentaron los señoritos, dio con una chabola de monte donde había gente de la sierra, y para que no los delatara lo mataron. Aquel día se lió una buena en la zona, porque la guardia civil fue en busca de los rancheros de la zona para que hicieran el camino desbrozando monte para recogerlo y mi padre fue uno de los que abrieron camino y cargaron al muerto. Hicieron una verea para que entrara una bestia a recogerlo, lo dejaron por la noche en lo alto de un madroño para que los perros no le metieran mano, lo cargaron al otro día en una bestia e iban todos los perros detrás del burro que llevaba el muerto, acompañándolo. Mi padre decía que él y otros rancheros se dieron cuenta de que la chabola de monte y los restos que había de los rojos eran viejos , que ya se habían ido del lugar hacía tiempo, y entre ellos aseguraban que los de la sierra no había matado al perrero, que seguramente había sido un montero, quizá alguno que no veía bien y lo había confundido con una res, o tal vez porque Antonio Ballesteros –hijo de Juan Ballesteros, el encargado que había en el Temple, un cortijo de los Natera– era un hombre de ideas y más de un señorito se la tenía guardada.

Este testimonio de Francisco Ballesteros Martínez, recogido en entrevista realizada en Almodovar del Rio el 18 de enero de 2001, nos ofrece una versión coincidente con la anterior, de lo ocurrido:

A mi primo Antonio Ballesteros Mesa, lo mató un señorito estando de perrero en la montería de la Porrá, pero le echaron la culpa a los guerrilleros.

Mi padre y mi primo, hermano del que habían matado, les extrañaba mucho que siendo una persona de izquierdas lo hubieran matado los guerrilleros y quisieron aclarar lo que había pasado. Entonces como tenían contactos que sabían cómo llegar hasta los guerrilleros, cogieron para la sierra y se fueron a hablar con ellos.

Los guerrilleros le dijeron a mi padre que jamás lo hubieran matado, además que ellos sabían perfectamente el día que se iba a celebrar la montería, por eso, días antes salieron de la zona, por lo que allí ese día no había ningún guerrillero.

Como los señoritos en las monterías con las borracheras se van de la lengua, al final todo se sabe, y pudimos saber quién fue el que lo mató, pero en aquellos tiempos no había ninguna familia trabajadora que pudiera denunciar a los que mandaba.

Al igual que en el Olivarejo y la Huesa, la vida de los guerrilleros se cruzaba –y se apoyaba en muchas ocasiones– con una variada población serrana, desperdigada por la sierra y sobreviviendo en una economía de pura subsistencia. Francisco nos descubre la vieja riqueza de los olivares, de las sementeras, de las vides, en un escenario que reconocería sin dificultad un propietario hispanorromano y que, a nosotros, separados de él por unas décadas, nos resultaría extraño y muy diferente al paisaje que conocemos. También aparece el tremendo impacto ambiental provocado por los nuevos propietarios y los nuevos usos sociales y económicos que se apoderan de la sierra a partir de la década de los sesenta:

Como ya os he comentado, en La Porrá había un comité republicano que organizaba la salida hacia la sierra de las muchas familias que salieron huyendo y ayudaban a todos los que podían. Una de las cosas que repartían era vino, en unas grandes garrafas que allí había, porque en La Porrá estaban plantadas viñas por aquel entonces; esto duró hasta que la compró el Cordobés y las arrancó, en los años sesenta. Antes, La Porrá se sembraba hasta el mismo río Guadiato, menos la mancha de Cebaderos, de cebada, de trigo, lo mismo que el Cerro del Trigo, que está enfrente.

Había un montón de familias trabajando, una familia de pastores, dos familias de vaqueros, tres familias de porqueros, ocho o diez familias de rancheros, más nueve yuntas con sus arrieros, el casero, la casera, el encargado, el aperador, el jatero que

iba por el pan y los avíos a Córdoba... en fin, mucha gente. ¿Que si daba trabajo aquello? Aquello era una feria. Oscurecía y no sentías más que un tío cantar por aquí, otro cantar por allí...una guitarra tocando, un acordeón por otro lado, ese era el plan muchas noches. De vez en cuando se juntaba la gente en un cortijo, para hacer fiesta; la principal para las fiestas era la casa de Valdejetas, porque era grande y había unos caseros muy aparentes. En Valdelashuertas también se juntaban; era un molino y la finca tenía 24.000 pies de olivos, lo de Vacas 18.000 pies, Cinco Ducados cinco mil pies y La Porrá Vieja tenía tres o cuatro mil. La mayor parte de las familias vivían en chozos, desperdigados por la finca.

Pero este panorama aparentemente idílico se quiebra cuando Francisco nos habla de los trabajos y fatigas diarias. Sorprende la aparente contradicción entre las durísimas condiciones de la existencia cotidiana y el estado de ánimo tranquilo e incluso feliz que nos revela el relato anterior y otros muchos que hemos recogido, y sorprende también que esa especie de ambivalencia vital se prolongue en el recuerdo, de modo que los entrevistados añoran y evocan con placer los días vividos en la sierra (el mismo Francisco reconoce que sus hijos tuvieron que arrancarle de su casilla en la Porrá, ya con ochenta años) , y al mismo tiempo reconocen la extrema miseria y el sometimiento social en que se desarrollaba su existencia. Veamos ahora la cara amarga del recuerdo:

Había mucha hambre, y la gente iba a la sierra a lo que podían pillar, bellotas, conejos, el hambre era peor que nada. Los rancheros bajaban al pueblo por comida cada diez o quince días, en burro o como podían. ¡lo mismo que ahora con los frigoríficos! Entonces había una colmena de corcho y allí conservaban el pan para catorce o quince días. Los rancheros no tenían huerto, sólo los ganaderos. Comían de lo que sacaban con el picón y el carbón. Tampoco sembraban, aunque antes de la guerra si lo hacían, porque arrendaban unas pocas fanegas de tierra, desmontaban y sembraban por los años que tuvieran el arrendamiento. Pero después de la guerra no. Limpiaban la finca y luego el dueño era quien sembraba. Desbrozaban con hocinos y calabozos, a mano, por cierto, que por ahí tengo yo todavía uno. Un año desmontaban, el dueño araba y al año siguiente sembraba, y los rancheros se iban a otra parte de la finca. Los rancheros no pagaban ningún arrendamiento, porque eran unos esclavos de la finca y lo único que hacía era beneficio para el dueño; el señorito le contaba 10 o 15 fanegas de monte al ranchero, arreglado a los hijos que tuviera y al trabajo que pudiera desarrollar. El ranchero cortaba el monte, hacía un poco de picón y lo vendía. En algunos casos el señorito daba alguna ayudilla, pero eran los menos. De modo que el ranchero le hacía el

trabajo gratis al dueño, y, en ocasiones, sembrar para él. Luego al señorito se le quedaban unos pastos estupendos, no como ahora que no se hacen estos trabajos y están las fincas perdidas. Las criaturas toda la vida arrancando monte para poder sobrevivir, mientras al señor se le quedaba la finca limpia. Constantemente arrancando monte, una ladera y luego otra, y otra. Los rancheros sólo bajaban al pueblo para la feria o las fiestas señaladas. Normalmente las mujeres de los rancheros, pastores, guardas...eran las que cogían la burra y bajaban a comprar para quince días.

La tierra así producía mucha cebada y trigo, no sé exactamente los kilos, pero mucho, porque nos llegaba septiembre y todavía se estaba sacando de la era. La tierra se dejaba descansar un año sí y otro no, un año de siembra y otro de barbecho. El ganado entraba en el barbecho y abonaba la tierra, era el único abono que se usaba, no como ahora, que ayer vi yo recoger el maíz ahí en la vega y hoy ya están arando y sembrando. Tampoco se quemaba el rastrojo, todo era para el ganado. En el 71 o 72 se dejó de sembrar y se acabaron las viñas, las siembras y los rancheros. Empezaron a subir los jornales mucho y la gente se fue para el pueblo o emigró. Yo aguanté porque me he criado allí y me gustaba aquello más que esto, y me sigue gustando más, aunque nos faltaban muchas cosas. Mis dos primeros hijos nacieron allí mismo, en el chozo grande, y del primero fui yo mismo la comadrona.

La jornada de trabajo de los yunteros no era nada, no tenía importancia... había madrugadas que tenías que pararte porque todavía no veías ni el suelo para arar; antes de que el sol saliera ya estabas trabajando, después de comerte las migas en el cortijo. Eso era en el invierno. Cuando llegaba el buen tiempo, a las ocho de la mañana te comías el pan con aceite en la besana. A medio día garbanzos en la misma besana, y a la noche gazpacho en el cortijo. Eso era un mes, otro mes, un año...todos los días igual, todos los días igual. Eso era una jornada de doce horas de trabajo o más, de sol a sol y con la luna, porque decían "oye, para, que se ha ido el sol" y te decían "sí, pero viene la madre del sol". Los jornales los fijaba el señorito, en cada finca se pagaba una cosa porque entonces no había bases, se pagaba lo que se quería. Te decían "tanto te doy, si quieres eso, si no ajilate". De seguro y esas cosas nada, no existía nada, si te ponías malo y no podías trabajar, para tu casa. El que cobraba más era el que menos trabajaba, el encargado, en eso sigue pasando lo mismo. Había gañanes y temporeros, que eran chavales jóvenes que entraban de mayo a septiembre. Lo que no había era destajo, era todo jornal. Desde que terminó la guerra hasta el cincuenta por lo menos, no cambió el jornal: un duro. Las mujeres cobraban menos, tres o cuatro pesetas. Eso de que las mu-

jeres estaban en la casa era un cuento; trabajaban segando, escardando, cogiendo aceitunas...los nenes también cobraban un jornalillo, aunque a veces se iban a guardar cochinos sólo por la comida, para no morirse de hambre en el chozo.

Juan Galasa, otro ranchero de la zona, nos relata una experiencia relacionada con el hambre que pasaban muchas personas, cuando estaban de rancheros en la finca Escoboso, en el valle del río Cabrilla.

La escasez de carne y las penas para hartarse comiendo llevaban a muchos rancheros a intentar aprovecharse de las ovejas, marranos, vacas o cualquier bicho que se moría de alguna enfermedad. En una ocasión se nos murió una marrana, mi hermano fue y avisó al veterinario, que vino y nos dijo que había que enterrarla bien hondo ya que era una enfermedad contagiosa, para que no se propagara ni fuese consumido por nadie. Lo enterramos y mi hermano me advirtió que no dijese nada a nadie, por temor a que se lo llevasen. Esa tarde salí con las cabras y me encontré con el hijo de un carbonero que tenía sus boliches cerca de nosotros. Estuvimos charlando un rato y se me escapó decir "pues esta mañana hemos enterrado una cochina que se ha muerto". "No me digas" contestó el chaval, y se le encendieron los ojos. Yo le repetí que no dijera nada a su padre porque se había muerto de una cosa muy mala. Al otro día bien temprano, mi hermano me llamó y con miedo me preguntó si le había comentado a alguien lo de la cochina, porque la habían desenterrado y llevado por la noche. Yo le referí lo del hijo del ranchero. Corriendo fuimos para decirles que consumir esa carne podría ser mortal, tal y como nos había explicado el veterinario. El hombre al principio nos contestó que no había sido él pero al rato de estar charlando que prefería que sus hijos murieran con el estómago lleno que con el estómago vacío. A los pocos días, los nenes del carbonero estaban colorados y con mucho brillo, de la salud que les había dado la cochina.

Allí en la Porrá había dos guardias civiles, de los "mejores" que ha tenido el cuerpo, Porras y Santa Regina. Resulta que estaba Perico "matazorros" de guarda allí entonces, e iba uno del Vereón de Villarrubia a por bellotas para darle de comer a sus hijos, esto era por el cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco. En el barranco de Cinco Pilones lo pillaron los civiles, porque el guardia pidió una pareja quejándose de que lo belloteros lo tenían frito. Entonces estos dos guardias cogieron a este hombre y le dijeron "a ver, tú como quieres morir", y a dos o tres cartuchos le quitaron el proyectil, dejando sólo el detonante y la pólvora. El hombre se quedó sin habla, ni se movía. Tened en cuenta que entonces mataba un guardia civil a

un tío y lo premiaban. Total, que le dijeron "venga, ponte ahí", le pegaron un tiro, claro, sólo con la pólvora, y el pobre hombre se cayó al suelo. Se acercó el guardia civil y le pegó una patada diciendo "pues no que le he fallado"; y el otro "si es que no sabes tirar, pónmelo a mí, a ver si se me escapa" y las mismas. Al final le dijeron "tienes más suerte que nadie; por la suerte que has tenido, vete y que no te veamos más". Se fue el hombre, se metió en la cama, y de la cama al cementerio. Hasta cerca del año sesenta no quitaron el cuartel de allí, a partir de entonces ya empezaron a cambiar las cosas. También quitaron el cuartel de Trassierra.

Es difícil añadir algo a estas dos descripciones sucesivas, que reflejan con trazos rotundos la profundidad del horror de la dictadura, del hambre, el sometimiento y la indefensión de la gran mayoría de la población española. ¿Cómo no entender en este contexto la decisión de algunos de tirarse al monte, más allá de cualquier planificación política, aun sabiendo que se entregaban a una muerte próxima y casi segura?

Para concluir el rico testimonio de Francisco, nos adentramos en la construcción simbólica de la cultura oral campesina, aun incontaminada por la influencia homogeneizadora de los medios de comunicación -la televisión no existía y la radio o el cine estaban prácticamente ausentes en la vida y la experiencia de los habitantes de la sierra- y utilizada al igual que en el más remoto pasado, como soporte colectivo de comunicación entre contemporáneos, pero también de transmisión intergeneracional de acontecimientos singulares que ocurrieron. Las raíces mismas del cuento y la fábula parecen asomar en el relato de Francisco sobre la loba y la mujer, y la necesidad de nombrar (en el sentido de dar nombre, de bautizar) los elementos físicos del pequeño universo serrano para poder apropiarse del espacio y manejarse en él se muestran en la imaginativa toponimia creada por los hombres y mujeres de la sierra, cambiante y provisional, puesto que no estaba escrita:
Yo he pasado muchas veces por el chaparro de la mujer muerta por los lobos. La mujer era la guardesa en una casilla que hay junto a la "Porrá Nueva"*, y el marido se había entretenido por donde fuera, así que, preocupada, salió con el niño en busca del marido. Se había alejado ya de la casa cuando le salió una loba a meterle mano. La pobre mujer busco resguardo en una encina cercana, pero viendo que no podía salvarse puso el niño en la cruz de la encina y el lobo la mató. Desde entonces ese sitio se llama* "La Cruz de la Mujer"*. Esto no es una leyenda, es positivo que pasó. Claro que los lobos pueden atacar a las personas ¡me cago en diez!, a mi mujer mismo, una vez que venía cantando hacia la casa, la siguió un lobo aullan-*

La cruz de la mujer muerta, grabada sobre una encina

do, al lado de ella un buen trecho. Yo he visto muchos lobos, muchos, allí en la Porrá. He visto atacar un lobo a un toro, en el río, llegar el lobo, bañarse y revolcarse en la arena, echándosela a la cara al toro para poder atacarle al tener los ojos llenos de arena. Delante de nosotros se han liado con los cochinos, una vez en grupos y también solos. Los lobos han hecho horrores. Al mismo castillo de Almodóvar llegaban cuando les apretaba el hambre, a un olivar que hay en la parte baja, y se han comido más de un burro. O llegar a una majada de ovejas dos o tres, llevarse unos los perros y atacar otros las ovejas. Mientras que había ovejas vivas estaban degollando, no era para matar una y comérsela.

Muchos de los nombres que hay por aquí los hemos puesto nosotros, o nuestros abuelos. Por debajo de La Porrá hay una tabla grande de agua que la llamaban "La Tabla del Gato" *porque se ahogó un chaval que le llamaban así. El chaval iba con una piara de vacas, no sé lo que pasó, pero se tiró al río con el caballo y salieron cada uno por un lado, así se ahogó. Por encima de* "Panduro", frente al cerro del Trigo y Las Cebaderas *está el* "Vado de los corzos". *Se llama así porque antes había aquí de esos animales, aunque yo nunca los he visto. Otro sitio era* "El Chozo de Verdejo" *que era un cabrero de Villaviciosa, que tenía un chozo por allí. José Cabrero Verdejo, una excelente persona, con doce hijos vivos, de los dieciséis que parió su mujer. La* "Fuente de los Álamos" *está pegada a la choza de Verdejo y se llamaba así por los álamos negros que están a la vera. Otro sitio era* "Los Manchones del Palomar", *ahí por donde están ahora los eucaliptos.* "Los Jaralillos" y "El Cerro del Moro" *estaban por la parte de Barasona, de los olivos para allá. Se llama así porque el padre del alcalde que hemos tenido ahora, "El Moro", también tenía este apodo, y se crió en ese cerro. Detrás del cortijo de la Porrá Nueva, en lo hondo, estaba* "El tiesto", *a la derecha del barranco de Naranjuelos; ya ves si lo conozco, allí tenía yo mi huerto de verano, porque el sitio era muy fresco. El* "Salto de Matasuegras" *y* "La Piedra de las Perchas" *están frente a la desembocadura misma del Guadiatillo.*

JOSÉ RAMOS GARCIA, EL ÚLTIMO GUERRILLERO.

No solo eran las guerrillas de la Tercera Agrupación las que frecuentaban la zona. En el término de Villaviciosa se desarrolló una represión especialmente intensa –lo que ya es mucho decir en aquellos días– a cargo del capitán Tamayo. Como consecuencia directa, muchos hombres que habían luchado en el ejército republicano o habían militado en organizaciones de izquierdas se lanzaron a la sierra, formando pequeños grupos pegados al terreno y desvinculados organizativamente de la Tercera Agrupación de Mario de la Rosa y Julián Caballero, ya que en su mayoría eran de afiliación libertaria y anarquista. Hablamos sobre todo de los cinco hermanos **Martín Benítez** (Cándido, José, Julián, Rodrigo y Florencio), y de **José Ramos Garcia** "Ramillos" incorporados a la actividad guerrillera en los primeros meses de 1946. Felix Ramos, el hijo menor de *Ramillos* nos ha relatado en una completa entrevista realizada en agosto de 2004 un

A la izquierda, Félix Ramos, con Luis Naranjo, uno de los autores. Al fondo el barranco de la Huesa (autores)

encuentro con los hermanos Martín en la cueva de la Porrá y otros contactos con su propio padre en los alrededores del Cerro del Trigo.

Felix Ramos García nació en 1928, fruto de la unión de Ascensión García Moreno y José Ramos García "Ramitos", guerrillero anarquista de Villaviciosa, conocido sobre todo por haber aguantado en la sierra hasta la tardía fecha de Marzo del 51, siendo el último guerrillero abatido en la provincia de Córdoba. La vida de Félix Ramos resume el amargo destino de tantos y tantos familiares o simplemente allegados o conocidos de los hombres del maquis, sujetos a un permanente acoso en su vida diaria, imposibilitados de trabajar en cualquier parte, sometidos a palizas y amenazas de muerte que en bastantes casos llegaron a consumarse. El hijo menor de la familia Ramos García apenas conoció a su padre, ya que este, como activo sindicalista libertario, estuvo encarcelado durante el bienio negro (1934-1935, gobierno de la derecha republicana) por su participación en la huelga general agraria de Octubre de 1934. Liberado tras la victoria del Frente Popular, pronto el estallido de la guerra volvería a separar a Félix de su padre, que luchó en Valencia mientras su familia aguardaba en la aldea de Almadenejo. Reunidos precariamente tras la victoria franquista, pronto la implacable *"política de la venganza"* de la que habla Paul Preston golpearía a José Ramos, impidiéndole como a tantos otros españoles retomar el hilo de su vida, interrumpido por una guerra que ellos no provocaron. El futuro guerrillero es en cuanto llega a Villaviciosa (tras estar tres días escondido), apaleado y preso en la Tercia, cárcel provisional del pueblo; encerrado en la cárcel de Córdoba, donde fue primero condenado a muerte, luego por conmutación de pena a cadena perpetua, a veinte años y un día...de Córdoba lo llevaron a un campo de concentración en Santander, del que salió con pena de destierro al campo de trabajo de la Granja de Torrehermosa, provincia de Badajoz. Por fin, en el 42, se le permite volver al pueblo, y comienza a trabajar con un *medianero* que tenía un poco de tierra y necesitaba un hombre.

En este momento, parece que las aguas se remansan y que Félix, con su padre José y el resto de la familia podrían comenzar a vivir con cierta tranquilidad; al contrario, las duras circunstancias de la posguerra acabarán imponiéndose, a partir de una serie de sucesos que aparecen marcados por la fatalidad. El siguiente testimonio nos ha sido proporcionado por Ana Ramos García, hija del guerrillero y hermana de Félix Ramos, a la que también hemos entrevistado. En él vemos cómo actúan sobre vidas concretas las circunstancias políticas internacionales de los años 44 y 45, que han sido analizadas anteriormente: La fe en

la victoria aliada y en el consiguiente derrocamiento del régimen franquista por los victoriosos ejércitos anglofranceses, apoyados desde dentro por una guerrilla con elevada moral de lucha, y el consiguiente desconcierto de algunos elementos del régimen, que contemporizan y buscan cierto acercamiento a los guerrilleros por si las cosas cambiaban. La práctica de este doble juego por parte de un propietario de la zona acaba siendo nefasta para José Ramos, como más adelante nos cuenta su hija, Ana Ramos García.

El puente sobre el arroyo Orejón, en las cercanías de Villaviciosa, era un lugar de paso obligado para enlaces y guerrilleros y, por tanto, muy vigilado por la guardia civil.
En este lugar presenció Félix, la ejecución de un posible enlace en 1946 (autores)

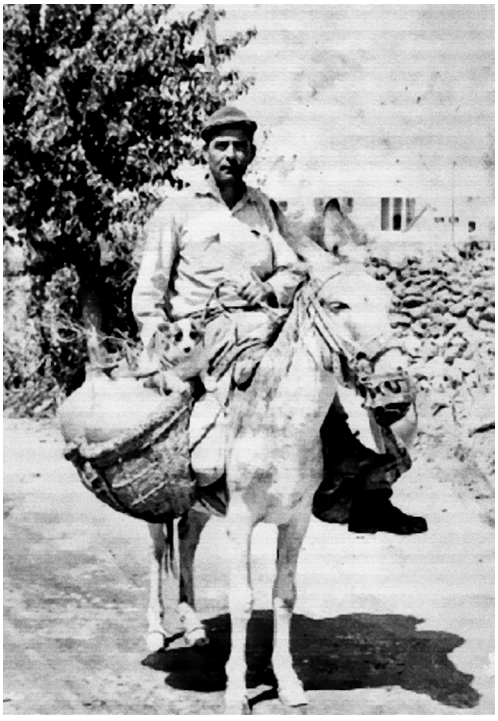
Desde 1946 hasta la muerte de Ramillos, en 1951, la vida de **Félix Ramos**, el hijo menor, se convirtió en insufrible. Con apenas 14 años se vio sometido a interrogatorios y palizas casi diarias, puesto que la guardia civil sospechaba que se veía con su padre. En el transcurso de la entrevista, el ya anciano Félix Ramos nos mostró dos cicatrices aun visibles en su cuerpo: una quemadura en el pecho, efectuada con la punta candente de una bayoneta, y la huella en el bajo vientre de una fuerte patada que le abrió la piel, efectuada con las duras botas de los civiles. Incluso fue sometido, junto con su hermano mayor, a un simulacro de fusilamiento en el interior del cementerio, intentando conseguir siempre información sobre el paradero del padre. El intento de fusilamiento no fue a más, por la intervención salvadora de un propietario falangista muy conocido en el pueblo, que tuvo que mediar enérgicamente (incluso mostrando su propia pistola a los guardias civiles, según palabras de Félix Ramos). Ciertamente Félix conocía bien las andanzas del padre, puesto que se veía con él en la sierra con cierta frecuencia, para darle razones de la vida del resto de la familia en el pueblo (bien triste, por cierto) y por motivos menos elevados, como adquirir tabaco para el grupo guerrillero con el dinero que "Ramillos" le entregaba. Para no despertar sospechas, recorría corriendo los pueblos de la zona (Villaviciosa, Espiel, Villanueva del Rey...) para realizar pequeñas compras en diferentes estancos. El tabaco era uno de los escasos pequeños placeres que podían dis-

frutar la gente de la sierra, y no es por ello extraño que se arriesgaran con frecuencia para obtenerlo, como vemos en el siguiente relato de Félix:

Por el año 46 o 47 andaba yo talando encinas en la finca de D. José Montoro, cerca de Trassierra. Un día, por la mañana, estaba subido encima de una rama con la hachuela, cuando oigo a mis pies una voz "Félix, chiquillo", miro y era Antonio, uno de los cinco hermanos que se habían echado al monte con mi padre. Yo me puse tan nervioso que se me calló el hacha, porque aquello estaba lleno de gente de la cuadrilla, talando, y el encargado por allí cerca. Le digo "¿pero hombre, como se os ocurre...? y el otro "mira, no te preocupes que sabemos por dónde andamos". Total, que me habían buscado para que bajara a Córdoba a por tabaco, porque los estancos de Villaviciosa estaban entonces muy controlados. Yo, a ver, acabé haciendo lo que me pedían, y tiré para Córdoba a la mañana siguiente. Ellos tenían dinero, billetes de quinientas y de mil pesetas, pero yo no quería cogerlos, porque si me paraba la Guardia civil, era seguro que me desnudaban y me encontraban el billete aunque me lo metiera en... así que compraba dos o tres paquetes de picadura con mi dinero, y al poco tiempo repetía. Llegaba casi siempre al estanco que había en el Campo de la Merced, justo enfrente de la estación de gasolina, que se llamaba "El Porvenir". La segunda vez que fui el dueño me preguntó "oye, chaval, ¿para qué quieres tanto tabaco?" y yo "es que estoy con una cuadrilla talando en Trassierra, y como soy el más joven me mandan a mí por tabaco para todos". Al principio se lo creyó, pero más adelante me dijo "oye, que por mí no te preocupes, que no me interesa para quien es el tabaco" yo creo que se imaginaba algo. Su mujer acabó haciéndome un bocadillo de morcilla o chorizo cuando iba a comprar, que no sabes cómo se lo agradecía.

La vuelta con el tabaco la hacía de noche, casi siempre por veredas o por el monte, pero fuera de la carretera o de los caminos principales. Del Campo de la Merced salía al barrio del Naranjo, que entonces se estaba formando a base de chabolas y casillas que hacían los familiares de los presos republicanos que estaban en la cárcel de Córdoba, para estar cerca de ellos y poder dormir cuando venían a verlos y traerles comida. Desde allí buscaba la cuesta de la Traición y salía al Lagar de la Cruz, cogía el camino de los Arenales por las Alhondiguillas, después las Solanas del Pilar, los Borres, y así llegaba a la "Fuente del Caño", donde me esperaba escondido alguno de la guerrilla. Yo hacía como que bebía tres veces con la mano, para señalarles que no me seguía nadie; entonces salía uno de los hermanos Caballero, recogía el tabaco y a cambio me daba casi siempre comida, que era menos comprometida que el dinero y yo la prefería. Cargado con tocino,

carne, garbanzos, pan...en fin, lo que me dieran, trasponía para Villaviciosa y dejaba la comida en casa de mi madre y de mi hermana Ana, que se ponían más contentas las pobres, con el hambre que pasaban...



La presencia del chanquero era habitual y necesaria entre los trabajadores de la sierra. Su función consistía en acarrear agua y alimento al mismo tajo (cedida por José Manuel Ferrera)

El acoso permanente impedía a Félix trabajar de modo estable en cualquier finca, por lo que acabó tirándose al monte, pero no como guerrillero (era casi un niño), sino como furtivo, aunque esporádicamente también realizo trabajos de porquero, chanquero y pastor. Llevando una existencia desarraigada y montaraz, el hijo menor de "Ramillos" se alimentaba de conejos que cazaba con lazo, de perdices cogidas con garlito y, en muchas ocasiones, de hierbas y plantas que conocía a la perfección (entre ellas el "arvejón" y un tipo de amapola, que había que consumir con mucha precaución porque de lo contrario podía provocar fuerte dolores e incluso la muerte. Félix nos cuenta casos de niños pequeños y madres, que empujados por la necesidad, deambulaban por los alrededores del pueblo comiendo hierbas, y como más de uno acabó muriendo con la barriga hinchada por desconocimiento). Cuando podía se acercaba a su casa en el pueblo, para aliviar el hambre de su madre y hermana con algo de caza o de dinero obtenido con la venta de las piezas (¡cuánta necesidad ha ayudado a soportar el humilde conejo, cuantas muertes por hambre ha evitado en los años cuarenta!). El resto del tiempo recorría los montes de Villaviciosa con la sola compañía de su perro de aguas, al que hablaba como una persona y al que quería como un auténtico compañero, que en más de una ocasión le salvó la vida avisándole del peligro. Por el año 47 nos lo encontramos precisamente por el Cerro del Trigo y La Porrá, lugares que andaba con frecuencia. Leamos el lance que le acontece en la cueva de Covalinda situada frente al Cerro del Trigo, excavada en los terrenos calcáreos a los que hemos hecho alusión:

Horno para cocer pan, emplazado en la finca La Porrá (Umbría de las Perchas). La técnica de construcción en falsa bóveda con materiales autóctonos y la imprescindible función desempeñada en una economía de subsistencia permanecen invariables prácticamente desde el Neolítico (Emilio Morales)

Yo tenía un perro de aguas español, se llamaba Curro, que era una maravilla, entendía mejor que una persona. No ladraba nunca, pero cuando sentía personas cerca se me arrimaba, se metía entre las piernas y meneaba el rabo. Si era un animal o notaba algún peligro metía el rabo entre las piernas, me miraba y gruñía muy bajo... estuvo conmigo todos los años que estuve buscándome la vida en esas sierras de día y de noche; comía lo mismo que yo, cuando cazaba algo, bueno, menos que yo porque yo masticaba muchas hierbas y él no; le hablaba como a un amigo, y un día me salvó la vida. Andaba yo por las peñas de Casas Rubias, volviendo ya para el pueblo. Era de noche y llovía más que la madre que lo parió. Yo llevaba una capa de esas impermeables que me había dado un pastor, que por cierto pesaban como el plomo, y como yo era chico me llegaba a los pies y no se calaba nada. Seguía lloviendo y al llegar a un horno grande de los de antes, que servían para hacer pan, me dije "vamos a meternos aquí y por lo menos pasamos la noche secos". Así que entramos por la boca del horno y nos sentamos dentro, yo y el perro. Llevaba medio conejo asado, lo partí con la navaja y le eché un cuarto trasero al perro, que empezó a roer. En esto que empieza a gruñir y a mirarme como hacía cuando notaba algo extraño. Yo me asusté y empecé a mirar alrededor, pensando "¿habrá un bicho aquí dentro?" ¡claro, yo pensaba en una culebra o algo así!, como estaba oscuro y era difícil darse la vuelta y mirar hacia atrás, pues no podía averiguar lo que pasaba. En esto que noto un golpe en la cabeza, me toco y noto trozos de tierra... ¡era la obra del techo del horno, que se estaba desmoronando!, mira, de un salto salí por la boca del horno y el perro detrás; no habíamos hecho más que ponernos en pie fuera cuando se derrumbó de un golpe toda la parte de arriba, dos mil kilos que nos hubieran caído encima. Yo no sé cómo pudo el perro presentir lo que iba a pasar.

En otra ocasión andaba yo cazando conejos por el Cerro del Trigo y pasé a aquel lado del río Guadiato, buscando una cueva que está en el barranco del Valde-

lashuertas, enfrente del venero grande que sale por debajo de la casa. La cueva aquella es enorme, se mete por debajo de toda aquella montaña; tiene la boca por debajo de unas piedras tobizas que están en la parte alta, ya cerca de la linde con La Porrá. Llego a la cueva con doce conejos a la espalda, preparo un poco de monte para echarme, hago fuego con cerillas y un trozo de tela de saco que siempre llevaba encima; despellejo un conejo, lo pongo a asar en la candela y, como siempre que teníamos un conejo entero, lo parto en dos por la mitad: la parte de la cabeza para el perro, que tiene mejores dientes para roer los huesos, la parte de atrás para mí.

Estamos comiendo tranquilamente cuando noto que el perro se me mete entre las piernas con el rabo levantado, como hacía siempre que olía gente cerca. Yo me enderecé y miré para dentro de la cueva, y nada, no veía más allá de unos pasos. Entonces empecé a hablarle en voz alta a mi perro, porque eso era una costumbre que cogí andando sólo con él por la sierra, le hablaba muchas veces como a un compañero, así que le dije "mira tú, aquí estamos solos, y si hay alguien más que sepa que no me meto con nadie, que estoy aquí para pasar la noche y volver al pueblo..." Mi perro tenía la costumbre de ponerse de pie cuando yo le hablaba, vamos que se levantaba sobre las patas traseras y doblaba las manos, y allí estábamos los dos, yo hablándole sentado con más miedo que siete viejas, y el perro como escuchándome. Yo mientras pensaba "¿quién estará ahí dentro, serán guardias civiles o rojos?" Así, hasta que al poco rato oigo una voz que dice "¿quién eres, estás solo?", yo le contesté enseguida y entonces salieron dos hombres. Eran de una partida de guerrilleros, de los que andaban por el Cerro del Trigo y de La Porrá, por aquellas umbrías. Uno de ellos era Clemente, hijo de Francisca, uno de los cinco hermanos que se echaron al monte en el 44, al mismo tiempo que mi padre. Me conocía bien y yo también sabía quién era. Hablamos un poco, me preguntó por su familia del pueblo y vi como aquel hombre, que no cabía por una puerta de grande que era, estuvo a punto de echarse a llorar, se le escaparon dos lagrimones, que yo los vi brillar al resplandor de la candela.

Unos meses más tarde de este encuentro, yendo por un camino cerca del pueblo, un guardia civil me mató el perro de un disparo, a sangre fría. Yo intenté irme para él, pero me apuntó con el fusil y me dijo "ten cuidado, porque me da igual matarte a ti también". Me lo mataron para hacerme daño, porque no conseguían hacerme decir donde estaba mi padre, pero también porque pensaban que me avisaba cuando los civiles andaban cerca, y por eso puede escaparme más de una vez.

Así transcurre la vida de Félix Ramos, unida fatalmente a la de su padre por lazos de sangre y de solidaridad, hasta que "Ramillos" el guerrillero fue acribillado a balazos por la guardia civil en la tardía fecha de marzo del 51, cuando solo era un superviviente aislado de un tiempo y de una lucha que ya carecía de sentido. Precisamente de estos días finales tenemos otro testimonio –apenas una anécdota cargada de humanidad y cierta melancolía–, de Joaquín Herrera Galiot *(El Cucharón)*, un ranchero que puso chozo en las cercanías del *Raso de Carballo*, en Mesas Bajas:

El último rojo que mataron en la sierra fue después del cincuenta en Mesas Altas, en una zahúrda al lado del río de la Cabrilla, en un raso que le llaman de los Perales. Era un hombre de Villaviciosa, le achacaban una cosa que luego se demostró que no hizo. A ese hombre lo vi yo cuando iba con mi tío Pelusón, dos o tres veces. En una ocasión estábamos nosotros huroneando una madriguera cuando le dije a mi tío "tío, ahí viene un hombre con una escopeta de dos cañones", mi tío me dijo que seguramente era el guarda. Llevaba una mascota y unos calzones de pana; cuando pasó al lado nuestro nos dijo "buenas tardes", las mismas que le contestamos nosotros. Mi tío le preguntó "¿es usted el guarda?", nos dijo que no enseguida y nos preguntó si teníamos papel, a lo que mi tío le respondió "sí, alguno tenemos". Entonces el hombre sacó un puñado de chasca (tabaco verde) y le dimos unos pocos de papeles de fumar. Nosotros nos preguntamos quién sería aquel hombre que ya habíamos visto dos veces. Se despidió de nosotros con educación y le vimos trasponer un cerro arriba hasta que se perdió. Nosotros nos bajamos para Almodóvar cuando hicimos la carga –diez o doce conejos- , cogimos Cabrilla abajo, trochando monte para que no nos vieran los civiles, por los claros de los caminos hasta llegar al pueblo.

Al poco tiempo se cundió en el pueblo que habían matado a un rojo en el Raso de los Perales. Se lo trajeron al cementerio y avisaron para que fuese a verlo quien quisiera. Algunos señoritos fueron y luego decían que tenía rabo.

A los dos días de la muerte de su padre, Félix y su hermano fueron requeridos al cuartel de la guardia civil, donde el capitán Tamayo tuvo la sangre fría de intentar darles el pésame y estrecharles la mano horas después de haber ordenado la operación que acabó con la vida de *Ramillos*, que se encontraba totalmente indefenso. Cuenta Félix que su hermano aceptó el pésame, pero que él se negó a estrechar la mano del capitán, en un gesto de desaire que podría haberle costado caro. Acto seguido, Tamayo le comunicó que se encontraban totalmente libres y

que ya no deberían presentarse más al cuartel, ni rendir cuentas de dónde se encontraban. A partir de este momento, Félix Ramos puede por tanto reintegrarse a la sociedad civil como un jornalero más, y desde esta perspectiva cobra sentido la interpretación que nos da de la muerte de su padre:

Mi padre aguantó como pudo los últimos años. Ya nadie quería ayudarlos, la mayoría por miedo a la guardia civil que te mataba tranquilamente solo por una sospecha y algunos porque ya los veían como unos desgraciados, nadie creía ya que las cosas podían cambiar. Como conocía la sierra como nadie, se escapó muchas veces de cercos y encerronas que le tendieron. Al final se fue pegando a esta parte del Cerro del Trigo, de Mesas Altas, entre Villaviciosa y el término de Almodóvar. Iba con dos de los cinco hermanos que se echaron a la sierra con él desde el cortijo del Orejón. Yo se positivamente que se hizo matar para que nos dejaran tranquilos a mi hermano y a mí, él sabía que mientras estuviera vivo a nosotros no nos dejarían movernos ni trabajar, ni ser personas. Así que le dijo a uno que todavía lo ayudaba, y que tenía un chozo por las Mesas de Priego: "quiero que vayas y des parte de dónde estoy, tú tranquilo que yo estaré aquí cuando lleguen los civiles". El otro le decía "pero hombre, Ramillos, como voy a hacer eso" y mi padre le contestó "como no vayas y me denuncies, a quien te pego un tiro es a ti". Total, que el hombre fue, dio parte, rodearon el chozo y cuando apareció mi padre le pegaron nada más que trece tiros en la cara y el pecho.

Ruinas de la casa en la que cayó acribillado José Ramos "Ramitos" en Mesas Altas (autores)

Sobre la muerte de *Ramillos* hemos recabado también el testimonio de los hermanos Ricardo y María Morillas, trabajadores del Toril de Mesas Altas, y que asistieron directamente a la trágica muerte del guerrillero:

Había bastantes guerrilleros por esta zona. Un hombre que trabajaba en la finca estaba en complot con los guerrilleros y sabían dónde estaban refugiados. En una ocasión que estaban entresacando chaparros en Mesas Altas, D. José Prieto estaba viendo los trabajos, algunos chaparros los habían cortado mientras otros estaban señalados para cortarlos. Entonces

D. José preguntó por qué no habían señalado unas chaparreras que estaban muy juntas. El encargado, que era tartalilla, le respondió "Don José, por... porque esa... esa encina da...da muy buenas bellotas"; en ese momento los guerrilleros que estaban dentro de un lentisco al pie de la chaparra salieron y hablaron con Don José. Este señorito fue conocido porque los rojos no se metían con él. Dicen que cuando paseaba a caballo por la finca compartía su bocadillo con ellos.

Ya en el 51, andaba por allí un hombre que no se metía con nadie, por la zona de la Cabrilla. El ranchero que había en el raso del Carballo le facilitaba el alimento y al final fue quien le delató. Durante 16 días estuvieron los civiles intentando cogerlo, esperándolo dentro del chozo donde el guerrillero iba por la comida. Un día llegó por fin el guerrillero al chozo y sin mediar palabra lo cosieron a tiros; Porras, un guardia civil, descargó un cargador entero en el cuerpo del hombre. Con una bestia lo subieron al cortijo del Toril y lo soltaron sobre una escalera, y más tarde llegaron el teniente Dueñas y el capitán Tamayo para reconocerlo. Recuerdo al pobre hombre acribillado a balazos, sobre las escaleras del Toril estaba el mosquetón que llevaba, muy dejado, la correilla era un alambre. La culata del arma estaba rota y uno de los civiles le preguntó a otro "¿conoces el mosquetón?" y este le respondió "pues claro que sí, la culata me la partió a mí en la espalda". Subió Mariano con el camión de la basura a por el muerto para llevarlo al cementerio de Almodóvar. Yo bajé con la yegua por el río Guadiato a la piedra del Fraile; el pantano estaba bajo, pero como había llovido venía el río subido y tuve que cruzar de rodillas encima de la yegua, fui al pueblo para llevar el parte al cuartel.

Aquel día Ramillos no estaba solo, estaba acompañado del guerrillero Francisco Delgado Cano, el Bala, que pudo escapar de los intensos disparos y escabullirse entre el denso bosque del valle de la Cabrilla. Completamente solo y sin ayuda de enlaces, decidió desplazarse entre las provincias de Ciudad Real y Jaén, quizás buscando amparo entre los guerrilleros que podrían quedar por allí. El 20 de marzo de 1951, cayó abatido junto al Peñón de Ambroz, en el barranco de Santa María, en el término municipal de Andújar. Ramillos y el Bala fueron los últimos guerrilleros de Sierra Morena.

Ya hemos visto, en el caso de la familia de Julián Caballero Vacas hasta qué punto las mujeres de la familia del guerrillero padecieron sólo por sus vínculos familiares, y cómo en estas durísimas circunstancias supieron resistir, mantener la dignidad y sacar adelante a los hijos, siempre a cambio de perder la salud por las condiciones inhumanas de los pocos trabajos a los que tenían acceso.

Sin estas mujeres, buena parte de la memoria de los vencidos que nos ha llegado se hubiera perdido para siempre. Un caso parecido es el que nos relata a continuación **Ana Ramos García**, hija del guerrillero *Ramillos.*

José Ramos García y su esposa, Ascensión García

Nací en Villaviciosa de Córdoba, en 1929. Mi madre se llamaba Ascensión García Moreno y mi padre José Ramos García. Mi padre empezó participando en el movimiento de octubre, por eso antes de la guerra ya lo metieron preso, yo entonces ni le conocía, era demasiado pequeña. Vivíamos en esa calle de ahí arriba y volvía de la cárcel… yo veía un hombre extraño que iba delante y me abracé a él pensando que era mi padre, y me dijo «¡niña, yo no soy tu padre, tu padre viene ahí detrás!». Cuando llegaron los de izquierdas otra vez a gobernar los soltaron, y les sacaron coplas y esas cosas. Mi padre era como encargado de las bestias y de los hombres que tenían trabajando, el «aperaor» le decían. Mi padre estuvo en varias fincas, la última fue en Orejón, de ahí se lo llevaron, cuando los rojos andaban por la sierra. Antes de la guerra, cuando las huelgas de octubre que cogieron también a mi padre, detuvieron a muchos republicanos, los llevaban al Parador y les daban palizas. Los del sindicato sacaron muchas coplas muy bien sacadas. Me las sé a medias, ya no me acuerdo, pero más o menos decían:

El 16 de febrero Todos fuimos a votar
Que ganaran las izquierdas Para los presos sacar
Y les salvamos la vida A los que iban a matar
A los compañeros de la cárcel El pueblo los ha sacado ¿Qué cuentas serían las suyas Si el pueblo no hubiera cambiado?
Morirían poco a poco Como a otros les ha pasado
Ya empiezan las detenciones Los llevan al Parador
Les meten tantas palizas Por aquel hombre traidor Los dejaron medio muertos
Y el medico les avisaba Sólo por culpa de un hombre Que crucifijo llevaban.
También me acuerdo de unas canciones de la guerra muy bien sacadas, las hacían de todo lo que pasaba en la guerra. Aquí en el pueblo había un hombre que

ya ha muerto, se llamaba Manolito Martínez, que anunciaba las cosas antes de que pasaran. Antes de la guerra, salió en una comparsa y cantó esto
Una lástima que España Se revuelva en enjambre
Y que de luto se vista Por la miseria y el hambre
Por eso conoceremos En ella correr la sangre

Yo sabía estas coplas por mi madre, ella me las cantaba, yo le decía «mamá, cántame la copla» y así me las aprendía. Al entrar los fascistas en el pueblo, nosotros nos juntamos por el camino de Pozoblanco, si no íbamos 100 personas no iba ninguna, unos con bestias, otros con burros, otros andando, cada uno como podía. Nosotros tuvimos que abandonar una marrana con siete lechones en las ventas de Pozoblanco porque ya no podíamos tirar de ella. Mi hermano mayor achuchándole para que anduviera la marrana, pero no había manera y ya mi padre le pidió a unos que estaban allí si podían quedarse con la marrana hasta que volviéramos. Ya ves tú, abrieron de momento la puerta y se quedaron con la marrana y con los lechones, hasta ahora. La gente se iba dejando todo.

Nos fuimos andando hasta Pozoblanco, mi padre llevaba dos mulos porque mi madre iba recién parida con mi hermana la pequeña que tenía 9 días, además iban cargados con lo poquillo de nosotros, los más mayores íbamos andando. En Pozoblanco nos metieron en un cine, allí nos dejamos el garrafón del 124 aceite, una palangana, algunos mantas, ropa…en todos los sitios nos íbamos dejando cosas. De Pozoblanco a Puertollano en un tren lleno de gente hasta el techo. Iba yo con mi madre en el tren, tendría yo 6 años, y como me mareaba me puse en la ventanilla pegada a la puerta, y al hacer el esfuerzo de devolver se abrió la puerta y me caí, mi madre se tiró a por mí. Se me quedó un talón colgando, estuvimos en Ciudad Real 4 meses en el hospital. Allí venían recogiendo para la guerra a todos los hombres jóvenes que venían en los vagones con las mujeres; mi madre lo escondió debajo de los colchones, pero lo acabaron viendo y se lo llevaron forzoso. La guerra la pasó bien, en el cuartel de la Arruzafa en Valencia, pero en intendencia, no tuvo que pegar tiros. Antes de irnos me acuerdo que estábamos en el Corchuelo, por el Pilar, a la vuelta hay un cortijo, y ahí nació mi hermana Asunción. Había un regajo que estaba lleno de zarzales y mi padre rozó el zarzal por abajo y lo empujó hacia arriba, era como un refugio y le llamábamos la cucaracha. Con nada que veíamos los aparatos, los aviones, salíamos corriendo a escondernos en la cucaracha. Mi madre me tenía sentada en el suelo y con mi Asunción cogida, chiquita, cuando sentí el aparato tiré a la niña, me fui corriendo a la cucaracha, yo con el chupe en la boca y me llevé el pedazo de chupe del miedo que me entra-

ba. Entonces mi madre la pobre «¡ay, ahora que hago yo sin chupe…!» Se donde cayeron las bombas, ahí en el Hogar, en lo alto de la Iglesia, allí cayeron.

Cuando acabó la guerra se vino para Almadenejo, donde nos llevaron a nosotros desde Puertollano, un pueblo de la provincia de Ciudad Real. Cuando llegó mi padre nos volvimos a nuestro pueblo…pero que poco talento, después nos dimos cuenta, poco talento de venir a meternos en la boca del lobo, porque vino y estuvo tres días escondido, la guerra ya acabada y mi padre tres días escondido, sin presentarse, porque tenían que presentarse todos los que habían estado en la zona roja en la comandancia. Mi padre no se presentó porque sabía lo que le iba a pasar, que lo iban a meter preso. Cuando no podía aguantar más fue al cuartelillo y enseguida se lo llevaron preso, lo tuvieron aquí en La Tercia, que era una cárcel que todavía sigue, pero como provisional. Yo iba a llevarle comida todos los días, el desayuno y el almuerzo, y le decía a los guardias que me dejaran pasar un poquito a verlo, me dejaban unas veces y otras no, según el que me tocaba. En la Tercia estuvo cinco meses, luego salió libre, pero se tenía que presentar todas las semanas en el 125 cuartel.

Cuando se vio libre, a principios del 40 se fue a hacer carbón con otro compañero y mi hermano mayor, acabamos viviendo toda la familia en una choza grande. Estuvo en la finca del Espinazo del Burro, en la Umbría de los Hornos de Navamuela, pasábamos del Espinazo y entrábamos en la Umbría de los Hornos…allí andábamos, por todos aquellos cerros de monte. Mi padre se presentaba todas las semanas en el Cuartel, pero una vez ya se oía que todos los que se presentaran los iban a recoger ya para no salir. Mi padre siempre quería que yo viniera al pueblo con él porque decía que echaba muy bien las cuentas y le compraba mientras él iba a presentarse, pero aquella semana dijo «no me voy a llevar a la Anita, vaya que me cojan y se tenga que venir la niña sola de vuelta aquí». Porque estábamos lejísimos del pueblo, andando. Así que se llevó a mi hermano, el otro más mayorcillo, que ya se ha muerto y claro, nosotros esperándolo todo el día por el río de la Cabrilla que le llaman…cuando lo vimos llegar sin mi padre, como nos pusimos, llorando, mi madre se vino mala para el pueblo (aquí se emociona Ana y llora), *perdonad que tonta que soy que me emociono mucho.*

Mi madre se vino mala porque ya estaba de la espalda, de la espina dorsal, y nosotros nos quedamos allí a terminar el carbón con mi hermano mayor y el otro, hasta que terminaron los hornos que tenían preparados y los que ya estaban ardiendo. Luego ya nos tuvimos que volver al pueblo, y a mi padre se lo llevaron a la

cárcel de Córdoba, ocho años. Le pidieron pena de muerte, pero después se quedó en seis años y un día. Lo llevaron a un campo de concentración en Santander 6 meses, de ahí pidió que lo trasladaran al campo de concentración de la Granja de Torrehermosa, que es provincia de Badajoz y más cerca para nosotros, para poder ir a verlo. Mi madre iba a verlo cuando podía y nos llevaba a uno, porque a todos no nos podía llevar, primero a mi hermano el mayor, luego a mi otro hermano que le seguía, después me llevó a mí.

Cuando mi padre salió del campo quedó en destierro en la Granja, tenía que presentarse todos los días en el cuartel. Una vez de las que fue, le dice el capitán «bueno, Ramos, yo no sé porque está usted desterrado aquí sin su familia, usted está en el campo y no se mete en nada, ni se señala en nada ¿usted porqué está aquí desterrado?» mi padre le contestó que lo habían condenado a eso, y el civil contestó «pues vamos a hacer una cosa, le voy a dar un papel, se lo va a mandar a su mujer y si ella recoge 25 firmas de los patrones del pueblo, usted se puede ir a vivir a Villaviciosa y venir todos los meses a presentarse». Llegó el papel y mi madre, en vez de ir ella pidiendo las firmas se lo dijo a un señorito con el que mi padre había estado de encargado, se llamaba Juanito «el Bacisclos». Este propietario le dijo que él lo llevaría a Falange, porque Falange era el casino de los ricos. Llegó al casino y lo explico «mirad, aquí traigo este papel de Ramos, (porque a mi padre lo mentaban por Ramillos o Ramos, lo de Ramitos se lo pusieron luego los de la sierra), quien quiera firmar que firme». En vez de firmar 25 firmaron 50 porque no había más, todos firmaron. Entonces, la guardia civil aquella de la Granja, al ver que mi padre tenía tanto apoyo pues le dijeron que yo no hacía falta que fuera a presentarse, y ya mi padre se vino de continuo al pueblo.

Al principio se fue a trabajar con un medianero que tenía un poquito pero necesitaba un hombre, pero allí estuvo poco porque Mascotas le propuso que se fuera con él a su finca, que si le daba tanta cebada al año, que si aceite, que si zapatos, avena, trigo, en fin, la ganancia que le ofreció por estar siempre, siempre al cargo de los hombres, sin tener días ni noches, nada más que siempre allí. Mi madre se iba allí con él los días de fiesta, porque se venían los hombres, pero cuando los hombres volvían ella para el pueblo otra vez. Mascotas lió a mi padre «que te vengas, no seas tonto, vas a ganar más, ahí con ese no tienes más que el jornal…» Mi padre le contestaba «Yo estoy bien Rafael, yo estoy bien», total, al final lo convenció. A lo primero era oro todo lo que relucía, pero luego llegaron los rojos allí, los rojos eran unos hombres que por sus ideales pues los maltrataban donde estuvieran, y antes de que los mataran pues se echaban al monte, eso eran los

rojos, estaban por toda Andalucía y toda la sierra estaba llena de hombres de esos. Llegaban a los cortijos por comida y por lo que les hacía falta. Por eso iban por el Orejón, y mi padre tenía la obligación de venir enseguida a dar parte, pero se confió demasiado. Cuando llegaba al pueblo, muchas veces le preguntaba Rafael «¿A dónde vas Ramos?», pues mire, que esta noche han estado allí los rojos y vengo a dar parte. El dueño le contestaba «pues tu vete, que yo me llego a dar parte». Mi padre confiado en que era mejor que diera parte el señorito, pues se volvía, pero a las tres veces que pasó esto ya se escamó, y le dijo «Mira Rafael, yo he estado mucho tiempo por ahí preso y he estado rodando mucho, ahora estoy libre y tengo a mi mujer y a mis hijos, no quiero meterme en líos, así que si usted va a dar parte yo quiero ir con usted» pero Rafael insistía «que va hombre, tu tranquilo, como te voy a hacer yo eso, tú tranquilo». Él estaba jugando con dos barajas porque entonces estaba la cosa como para cambiar, se decía «ahora protejo a estos y me guardan las espaldas luego».

Cuando mi padre acordó y se dio cuenta no tuvo más remedio que unirse a los rojos porque si no lo mataban los civiles, claro, constaba que no había dado parte. Entonces se tuvo que ir, él, cinco hermanos más, una mujer embarazada y su marido, el 23 de mayo del 44 o 45, del año no me acuerdo, se fueron con los de la sierra. Todos estaban trabajando en el mismo cortijo y la mujer y el hombre eran pastores en la finca de Orejón. Los mismos compañeros que estaban trabajando por allí le avisaron, mira Ramos que pasa esto, que tú vas a dar parte, pero Mascotas no ha dado parte y lo que consta es que tú no has dado parte, que te matan los guardias civiles. Pues Mascotas, como antes tenían tantas aldabas los fascistas y tenían muchas monjas y muchos frailes y mucho de todo, sí, lo metieron preso porque se enteraron, pero preso en el patio y salía a la calle e iba por la noche a dormir a su casa, cucha que prisión le hicieron en la cárcel de Córdoba, pero a mi padre lo mataron como a un perro años después. Mi padre se tiró a la sierra y se unió a los rojos. Nosotros nos enteramos por él mismo que lo decía y como este pueblo es de ganaderos y del campo pues a mi madre se lo decían. Nosotros lo sabemos por los mismos que mi padre se lo contaba, muchos comunistas de silencio que había por aquí, que nos lo decían: Asunción, la otra noche vi a Ramos, me dijo esto, me dijo lo otro, hablé con él… mi madre sabía todo lo que pasaba con mi padre, lo que hacía y lo que no hacía, donde estuvo y donde no estuvo…siempre, siempre había alguien, todas las semanas mi madre sabía de mi padre y mi padre sabía de mi madre, por los mismos que le daban comida, quien estaba en un chozo porque estaba de porquero, estaba de pastor…dile a mi mujer esto, dile lo otro; mi madre lo mismo, dile a José esto o lo otro, se comunicaban así. A mi padre lo

mataron porque fue a por medicinas para el compañero con el que estaba y fueron los últimos que mataron, el penúltimo mi padre y el último su compañero.

Mi padre estuvo cuando mi madre murió, que fue dos años antes que a él lo mataran, con 42 años, «consumiita» de un cólico que le dio, pero como la pobrecita estaba…trabajaba lavando ropas, limpiando, ayudando en las matanzas, para criar a 6 hijos sin padre. Estábamos todos trabajando, yo me fui por la comida de niñera, con lo chica que era, pero le dijo una señora a mi madre «mira Asunción, le voy a dar 10 pesetas a la Anita por quedarse, le voy a dar 10 pesetas, por lo menos para alpargatas que tenga», y mi madre pues que iba a decir… Mi hermano el mayor trabajando en las casas de «peoneros», segando o sembrando o cavando, lo que fuera de labranza. Mi otro hermano cayó enfermo de los huesos, una enfermedad en las cuatro extremidades, ocho operaciones desde las rodillas a los tobillos, de los codos hasta los hombros, ocho operaciones le hicieron y se quedó cojo. El otro hermano mío pues también estaba trabajando, pero era más chico que yo un año, una vez fueron los guardias a por él porque le dieron aviso de que veía a mi padre. Le tuvieron toda una noche con 12 años en el hoyo de una encina, con amenazas «que te tiramos zorzal, que tienes que decir que lo has visto, sabemos que lo has visto…!». Mi hermano hacia media hora que había estado con mi padre, pero no dijo nada. A mi hermano el mayor lo trajeron esposado desde la Coruja 20 km o más esposado, pero mi hermano dijo «haga usted el favor de dejarme un momento que vaya a mi casa que hable con mi madre para que se lo diga, que está enferma, haga usted el favor». Total, que lo pusieron en la puerta vigilando porque creían que se iba a escapar, mi hermano estaba entonces en la mili de permiso, entró y se puso la ropa de soldado. Al verlo salir así lo dejaron, no le pegaron ni le hicieron nada. En otra ocasión, mi padre y otros pocos, Florencio, Julián…pues tuvieron una nochebuena de fiesta y quería mi padre y Florencio que fueran las mujeres a celebrarla con ellos allí, no me acuerdo la finca ni mi madre me lo ha dicho nunca. Se fue la Isabel, la novia de Florencio, pero mi madre no se atrevió a ir, así que no fue ninguna mujer más que la Isa. Los civiles se enteraron y le pusieron hasta corriente en sus partes. Por eso ella después de eso se casó con otro, un ignorante que la pretendió, ella diría «este mismo lo cojo y me quito de tanto hacerme», porque le hicieron perrerías. A mi madre también la llevaron al cuartel porque querían que dijera que ella también había ido, le decían «pero cómo vas a decir que no lo sabes dónde habéis estado y quienes eran, si lo sabes» y ella «pero si yo no he ido, como voy a decir nada, yo no he ido, ni me han dicho nada, no sé nada». Entonces le pegó un guardia civil a mi madre ahí ¡le señalo toda la bota!.

Era ya un escándalo lo que había de muertes, una semana santa estuvieron matando lo menos a 10 o 12, hasta que el cura dijo que ya no se mataba más. Fusilaban en el cementerio y en las paredes del cementerio. Los de Botas Finas tenían un hermano en la sierra y el otro hermano estaba de cabrero, pues llegaron los civiles al chozo, tenía el hombre allí a su mujer y a su hijo, de unos dos meses, le dijeron «sal para fuera que queremos hablar un poquito contigo», y a la mujer «enseguida entra su marido, no se preocupe mujer», pero no entró más, se lo llevaron, lo mataron y ella se vino con su niño andando hasta el pueblo. Por sospechar que veía al hermano, nada más que por sospechar, lo mataron, igual que a muchos, muchos… nada de la sospecha que tenían era cierta, pero así era la vida. A mi hermano el mayor lo mandó el capitán en otra ocasión a por mi padre, lo puso a escoger «O vas a por tu padre o te matamos», mi hermano contestó «pero yo como voy a ir a donde mi padre, es mi padre», pero ellos insistían en que tenía que hacerlo «o te matamos a ti o vas a por tu padre», así lo tuvieron varias horas. Mi hermano el mayor con el más chico ponían muchos cepos para los conejos, los guardas los veían con los conejos, pero no se los quitaban porque los civiles los dejaban para ver si se acercaban al padre. Es verdad que se veían muchas veces, pero de lejos, no se acercaban el uno al otro, pero se veían ahí por esa sierra de los Boquerones, mi padre le dijo una vez a uno «mira qué tontería que tengan ahí a mi hijo, porque mejor me pego un tiro que acercarme a donde está». El capitán vio que no podía ser y lo trajo, le dijo «me has traicionado, pero en el momento que haga tu padre algo en el término de Villaviciosa os pongo en fila y empiezo por la más chica y termino contigo para que sufras más». En más de una ocasión lo hicieron, matar a madres y a hijos, sí que lo hicieron. El capitán Tamayo era quien estaba entonces y tenía también a Manolo Galón, estaba Caravallo, y Domingo el guardia.

Una de las cosas más tremendas es que uno de aquí del pueblo, Molina se llamaba, trajo engañados a unos rojos a su casa y los mataron aquí mismo, dentro del pueblo. Molina los traicionó, y eso que un hijo suyo había sido guerrillero. Le dieron dinero por la traición, se metió en mujeres malas y en vicios, tiró el dinero y se quedó tan pobre como estaba. Luego se puso a vender agua en los chorros porque había una escasez de agua muy grande, y muchos se peleaban con él y le decían perrerías. Recuerdo que se vendía un cántaro a dos reales, primero empezó por un real y luego ya subieron. A ese hombre, una mujer que ya ha muerto le dijo canalla, le dijo criminal, le dijo fascista, vamos le dijo de todo. De los que mataron, uno murió en la misma esquina, muy cerquita de mi casa. Yo lo vi, y la niña del panadero que era estraperlista, enseguida nos tocó en la puerta y dijo

«muchachas, no asustaros que no es ninguno de ellos tu padre». Yo con ese ansía cuando tocó, abrí y lo vi al de la esquina, caído con un charco de sangre. A mi casa llegaban los guardias civiles, teníamos puerta falsa, ellos llegaban y llamaban por la puerta falsa. Si abríamos pronto decían «que, ¿nos estabais esperando?», si tardábamos un poco «que, ¿le estás dando tiempo para que salté por el corral?». Teníamos una maleta de ropa que trajo de mi padre, bastante alta, y le dijo mi madre, esa maleta no la tiramos, te puede servir a ti, y ese era el armario que teníamos para la poca ropa que teníamos. Cogieron y pusieron la maleta boca abajo y yo he sido sosita pero también me he atrevido a hablar, así que le dije a Domingo que era uno de los guardas y que murió de un cáncer "¿qué espera usted, que esté mi padre ahí metido en la maleta?", me miró y me dijo que tenía la boca muy larga, que ya veremos lo que me iba a pasar cualquier día. Nos tiraban toda la ropa al suelo, que era de tierra, se nos ponía toda la ropa enseganá. Otro día me dijo que le estábamos dando tiempo a que mi padre saliera por el corral, le digo «pues en vez de estar aquí todos en esta puerta, haberse puesto la mitad aquí y la otra mitad en el corral, y así veían si se iba por el corral o por la puerta». Yo tendría 14 años, así una vez y otra.

Mi madre murió, mi padre estuvo dos años más, porque a mi padre lo mataron el día 3 de febrero y mi madre murió el 2 de marzo. Mi madre en el 50, mi padre en el 52. Mi padre, como tenía contacto con todos se enteró que había muerto mi madre y él, desde la era del almendro que es un cerro que hay frente al cementerio estuvo viendo el entierro de mi madre desde allí arriba. Ahora ya no hay monte, pero antes estaba cubierto de monte. Desde allí con los gemelos lo vio. Y ahí en la vereda del arroyo había unas piedras grandes y se entretuvo en poner su nombre, grabado en la piedra. Ya no está porque he ido yo con un señorito extranjero, pero ha estado años y años la piedra grabada, hizo un cuadro y dentro metió sus tres letras, sabíamos que era porque él lo dijo, todos sabíamos que era él. A ese sitio le dicen la vereda del arroyo del Helechal, en la junta de los álamos del Helechal. Mi padre se llamaba José Ramos García, y las tres letras eran JRG.

Mi padre fue al cortijo de los Boquerones a pedir medicinas y entonces el casero fue a por las medicinas, pero lo que trajo fue a los guardias. Mi padre notó algo y no llegó, entonces empezaron a tirarle, y le decían «Ramos, entrégate, no te va a pasar nada…», pero el con el ultimo tiro que le quedaba se mató, el mismo se mató. Aquel día mi padre murió solo. Cuando mi padre y mi madre murieron, mi hermano el mayor iba al monte y se traía los conejos y los vendía, así nos criamos. Se lo bajaron a Almodóvar, porque el cortijo pertenecía a ese término. Mi padre le

salieron las penas que le echaron, pero él no había matado, solo había estado en la guerra, en intendencia…no se había manchado las manos en sangre, no le podían hacer nada, solo tenía esos ideales. Cuando a mi padre lo metieron en la cárcel fue porque era comunista, porque había pertenecido a la CNT, porque estuvo en el otro bando. Al sindicato si pertenecía antes de la guerra y se sacaban coplas

Apuntarse al sindicato Y todos trabajareis
Y tendréis buen apoyo Si a buen árbol os arrimáis
Siempre se ha dicho Así no dudes que te diga
Que a quien buen árbol se arrima Buena sombra le cobija

Mi madre salió en un teatro también criticando a los ricos, aquí en el pueblo, se llamaba «Tierra y Libertad». Murió con 42 años y seis hijos. A mi padre lo miraba toda la gente bien, lo querían bien porque era un hombre bueno, tenía esos ideales y ya está, eso es lo que era mi padre, un hombre trabajador, apreciado en todos sitios. Mi madre tenía un hermano que se quedó aquí cuando la guerra, hace ya mucho que murió, se puso de requeté en la falange y le llegó a poner una denuncia a su propia hermana por congraciarse con los fascistas, y el hermano de la mujer de mi tío le puso otras, luego ya aclararon que era mentira, pero mientras lo aclararon mi madre iba arrastrando todas esas penas. La vida de mi padre y sus compañeros en la sierra era que dormían en cuevas, tenían ropas, vivían bien, ellos vivían bien, yo no sé quién les traía dinero ni quien no les daba, pero ellos tenían dinero y compraban telas, les hacían pantalones aquí. Mataron a una mujer del pueblo porque les hacía pantalones, les hacía camisas y chambras, que le llamaban entonces. A otro lo mataron porque les mandaba la comida de su tienda, a otro porque les hacía los zapatos. Los mataron, y a otro porque era hermano de uno de ellos, estaba guardando cabras y dijeron que estaba comerciando con su hermano… y así. Ellos tenían sus ciertas comodidades, bueno, puedes imaginarte en el campo, en cuevas y en chozos, pero a pesar de eso necesidades no pasaban. Había quien le mandaba dineros a sus mujeres.

Mi padre estuvo por todas las sierras de Andalucía, Sierra Morena entera. Contaban con el apoyo de muchos campesinos, muchísimos, unos les daban a la fuerza y otros porque se lo llevaban y se lo preparaban sin obligarlos, de todo había. En la Huesa y en las Mesas de Prieto tenían cuevas. Mi padre no bajaba al pueblo, en la sierra sí, pero al pueblo nunca; ver a mis dos hermanos sí que los vio, en la sierra, pero al pueblo que se iba a acercar, él sabía que aquí en el momento que bajara mi padre nos mataban a todos; ellos, con el temor de que no mataran a sus familiares

ni los hacían sufrir ni bajaban, no los comprometían. Seis años resistió mi padre en la sierra, que le faltó para los seis años del 3 de febrero al día 3 de mayo. No le pudieron probar que mató a nadie, era servicial y muy pacífico, pero tuvo ese sino y nosotros lo tuvimos también porque pasamos las de Caín. Mi madre enferma de la espina dorsal, nosotros 6 hermanos, se le salieron 3 cuentas del espinazo y tenía joroba de trabajar, y con su jorobita la pobrecita mía lavando ropas, pero no se las podía cargar en la espalda, y venía con las ropas cargaditas en la cadera. Mis hermanos, después de estar con un aparcero recogiendo carbón, ya se dedicaron a la caza, a coger conejos, cazar liebres, perdices…y mi madre los vendía o los cambiaba en las casas ricas por comida, ella prefería comida mejor que dinero, porque el dinero no le servía para nada. Le daban garbanzos, le daban aceite, le daban arroz, en fin, lo que ella veía que podían darle, huesos de jamón, aceite… y a cambio un conejo o dos. Otras veces los vendía, porque yo tenía un hermano, lo tengo porque es el único que nos queda, que ese donde ponía la cuerda sacaba el conejo, cogía más conejos que veía. Ya ves si a los otros dos hermanos le ganaba el solo y era el más chico de los tres. Estaba muy delgadito, no tenía nada más que pancita, y como la blusita se le rompía por la barriga del monte, pues tenía toda la barriga llena de jaras, de resina de las jaras; mi madre les decía a los otros hermanos «ay, levantaros despacito, Dios mío, despacito, que no se vaya el Manolo, que se va a quedar detrás de una jara». Mi madre la pobre pues a ver, pero el pegaba un salto porque era muy vivo, hablaba un poquito tartamudo y decía «es que me vais a requerir mis cuerdas, para que yo los coja y digáis ustedes que los habéis cogido» No consentía nunca quedarse, bueno se iba a quedar. Cuando la caza se puso ya muy vigilada, ya lo fueron dejando mis hermanos, se tenían que venir fuera de camino con los conejos, en fin… no los cogieron nunca.

Como ya eran más mayorcitos se metieron a trabajar con amo, a las yuntas en los cortijos y nosotras pues a los que nos daban, mi madre lavaba ropas y pedía «a ver si tenéis algo para mi Anita, algún vestido de tu hija para mi Micaela, a ver si tiene usted para mi Asunción», según como fuera la hembra de alta así pedía. Mi madre llegó la hora que no tenía que ponerme y me hizo una falda de camiseta de punto inglés y lo de arriba de una almohada rosa, y se ponían los nenes «mira, la Ani va con refajo» y yo decía «anda, este es el de todos los días, pero si vierais el de los domingos». Así vivíamos, de lo que nos daban, con la única suerte de que como mi madre trabajaba en todas las casas ricas de limpieza, de matanza, lavando ropa, de todo, pues una le daba un vestido, otra una camiseta, y mi madre lo arreglaba. Después de morir mi madre, tenía 17 años cuando ella murió, era la mayor de las hembras y me quedé con mis tres hermanos, mi Coco, mi otro

chico y mi mayor. Me tuve que poner a servir porque mis hermanos no ganaban ni para que yo comiera, por las mañanas a servir y por las tardes los arreglaba y así me tienes a las 12 de la noche cosiendo y pegando remiendos, uno con otro. En el campo nunca he trabajado, en el campo no, porque me quedé con las ropas de mi madre cuando murió, no sé cómo la pobre podía, pero ir a lavar un día de invierno que no secaba la ropa nada, que la tenías que traer chorreando, que no sabías donde la ibas a secar y la ropa que se ponía hasta fea de tanto rodar…y luego aguantar las señoras decir que si no estaba bien lavada, que si esto que si lo otro. Yo no, digo, me voy a servir y por lo menos como el desayuno y el almuerzo, me arreglo con esas dos comidas y luego si a la noche no ceno pues ya hasta el otro día. Pero como tampoco comía bien en las casas donde servía y no cenaba porque no tenía para comprarlo pues se me torció la vista de endeblez, me quedé con el ojo bizco, veía dos caras cuando miraba a alguien. Así estuve cuatro meses y luego se me quitó. Me pagaban siete duros al mes, por el 52 y el 53, porque yo me casé en el 55.

He pasado todas las penas…veíamos una pipa de algarroba por la calle, nos tirábamos, la cogíamos y nos la comíamos, veíamos una cáscara de naranja y nos la comíamos, íbamos a casa de los señoritos a que nos dieran las cáscaras de las patatas, de mondarlas. Las lavaba mi madre y si tenía un poco de pringue las freía y nos las comíamos. Mi madre todo el día tirada por veredas, el día que no tenía que lavar ni limpiar, collejas, vinagreras, rabanetas, de todo lo que pillaba, por la noche lo guisaba con un poco de aceite o pringue y con un poco de harina, le daban tres perrillas de harina, era de cebada y no hacías nada más que escupir las raspas. La noche que no teníamos porque ya no había ni verdura en el campo, estaba todo el mundo tirado, no éramos solo nosotros, mi madre decía "ay hijos míos, hoy no os he podido preparar nada así que a cuartillo de piñones por persona" Y nos liábamos a roer piñones, pues sabes que alimentan, no nos desmallábamos, nos comíamos un cuartillo de piñones cada uno y eso cenábamos. Y si mi hermano iba por bellotas a las fincas, las vendía. Eso sí, antes estaba todo libre, todos los campos estaban libres, estaba el monte y los pinos y allí podía ir el que quisiera a coger piñas y piñones. Otra cosa que hacía mi madre era cocer los altramuces porque le dijeron que con el agua de los altramuces se quitaban los piojos. Todas las semanas sin faltar nos liaba en cualquier mantucha, en cualquier trapucho y nos llevaba al arroyo, nos metía detrás de una mata «resguardaitos» al sol y nos lavaba la ropa, nos lavaba a nosotros y nos ponía nuestra ropita limpia. Nosotros no teníamos piojos, nos los pegaban porque había mucha miseria, pero eran pegados. Es que los piojos a las 24 horas tienen biznietos.

Cuando mi padre estaba en la cárcel, con el racionamiento teníamos que ir a las colas para la ración del pan de la semana, mi madre la guardaba para mandársela a mi padre, cuando podía una cantimplora de aceite, que decía mi padre «Asunción, aunque sea la cantimplora de aceite, y si te dan pringue mejor, porque así las colas negras tienen mejor gustito». Porque le daban coles de esas negras que se le echan a los burros y no las quieren, eso es lo que comían en la cárcel. Mis hermanas, mi madre y yo hemos sido más trabajadoras del pueblo que del campo, luego yo he ido a coger aceitunas muchos años, pero ya de casada, por lo menos 8 o 9 años, pero bueno, ya con nuestras comidas, con nuestros arreglos, con nuestras mantas, con camas, ya era otra vida.

Pero la penurria grande, grande, grande, que no se acaba de decir nunca la penuria, nuestra y de muchas personas, no os creáis que éramos nosotros solos, de muchísimas personas, fue del cuarenta hasta el cuarenta y tantos o el 50. El 40 fue eso, el año de la hambre, que lo llamábamos. Nosotros no lo pasábamos bien ni en la cama, porque la cama que teníamos nosotros en la casa rota como la llamábamos, pues mi madre tuvo que vender para comer la lana de los colchones y como le faltaba un chispito para el kilo, fue a por la poca lana de la ruilla, que era como un casco para ponerse la cesta en la cabeza, como ella no se la podía poner por la espalda pues la entregó para hacer el kilo. Sacamos el refrán «si vendimos hasta la lana de la ruilla». Como vendimos la lana de los colchones ¿dónde nos acostábamos?, pues mi hermano fue por monte al campo y puso piedras en el suelo, luego monte, luego pajotes y encima paja. Así hicimos la cama y así nos acostábamos. No celebrábamos ni reyes, ni nochevieja ni nada, no teníamos de nada, de nada, de nada. Ni nosotros ni mucha gente, la mitad de las noches nos acostábamos sin cenar nada. El pan…cogías un trozo de pan y te ponía la mano así, por debajo, por si se caía una miajita que no se cayera al suelo. De todas maneras, el pan nosotros no lo probábamos, el pan era para mi padre, si no mi padre se hubiera muerto en la cárcel como muchos se murieron, un tío de la Rafí se murió. Les daban muy mala comida, sin pan ni nada, y los pobres se morían de debilidad. Mi padre gracias a su hermana y dos hijas de mi tía que estaban sirviendo en Córdoba pudo vivir. Hablaban con la señora, "ay, que voy a ver a mi tío, quiere usted que le ponga un cocido" y así, hasta el lomo de la matanza que se lo ponían a su hermana para comer, pues no se lo comía y se llevaba a mi padre con el cocido. Mi tía le revolvía hasta tres comidas en el cocido, se llamaba Antonia, mi padre no tenía nada más que esa hermana, y entre mi prima Pilar, mi prima Micaela y mi tía, más lo que nosotros le mandábamos, pues mi padre escapó bien de la cárcel. Pero la gente se moría de hambre, morían como chinches.

Los confesaban, iba el cura a confesarlos y al otro día pum pum, los mataban, los sacaban y los mataban.

Antes de casarme me fui a servir a Córdoba, porque aquí ganaba 7 duros y en la capital 9. Mi señora me dijo un día «Ana, por qué no vas a misa», y le digo «porque yo no creo en las misas» ¡y soy creyente eh! No soy practicante, pero soy creyente, pero se lo dije así, yo en los curas no creo, y me respondió la señorita Antonia «vaya, ¿y eso por qué?» y yo «mire usted, no me haga usted hablar, porque si hablo voy a esrribar un cortijo y no tengo ganas de hablar. Y digo «¿usted conocía al padre García?» y me dice mi señora «yo sí, era un cura de bueno, sonado», entonces sí que hablé "pues sabe usted lo que hacía el padre García, iba a confesar a los presos con una browling en la manga por si alguien le decía algo pum pum; eso hacía el padre García, con una pistola en la manga" El padre García era el capellán de la cárcel.

Al pueblo yo venía a la feria y al carnaval, me dejaban dos o tres semanas, me daban una maleta de comida, porque yo les daba el azúcar y el café de la cartilla de racionamiento, y ellos me lo daban a mi todo lo suyo, no querían pan ni nada porque tenían de sobra. La familia era la de Don Manuel Salinas Navarro, propietarios de Córdoba, de la finca de los Cansinos, de la finca de Coronadillos, también de Mesas Altas. A un sobrino lo secuestraron los rojos en Mesas Altas o por allí. Ellos tenían su chófer e iban a la finca, le daban vuelta de día y se venían. No se quedaban por la noche allí, todavía no se fiaban. En la Umbría de la Huesa mataron muchos guerrilleros, los trajeron aquí al pueblo, por cierto, mataron a una mujer y la traían con los pelos colgando, estaba yo sirviendo por la fuente baja y por ahí la trajeron. La traían cogida de las piernas, ella por este lado colgando y el otro por el otro lado arrastrando las piernas que casi daban en el suelo…los pelos los traía en la cara, tenía el pelo largo y lo traía en la cara, que eso lo vi yo. Aquí mataron a muchos, a los García Cantudo, a un padre y a un hijo los traían cogidos de los brazos, los dos matados, la mujer no tenía nada más que ese hijo y su marido y se quedó sola…esa mujer también pasó mucho.

Cuando murió mi padre, estaba yo mala entonces con la vista, bien mala con una endeblez que no podía. Vinieron los guardias y para que los civiles se compadecieran de mí, fíjese usted como estaría. Pues llegaron y «buenas noches», «buenas noches, que querían ustedes» «mire usted, le queríamos dar una noticia...pero ¿está usted mala» "sí señor, que estoy un poquito mal" «y sus hermanos?» «mis hermanos están por ahí» «¿y no tiene usted ninguna vecina, no tiene usted a na-

die?» «pues no, no tengo ninguna vecina ni tengo a nadie». Total, que el hombre se conoce que era bueno porque le costó decírmelo, pero claro, al oírlo yo que iba a hacer…pues llorar. Entonces tocaron ellos a la vecina de enfrente "señora haga usted el favor de abrir, quédese usted con esta chica que le hemos traído la noticia de que han matado a su padre y está sola". Entonces se vino María Antonia conmigo hasta que vinieron mis hermanos de por ahí. Fueron primero a por mi hermana Micaela que estaba sirviendo en Córdoba, porque era más cerca que Villaviciosa desde Almodóvar, que es donde habían llevado a mi padre después de matarlo. Si mi hermana lo reconocía pues ya está, porque ellos lo que querían era que nosotros lo reconociéramos, mientras no podían enterrarlo. Pero los señores dijeron «esta chica no sale de aquí mientras no vayan a por sus hermanos y mientras no venga un familiar a por ella». Entonces le dijeron los civiles «bueno,

JUZGADO de Paz DE Almodóvar del Río

LICENCIA DE ENTERRAMIENTO

Artículo 75 de la Ley de Registro Civil

Ningún cadáver podrá ser enterrado sin que antes se haya hecho el asiento de defunción en el libro correspondiente del Registro civil del distrito en que ésta ocurrió o del en que se halle el cadáver sin que el Juez del mismo distrito expida la licencia de sepultura y sin que hayan transcurrido veinticuatro horas desde la consignada en la certificación facultativa.

Esta licencia se extenderá en papel común y sin retribución alguna.

El encargado del Cementerio en que se hubiera dado sepultura a un cadáver sin la licencia mencionada y los que la hubieran dispuesto o autorizado incurrirán en una multa de 25 a 100 pesetas, que hará efectiva el Juez correspondiente.

Habiéndose inscrito en el Registro civil de este Juzgado la defunción de José Ramos García de 42 años, hijo de Rafael y de Micaela natural de Villaviciosa que se hallaba ~~domiciliado en~~ de tránsito ~~calle de~~ y que falleció en el día de Ayer a las 23 horas, a consecuencia de Herida por arma de fuego según la certificación facultativa presentada, doy licencia para que pueda procederse a dar sepultura a su cadáver en ese Cementerio, transcurridas que son las veinticuatro horas siguientes a la del fallecimiento.

Almodóvar del Río 5 de Febrero de 1945.

El Juez,

Al Encargado del Cementerio de Esta Villa

Licencia de enterramiento de José Ramos García, en el cementerio de Almodóvar del Rio

pero usted no tiene ningún familiar» y mi hermana «pues sí, tengo un tío». Y en esos entremedios, mientras que fueron a por mi tío vinieron los guardias aquí a por mi hermano Rafael y mi tía Antonia, la hermana de mi padre, pero mi tía ya estaba enferma y no podía ir. Fuimos al final con mi tío a reconocerlo, estaban en el cementerio y lo iban a enterrar en un agujero en la tierra sin caja, pero mi tío dijo, y nosotros también «¡pero como lo van a enterrar sin caja, mira que tenerlo ahí en la tierra tirado…». Entonces mi tío dijo que había que comprarle una caja, sin forrar ni nada, pero bueno, ya estaba metido en caja, y así lo enterramos. Nos

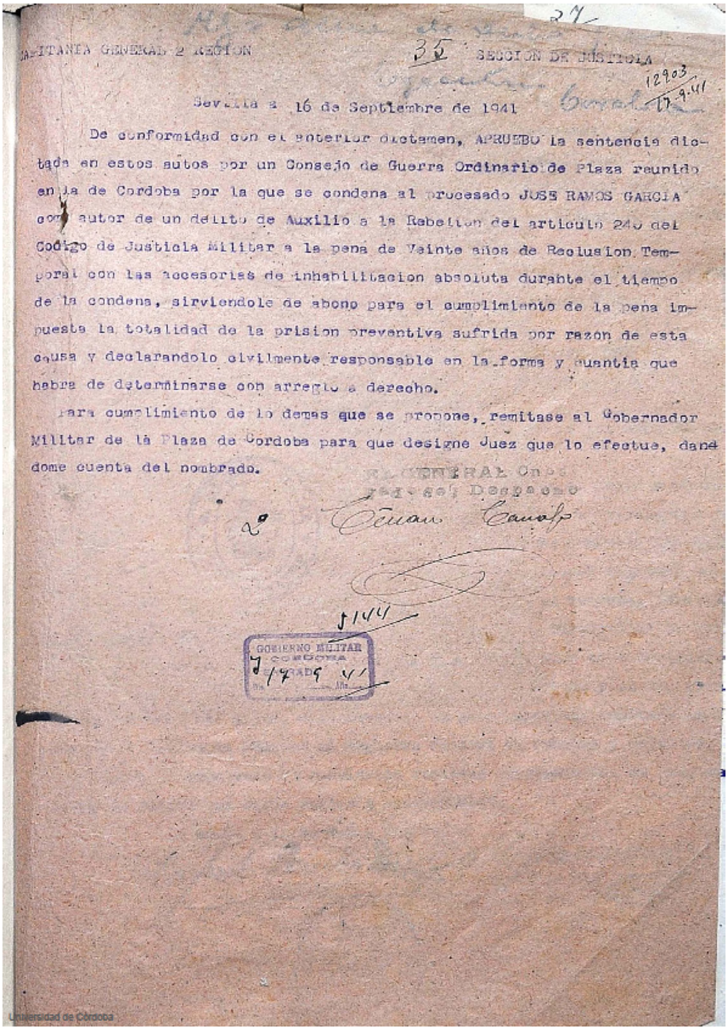
costó 10 duros, que nos los dio prestados, y luego la cuñada todos los días me estaba potreando para que le diera los diez duros… ¿Dónde iba a sacar yo diez duros?, hasta que ya junté y en dos o tres veces se lo pagué.

Mi padre está enterrado en el cementerio de Almodóvar, le pusimos una cruz y una señal, pero a ver, tanto tiempo ha pasado…a lo primero no podíamos ir porque no teníamos ni tiempo ni dinero para coger un coche, teníamos que ir andando y no había tiempo porque estábamos trabajando. Cuando mi hermano vio el cadáver de mi padre le dijeron los guardias «¿Qué, es tu padre?» y él les contestó «ustedes saben que es mi padre, para que nos traen a nosotros si ya lo saben?». Y a mi tía Antonia le dio un flato y se cayó y no pudo atestiguar que era mi padre. Mi hermana Micaela si dijo «si señor, es mi padre». Mi padre era mayor que mi madre 10 años, se murió dos años antes que mi padre, con 42 años, así que mi padre tenía 54 años cuando murió.

Como en otros testimonios orales, Ana confunde la fecha de la huida de la finca del Orejón. Fue en junio de 1946 cuando se echaron a la sierra **Magdalena Cortés Díaz**, con 23 años, junto con su marido **José Muñoz Castro y José Ramos García**. La causa inmediata fue que se presentaron en la finca **Juan Calero Murillo** y un hermano de Magdalena, **Antonio**, que estaba en la sierra desde abril de 1946. Contaron que la guardia civil ya conocía la labor de enlaces en el cortijo "Orejón", por lo que huyeron a la zona de "Fuente Vieja" donde tuvieron su campamento base, debajo de un gran alcornoque. El vigilante era *Ramillos*, y por allí pasaban muchos guerrilleros, no sólo de Villaviciosa, como el propio Mario de la Rosa (jefe de la Tercera Agrupación), Domingo Caballero Calvo (Cojo de la *Porrá*) o los cinco hermanos Martín Benítez (Cándido, José, Julián, Florencio y Rodriguez). No consta el paso por esta base de Julián Caballero, que procuraba evitar los sitios de mucho trasiego guerrillero.
Como resultado de todo esto el propietario acabó en la cárcel y perdió la propiedad de la finca, que pasó mediante subasta, como era habitual en la época, a significados simpatizantes del régimen. Pero la peor parte la llevaron como hemos visto algunos trabajadores de la finca, entre ellos "Ramitos", que tuvieron que tirarse al monte, y en él acabaron muriendo

Con este dramático testimonio que simboliza el fin de todo un largo periodo de resistencia armada contra el franquismo en las sierras y montañas españolas, concluimos este capítulo en el que hemos intentando establecer, a través de testimonios orales, el complejo y ya desaparecido mundo rural de la primera pos-

guerra -que fue el medio social y natural en el que la guerrilla surgió, resistió y finalmente sucumbió- concretado en el espacio natural de la Huesa, El Olivarejo, La Porrá, el Cerro del Trigo y el bajo Guadiato hasta las colas del embalse de la Breña. Sólo nos queda proponer en las siguientes páginas tres itinerarios que nos permitan recorrer y visualizar a partir de una serie de paradas los hechos y los paisajes que hemos ido rescatando del olvido mediante la memoria viva y a veces emocionada de nuestros protagonistas.



CAPITANIA GENERAL 2 REGION 35 SECCION DE JUSTICIA

12903
17-9-41

Sevilla a 16 de Septiembre de 1941

De conformidad con el anterior dictamen, APRUEBO la sentencia dictada en estos autos por un Consejo de Guerra Ordinario de Plaza reunido en la de Cordoba por la que se condena al procesado JOSE RAMOS GARCIA como autor de un delito de Auxilio a la Rebelion del articulo 240 del Codigo de Justicia Militar a la pena de Veinte años de Reclusion Temporal con las accesorias de inhabilitacion absoluta durante el tiempo de la condena, sirviendole de abono para el cumplimiento de la pena impuesta la totalidad de la prision preventiva sufrida por razon de esta causa y declarandolo civilmente responsable en la forma y cuantia que habra de determinarse con arreglo a derecho.

Para cumplimiento de lo demas que se propone, remitase al Gobernador Militar de la Plaza de Cordoba para que designe Juez que lo efectue, dandome cuenta del nombrado.

EL GENERAL Encargado del Despacho

GOBIERNO MILITAR CORDOBA

Condena a veinte años de reclusión para José Ramos Garcia, 17 de Septiembre de 1941.

ITINERARIOS

Hay dos formas de llegar en vehículo a la zona de la HUESA. Una, que recomendamos, desde Córdoba por la carretera de Trassierra (CO-3402) que arranca al norte de la ciudad, al este de la estación de autobuses, pasando la aldea de Trassierra, Puerto Artafi y el Puente de los Boquerones, llegamos tras una fuerte subida a la explanada que hay por encima del Aula de la Naturaleza y la fuente aledaña. Otra, partiendo de Posadas o Villaviciosa tomando la carretera que une ambos pueblos (A3075, Km 32) hasta el cruce con la ya mencionada CO-3402 muy cerca del puente que salva el río de la Cabrilla, que discurre hacia el embalse de la Breña.

ITINERARIO I: DESCENSO A LA SOLANA DEL MOLINILLO, RIO GUADIATO

Este es uno de los mejores recorridos para contemplar la Umbría de la Huesa, así como gran parte del Cañón del Río Guadiato, desde el Cerro del Trigo, a la izquierda, a las lomas de la Tejera a la derecha.
Descendiendo desde Puerto Artafi (km 15 CO-3402), recién pasado el km 19 de esta carretera, arranca una pista a la derecha que baja al río, cerrada por un cable para impedir el paso a los vehículos. Si decidimos tomarla debemos tener en cuenta que va siempre en descenso y tiene dos kilómetros hasta el cauce del Guadiato. Nos ofrece un bonito paseo entre encinas, alcornoques, quejigos, y una amplia variedad de matorral noble mediterráneo; son espectaculares las vistas que se contemplan en este recorrido, un buen lugar para descubrir todo el Barranco de la Huesa. Observamos con precisión conforme descendemos por la pista el tramo final de la Huesa y su unión con el río Guadiato.

Al llegar al río seguimos unos 400 metros corriente arriba hasta encontrarnos con un edifico de piedra en ruinas situado en la margen derecha del río (si

Vistas del Guadiato desde el camino de descenso (autores)

queremos acceder a él tendremos que cruzar el cauce por el vado existente) que fue un molino harinero que estuvo funcionando hasta poco antes de la guerra civil. El molino da nombre al paraje, llamado Solanas del Molinillo. Este era uno de los enclaves más visitados ya que por aquí discurría la Vereda de Córdoba-Villaviciosa, además por el molino pasaban los rancheros a moler grano. Aguas arriba del río se levanta un peñasco que semeja un monolito gigante, la Piedra Talavera. Dominando este hermoso enclave del río Guadiato, es una buena atalaya donde montan guardia por el día buitres, águilas reales y por la noche los búhos.

Las tablas del río son lugar ideal para reconocer los mamíferos que aquí habitan, fijándonos en sus arenas podremos ver las huellas de la nutria, garduña, etc.

Final del itinerario: El Molinillo y la Piedra Talavera (autores)

ITINERARIO II: BARRANCO DE LA HUESA

Parada 1:

Un buen lugar para aparcar el coche antes de iniciar el itinerario a pie, es este llano situado junto al camino que nos conduce a la casa del Olivarejo (autores)

El recorrido a pie parte de la explanada que aparece en la foto, justamente al coronar la subida por la pista asfaltada que se inicia tras cruzar el puente de los Boquerones , próxima al Aula de la Naturaleza (tristemente abandonada y en desuso) del Olivarejo. Es fácilmente reconocible por los eucaliptos que la bordean en el límite que da al barranco de la Huesa. Antes de empezar la caminata, detengámonos por un momento y recreemos la vista contemplando el paisaje que desde este balcón natural se divisa; dos hermosos barrancos esculpidos a lo largo de milenios por los ríos Guadiato y Guadiatillo, cubiertos en gran parte por frondosos encinares. Desde aquí solo vemos una parte del accidentado valle del Guadiato. Asoma el río por Los Borres, desde donde se ve obligado a discurrir entre el estrecho desfiladero que limitan los cerros del Romero y del León a la izquierda (según orilla orográfica), y el alto de las Cabreras sobre la derecha. El río da un giro al Sur, donde se le unen las cristalinas aguas del arroyo Martín Lobo, una de las arterias de esta cuenca. Al parecer el topónimo original fue el de arroyo del Lobo; se le adosó el nombre de Martín (Martín Lobo), que según tradición oral era un monje que vivió en la zona. Actualmente se denomina arroyo Martín.

Brumas y nieblas son un frecuente meteoro en las laderas que caen al Guadiato. Constituyen un tipo de precipitación encubierta que favorece la vegetación umbrófila (autores)

Resuelto en rápidos y charcas, el Guadiato desciende forzado entre las empinadas laderas que conforman el barranco, las Solanas del Molinillo (margen

orográfica derecha) y el cerro Quejigo (izquierda). Continua el cauce bajo la Piedra Talavera, deja atrás las ruinas del molinillo y la conspicua mole del cerro Castro y Picón, que con sus 649 m corona el relieve de la zona, llegándose a observar desde lugares muy distantes de la campiña cordobesa y sevillana. Aguas abajo, traspasado ya el puente de los Boquerones, las laderas de Valdelashuertas (orilla topográfica izquierda) nos muestran un antiguo olivar desdibujado ya y cubierto por la maleza, al que suceden los bosques de La Porrá, frente al Cerro del Trigo (margen orográfica derecha), que estrechan aún más la cinta de agua del Guadiato. Tras recibir al salvaje Guadiatillo, el río cursa los últimos kilómetros de su viaje entre las extraordinarias umbrías de Valdeinfierno, la Percha y la Mancha de la Negra, para quedar domado en el embalse de la Breña, cuyo recrecimiento en 2008 ha supuesto un enorme y extenso impacto ambiental, destruyendo un bosque ripario de insustituible valor ecológico.

Esta impresionante fachada es la que contemplaremos durante casi todo el itinerario, y que iremos retomando durante la marcha. Desde este llano nos asomamos por primera vez a la Umbría de la Huesa, escenario de los sucesos que rememoramos en esta publicación. A la derecha tenemos el paraje del Candeal, donde la familia de José María sembraba los garbanzos, el Coscojal que recorrían ramoneando sus cabras, el Cerro Turumbón donde el joven José María tuvo un encuentro con los guerrilleros...

Antes de comenzar a andar, si no llevamos agua, se recomienda llenar las cantimploras en la fuente situada a unos cien metros de la explanada, frente al Aula y junto a la carretera. Esta fuente, de fina y fresca agua, fue abrevadero de rancheros, ganaderos, carboneros y arrieros, quienes tras subir la empinada cuesta del barranco y llegar a puerto de claridad aliviaban aquí su sed. Fue reformada en la época (fines de los cincuenta y primeros sesenta) de las repoblaciones de pinos (negral, piñonero, canario) que pueden observarse aterrazadas desde la propia explanada y a lo largo del camino.

Tomamos la dirección de la casa del Olivarejo, que se alza a unos 150 m del comienzo, sobre las ruinas del antiguo cortijo. La actual construcción se levantó sobre los años sesenta para albergar a los jornaleros que trabajaron en las repoblaciones de pinos. Estas edificaciones con tejados de uralita, llamadas barracones, se hicieron en todos los montes que sufrieron las masivas repoblaciones de pinos. El cortijo original estuvo en lo alto del cerro, pero un vendaval de aire lo destruyó, emplazándose después donde se encuentra hoy día. Aquí,

en la casa original, vivía la familia de José María y, de forma esporádica era usada por la guardia civil como lugar de destacamento. No muy lejos de aquí estuvieron refugiados las partidas de guerrilleros –muy especialmente la de Julián Caballero– que andaban por la zona, siendo este cortijo uno de los más observados por los guerrilleros, e incluso visitados, tal y como ya se ha relatado.

José María Rodríguez junto a "su" fuente del Olivarejo (autores)

Parada 2:

Nos detenemos tras andar unos 500m a partir de la casa del Olivarejo. Desde este punto damos vista al valle del río Guadiatillo –el Riacho como le apodaban las gentes del lugar– tributario del Guadiato y que nace entre los cerros más dominantes que cierran el paisaje hacia el Norte: el Cruces (888 m) y Peñas Pardas (831m). Recorre unos veinticuatro kilómetros hasta desembocar en el Guadiato, entre los cerros del Trigo y del Caballo, en el paraje conocido como el Vado de los Corzos.

Actual casa del Olivarejo, junto a la que debemos pasar (autores)

A mitad de este valle se localiza el arroyo de las Navas, con sus limpias aguas sombreadas por alisos y fresnos. Desemboca a la altura de Cinco Majadas justo en la Junta de la Aliseda, entre el Cerro de la Campana –cubierto por matorral mediterráneo y un viejo olivar– y el monte de las Lagunas, situado en las elevaciones del Priscalejo, cubierto de pinos de repoblación que esconden retazos del bosque original que fue descuajado, formado por encinas, alcornoques, durillos, madroños...

Panorámica desde la segunda parada: Valle del Guadiatillo, Dehesa de las Milaneras y al fondo Las Albertillas y El Priscalejo (autores)

Las alturas del Priscalejo, presentan una serie de cerritos cuyos nombres nos hacen especular sobre las leyendas y vivencias que tuvieron asiento en esta vasta serranía. Quedan los nombres convertidos en topónimos, como Cerro de la Osa, Priscalejo de los Moriscos, Solanas de la Fuente del Tesoro, Doña Loba, etc. Viejos nombres que invocan un pasado a medio camino entre la realidad y el mito, tesoros ocultos por moriscos, monjes, proscritos o bandoleros; tiempos en los que moraron en estas sierras osos, lobos, linces y corzos...otros muchos nombres se han perdido para siempre, reemplazados por denominaciones más recientes, de modo que podemos rastrear una "toponimia vertical" que al igual que ocurre con los estratos geológicos, nos permite sumergirnos en el pasado, y conocer como fue (y como se vivió) ese universo serreño siglos ha.

Ruinas de la casilla de Las Milaneras (autores)

Estamos frente a la casa de las Milaneras, de las que todavía se mantienen en pie las paredes del cortijo y de la zahúrda, rodeado por un extenso encinar invadido hoy día por matorral serial, pero que en la época de José María fue sin duda una cuidada dehesa en la que se engordaban los cerdos en montanera y en la que también se sembraba aprovechando las zonas más llanas. Por ser el cortijo más grande del lugar, este cortijo era el centro de reunión a la hora de hacer alguna de las fiestas que los rancheros convocaban. Cuentan los más ancianos que vivieron por los años veinte y que conservan la memoria, que esta casa la habitó José el Cantaor. Probablemente hubo una vez, hace mucho tiempo, que en este paraje no eran los pájaros los

únicos que entonaban, ya que, en el Jesús, no lejos de aquí (paraje del arroyo Martín) se cita la Fuente de los Bailaores.

Por aquí discurría una estrecha vereda que unía la casa del Olivarejo con la de las Milaneras, por donde una noche fue José María perseguido por un lobo, tal y como él mismo nos ha contado. El mismo José María nos relata cómo, recién llegada la familia al Olivarejo en los primeros cuarenta, los lobos llegaron a arañar la puerta durante las noches.

Seguimos la marcha entre encinas y alcornoques, hasta llegar a un collado (ver mapa del itinerario) desde donde vemos las laderas aterrazadas por la siembra de pinos. Estas se hicieron con maquinaria pesada llevándose por delante la vegetación natural, cientos de encinas y alcornoques que fueron derribados con este propósito. Hoy día la vegetación natural retoma sus viejos dominios, mezclándose con las especies introducidas por el hombre. Pinos canarios, piñoneros y negrales dan un tono más claro al moreno oscuro natural de estas, propio de la vegetación nativa.

Laderas aterrazadas repobladas de pinos entre los años 60-70 (autores)

Los collados son pasillos naturales que los animales utilizan; saben que se optimiza el esfuerzo, tal y como lo atestiguan las numerosas huellas que podemos observar en este lugar. También para los guerrilleros constituían pasos estratégicos para pasar de un valle a otro, simplemente por evitar penosas subidas y arriesgados descensos. Pero también estos pasos se convierten en peligrosos embudos; los guerrilleros sabían que podían pagar muy caro la comodidad del paso, igual que las fuentes y los puentes, ya que podían estar acechando sus perseguidores para tenderles (como ocurrió en más de una ocasión) una encerrona.

Dejamos un camino a la izquierda que va a Navaserrano (y que es el inicio del itinerario III), para continuar por la pista de la derecha que nos introduce en la cabecera del barranco de la Huesa. Nos encontramos una fuente (fuente

Blanca) a la izquierda del camino, que podemos aprovechar para rellenar las cantimploras y descansar unos minutos, disfrutando del frescor y la sombra del lugar. Por debajo de esta fuente se encontraba uno de los chozos de la familia Cobos Reina. La zarzaparrilla, el taraje, las adelfas, la higuera silvestre, el aladierno... evidencian para el atento caminante las favorables condiciones de humedad que posee el lugar.

Siguiendo el camino atravesamos un bosquete de pino canario, inesperado capricho de algún anónimo ingeniero de montes que introduce un bárbaro toque de exotismo florístico en el corazón de la sierra. Los frecuentes afloramientos de cuarcita, recubiertos de líquenes de color rojizo, albergan en sus oquedades pequeños helechos de diversos tipos.

Más adelante, recién pasado un pequeño puente sobre el arroyo de la Huesa, llegamos a un cruce de caminos. A la izquierda se continua hacia el cortijo de la Pastelera (no confundir con el cortafuegos que arranca al lado), mientras que nosotros debemos girar a la derecha y pasar una cadena.

Parada 3:
Descendiendo, a unos 500 m del cruce anterior, nos salimos del camino, a la derecha, para llegar a un pozo circular recubierto de una placa de hormigón. Este lugar era uno de los principales puntos que tenía la guerrilla para beber agua, cocinar, lavar la ropa en el cercano arroyo... posiblemente, según los relatos orales que nos han llegado, en sus proximidades sonaron los primeros disparos de las fuerzas que atacaban por la parte superior del barranco, empujando a los guerrilleros hacia el estrechamiento de la zona baja, donde les esperaban numerosos guardias civiles, cerrando toda posible escapatoria del barranco. Las aguadas como esta eran lugares muy peligrosos, sobre todo en verano, pero los guerrilleros no tenían más remedio que acercarse a ellos, siempre tras una observación previa.

Seguimos descendiendo barranco abajo por la actual pista, que transcurre por lo que hasta los años sesenta fue una estrecha vereda por la que solo se entraba a pie o con alguna bestia. El arroyo de la Huesa –que lleva agua casi todo el año– nos acompaña a nuestra derecha, invisible en ocasiones bajo la densa vegetación, oculto otras tras las crestas y paredones cuarcíticos, visible por fin en saltos y pequeñas cascadas. El estrecho valle dibuja una afilada y vertical "V" conforme nos acercamos al Guadiato, hasta llegar a una estrechura en la que se

Pequeño memorial junto al pozo y al arroyo de la Huesa.

une al barranco principal (que seguimos nosotros), otro ramal secundario que recoge las aguas de la vertiente del Olivarejo. Aproximadamente a esta altura, según el relato de los hechos, estaba apostada la media compañía de guardias civiles (unos cuarenta hombres) que, formando una línea transversal al cauce, ocupaban ambas laderas e impedían cualquier posibilidad de escape a los guerrilleros de la partida de Julián Caballero, sorprendidos y empujados barranco abajo con las primeras luces del amanecer.

Parada 4:
Llegamos al emplazamiento de uno de los chozos de la familia Culón, que como vimos en el capítulo 2 era el principal enlace y apoyo de la guerrilla en este paraje. Apenas quedan en pie algunos muros de piedra mamposta y restos del más humilde tapial (barro mezclado con paja, cal y guijarros) que se superponía a la piedra hasta alcanzar la altura deseada para las paredes maestras. Los aterrazamientos para la siembra de pinos no solo derribaron los árboles que encontraban a su casa, sino que además tiraron al suelo muchas de las humildes viviendas de rancheros y pastores.

Merece la pena observar con detenimiento la eficaz técnica constructiva de muros y paredes, muestra de la cultura popular rural, pues eran las propias manos de cabreros y rancheros las que encontraban el material, unían sabiamente

las desiguales piedras y sobre ellas elevaban un firme muro rellenando el molde formado con tablones paralelos a base de tierra apisonada. Las rocas más grandes se dedicaban a reforzar las cuatro esquinas de la casa, y en la variedad que presentan reconocemos la diversidad del mapa geológico de la zona: cuarcitas que brillan bajo el sol, oscuras pizarras, azuladas calizas cámbricas, dioritas de pigmentada granulación... telúricos recursos llegados de los inicios del planeta para dar cobijo a estos hombres y mujeres que no contaban con otra cosa.

Ruinas de la Casilla del Tío Culón (Familia Cobos Reina) (autores)

Pocos metros más adelante, en una explanada a la derecha del camino nos encontramos las ruinas de una vivienda de la que solo quedan algunas piedras esparcidas. Puede que la casa del Culón se elevara con los restos de esta edificación, ya que se tenía por costumbre reutilizar el material de las casas y chozos abandonados.

Parada 5:

Finalizamos el recorrido en esta última parada que se encuentra justo al final de la pista que hemos seguido a lo largo del barranco. Aquí nos podemos deleitar con una magnífica vista del río Guadiato, justamente donde se le entrega

Panorámica desde el final del recorrido (autores)

el arroyo de la Huesa. Recreemos la vista (y los demás sentidos) sin prisa y, si es posible, en silencio. Aguas arriba, en la margen derecha tenemos las **Solanas del Molinillo (1)**, cuyo nombre procede de un antiguo molino harinero que hay junto al río. Frente a las Solanas (margen izquierda orográfica) se encuentra la finca **El Quejigo (2)**, donde –según testimonio de los guardas– fue donde se mataron los últimos lobos de la zona ya en los años sesenta, el **Puerto de Artafi (3)** y el **arroyo del Tío Tumbón (4)**, por el que baja la vereda de Villaviciosa y del que puede proceder el nombre del **cerro Turumbón (5)**, que se yergue en redondeada mole justamente frente a nosotros, conformando la margen derecha del barranco de la Huesa en su desembocadura. Recordemos que aquí tuvo José María uno de sus encuentros con la guerrilla, en el que le pidieron la escopeta para luego devolvérsela tras comprobar el lamentable estado en que se encontraba.

También frente a nosotros, pero en la orilla opuesta del Guadiato, observamos la **Casilla de la Plata (6)** que se nos muestra como una breve mancha blanca asomada al vacío del valle. Por encima de la Plata, el **cerro Castripicón (7)** alza sus 649 m otorgando al paisaje un punto de grandiosidad. Tras el incendio que asoló sus laderas hace ya décadas, el monte noble mediterráneo salpicado de alcornoques y quejigos ha vuelto a cubrir las empinadas umbrías, y los rosados crestones de granito se elevan sobre el intenso verde dando cobijo a diferentes especies de rapaces.

Aguas abajo se puede ver el p**uente de los Boquerones (8)**, y la piedra donde estuvo el cable que utilizaban los habitantes de la zona para cruzar mercancías, animales e incluso personas de una orilla a otra cuando el río venía crecido,

por lo que se la acabó llamando la P**iedra del Cable (9)**. Algo por encima de esta se encuentra la **Piedra Abejera (10)**, así denominada porque en una de sus grietas se encontraba un enjambre de abejas; cuando rebosaba la miel por primavera, los cabreros ponían un cántaro abajo para recogerla. Al fondo, pasado el puente y de nuevo en la margen orográfica izquierda, nos encontramos con **Valdelashuertas (11)**, un vergel natural donde emana el frescor de sus veneros, que hace crecer olmos, sauces, avellanos, higueras y almendros, circundados por un antiguo olivar hoy invadido por el monte, cuyas aceitunas se molían en un molino de origen árabe que aun ofrece sus ruinas al avisado caminante en las proximidades del actual cortijo de Valdelashuertas. Lugar de encuentro este en el tiempo de la cosecha, donde los bailes y los cantes inundaban la sierra hasta bien entrada la noche, según nos ha contado Francisco, el viejo guarda de la Porrá.

Precisamente el último cerro que observamos por debajo de Valdelashuertas es la mancha de **"La Cebaera" (12)** o **Mancha Vieja de La Porrá**. Refugio de grandes venados y verracos, la pasión venatoria de la reducida casta de señores, señoritos y asimilados (médicos, abogados, militares, comandantes de puesto de los pueblos cercanos...) tenía aquí un escenario inmejorable para ser satisfecha, celebrándose monterías que aún se recuerdan por los trofeos cobrados.

Pero no sólo guardas y señoritos visitaban esta zona. Ya hemos visto la fuerte presencia guerrillera en las impenetrables umbrías de La Porrá. Aquí se asentaron los hermanos Caballero de Villaviciosa y tuvo su primera base el núcleo dirigente de la que poco después sería la Tercera Agrupación Guerrillera dependiente del Ejercito del Sur; aquí se fraguó el secuestro del hijo de Rafael Salinas, con cuyo rescate pudo ponerse en marcha la citada agrupación guerrillera y fue en la Cueva del Fato, situada en un paquete de calizas cámbricas en lo más hondo de la mancha donde el hijo del último guerrillero abatido en estas sierras –Félix Ramos "Ramillos", de Villaviciosa– tuvo el curioso encuentro con una partida que narramos recogiendo su propio testimonio. Por fin, en el transcurso de una montería en la mancha de La Porrá fue abatido a tiros el perrero Antonio Ballesteros, según la versión oficial a manos de un grupo de guerrilleros que se vieron sorprendidos en su refugio-chozo, aunque según otros testimonios que hemos podido recoger en el pueblo de Almodóvar de viejos compañeros de la víctima, bien pudieron ser algunos de los propios señoritos monteros los que aprovecharon la ocasión para ajustar cuentas con un

hombre de señaladas ideas republicanas, cargándoles el muerto a las partidas que se sabía andaban por la zona.

Pero los acontecimientos trágicos en La Porrá no se limitan a los duros años de la posguerra. Las prácticas cinegéticas de las viejas clases dominantes en estos manchones se remontan a muchos siglos atrás y seguramente en su transcurso llegaron a producirse numerosos percances y accidentes. Uno de los más sonados por la importancia de la víctima y su relativa cercanía a nuestros tiempos, fue la muerte en accidente de caza del conde de Hornachuelos, en 1910. Todavía puede verse, en un claro del interior de la mancha el montaraz monumento funerario erigido en su memoria. Leamos a continuación como fue muerto el conde, según el florido lenguaje de Ruiz de Castañeda (1927):

La Cebaera y Naranjuelos son las dos manchas de reses con que la Porrada cuenta. Monteando en la primera, de triste recuerdo, fue herido mortalmente el conde de Hornachuelos, Don Lope de Hoces, el padre del valeroso infante que en los campos del Rif ofertó su vida al grito de ¡Viva España!.
El fatídico paso de D. Lope ocupaba en aquel nefasto día, inmortalizado por el dolor con un sencillo mausoleo, asentado entre jaras y peñascos, besado por la tranquila corriente del Guadiato, se denomina "la Cruz del Conde" y el reparador emblema del crucificado, allá en la augusta soledad de la callada serranía, nos lleva, si no fuera bastante aquel recuerdo, a balbucear, cristianamente emocionados, una plegaria sentidisima, a la que sirve de eco el apacible discurrir de las cristalinas aguas del río, mudo testigo de la tragedia ¡Paz a los muertos!.

Desde este lugar es fácil observar al águila perdicera surcando el cielo o posada en alguna roca, al igual que el búho real, aunque este, por sus hábitos nocturnos, es más difícil de avistar. En las aguas del Guadiato vive la nutria, y con un poco de paciencia (y prismáticos) podemos observarla desde la parada.

ITINERARIO III: COLLADO DE LAS MILANERAS-NAVASERRANO

Retrocedemos hasta el collado próximo a la parada 2 del primer itinerario, para adentrarnos en las espléndidas dehesas de Navaserrano y los Llanos de la Iglesia. Se trata de un paisaje diferente y complementario del que hasta aquí hemos disfrutado; a los profundos barrancos y avenamientos fluviales cubiertos de man-

chones de monte, surcados por viejos olivares asilvestrados o sembrados de pinos sucede ahora un territorio más llano, suavemente ondulado, limitado por pendientes que descienden hacia los valles fluviales del Guadiatillo, arroyo Martín y Guadiato que lo limitan prácticamente por todos los puntos cardinales excepto por el Norte , hacia donde se prolonga hasta alcanzar los contrafuertes de las dos moles gemelas de Cruces y Peñaspardas, ya próximas a Villaviciosa. Como muy bien expresan los dos topónimos a que hemos hecho referencia (Navaserrano y Llanos de la Iglesia) la topología del terreno corresponde a lo que se entiende por nava: una especie de llanura elevada situada entre dos (o más) cuencas fluviales y que actúa por tanto como divisoria de aguas.

Este tipo de relieve favorece la aparición de suelos relativamente profundos y estables, más aptos que los del itinerario anterior para un uso agropecuario sostenido y, en consecuencia, para sostener un hábitat humano estable y de cierta densidad. De ahí las referencias históricas a viejas aldeas medievales, eremitorios y pequeñas iglesias a las que han sucedido hasta nuestros días cortijos y casas dispersas.

Precisamente son las características físicas y humanas del territorio las que explican la importante presencia guerrillera en la zona, puesto que conforma la retaguardia ideal de los seguros refugios de la Huesa, el Trigo y la Porrá, que han sido descritos en el primer itinerario. Por estos llanos y collados cruzaban las principales rutas que conectaban las tierras de Villaviciosa y el alto Guadiato con las sierras de Córdoba y la Vega del Guadalquivir y concretamente, para el Estado Mayor de la 3ª agrupación guerrillera, conectaba la base de la Huesa con otra base muy utilizada durante años, situada en el Cortijo de las Dalias, al nordeste del término municipal de Villaviciosa. Además, la abundancia de recursos ganaderos y alimentarios, la existencia de casas que ofrecían un posible abrigo y de habitantes de la sierra que potencialmente podían convertirse en apoyos o simpatizantes del movimiento guerrillero (no olvidemos que además de ocultarse o defenderse las partidas tenían la obligación de ampliar la base social antifranquista) hacían de este territorio un área estratégica, que dotaba de profundidad, conectividad y soporte vital los lugares más excéntricos del primer itinerario. Dicho de otro modo, La Huesa y Navaserrano constituían una unidad geográfica de necesaria interconexión para la supervivencia guerrillera: esta no podría haberse sostenido aquí durante años si hubieran faltado uno u otro de estos territorios, colindantes y diferenciados.

Desde el collado de las Milaneras nos desviamos a la izquierda, por un camino ascendente que se introduce en un área de vegetación más cerrada hasta que llegamos a las extensas dehesas de Navaserrano. Nos encontraremos con una pequeña casita de pastores y un cercado ganadero de ovejas; más adelante encontraremos el Cortijo del Almendragón. Fue seguramente aquí donde tuvo lugar uno de los más sangrientos episodios relacionados con la guerrilla, tal y como nos relata Moreno Gómez (2001, pág. 64-65):

Cortijo del Almendragón

El 29 de Agosto de 1940, en un cortijo de Villaviciosa, ocurrió el final del célebre "el Perica" (José García Coleto, de 29 años, de Villanueva de Córdoba) junto a su compañero "El Mojino" (Juan Mateo Gutiérrez Sánchez, también de Villanueva, inscrito como desconocido en Villaviciosa)... en el cortijo de un tal Antonio Murillo Navajas. Los huidos se habían dirigido a tan alejada zona para dar un golpe económico, y según algunos testimonios iban también varios miembros del grupo de los "Juviles". La presencia de estos anarquistas bujalanceños está claramente constatada en 1940 en esta sierra cordobesa. Ya de regreso, "El Perica" y "El Mojino" se detuvieron en el mencionado cortijo, donde debían conocer algún enlace, pero con tal mala fortuna que se encontraba allí el dueño, Antonio Murillo, destacado falangista. Cuando estaban sentados los dos huidos, el dueño les atacó por la espalda, a golpes con una banqueta, hasta que les dio muerte.

Según testimonio oral de uno de los actuales guardas de la zona, uno de los atacados en este lance (el Mojino) no murió en el acto, sino que quedó herido, intentándose ocultar en el barranco de la Huesa, donde fue liquidado al día siguiente.

Este camino de servidumbre enlaza, a un kilómetro aproximadamente desde el cortijo, con la vía pecuaria Córdoba-Villaviciosa (que detallamos en capítulo anterior), la cual tomaremos girando hacia la izquierda, aunque realmente nos introduciremos directamente en ella ya que el tramo que se orienta hacia

Córdoba está prácticamente perdido. Los paisajes que nos acompañan son de extraordinaria belleza, formados por dehesas bien conservadas y con extraordinarios ejemplares de encinas y alcornoques, algunos de excepcional porte.

Parada 1:
Siguiendo la vía pecuaria llegamos al Cortijo de Navaserrano. Llama la atención su buen estado a pesar de mantener su arquitectura primitiva, siendo de especial interés un ejemplar de lentisco, que se encuentra junta la casa, con porte arbóreo. Posiblemente este sea el de mayor porte y grosor de toda la provincia de Córdoba.

Cortijo de Navaserrano. Uno de los mejores ejemplos de arquitectura popular serrana, que conserva actualmente su estructura original (autores)

El aprovechamiento de estas dehesas sigue manteniendo su uso tradicional, encontrando en la explotación del ovino y el porcino su principal recurso. La imagen que nos brinda esta cortijada rodeada de ganado no debe distar mucho de la que antaño debió ofrecer.

Navaserrano constituyó hacia el año 900, el principal núcleo de población del que se tiene constancia, perteneciendo en la época al término municipal de Villanueva de Rey, estando hoy dentro del término de Villaviciosa. Citamos en este sentido el texto de la Guía de la Naturaleza de Villaviciosa (ed. 2005), en relación con el origen del topónimo del cercano arroyo Martín:

"Denominado Martín en recuerdo de un monje así llamado que vivió en el Monasterio de San Martín, ubicado en la Aldea de Rojana, posteriormente denominada Navaserrano. El monje, que murió en 931, llegó a ser obispo en Écija y fue descubierta su lápida por un agricultor que cavaba una viña en el año 1729. Se cree que Navaserrano fue la principal población de la que se tiene constancia en la zona, perteneciente entonces a Villanueva del Rey".

Exactamente, fue en el año 1775 cuando el rey Carlos III otorgó este paraje y villa al pueblo de Villanueva del Rey.

Parada 2:
Retrocedemos unos 700 m por el mismo camino, que coincide en gran parte con la vieja vereda pecuaria Villaviciosa-Córdoba que hemos descrito en el capítulo II, hasta llegar a un cruce. Giramos a la izquierda para avanzar por una antigua calzada cuyo primitivo trazado y firme aún puede observarse en determinados tramos hasta llegar al paraje de los Llanos de la Iglesia. Por aquí quedan trazas y restos de antiguas edificaciones, que atestiguan el doblamiento de la zona y posiblemente los usos religiosos (¿alguna ermita o pequeña iglesia?) a la que hace referencia su nombre. A la derecha de la calzada podemos observar el emplazamiento de un huerto cercado por un muro de piedras.

Unos doscientos metros más adelante del huerto, nos separamos del camino hacia la izquierda para ascender a una loma o alcor, sobre la que se asienta una casa. Nos encontramos exactamente en el Llano de la Iglesia, que desde luego cumple todas las condiciones geográficas para sustentar una pequeña población ligada o relacionada con Navaserrano que pudo aglutinarse alrededor de la primitiva iglesia, a lo largo de la Edad Media.

Concluimos esta parada contemplado uno de los más extraordinarios ejemplares de alcornoque que pueden encontrarse en Sierra Morena. Para llegar hasta su base, debemos recorrer unos cuatrocientos metros en dirección Nordeste desde la mencionada casa del Llano de la Iglesia, dejando a nuestra izquierda un pozo (del que, dicho sea de paso, podemos abastecernos de agua fresca).

Para retornar al punto inicial del itinerario (Collado de las Milaneras) debemos regresar al camino y continuar sobre él unos 500 m, en dirección sur-sureste hasta llegar a un cruce situado en un gran llano adehesado. Aquí giramos a la derecha (dirección sur-suroeste) y seguimos durante cuatrocientos metros

aproximadamente hasta llegar a una pequeña puerta o cancela que tendremos que abrir para pasar adelante. Nos situamos sobre el camino principal de la finca la Pastelera, que debemos seguir hacia el suroeste hasta alcanzar la gran cancela que limita la propiedad. Una vez pasada esta, vemos un cruce donde se une al camino que llevamos, la pista que se adentra en el barranco de la Huesa, cerrada con una cadena. Dejando así a la izquierda esta pista (sin tomarla) continuamos en dirección sur-suroeste hasta llegar al collado donde iniciamos la marcha.

Monumental ejemplar de alcornoque en las proximidades del Llano de la Iglesia (autores)

LOS SENDEROS DE MEMORIA DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA. DE LA ALDEA DE TRASSIERRA AL RIO GUADIATO.

Los Senderos de Memoria se plantean como una ampliación espacial de los Lugares de Memoria, integrando varios de estos que se encuentren próximos en el territorio y presenten un mismo significado histórico, desde el punto de vista de la rememoración de episodios relacionados con la represión del régimen franquista y con la resistencia popular, armada en el caso de la guerrilla antifranquista, que se opuso a la dictadura y luchó por el restablecimiento de las libertades democráticas. Pero además, los senderos pretenden incorporar -junto al relato memorialista- otros aspectos de la vida cotidiana, de las relaciones sociales y de las actividades productivas de los años 40, como marco vital y social en el que se desarrollaron estos actos de represión y resistencia, y como claves para poder explicar y comprender por qué ocurrieron aquellos sucesos. En el caso de espacios naturales o rurales, se incorpora un tercer ámbito de información, centrada en los valores ambientales, biogeográficos y paisajísticos que ofrece el sendero, como activos que pueden atraer a visitantes y a un tipo de turismo cultural y socialmente comprometido.

La primera edición de este libro salió a la luz en 2006 y pronto desde el movimiento memorialista y también desde sectores vinculados al ecologismo se planteó la posibilidad de trasladar parte de la información ofrecida en el texto a una ruta panelizada y señalizada, que transitara por el viejo camino público desde Trassierra al Guadiato. Por fin, el día 5 de Marzo de 2011, con la presencia del entonces concejal de cultura Francisco Cobos como representante del Ayto de Córdoba, junto con destacadas figuras del mundo de la cultura como Luis García Montero y Manuel Gerena, se inauguró oficialmente en el Centro Cívico de la aldea Santa María de Trassierra este doble itinerario histórico-natural denominado ***"Sendero de la Guerrilla antifranquista en Sierra Morena"*** , fruto de un convenio de colaboración entre el Foro por la Memoria de Córdoba y el Ayuntamiento de la ciudad.

Los itinerarios que aquí se desarrollan arrancan de una triple mirada -la propia de la memoria democrática, la relacionada con la historia social del territorio y la que tiene que ver con el medio ambiente- para articular y dotar de contenido informativo dos recorridos centrados en torno a la vida y la muerte del estado mayor de la Tercera Agrupación Guerrillera en Sierra Morena. Los senderos recorren el territorio situado en la margen izquierda del Guadiato, entre la aldea de Trassierra y el vado del Molinillo que era usado para cruzar el rio, aprovechando la antigua vía pecuaria que unía la capital cordobesa con el norte de la provincia y que hemos descrito en el libro. En dos páginas se reproduce el díptico informativo que sintetiza la información sobre el itinerario, incluyendo un breve vocabulario y los trazados sobre hoja cartográfica de los dos itinerarios propuestos: El primero, que transcurre sobre la carretera Córdoba-Villaviciosa, arranca en el panel central del poblado de Santa Maria de Trassierra y termina en el Puente de los Boquerones sobre el Guadiato. El segundo se inicia también en este panel y al llegar a Puerto Artafi, se desvía hacia el cauce del arroyo Tumbón, en dirección al rio Guadiato, que actúa como eje del territorio por el que transitaba la guerrilla. Tiene un carácter peatonal, ideal para senderistas que deseen adentrarse en uno de los espacios de bosque mediterráneo subhúmedo mejor conservados de Sierra Morena.

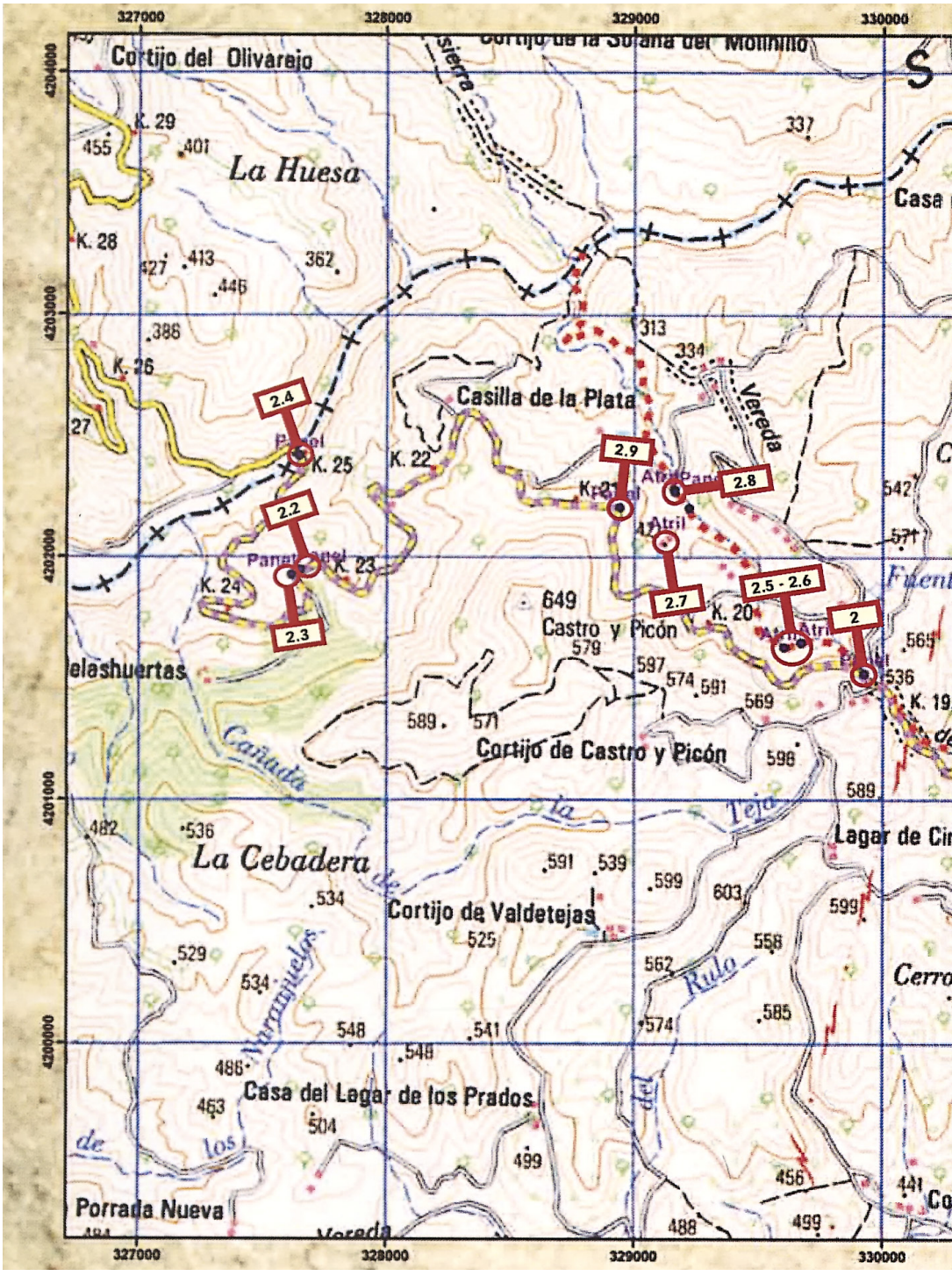
Mesa de inauguración del Sendero de la Memoria de la guerrilla antifranquista el día 5 de marzo de 2011. Entre otros, Ernesto Caballero y Luis Garcia Montero

Una vez, establecidos los itinerarios, se dedica un apartado a reproducir los paneles y atriles que van hilando la ruta por carretera o a través del barranco del arroyo Tumbón, enfocados a la relación que establecían las partidas guerrilleras con el territorio y con la población serrana: El arriesgado tránsito por los puertos y collados; la comunicación con pastores, rancheros y guardas; el aprovisionamiento de agua, veneros y fuentes; el uso de chozas para resguardarse; por último, la cobertura que les proporcionaba el monte hueco o maquia mediterránea. Para la reconstrucción de un relato de nuestro pasado reciente que incorpore la voz de los vencidos por el fascismo, la puesta en valor de este sendero es un sin duda un avance importante, que esperemos sea seguido pronto por la configuración de otros itinerarios, hasta constituir toda una red de senderos de memoria que pueda incluirse en el conjunto del rico patrimonio cultural de Andalucía.

TRÍPTICOS INFORMATIVOS

Tríptico informativo

Para favorecer las visitas no guiadas y el recorrido de los senderos con información histórica y cartográfica previa, desde el Foro por la Memoria de Córdoba



Croquis con itinerario

SENDEROS DE LA MEMORIA HISTORICA
Ruta peatonal
Ruta automovilistica
Señales
N
PANEL CENTRAL
del Quejigo
Cerro del León
Río
Casa de los Borres
Alto de las Cabreras
Casas del Guapo
Cerro Romera
Casas del Salado
Urb. los Llanos de Arjona
Trassierra
Salado
Santa María de Trassierra
rtijo de Lovaca
del Loro
nco Ducados
de los Tres Pilones
331000
332000
333000

elaboramos un díptico informativo con una primera parte, que puede verse a continuación de estas líneas, donde se resume el sentido histórico del sendero y se presenta un vocabulario serrano, dotado de gran fuerza expresiva y desgraciadamente caĺdo en desuso.

Por su interés, reproducimos a continuación el vocabulario:

RANCHEROS: familias humildes que llegaban a un acuerdo con los propietarios de fincas serranas para desmontar el estrato arbustivo con hachuelas y hocinos, que se dedicaba a la producción de carbón vegetal y picón.

GENTE DE LA SIERRA: expresión más común usada por rancheros ,pastores y la población serrana en general para referirse a la resistencia armada antifranquista. Los términos de "bandidos" o "huidos" utilizados por la dictadura nunca fueron empleados por los habitantes de la sierra.

PUERTO DE CLARIDAD: Bella expresión propia de arrieros y trashumantes, con la que se referían a los collados o pasos naturales entre vertientes o laderas montañosas. Normalmente umbrías o poco seguras.

COSARIO: Término que se usaba para nombrar a las personas (normalmente hombres, pero también había mujeres) que se dedicaban a comerciar al por menor con los habitantes de chozos, casas, cortijos y aldeas. En alforjas y serones llevaban mercancías de lo más variado, completando así una mercancía de autoconsumo y de subsistencia. También llevaban y traían cartas y mensajes orales del pueblo a la sierra´

MANCHA: Cubierta vegetal cerrada, con predominio de monte alto o hueco. Constituían restos más o menos extensos del primitivo bosque mediterráneo que perdura en áreas de fuerte pendiente, no aptas para usos agrarios.

CANDELECHO: vocablo de uso oral, con el que rancheros y pastores nombraban a los camastros usados por las familias en los chozos. Se trata de un lecho fabricado con monte y hojarasca.

PIOJALES: Denominación con la que los propios rancheros llamaban a la aglomeración de varias chozas en un terreno, por la proximidad de fuente o venero y la existencia de buen monte para hacer picón y carbón. Demuestra que la

pobreza y la dureza de la vida en la sierra no impedía los rasgos de humor, en este caso negro.

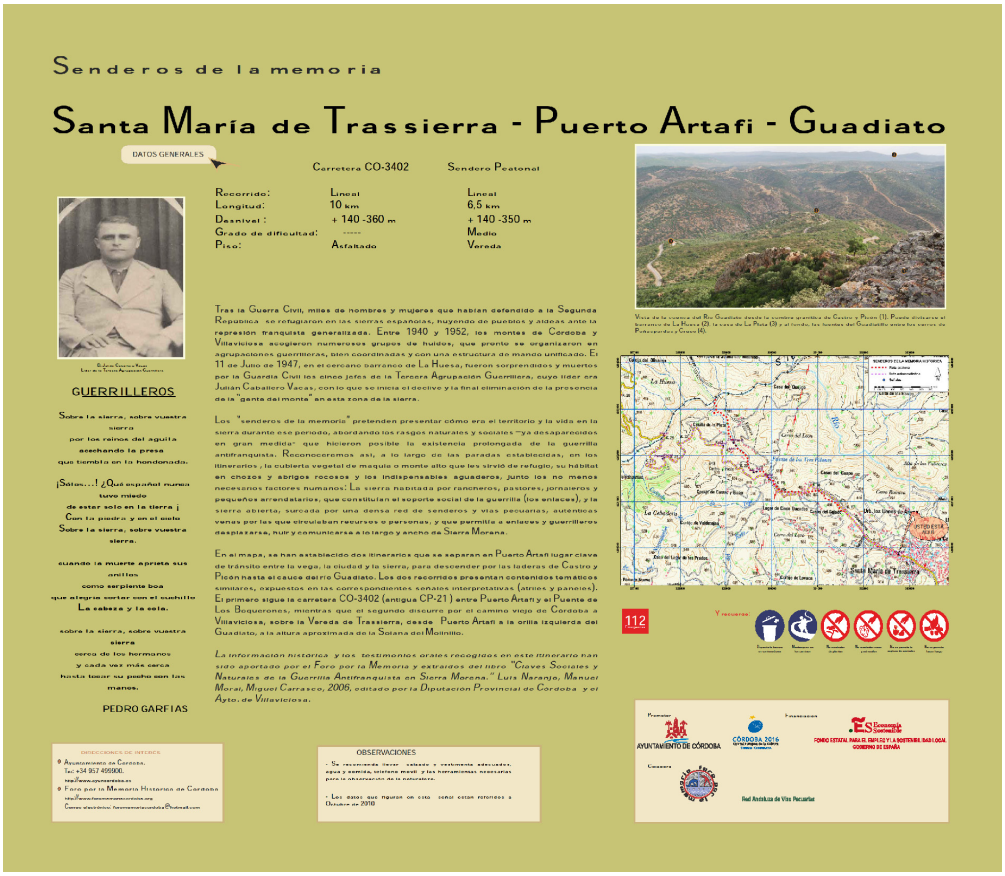
La segunda parte del tríptico presenta un mapa de amplia escala con el trazado de los senderos desde Santa María de Trassierra a Puerto Artafi (parte común o compartida del sendero), desde donde se bifurca para seguir en un caso la carretera hasta el puente de los Boquerones sobre el Guadiato y en el otro el estrecho y hermoso sendero sobre la vieja vía pecuaria siguiendo el cauce del arroyo Tumbón.

El tramo inicial y común del sendero se inicia en la Plaza de la aldea de Trassierra, con el Panel Central, donde se da información general de los itinerarios. Transcurre junto a la carretera utilizando la senda peatonal (para senderistas o ciclistas) que existe a su izquierda hasta llegar a Puerto Artafi, donde se sitúa en el mapa el panel 2, dedicado a la relación entre la guerrilla y los puertos o pasos de montaña, como éste de Puerto Artafi, importante porque unía el valle del Guadiato con la próxima Trassierra y de ahí a Córdoba.

A partir de este punto, el sendero se bifurca en dos trazados, uno que sigue la carretera hasta el Puente de los Boquerones y otro que se adentra por un paraje umbrío de maquia y bosque mediterráneo siguiendo la vía pecuaria junto al arroyo Tumbón, para finalizar en una pista próxima al Guadiato, desde donde puede descenderse, ya sin señalizaciones hasta el vado del Molinillo. En el mapa, el trazado intermitente amarillo representa el trazado por carretera y el rojo la ruta por el arroyo Tumbón. En la parte inicial, desde Trassierra a Puerto Artafi, se superponen. Reproducimos a continuación imágenes y contenidos de los paneles, ya que los atriles del sendero peatonal reproducen exactamente la misma información, salvo en el caso del atril dedicado a las Fuentes y abrevaderos, que por tanto incluimos.

PANELES Y ATRILES INFORMATIVOS

PANEL CENTRAL EN LA PLAZA DE SANTA MARÍA DE TRASSIERRA



La fotografía de Julián Caballero Vacas, la panorámica de la Umbría de la Huesa desde la cumbre de Castro y Picón y un mapa con el trazado de las rutas enmarcan un texto de síntesis donde se describen los rasgos básicos del recorrido (lineal, longitud de unos 10 km ida y vuelta, desnivel de unos 180 metros, grado de dificultad medio y piso asfaltado en la ruta por carretera y verde por la via pecuaria a partir de Puerto Artafi. A continuación, el panel ofrece una breve información histórica sobre el hecho de la presencia guerrillera en estas sierras.

SEGUNDO PANEL. PUERTO ARTAFI

En el mapa del díptico está marcado con el número dos. Las imágenes representan el entorno biofísico de la zona, especialmente la existencia de pequeñas manchas de castañares, que pueden verse ya en este punto. El mapa sitúa al caminante en el punto donde se encuentra el panel, que describe la importancia de estos pasos de montaña para los desplazamientos de población, mercancías y en concreto de los hombres de la sierra, que en más de una ocasión acudían a mezclarse con los trabajadores que acudían a la recolección de la aceituna o de la avellana cordobesa en la cabecera del arroyo del Molino. Los pasos podían estar vigilados por la guardia civil o por determinados guardas de fincas, que en más de una ocasión actuaban como ojos y oídos de los civiles, a cambio de ciertos privilegios y prebendas.

PANEL 3. RANCHEROS, GUERRILLEROS Y MONTE MEDITERRÁNEO

Descendiendo por la carretera nos encontramos en un pequeño llano a la derecha, el panel dedicado a la estrecha relación que la guerrilla mantenía con la maquia o monte noble mediterráneo, así como con las familias de rancheros que vivían de la roza y quema de este estrato arbustivo.

Las imágenes nos trasladan el paisaje de monte y maquia que suministraba la materia prima para el trabajo de los rancheros y dos fotografías de hace más de un siglo, que muestran una sierra preindustrial que cobijaba a rancheros de la época en un régimen de autarquía y subsistencia.

Fueron frecuentes los encuentros y la coexistencia entre la guerrilla y las familias de rancheros, que en muchos casos, a cambio de dinero, suministraban algunos de los escasos recursos alimentarios de los que disponían como leche

de cabra o pan, pero sobre todo podían dar información respecto a la presencia cercana de fuerzas de la guardia civil. Algunos llegaron a actuar como enlaces, hasta la concentración en el entorno de los cortijos que se impuso tras la aprobación en abril de 1947 de la ley de represión del bandidaje y el terrorismo, la siniestra Ley de fugas, que supuso el abandono de amplios espacios de la sierra. En el mapa aparece señalizado como 2.9

PANEL 4. PASTORES, OLIVAREROS, GUERRILLEROS

Este panel se encuentra situado en un llano a la derecha de la carretera, frente a los viejos olivares hoy asilvestrados de la finca de Valdelashuertas. Zona también de uso ganadero en las caídas al Guadiato, frescas y buenas para pastos y ramoneo de cabras y ovejas. No fueron pocos los cabreros que ayudaron, mira-

ron para otro lado o actuaron como enlaces de la guerrilla (recordemos el caso de Ernesto, el cabrero de los Boquerones que acabó detenido el 11 de Junio de 1947 en la Huesa), y tampoco fue infrecuente la presencia de gente de la sierra en las cuadrillas de olivareros que se desplazaban por estas empinadas laderas. Lo más interesante del panel reside en la comparativa de dos imágenes de la zona (incluye la cumbre de Castro y Picón y las umbrías de la Porrá) separadas por medio siglo. Como ya hemos comentado, se observa la mayor densidad arbórea y arbustiva del presente en relación con la sierra habitada y cultivada que la guerrilla vivió, reflejada en la ortofoto de 1956.

PANEL CINCO. EL BARRANCO DE LA HUESA

Junto al anterior panel, se encuentra este (marcados con el 2-2 y 2-3 en el mapa), orientado hacia el barranco de la Huesa, que puede observarse en su tramo fi-

nal desde aquí. En el texto se describe la geomorfología y la cubierta vegetal del barranco, mientras que las imágenes muestran el pozo (con bandera republicana) en cuyas proximidades pudo comenzar la tragedia del Estado Mayor, y debajo las ruinas del sólido edificio que da nombre a la Solana del Molinillo, en el paso del Guadiato que comunicaba con la margen derecha y seguía buscando la finca de la Pastelera.

PANEL 6. PUENTE DE LOS BOQUERONES Y PIEDRA DEL CABLE

El último panel del sendero por carretera está situado junto al puente de los Boquerones que permite salvar el cauce del Guadiato y continuar el ascenso hacia el llano del Olivarejo, puerta de entrada al valle, barranco o Umbría de la Huesa. En el mapa está señalado como el 2.4.

Desde este punto se observa el gran peñasco del Turumbón, que cierra la margen derecha de la desembocadura del arroyo de la Huesa, y que es citado en uno de los interesantes testimonios de Jose Maria El Churrero, en el que narra su encuentro siendo muy joven con la partida guerrillera. En el texto se cuenta como, hasta la construcción del puente en los años 60 del pasado siglo lo que existía aquí para cruzar el rio era una gruesa maroma con un gran cesto o cajón de madera que mediante poleas se desplazaba de una orilla a otra del Guadiato. Dicha maroma estaba fijada en el gran estribo rocoso de una y otra parte del cauce, de ahí el topónimo popular de "Piedra del Cable"

SENDERO VERDE POR LA VIA PECUARIA DEL ARROYO TUMBÓN.

Este sendero, como ya hemos señalado, se bifurca a partir del panel número dos, en Puerto Artafi, para conectar con un tramo de la vieja vía pecuaria que enlaza Córdoba con Villaviciosa. Debemos tomar la pista que surge del pie mismo del panel y se dirige a la izquierda pasando al lado y por encima de una casa (no tomar la pista que queda a la derecha). Tras caminar unos minutos, a la izquierda aparece una rudimentaria puerta abierta sobre la alambrada que da paso a otra estrecha pista o camino cubierto parcialmente de vegetación herbácea. Siguiéndolo llegaremos a una corta pero inclinada pendiente que nos introduce en el ambiente umbrío de la orilla izquierda del arroyo Tumbón, que nos acompañara mientras andamos bajo una bóveda verde sostenida por grue-

sos troncos de quejigos, almezos y castaños, salpicados en la base por manchas de helechos. Ya cerca del final del sendero, tras pasar la Fuente del Oso, un pequeño regato que arranca de una surgencia metros arriba del sendero nos da la ocasión para situar allí el siguiente atril, dedicado a la importancia de veneros y fuentes para la supervivencia de la guerrilla, especialmente en los meses de verano. En la década de los 40 del siglo XX existían muchos más puntos de agua que en la actualidad repartidos por toda la sierra, que han ido desapareciendo porque se han cegado sin mantenimiento tras el abandono de la población, por el descenso del manto freático debido a la sobreexplotación y la tendencia decreciente de las precipitaciones.

A pesar de esto, la sequía veraniega hacía que se secaran muchas fuentes, por lo que siempre era posible una emboscada o un aguardo de las fuerzas represoras cuando había que realizar aprovisionamientos de agua. Precisamente una de las ventajas que hizo del alargado valle de la Huesa un lugar bastante frecuentado por los guerrilleros de Villaviciosa y del norte de la provincia, además de la base que tenían allí los de Julián Caballero, era la abundancia de pozos y manantiales, junto al propio arroyo que corría hasta bien entrado el verano.

Marcado con el punto 2.8 en el mapa, al finalizar el sendero panelizado llegamos a una pista ancha y cuidada que, si la seguimos a la izquierda nos devolvería a la carretera de la que hemos partido en Puerto Artafi, pero varios kilómetros más abajo. En este punto se sitúa el panel dedicado al patrimonio popular material,

rico, frágil y ya casi desaparecido constituido por las modelos, materiales y técnicas constructivas de las viviendas de los campesinos sin tierra. Chozas de temporada, arquitectura efímera, chozos de media pared, uso del tapial y de la mampostería…arquitectura sabia y humilde, sostenible y con nulo impacto ambiental, que resolvía con sobriedad y eficacia las básicas necesidades de cobijo y protección frente al frio invernal.

Para senderistas atrevidos existe la posibilidad de alcanzar el vado sobre el Guadiato y, una vez cruzado remontar por la orilla opuesta hasta alcanzar la salida del barranco de la Huesa (la que buscaron en imposible huida los caidos el 11 de junio de 1947), con lo que conectaríamos con los otros itinerarios establecidos y comentados en el libro (La Huesa-Navaserrano-llano del Olivarejo). El Foro por la Memoria de Córdoba, junto con otras asociaciones organiza todas los años por otoño-invierno y en Abril, salidas guiadas por los autores de este libro, en las que se puede participar avisando al correo del Foro:
foromemoriademocraticacordoba@gmail.com

Junto al pozo y muy cerca del arroyo de la Huesa en el que se consumó el fin de la Tercera Agrupación, homenaje anual a las víctimas del Desastre de la Huesa, en torno al modesto memorial que recuerda la tragedia. En primer plano, los tres hijos de Julián, Miguel, Dolores y Ernesto. Al lado de Miguel, el nieto Julián Caballero Aperador.

LA HUESA, LUGAR DE MEMORIA DEMOCRÁTICA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA.

Dolores Caballero, hija de Julián Caballero Vacas, en el uso de la palabra en el acto de inauguración del Lugar de Memoria Democrática dedicado a la Tercera Agrupación.

La Ley de Memoria Histórica y Democrática de la Junta de Andalucía establece en su artículo 23 la figura de "Lugar de Memoria Democrática de Andalucía" a aquellos espacios geográficos (naturales, rurales o urbanos) en los que se hayan desarrollado hechos o actuaciones singulares vinculados con la represión sobre la población, a lo largo del golpe militar, la Guerra Civil, la Dictadura Franquista y la Transición, así como con la resistencia popular y el sostenimiento de los valores democráticos

Como esperamos haber mostrado en las páginas anteriores, el Barranco o Umbría de la Huesa cumple sobradamente los criterios o rasgos establecidos en

la Ley, por lo que se convirtió en el primer Lugar de Memoria Democrática señalizado y catalogado oficialmente, el 8 de junio de 2014, tras la aprobación del Proyecto de Ley. El monolito memorial se alza en la plaza de Trassierra, junto al Centro Cívico y muy próximo al panel central de inicio del Sendero de la Memoria dedicado a la guerrilla que incluimos a continuación. Se trata de resignificar y mostrar a la población este espacio, para que deje de ser un lugar de no-memoria y se convierta en un territorio cargado de significado como referente de la lucha antifascista y de defensa de la libertad y la igualdad.

Desde el punto de vista institucional, el Memorial fue inaugurado por el entonces vicepresidente de la Junta de Andalucía Diego Valderas, pero los auténticos protagonistas fueron los hijos del jefe guerrillero, Ernesto y Dolores, el gran historiador de la guerrilla antifranquista Francisco Moreno Gómez junto con las víctimas del franquismo y militantes por la memoria democrática que acudieron al acto. Dolores, con toda una vida a sus espaldas dedicada al activismo obrero y a mantener la memoria de los que como su padre lucharon contra el fascismo, tomó la palabra para rememorar y rendir homenaje a la guerrilla antifranquista.

En el monolito puede leerse el siguiente texto:

> *En memoria y homenaje a todos los enlaces, guerrilleros y guerrilleras que dieron su vida en estas sierras luchando contra la dictadura franquista y en defensa del legítimo estado republicano. Que los valores de justicia y libertad por los que lucharon perduren para siempre.*

APÉNDICE

ANÁLISIS BIOFÍSICO DEL BARRANCO DE LA HUESA Y SU ENTORNO GEOGRÁFICO

LAS CONDICIONES NATURALES DEL TERRITORIO DE SIERRA MORENA EN EL QUE SE ASENTARON LOS GRUPOS DE HUIDOS Y LAS PARTIDAS DE LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA ENTRE 1939 Y 1951.

ANÁLISIS BIOFÍSICO DE LA HUESA Y SU ENTORNO

La Umbría de la Huesa se encuentra –como ya hemos señalado- en el término Municipal de Villaviciosa e incluida en la finca El Olivarejo de titularidad pública. Forma parte de la gran unidad de Sierra Morena, encuadrándose, por la tipología del relieve, en el Valle de Guadiato, principal arteria que limita la Huesa hacia el sur. El río Guadiato constituye el límite, por su extremo este, con el Parque Natural de la Sierra de Hornachuelos, por lo que la Huesa y su entorno conforman la misma unidad paisajística y ecológica que el Parque Natural, dando continuidad a este vasto territorio.

Los suelos más representativos se desarrollan sobre rocas metamórficas del Paleozoico (cuarcitas, pizarras...) y rocas intrusivas semiácidas (dioritas) en el tramo superior del barranco y navas que separan las cuencas del Guadiatillo, la Huesa y arroyo Martín (Navaserrano, Llanos de la Iglesia). El desarrollo edáfico es escaso y de carácter ácido, debido, entre otras razones al reducido aporte de elementos fertilizantes. De esto se deriva la vocación forestal de los suelos y el uso ganadero y cinegético como explotación preferente, frente a un limitadísimo aprovechamiento agrícola, hoy en desuso, pero que entre las décadas de los años 40 y 50 –a modo de pequeñas huertas y sembrados de cereal y legumbres- supusieron un complemento a las economías de subsistencia que primaron en las familias arranchadas en la sierra. La citada vocación forestal de los suelos ha contribuido a que el término municipal de Villaviciosa sea uno de los que mantienen una mayor superficie arbolada de Andalucía, un 89,51% sobre un total de 469 km2, de los que un 24,5% corresponde a arbolado denso, el 46,32% matorral con arbolado y el 9,17% son formaciones herbáceas con arbolado. Las superficies agrícolas suponen el 10,11% del territorio y el 0,30% son superficies construidas o alteradas.

Nos encontramos en el piso bioclimático basal termo y mesomediterráneo, con amplias áreas de transición entre uno y otro, en las que predomina el bosque

mediterráneo esclerófilo, representado por la encina como principal exponente del estrato arbóreo. En los lugares subhúmedos, orientados al Norte o al Nordeste (umbrías) la encina se deja acompañar por alcornoque, y por quejigo (variedad Quercus faginea) en los más húmedos y umbríos.

La tipificación climática de esta zona podríamos calificarla como mesomediterránea-semiseca, con temperaturas medias anuales en torno a 17º C, altitudes entre los 200 y 600 m. y una pluviometría que oscila entre los 600-800 mm. Se trata pues de una zona de transición hacia la tipificación mesomediterránea subhúmeda –lo que explica la gran biodiversidad florística de la zona– pero mostrando a la encina como especie dominante sobre el alcornoque y el quejigo.

Básicamente podemos diferenciar dos tipos de formaciones vegetales, por un lado, las riparias (bosque de ribera) entre las que destacan las saucedas, alamedas, fresnedas y reducidos grupos de alisos y olmos, junto con tamujares y ribetes de zarza y adelfa. Por otro lado, las formaciones boscosas y arbustivas de matorral noble que, en muchos casos presentan un excelente estado de conservación. No obstante, ambas formaciones, han sufrido notablemente los desbastadores efectos del recrecimiento del embalse de la Breña, inundando miles de hectáreas de bosque mediterráneo y de ribera, nueve kilómetros del río Guadiato y seis de la Cabrilla.

Las formaciones boscosas cuentan con una vegetación mediterránea climácica, esencialmente en aquellas áreas de fuerte pendiente inmediatas a los cursos de agua de la zona, y en las limítrofes con el Parque Natural de la Sierra de Hornachuelos. Destacamos las tres umbrías de la Porrá (que citamos reiteradamente a lo largo del texto), la cara Norte de Castripicón, con bosquetes de castaños introducidos, el notable quejigal de la ladera del cerro del Trigo que mira al Guadiato y el Cerro del Castaño, una de las zonas mejor conservadas de alcornocal puro, ya en el interior del Parque Natural. Especial interés florístico -por su carácter excepcional en la zona- reviste la formación serial climácica jaral-brezal que localizamos en las escarpadas laderas orientadas al norte-noroeste de la margen orográfica izquierda del arroyo Martín.

El matorral varía en función de la orientación de las laderas, encontrando series de coscoja, jara y lentisco en solana, y madroñal, durillo, agracejo, aladierno y cornicabra, entre otras en las zonas de umbría. En las laderas más abruptas y pedregosas domina el acebuchal.

El Olivarejo y la Huesa también presentan áreas repobladas con pino piñonero, negral y canario, contrastando el fuerte descenso de la biodiversidad de estas áreas con el destacable encinar adehesado circundante de las Milaneras y Navalserrano. Fruto de la intensa actividad antrópica de los años cuarenta y cincuenta que constituye el eje central de nuestro relato aparecen áreas de matorral degradado donde predominan diversas especies de jara, torvisco, lentisco, coscoja, retamas y aulagas.

Grietas y abrigos rocosos utilizados ocasionalmente por la guerrilla (autores)

Los afloramientos rocosos son escasos y constituyen formaciones poco notables. Primordialmente se trata de crestones cuarcíticos en las líneas de cumbres y zonas altas de ladera y formaciones de materiales graníticos y granodioríticos, como los que coronan espectacularmente el cerro Castripicón (649m). También aparecen paquetes de calizas cámbricas (*piedras azulonas*, o jabalunas, como se las conoce en la zona), como ocurre en la loma donde se asienta la casa de Los Boquerones y a lo largo del cauce del río Guadiato. En un pequeño afloramiento rocoso localizado a media ladera del *Cerro de las Atalayas*, rodeado de encinas y pino piñonero, pueden localizarse algunas matas de una de las herbáceas de distribución más rara y peculiar, pues este punto supone su límite geográfico dando un salto a Grecia, donde aparece nuevamente; se trata del endemismo *Trifolium boissieri*.

La diversidad de unidades vegetales que conforman estructuras combinadas confieren un valor excepcional a estas sierras, pues los paisajes en mosaico en los que se intercalan áreas de bosque con monte bajo, monte alto, dehesas, pastizales y bosques galería crean una serie de hábitats disponibles en función de las necesidades adaptativas de una buena variedad de especies animales, lo que se tra-

El Trifolium boissieri es una de las joyas botánicas de este enclave natural (autores)

duce en riqueza biológica. A ello contribuye el buen estado de conservación de gran parte de este territorio.

En las masas forestales y dehesas conforman el biotopo del águila imperial, águila real, azor, gavilán, gato montés, garduña, jabalí ciervo, entre otros.Existe una gran diversidad de aves, muchas de ellas están presentes durante todo el año, como por ejemplo el totovía, la curruca cabecinegra, pito real, martín pescador..., otras llegan desde el norte de Europa para invernar, como es el caso del zorzal común, pinzón real, camachuelo, acentor, y en primavera, desde el continente africano, entran para reproducirse el alcaudón común, chotacabras, águila culebrera, águila calzada...

Las extraordinarias dehesas de las Milaneras y Navaserrano aún se utilizan de manera tradicional para el aprovechamiento ganadero (ovino y porcino), estando bien conservadas debido a su regeneración.

Paisaje de solanas en el Valle del Guadiato (autores)

En los roquedos destaca el águila perdicera, el águila real y el búho real, y sus intrincadas oquedades dan cobijo a depredadores como el zorro, la garduña, el meloncillo y al tejón. La observación de los mamíferos se hace más difícil (salvo el caso de los abundantes ciervos), debido a su ocultación entre el monte y las rocas, la mejor manera para detectar su presencia es con la localización de rastros y señales.

En los ambientes acuáticos se encuentra la cigüeña negra, a la que podemos ver desde inicios de primavera, cuando llega para reproducirse, hasta finales del verano, cuando marcha a África a sus cuarteles de invierno, y la esquiva nutria que está presente durante todo el año.

Hay que destacar la reciente recolonización de especies que desaparecieron hace varias décadas como reproductoras, es el caso del águila imperial y el buitre leonado. En la primera edición (2006) de este libro comentábamos:

En determinadas ocasiones se observan inmaduros de águila imperial en fase de dispersión; de seguir la recuperación que parece apuntar de esta emblemática especie (símbolo del colindante parque natural de Hornachuelos), es probable que un día establezcan aquí un territorio pues es un lugar potencialmente ideal para esta gran rapaz catalogada "En Peligro Crítico de Extinción".

Es frecuente observar buitres negros y buitres leonados procedentes de las colonias de la Sierra de Hornachuelos, que otean aquí posibles carroñas. Puede que estas aves tuvieran antiguamente una pequeña colonia en el cerro de Castripicón, ya que aparecían en los años cuarenta y cincuenta con frecuencia sobre la campiña de Córdoba y la vega del Guadalquivir. Cuando la gente de los pueblos próximos los veía, decían "ya vienen los buitres de Castro y Picón" lo que apoyaría esta idea, aunque carecemos de testimonios directos de esta posible buitrera.

En el caso del águila imperial, ha terminado por establecer territorios en la zona, como ya predijimos que podía pasar hace años, y en el del buitre leonado, ha vuelto a colonizar sus antiguas zonas de nidificación del Cerro Castro y Picón, así como en otros roquedos aledaños. La memoria de las personas que vivieron en la zona constituye una de las mejores herramientas para conocer el pasado natural y social.

La caza es la explotación principal del lugar en la actualidad que, junto con otros usos del medio (explotación maderera, saca del corcho...), se ha convertido en una actividad productiva con capacidad para generar ingresos. Uno de los efectos derivados de la mercantilización de la actividad cinegética que se evidencian en esta zona (al igual que en la mayor parte de Sierra Morena) consiste en anteponer los intereses económicos a los ecológicos mediante explotaciones intensivas que derivan en alteración y transformación de los hábitats por presión de herbívoros sobre la cubierta forestal, aumento consiguiente de la erosión, abandono de actividades tradicionales, instalación de cercas que impiden el movimiento natural de la fauna, apertura de nuevas pistas, caminos y tiraderos.

En el siguiente cuadro exponemos de forma resumida la correlación ecológica entre hábitats y especies representativas que los ocupan:

ESPECIES PRESENTES EN LA HUESA Y ENTORNO			
VEGETACIÓN		FAUNA	
Árboles	**Arbustos y matorral**	**Mamíferos**	**Aves**
Acacia	Adelfa	Ciervo	Abubilla
Acebuche	Agracejo	Comadreja	Agateador común
Álamo blanco	Aladierno	Conejo	Águila imperial
Álamo negro	Aulaga	Garduña	Águila calzada
Alcornoque	Avellano	Gato montés	Águila culebrera
Aliso	Brezo blanco	Gineta	Águila perdicera
Almez	Brezo rubio	Jabalí	Águila real
Castaño	Cornicabra	Liebre	Alcaudón común
Encina	Coronilla	Lirón careto	Alcaudón real
Enebro	Coscoja	Meloncillo	Ánade real
Eucalipto	Durillo	Musaraña	Andarrios chico
Fresno	Enborrachacabras	Musarañita	Andarrio grande
Olmo	Espino negro	Nutria	Arrendajo
Pino canario	Jaguarzo negro	Rata de agua	Acentor común
Pino negral	Jara blanca	Rata negra	Autillo
Pino piñonero	Jara cervuna	Ratón de campo	Avión común
Piruétano	Jara pringosa	Tejón	Avión roquero
Quejigo	Jara rizada	Turón	Azor
Sauce	Jara vaquera	Zorro	Bisbita común
	Labiérnago		Búho chico
	Lavanda		Búho real
	Lentisco		Buitre leonado
	Madroño		Buitre negro
	Majuelo		Cárabo común
	Matagallo		Carbonero común
	Mejorana		Cernícalo vulgar
	Mirto		Colirrojo real
	Retama		Colirrojo tizón
	Romero		Corlitejo chico
	Tamujo		Cigüeña negra
	Taraje		Cogujada común
	Torvisco		Cogujada montesina
	Zarzamora		Curruca rabilarga
	Zumaque		Curruca cabecinegra
			Curruca capirotada
			Curruca carrasqueña
			Escribano montesino
			Escribano soteño
			Gavilán
			Garza real
			Golondrina común
			Golondrina dáurica
			Gorrión común
			Gorrión chillón
			Halcón peregrino
			Herrerillo común
			Herrerillo capuchino
			Jilguero
			Lavandera blanca
			Lavandera cascadeña
			Lechuza común
			Martinete
			Martín pescador
			Mirlo común
			Mochuelo común

ESPECIES PRESENTES EN LA HUESA Y ENTORNO			
VEGETACIÓN		FAUNA	
Árboles	**Arbustos y matorral**	**Mamíferos**	**Aves**
			Paloma torcaz Pardillo Perdiz roja Petirrojo Pico picapinos Picogordo Pinzón vulgar Pinzón real Pito real Rabilargo Ratonero común Roquero solitario Torcecuello Tórtola europea Totovía Vencejo común Vencejo culiblanco cafre Verdecillo Verderón común Zorzal charlo Zorzal común Zorzal alirrojo Zorzal real

Desaparición y rarificación de la fauna en el Olivarejo y su entorno.

La presencia humana en la zona a lo largo de los años cuarenta y cincuenta y las consiguientes actividades de explotación tradicional del medio que hasta aquí hemos reseñado no trajo consigo la disminución de la diversidad de la fauna, sino más bien lo contrario. Prácticas centenarias como pequeñas rozas para las siembras, la domesticación del fuego con la sabia hechura de *contrafuegos*, el mosaico de pequeños cultivos que se daban entre dehesas y manchas apretadas de bosque y matorral mediterráneo, constituían el mejor caldo de cultivo para el conejo y para un sin fin de depredadores que se alimentan de él, obteniendo así alimento y refugio.

Ruiz de Castañeda (op.c. Diario Córdoba, 13-11-93) publica en 1927 un libro dedicado a la caza, en el que dedica un capítulo a la *Porrá*, confirmando con sus cifras la enorme abundancia de conejos en los años 20:
De 1920 a 1921: 1632 conejos
De 1921 a 1922:1330
De 1922 a 1923:5830
De 1923 a 1924:3200
En total 11.922 conejos, sin contar los muchos cientos de perdices, gallinetas...

La emigración masiva que se produce en los inicios de los sesenta supone la despoblación y el abandono de amplias extensiones de la sierra. El paisaje humano de pastores, rancheros, cabreros, porqueros, vaqueros, aceituneros... desapareció en poco tiempo cambiando para siempre la fisonomía y la personalidad de estos montes. Se rompe la simbiosis entre los habitantes de la sierra y las especies cinegéticas que están en la base de la cadena alimentaria y los primeros en sufrir las consecuencias fueron los superdepredadores que como el lince y las grandes rapaces, quedaron sin su principal alimento.

El común conejo de monte supuso una de las bases alimenticias de los habitantes de la sierrra (autores)

Este proceso se ve agudizado por la intensificación de una actividad que hasta entonces se había venido realizando, pero de forma elitista y secundaria: la caza, que terminará siendo el principal aprovechamiento del desierto humano que ahora es Sierra Morena. El exterminio de los predadores era el principal objetivo para aumentar el patrimonio cinegético rentable, en los nuevos y cercados cotos de caza que se fueron implantando. Se crearon entonces las Juntas de Extinción de Animales Dañinos dependientes de la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial, que estuvieron funcionando desde el año 1944 hasta 1973, con un periodo álgido en los años cincuenta. Como vemos también la dictadura se empleó a fondo contra la naturaleza española.

Se conservan datos parciales de esta monumental agresión hecha desde la legalidad franquista, que apuntan a que solo durante la década de los cincuenta sucumbieron casi 4.000.000 de animales dañinos, de los que al menos 20.000 eran rapaces de gran tamaño. Todos los métodos eran válidos para exterminar a cualquier animal que pretendiera comer una sola perdiz; se llegó a sembrar el campo con cepos, lazos, veneno... las minas anti-depredadores de la época. Más de un piconero y más de una pobre mujer a la rebusca de carbón fueron atrapados y heridos por estos cepos. La consecuencia fue un gran desastre medioambiental que llevó a muchas especies de la fauna ibérica al estatus demográfico más bajo de la historia.

Paradójicamente, esta devastación produjo efectos contrarios a los esperados, puesto que los métodos no selectivos utilizados por los alimañeros casi exterminaron a los superdepredadores como el lince ibérico y el lobo, provocando un grave desequilibrio en los ecosistemas que favoreció la incontrolada proliferación de predadores oportunistas (como el zorro o la urraca), al acabar con sus *enemigos* naturales.

La finca del Olivarejo es un buen exponente de estos lamentables hechos. Se convirtió en coto a comienzos de los sesenta y se sembró de lazos, cepos y veneno, poniéndose así punto y final al prolongado equilibrio entre el hombre y el medio natural que hemos descrito en páginas anteriores. Cuentan algunas personas que guardaban el coto que se exterminaron multitud de predadores, incluso jabalíes, de modo que hasta bastante tiempo después de que dejara de usarse el veneno, seguían sucumbiendo aún muchos animales, puesto que la cadena trófica se encontraba fuertemente contaminada.

Se dio el caso de perros de rehala que murieron en una montería al comer los huesos de un jabalí que había sido envenenado, con este escenario, difícilmente podrían vivir el buitres y águilas imperiales. La desaparición de ciertas especies como el corzo, vino acompañada del anormal crecimiento del número de ejemplares de otras, como el ciervo y el jabalí. Se extinguió el lobo y se fue rarificando el lince hasta su desaparición; solo quedan los recuerdos de sus nombres escritos en la toponimia del paisaje: la **Tabla del Gato, las malezas del Gato, la Majada del Gato** o el **Barranco del Lobo, los Llanos de Doña Loba…** como también quedaron el **Vado de los Corzos, Arroyo de los Corzos, Fuente del Oso** o **Cerro de la Osa**, única huella que queda de nobles especies que un día señorearon estos parajes.

A continuación, transcribimos algunos fragmentos de la entrevista mantenida con **Bernardo Martínez**, viejo ranchero de la zona actualmente residente en Almodóvar del Río, que corrobora con viveza el proceso que acabamos de describir:

CONEJOS
Había muchos conejos; todos los días cogíamos seis, siete o más con cepos... estábamos hartos de comer conejo.

CIERVOS Y JABALÍES

Había bastantes jabalíes; ciervos había, pero pocos, también algunos corzos, esa cacería era para los señoritos; la cacería nuestra era la chica, de conejos y perdigones. En **Mesas Altas** *del "Gafas" (el propietario Francisco Natera), pusieron un guarda para vigilar la cacería grande.*

LINCES

Había también muchos linces; donde más en el **Barranco del Cesto, el Espartero y las Tinajas (La Cabrilla)**. *Vi varios vivos y cuatro matados, los pillaba con cepos un cabrero que tenía las cabras a medias con otro que se llamaba Prieto; estos cabreros pasaban a cada instante por nuestro rancho con las cabras y yo les dije que cuando cogieran alguno me avisaran para verlo; me avisaron y fui.*

Lince ibérico, hoy extinguido en la zona. Foto autores

El lobo fue perseguido con saña hasta su casi total extinción (Manuel Moral)

LOBOS

Muchas personas mayores de Almodóvar –que conocieron bien estos parajes- todavía consideran que la "madre de los lobos" es el **Cerro del Trigo** *y también las colindantes* **Mesas Altas**; *todavía les resulta difícil comprender que no haya lobos en los que ellos consideran las entrañas de la sierra. Veamos que nos cuenta* **Bernardo:**

Había muchos lobos por Mesas Altas, pero sobre todo en la zona del Cerro del Trigo y la Porrá... muchos, muchos; el año que yo me vine un guarda que se llamaba Francisco mató doce lobos con los cepos.

Yo tenía pensado estar en el Cerro del Trigo seis años, pero a los tres meses me vine porque los lobos me mataron 70 chivos. Estaban encerrados y se salieron porque una hermanilla mía estaba chica y entró a jugar con ellos, pero dejó la puerta abierta de la majada y los lobos aprovecharon la ocasión. Aprovechamos la carne

de algunos, nada más que los degollados. Cuando yo vi los chivos muertos por todos lados me dio tanto coraje que me vine de allí. Estuve esperando a ver si volvían los lobos con una escopeta de dos cañones... los sentía aullar por todos los cerros aquellos, pero no se acercó ninguno.
Mi gente se quedó en el Cerro del Trigo, pero al irme yo mi padre aguantó solo un par de años.

Cerramos el este capítulo con una cita del Libro de la Montería (López Ontiveros y otros. Caza y paisaje geográfico en las tierras Béticas según el libro de la Montería. Córdoba, 1991), escrito en la época de Alfonso XI (1312-1350), considerado el texto cinegético más valioso de la Edad Media. En sus páginas se encuentran testimonios que nos hablan de la riqueza venatoria de Sierra Morena, y en concreto de la presencia de osos y grandes verracos.
De los 374 cazaderos que aparecen en Andalucía (las Tierras Béticas), 50 pertenecen a "Tierra de Córdoba" y en concreto tres de ellos precisamente a estos barrancos del Guadiato.

Cazadero	**Capítulo**	**Página**	Hoja cartográfica correspondiente
Guada Cabriellas (río Cabrillas)	XXIV	274	922
Guadiato	XXVI-0	268	922
Guadarromán	XXV-I	287	922

Se señalan estos cazaderos como **"Oso en verano e invierno"** y **"gran puerco en verano e invierno"**. Por otra parte, en toda Sierra Morena los cazaderos bajaban hasta el mismo borde de la Depresión Bética -isohipsa de 200 m- explicándose así que en las proximidades de Córdoba *"se encuentre buen monte de puerco todo el año... ...cerca de Córdoba la Vieja"*. (Alfonso XI, o.c., pag. 280)

El valle del Guadiato, un territorio amenazado

El paisaje que hoy día nos ofrece el área geográfica del curso bajo del Guadiato que acabamos de analizar, es muy distinto al que ofrecía hasta los años 50 del pasado siglo, tiempos en los de los recursos naturales que se le extraían a estos

montes dependían cientos de familias en una economía de subsistencia. Rancheros, carboneros, piconeros, pastores, cabreros, porqueros..., aprovechaban cada rincón de este valle, intentando adaptarse a las condiciónes que imponía el medio, pero a la misma vez, adaptando el mismo a su propio interés, un trabajo duro, que llevó a crear durante miles de años un paisaje cultural, formado por un mosaico con diversas teselas; bosques, dehesas, pastizales, matorrales, siembras, huertas, olivares...

Con el abandono de los aprovechamientos tradicionales, el matorral ha ido apropiándose de todo el espacio, transformándose con el tiempo en un paisaje homogéneo, y cada vez más salvaje e intransitable. Con el cambio, muchas especies se han visto favorecidas, no obstante, para otras, como es el caso del conejo, del que dependían diversos depredadores como por ejemplo el lince ibérico, se ha visto perjudicado por la matorralización.

Durante generaciones, el fuego había sido domesticado y utilizado como una herramienta para en su justa medida poder controlar al monte, por lo que raramente podía llegar a ser una amenaza. El aprovechamiento del carbón, picón, pequeños los claros cultivados y el diente del ganado, actuaban como cortafuegos, y además consumían gran parte de la biomasa vegetal, creando las condiciones ideales para que el fuego estuviera más controlado, y en cualquier caso, que los incendios que se producían, fueran menos virulentos.

Posiblemente, a lo largo de la historia, nunca en la sierra se había acumulado tanta biomasa vegetal, es por ello, que por muchos y avanzados medios que hoy dispongamos para controlar un incendio, estamos a un abismo del control que se tuvieron las gentes en aquellos tiempos, incluso con los medios más rudimentarios con los que contaban. Sin duda, el fuego es hoy día una de las grandes amenazas con las que se encuentra este espacio, estando expuesto cada verano, a riesgo muy alto para poderse desarrollar un gran incendio, de magnitudes imprevisibles. Asimismo, el abandono de multitud de caminos públicos y vías pecuarias, que cruzaban en todas las direcciones y por las que circulaban miles de cabezas de ganado y personas, ha supuesto perder una gran ventaja para atajar un incendio, pues actuaban como vías de comunicación y a su vez, como cortafuegos.

Otro peligro patente que amenaza este espacio, son las urbanizaciones que llevan invadiendo a la Sierra de Córdoba desde los años 70, llegando a ocupar pa-

rajes ambientalmente tan ricos como el Barranco del Puerto, Puerto de Artafi y laderas del Cerro Castripicón. Entre la multitud de impactos que han generado, está el daño sobre el paisaje, el incremento de riesgo de incendio, la pérdida de biodiversidad, molestias a especies sensibles, esquilmación y contaminación de acuíferos, furtivismo, invasión de vías pecuarias, vertederos incontrolados, erosión...La Sierra de Córdoba, cuenta con riquezas ambientales y culturales más que suficientes para ser declarada Parque Natural. De no ser reconocida de este modo, la amenaza de las parcelaciones siempre estará presente, pudiendo alcanzar cualquiera de sus hoy valiosos rincones.

La construcción de embalse de la Breña II (término municipal de Almodovar) ha supuesto un enorme impacto ambiental para todo el eje del Guadiato que atraviesa estas sierras. En la edición de este libro de 2006 ya advertíamos de los nocivos efectos para el equilibrio ambiental y la biodiversidad de la zona, que se están cumpliendo actualmente. Se han destruido por inundación 9 kilómetros de bosque de ribera y maquia en el cauce del Guadiato y 6 en el rio Cabrillas.

Vegetación de ribera de gran valor ecológico destruida por el recrecimiento del embalse de la Breña

BIBLIOGRAFÍA Y CARTOGRAFÍA

La mayor parte de la información recogida en el libro procede de fuentes directas, especialmente del registro de la memoria oral de testigos y protagonistas del periodo. También hemos utilizado como apoyo y fundamentación del relato oral y de la observación directa algunos textos que citamos a continuación:

1.- Para establecer las condiciones históricas generales de la primera posguerra:

- Angel Viñas (ed.). En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el Franquismo. Edit. Pasado/Presente.2011
- Borja de Riquer. La Dictadura de Franco. Edit. Crítica, 2010.
- E. Portuondo. La Segunda República. Reforma, fascismo y revolución.Ed. Revolución. Madrid, 1981.
- Francisco Moreno Gómez. La Victoria Sangrienta 1939-1945. Editorial Alpuerto. 2014
- Gabriel Jackson. Aproximación a la España Contemporánea,1898-1975.Barcelona, 1980.
- Javier Tussell. Franco en la guerra civil. Una biografía política. Barcelona, 1992.
- José Maria Fontana. Franco, radiografía del personaje. Barcelona, 1979.
- Paul Preston. La política de la venganza. Edit. Península. Barcelona,2004 (2ª edición)
- Julio Aróstegui y Francois Godicheau. Guerra civil. Mito y memoria.Ediciones de Historia, 2006.
- Paul Preston.La Guerra Civil Española. Barcelona, 2004.
- Paul Preston. El Holocausto Español. Edit. Debate, 2011
- Paul Preston. El gran manipulador. Edit. B.S.A. 2008
- Pierre Vilar, Historia de España, Crítica. Barcelona, 1978.

- Santos Juliá (coord.) Víctimas de la Guerra Civil. Ediciones Temas de Hoy. 2006.
- Stanley Payne. El régimen de Franco 1936-1975. Madrid, 1987.

2.- Para analizar y conocer en concreto la actividad guerrillera y la consiguiente política represiva del régimen franquista:

- Andrés Sorel. La Guerrilla antifranquista. Edit. Txalaparta. edic. 2002.
- Ernesto Caballero. Vivir con Memoria. Edit. Páramo, 2011
- Francisco Moreno Gómez. La resistencia armada antifranquista: maquis y guerrilleros en el Centro-Sur de España. Edit. Crítica. 2001.
- Alfonso Domingo. El canto del búho. Edit. Oberon 2006.
- Rafael Gómez Parra. La Guerrilla antifranquista, 1945-1949. Edit. Revolución, 1989.
- Rafael Torres. Víctimas de la Victoria. Edit. Oberón, 2002.
- Santiago Alvarez et al. El movimiento guerrillero de los años 40. Fundación de Investigaciones Marxistas. 2003
- Secundino Serrano, Maquis. Edit. Temas de Hoy. 2001.

3.- Para obtener información de los caracteres ambientales y ecológicos de la zona:

- AA.VV. 1996. Guía de la Naturaleza de Córdoba. Diario Córdoba-Cajasur.
- AA.VV. Cartografía y estadística de usos y coberturas vegetales del suelo en Andalucía. Evolución 1976-1991. Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía. 1997.
- AA.VV. Reconocimiento Biofísico de Espacios Naturales Protegidos. Parque Natural Sierra de Hornachuelos. Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía. 1995.
- Pareja, G., A. Leiva y F. Nevado. 2004. Guía de la Naturaleza de Villaviciosa de Córdoba. Ed. Asociación de Senderismo Algarín.

4.- Cartografía:

- Fotografía digital de Andalucía. Escala 1:10.000. Consejerías de

Obras Públicas y Transportes, Agricultura y Pesca y Medio Ambiente. Junta de Andalucía.

- Hoja Cartográfica 15-37 (922), escala 1:50.000. Servicio Geográfico de Ejército.
- Hoja 15-37 (922), escala 1:50.000. Mapa Geológico de España. Instituto Geológico y Minero de España.
- Hoja 15-37 (922), escala 1:50.000. Mapa de Cultivos y Aprovechamientos. Ministerio de Agricultura.
- Ortofotografía digital de Andalucía. Provincia de Córdoba. Consejerías de Obras Públicas y Transportes, Agricultura y Pesca y Medio Ambiente. Junta de Andalucía.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. 5

ESPACIOS GUERRILLEROS, LUGARES DE NO MEMORIA 23

POLÍTICA DE VENGANZA, VOLUNTAD DE RESISTENCIA,
AFÁN DE SUPERVIVENCIA: LAS RAZONES DE
LA ORGANIZACIÓN DEL MAQUIS.. 31

JULIÁN CABALLERO VACAS.
DIRIGENTE OBRERO Y JEFE GUERRILLERO 53

DE HUIDOS A GUERRILLEROS.
LA CREACIÓN DE LA TERCERA AGRUPACIÓN GUERRILLERA . . 63

EL DESASTRE DE LA HUESA.
TRAICIÓN Y MUERTE DEL ESTADO MAYOR DE LA TERCERA
AGRUPACIÓN GUERRILLERA. EL DESTINO DE LOS APOYOS
Y ENLACES DE LA GUERRILLA 71

ESPACIO NATURAL Y FORMAS DE VIDA EN LA SIERRA:
LAS CONDICIONES MATERIALES DE
LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA 101

RANCHEROS, PASTORES, HUIDOS Y GUERRILLEROS.
LA CONVIVENCIA EN LA SIERRA. 117

CERRO DE CASTRIPICÓN, UMBRÍAS DE LA PORRÁ,
TERRITORIO DE LOS GUERRILLEROS DE
VILLAVICIOSA DE CÓRDOBA 135

JOSÉ RAMOS GARCIA, EL ÚLTIMO GUERRILLERO.. 149

ITINERARIOS REPRESENTADOS EN MAPA DESPLEGABLE:
ITINERARIO I:
DE LA CASILLA DE LA PLATA A LA SOLANA DEL MOLINILLO. . 175

ITINERARIO II: BARRANCO DE LA HUESA 177

ITINERARIO III: COLLADO DE
LAS MILANERAS-NAVASERRANO. 187

LOS SENDEROS DE MEMORIA DE LA
GUERRILLA ANTIFRANQUISTA.
DE LA ALDEA DE TRASSIERRA AL RIO GUADIATO:. 193

DIPTICOS INFORMATIVOS Y CROQUIS DE LOS ITINERARIOS . 195

PANELES Y ATRILES 200

SENDERO VERDE POR LA VIA PECUARIA
DEL ARROYO TUMBÓN 206

LA HUESA, LUGAR DE MEMORIA DEMOCRÁTICA
DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA. 209

ANÁLISIS BIOFÍSICO DE LA HUESA Y SU ENTORNO.
UN TERRITORIO AMENAZADO 213

BIBLIOGRAFÍA Y CARTOGRAFÍA 227

MAPAS:
ORTOFOTO HUESA
MAPA DESPLEGABLE CON ITINERARIOS I, II, III
CROQUIS SENDEROS DE LA MEMORIA

Este libro pretende explicar desde esta perspectiva socionatural la difícil persistencia de la lucha armada antifranquista durante la posguerra, a partir de las condiciones que en la década de los 40 presentaba Sierra Morena (espacio habitado, espacio abierto, espacio biodiverso), centrándose en cuatro momentos claves de la existencia guerrillera: la aparición del movimiento de huidos tras la caída de los frentes, la constitución en 1945 de la Tercera Agrupación Guerrillera, la caída del Estado Mayor de la misma en junio de 1947 en el Barranco de la Huesa y, finalmente, la muerte del último guerrillero de las sierras de Córdoba, José Ramos García, en Febrero de 1951. Incluye diversos itinerarios y senderos de memoria que recorren los parajes que se describen en el texto.

Diputación de Córdoba
Delegación de Memoria Democrática